

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD



PUBLICACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

REPUBLICA ARGENTINA

SUMARIO DEL N^o 15

(setiembre - diciembre 1961)

SOCIOLOGÍA: *Evolución demográfica argentina. I Bases del problema: 1878 - 1914*, por el prof. Horacio Pereyra.

ARTE: *El arte como experiencia vital*, por el prof. Héctor Cartier.

LITRAS: *Situación del teatro gauchesco en la historia del teatro argentino. II El drama rural*, por la prof. Amelia Sánchez Garrido.

CIENCIA: *Principios fundamentales de la geología histórica*, por el Dr. Angel V. Borrello.

TÉCNICA: *Aprovechamiento de la energía de las mareas*, por el ing. Camilo B. Rodríguez.

FILOSOFÍA: *El carácter conflictual de los valores*, por el Dr. Ricardo Maliandi.

DERECHO: *Concepción Arenal y el régimen social penitenciario*, por el Dr. Samuel Daien.

PROBLEMAS ARGENTINOS: *Panorama actual y futuro de la pesca marítima en la Argentina*, por el Dr. Víctor Angelescu.

APORTACIÓN EXTRANJERA: *¿Dónde está hoy la fenomenología?*, por el prof. Alwin Diemer (Universidad de Maguncia, Alemania)

TESTIMONIOS

En la ruta de Don Quijote, por Horacio Castillo ≠ *Desde los Estados Unidos (carta de un becario)*, por Julio Martín ≠ *Un episodio de la vida médica del Dr. Repetto*, por Giordano B. Cavazzutti ≠ *El coro de estudiantes de Ingeniería, progenitor del Coro Universitario de La Plata*, por Emilio Azzarini ≠ *La ciudad perdida*, por Noel H. Sbarra.

COMENTARIO

Versión europea de Vallejo, por Saúl Yurkievich.

REVISTA DE LIBROS

Reseñas por: Orestes Giacobe, Marcos Salemme, Noel H. Sbarra, Sara Alí Jafella, Martha Georgina Lapalma, Mario Pressas, Eduardo M. Cigliano, Nicolás Marinkew y Carla B. de Marchionni.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

Mayo - Agosto 1961

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

14



DIRECTOR
NOEL H. SBARRA

PUBLICACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
REPUBLICA ARGENTINA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Presidente
Dr. José Peco

Vicepresidente
Dr. Constantino C. Brandariz

Guardasellos
Dr. José D. Méndez

CONSEJO SUPERIOR

Decanos: Ing. Edgardo N. Camugli; Dr. Santiago C. Fassi; Dr. Enrique M. Barba; Dr. Constantino C. Brandariz; Dr. Humberto Giovambattista; Dr. Sebastián Guarrera; Cont. Ricardo L. Rosso; Ing. Roberto A. Cubillo y Dr. Roberto Ciafardo. *Director del Observatorio Astronómico:* Dr. Reynaldo P. Cesco. *Delegados de los profesores:* Ing. Julio J. Mulvany; Dr. Enrique Loedel Palumbo; Dr. Bartolomé A. Fiorini; Ing. Luis A. Bonet; Dr. Edilberto Fernández Ithurrat; Dr. José A. Catoggio; Dr. Ricardo R. Rodríguez; Dr. Raúl A. Ringuélet y Dr. Raúl A. Granoni. *Delegados de los Graduados:* Ing. Julio César Ocampo; Ing. Rafael R. De Luca; Dr. César M. García Puente; Prof. José María Chinchurreta; Dr. Néstor Bacigalupo; Dr. Epifanio Rozados; Dr. Raúl Cafrune; Geól. Jorge Rafael y Cont. Mariano Rivas. *Delegados de los estudiantes:* José V. García Abriles; José G. Alderete; Alberto D. Tettamanti; Jorge Crespi; Juan C. Alvarenga Gaona; Ernesto Silber; Víctor A. Verón; Eduardo J. González Doglia y Omar D. Porfidio.

Secretario General
Lic. César A. Dumm

Prosecretario General
Sr. Ciro E. Rossotti

Director de Administración
Dr. Humberto Prados

Tesorero General
Sr. Rafael F. Arriola

SUMARIO

LA DIRECCIÓN	<i>Cincuentenario de la muerte de Ameghino (Editorial)</i>	7
AMELIA SÁNCHEZ GARRIDO	<i>Situación del teatro gauchesco en la historia del teatro argentino. I Antecedentes</i>	9
ROMUALDO BRUGHETTI	<i>Itinerario artístico mexicano</i>	29
JUAN SÁBATO	<i>Bases para un plan de estudios de ingeniería</i> ..	41
✗ ARMANDO ASTI VERA	<i>Metapsicología</i>	55
✓ EDUARDO M. CIGLIANO	<i>Problemas actuales de la arqueología del noroeste argentino</i>	67
NICOLÁS M. TAVELLA	<i>Problemas pedagógicos en la enseñanza universitaria</i>	81
✓ ITALO N. COSTANTINO	<i>Defensa de nuestra riqueza forestal</i>	91
HANS ZELLWEGER	<i>Recordando a Albert Schweitzer</i>	113

TESTIMONIO

HERNÁN SAN MARTÍN	<i>Viaje a través de las culturas africanas</i>	124
NINA SAGER	<i>Carta desde el Perú</i>	130
RICARDO RODRÍGUEZ MOLAS	<i>Variaciones sobre la pulpería rioplatense</i>	136
JOSEFINA PASSADORI	<i>Impresiones holandesas</i>	143
TORIBIO MEJÍA XESSPE	<i>Vida del sabio Julio C. Tello</i>	148
HUMBERTO B. VERA	<i>¡Todos los caudillos llevan mi marca!</i>	153

REVISTA DE LIBROS

RESEÑAS POR: Noel H. Sbarra, Sara Alí Jafella, Mario A. Presas, Elba Ethel Alcaraz, Saúl Yurkievich, Beatriz Noemí Padula de Nassif, Nelva Zingoni y Carla Baradello de Marchionni	159
--	-----

ILUSTRACIONES

Dibujos de Degas frente a las páginas 29, 81 y 113.

Cincuentenario de la muerte de Ameghino
(1911 - 1961)

EL CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE FLORENTINO Ameghino —acaecida el 9 de agosto de 1911— permite evocar una vez más la vida y la obra de este argentino arquetípico. Y tal evocación adquiere aquí, en estas páginas, oportuno y apropiado lugar — además de justiciero—, no sólo por la grande significación científica de su obra sino también porque el ilustre paleontólogo enseñó en nuestra universidad.

Cuando el 18 de abril de 1897 el gobernador Udaondo declara inaugurada —en el local que actualmente es sede de la Facultad de Humanidades— la Universidad de La Plata, entonces provincial, Ameghino, académico de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas, de la que en 1902 sería designado profesor de mineralogía y geología, dicta en ella la primera conferencia, haciendo un estudio del período terciario en la Argentina. Más tarde llegará a ser académico y vice-decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, y en 1906, al nacionalizarse la Casa de Estudios, el doctor Joaquín V. González le ofrece la cátedra de geología en la Facultad de Ciencias Naturales, que funcionaba, como hoy, en el Museo, instituto en el que es nombrado, asimismo, jefe de sección.

Autodidacto genial y paradigma de voluntad, no hay otro ejemplo en el país de un hombre de ciencia que con menos haya hecho más. En medio de la nada, “con el sólo buscar, el sólo mirar y el sólo pensar construye un edificio inmenso”. Lo dice su enorme tarea —cumplida en medio de la pobreza, como que para sustentarse tuvo que instalar un pequeño negocio de librería, primero en Buenos Aires y luego en La Plata—, materializada en 179 trabajos científicos registrados, a los que es necesario añadir su abundantísima correspondencia, de la que se recogen 2677 cartas en cuatro de los veinticuatro volúmenes que componen sus Obras Completas.

EDITORIAL

La lectura de la Geología de Lyell y del Viaje de un naturalista de Darwin, infunden en su mente, en plena adolescencia, la adhesión a la doctrina evolucionista, de la que, con el correr de los años, se convertiría en principal vocero, arrostrando la cerrada y áspera oposición de Burmeister, conspicuo representante de la ciencia oficial nutrida de las anticuadas ideas de Cuvier, creador de la teoría catastrófica. En la despareja y ardorosísima lucha que desde temprano se vio obligado a mantener, fue sostenido y alentado por Mitre y Sarmiento —siempre dispuestos a apoyar toda renovadora empresa intelectual—, propiciador, el segundo, en 1882, de una conferencia de Ameghino sobre Darwin, muerto ese año. Y en 1884 su Filogenia —editada gracias a la munificencia del doctor Estanislao S. Zeballos— se convierte en una especie de pregón de la nueva escuela evolucionista en el Río de la Plata y constituye el sillar sobre el cual Ameghino asentó su ciclópea labor futura.

De su obra, juzgada a la luz de los conocimientos actuales, según la valoración de los entendidos, ha caducado su hipótesis sobre la antigüedad del hombre, de la que, al decir de Márquez Miranda, “no queda prácticamente nada, salvo la idea fundamental evolutiva de que monos y hombres descienden de algún lejano antepasado común y que el hombre es muy antiguo en América”; también su estatigrafía —basada en la paleontología—, a despecho de la importancia que tiene la caracterización de una serie de horizontes geológicos, ha sido superada por correcciones modernas. Pero en cambio su labor de paleontólogo, casi intacta en el presente, constituye el basamento inconmovible de su gloria. Y no sólo como descriptor de órdenes, géneros y especies nuevas —que ascienden a más de mil—, sino, al propio tiempo, como creador de teorías sobre los seres fósiles. Así lo reconoce el eminente zoólogo doctor Angel Cabrera al referirse a “el peso sencillamente abrumador de sus descubrimientos en el campo de la paleontología”. Y con relación a tales trabajos, otro naturalista, el doctor Eduardo Holmberg, pudo decir con verdad y belleza, en ocasión de su muerte: “Construyó un castillo del cual nadie podrá desalojarle, aunque le derrumben algunas torres y almenas en el ataque.”

Por esa enorme herencia científica que ha dejado al país y por el altísimo ejemplo moral de su vida, humilde y valerosa como pocas, este sabio —nuestro primer sabio nacional— pervive en la memoria y en el corazón de su pueblo.

LA DIRECCIÓN

Letras

Situación del teatro gauchesco en la historia del teatro argentino

I. Antecedentes

AMELIA SÁNCHEZ GARRIDO

PROFESORA ADJUNTA de introducción a la literatura en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Profesora de historia del teatro del Instituto Docente de Orientación Estética Infantil (Dirección de Cultura de la Pcia. de Bs. Aires) Profesora de Literatura y castellano en el Colegio Nacional y Escuela Normal N° 2 de La Plata. ENSAYOS: El teatro de la Revolución, El tema de la "disponibilidad" adolescente en el nuevo teatro mexicano, Documentación de peculiaridades lingüísticas rioplatenses en el teatro gauchesco primitivo, Mayo y la expresión nacional, Fortuna y adversidades de la gramática como disciplina escolar. EN PRENSA: La lengua materna en la enseñanza secundaria (*Eudeba*). Hace crítica bibliográfica en el diario "La Prensa". Ha traducido para editoriales argentinas varios libros sobre temas literarios.

EL teatro gauchesco es una modalidad rioplatense cuyas características formales y de contenido permiten configurar algo así como un género propio de la dramática nacional. En él es posible distinguir —siguiendo a Raúl H. Castagnino, en su ensayo *El teatro rioplatense premoreirista* (ARS, N° 89, 1960)— tres etapas bien diferenciadas: la primera comprende obras producidas antes de 1884, época de escaso aporte pero de rasgos definidos; la segunda abarca desde 1884, estreno de *Juan Moreira* en modalidad pantomímica —fecha, por lo demás, indiscutidamente considerada como de afianzamiento de nuestra escena nacional— hasta 1896, año en que con *Calandria*, de Martignano Leguizamón, se imprime un singular viraje al drama gauchesco. El tercer estadio, desde 1896 a los días actuales, incluye las manifestaciones del que cabe denominar, con mayor propiedad, drama rural; aunque, por supuesto, en dicho lapso tampoco están ausentes otras modalidades. En el presente trabajo analizaremos en forma sucinta las obras capitales de los dos pri-

meros períodos y en un próximo artículo el que se inicia con la renovadora producción del escritor entrerriano.

EL AMOR DE LA ESTANCIERA.

En 1783 se levanta en el Río de la Plata un primer coliseo estable, el Teatro de la Ranchería. Pero, desde su escenario, pocos ingenios coloniales se habrían de atrever a competir con el brillante repertorio de comedias llegado de ultramar y suscrito por los gloriosos nombres de Lope, Tirso, Calderón, Moreto, representantes de la época de oro del teatro español; o con el más reciente de Moratín, o siquiera con el de Cañizares o Comella, favoritos en los teatros madrileños a fines del siglo XVIII. Apenas si osarían abordar especies menores, con las cuales se integraba el espectáculo en las veladas de esa época: la loa, el entremés o el sainete, donde tratarían de destacar elementos regionales y características rioplatenses.

La obra más antigua que nuestros críticos han podido acreditar para la producción vernácula es la *Loa* compuesta en 1717 por el santafesino Antonio Fuertes del Arco, destinada, precisamente, a agradecer un hecho de carácter local, como es la exención de un impuesto sobre un producto netamente americano: la yerba mate. Y lo único original que se puede encontrar en la loa es su vaga referencia al paisaje santafesino.

En la escasa producción argentina del siglo XVIII y gran parte del XIX, los acontecimientos importantes dejan su huella en obras breves que participan del carácter de las loas, ya se llamen específicamente de este modo, como la *Loa* de 1761 en honor de Carlos III; o 'acto alegórico', como *El hijo del Sud* (1816), de Morante; o 'introducción', como el *Arauco libre* (1818), de José Manuel Sánchez; o 'unipersonal', como *El nuevo Caupolicán* o *El bravo patriota de Caracas*, del mismo autor y el *Unipersonal dedicado al Superior Gobierno*, de Hidalgo.¹

Mientras la loa y especies afines está ligada en la América colonial a los acontecimientos de la metrópoli en cuyo honor se celebraban las representaciones teatrales (exaltación al trono de un monarca, arribo de un nuevo virrey, cumpleaños de reyes y virreyes), o a los festejos del

¹ Esta última modalidad, compuesta generalmente para un personaje único y con acompañamiento musical destinado a subrayar estados de ánimo, imitar ruidos de la naturaleza o ilustrar escenas de mímica, se llamó también *melólogo* (Cf. *Revista Número*, 3, 12), y equivale a los melodramas en un acto de FRANCISCO COMELLA.

LETRAS

Corpus, el entremés y el sainete, más libres, intentan reflejar lo regional americano: habla, gesto, idiosincrasia del habitante criollo.

Por la época en que Lavardén, en seudoclásica tentativa, con *Siripo*, incorpora a la incipiente dramática argentina el tema indígena, un sainetero anónimo, con *El amor de la estanciera*, introduce el tema gaucho e inicia la vigencia de un género afortunado, que en 1884, por feliz coincidencia de factores favorables, habría de encauzar la titubeante escena vernácula —vanamente inquietada durante un siglo tras la búsqueda de una expresión nacional— dándole definitivo impulso.

El amor de la estanciera se conserva en un manuscrito reproducido por primera vez como apéndice a la obra *TEATRO ANTIGUO DE BUENOS AIRES* (1904), de Mariano Bosch, a cuyo cuidado estuvo también la edición que en 1925 hizo el Instituto de Literatura Argentina que dirigía Ricardo Rojas.

Bosch sitúa el origen entre 1780 y 1795 “por su estilo, su final y su desarrollo en general, lo mismo que por sus burlas al portugués brasileño (resabios de la pasada guerra, en tiempos del rey Carlos III, cuyo recuerdo estaba fresco)”. El crítico citado presenta este sainete como una de las groseras muestras de pésimo teatro con que se entretenía el argentino de la Colonia. Con criterio muy distinto se encara hoy el examen de esta y otras piezas similares, no buscando en ellas el interés artístico de que generalmente carecen, sino el testimonio de costumbres, lenguaje y ambiente, valorándolas como encarnación de una nueva sensibilidad que se sabía y quería ser distinta.

El tema de *El amor de la estanciera* es la repetida competición amorosa —registrada en la escena española desde los días de Juan de la Encina y popularizada por entremeses y sainetes— entre el hombre de la ciudad y el hombre de campo, el sacristán y el soldado, el molinero y el sacristán, etc. Aquí, la rivalidad amorosa de un gauchito y un mercachifle portugués por una paisanita. El escenario: un rancho en un lugar no distante del río. Se lo considera estancia, con caballada y vaquerías.

El criollo que en ella se perfila no es el gauderio del siglo XVIII, errante de estancia en estancia, sino el ser afincado y trabajador que V. N. de Moussy, precisamente, opone a aquél.²

² V. N. Moussy: *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*. París, Didot, 1860.

Félix de Azara, en su DESCRIPCIÓN E HISTORIA DEL PARAGUAY Y RÍO DE LA PLATA, distingue hacia 1780 entre españoles de la ciudad y *españoles campestres*. A éstos los divide en agricultores y pastores o *estancieros*, según que trabajen la tierra o se ocupen del ganado. A los pastores los llama también *vaqueanos*, para distinguirlos de los gauchos o gauderios, sin ocupación fija: el gaucho errante, el de pulpería, el gaucho malo. “Por extensión, dice, se da ese nombre de *gaucho* o *gauderio*, en la ciudad, a todos los habitantes de la campaña que se ocupan del ganado; pero en realidad ese nombre debe aplicarse a los vagabundos y no es tomada sino en esta acepción en los lugares mismos”.

Sin entrar ahora en la historia y discusión del término *gaucho*, hacemos esta aclaración para indicar que el vocablo *estanciera* está usado en *El amor de la estanciera* en la acepción de época que le da Azara: hija del hombre de campo, no agricultor sino que se ocupa de ganado, y no en la acepción restringida que el término pudiera tener hoy.

Desde el primero hasta el último verso de la obrilla aparecen alusiones constantes a las “divinidades agrestes” que son la vaca y el caballo. La contienda amorosa entre el gauchito y el mercachifle portugués es dirimida por el padre de la estanciera a favor de aquél, poseedor de buenos caballos, buenas vacas lecheras, y gordas reses; el viejo termina brindando por el yerno, sus lecheras y tropillas.

El caballo es símil obligado a través de toda la pieza. Al hacer cuenta de su hacienda Juancho se detiene con deleite en la enumeración de la tropilla y el distinto pelaje de los animales. Un caballo es lo primero que ofrece a la amada como presente: el animal sillero que perteneció a su madre. Al amor lo compara con un potro desbocado; su alma se “enguillotra”, con más fuerza que un bagual, cuando ve a la moza; los ojos de ésta son espuelas; para encarecer su pasión dice que hasta de los caballos se olvida por ella. El futuro suegro alaba en el pretendiente criollo la habilidad de jinete, de enlazador y de hombre que “voltea con primor”. El regalo del caballo parece ser bastante decisivo en el intempestivo cambio de humor de la muchacha hacia el mozo criollo, como puede serlo también la impericia demostrada por el portugués que aparece maltrecho por una rodada de su cabalgadura.

Claro está que estas reiteraciones constantes muestran un afán de pintoresquismo —convención retórica a ratos— de poeta culto de ciudad; lo cual queda, por otra parte, en evidencia en los dos sonetos con

LETRAS

que los novios se encarecen su amor, donde se abandona el artificio del lenguaje rústico por estrofas como ésta:

“La fuerza del amor que te he cobrado
es tanta que no sé cómo explicarla
Si la encarezco, el pecho se acobarda
y queda frío y como nieve helado”.

A través del diálogo, se vislumbran los amplios campos sin delimitar, por donde corre libre la caballada y la hacienda vacuna, cuya pertenencia sólo atestigua la marca: Juancho, que vuelve de marcar ganado, como hombre acostumbrado a fijarse, en los campos desolados, en todo lo que encuentra a su paso, puede informar a su vecino Cancho dónde queda la hacienda desparramada de éste, una vez conocido el hierro.

Desde el punto de vista lingüístico, se presta la obra a observaciones interesantes, que no creo hayan sido agotadas por los especialistas, sobre todo en lo referente a ciertos usos tendientes a desaparecer casi por completo en las obras más próximas en el tiempo que recogen expresiones gauchas, tales como *El detalle de la acción de Maipú* o los *Cielos y Diálogos* de Hidalgo. Además, *El amor de la estanciera* constituye un testimonio de modalidades rioplatenses en el plano popular y, por la fecha de origen, quizás uno de los más antiguos conservados. Razón por la cual, aunque su valor estético sea escaso y haya quedado postergado en el aprecio de los historiadores del teatro, las nuevas corrientes lingüísticas apoyadas en la fonología tienen en él un material valioso que permite conjeturar temprana presencia de características del habla regional, dado que, sin duda, el anónimo autor procuró fijar aproximadamente la fonética campesina.

EL DETALLE DE LA ACCIÓN DE MAIPÚ

Es posible que de factura semejante se hayan escrito en tiempos de la Colonia otros sainetes y quizás algunos con más acusados rasgos gauchescos. El general Guillermo Miller, llegado a Buenos Aires en 1817 anota en sus MEMORIAS: “Existe, entre las producciones dramáticas nativas, una farsa llamada EL GAUCHO, escrita, en verdad, en un español

bien poco elegante; pero el diálogo centellea con tales llamaradas de auténtico buen humor, que si los porteños poseyesen un Liston o un Mathews, el espontáneo genio de ese Aristófanes criollo no sería oscurecido por ellos". Acerca de la real existencia de tales producciones nada han podido concretar los investigadores; y cuando se encuentra otra muestra del género gaucho, pertenece ya a los días de la patria nueva, al teatro de la Revolución.

¿Significa esto que la gesta de Mayo decide también la aparición de un teatro nacional? Sólo en un sentido muy limitado y especial, pues tampoco ahora los ingenios locales se atreven con las obras mayores. El asentista del Coliseo, casa de comedias levantada en 1804, que reabre sus puertas en noviembre de 1810, adapta y dispone para la nueva sensibilidad patriótica las obras que el gusto seudoclásico europeo ha impuesto. Los ingenios españoles quedan poco a poco eclipsados por las traducciones de dramas, tragedias y comedias de los autores de moda, principalmente franceses e italianos, exaltadores de la libertad y la Ilustración, convertido el teatro en escuela de civismo. Y mientras los uni-personales llenan la escena de nubes y deidades alegóricas de la naciente libertad, el sainete, portavoz de los acontecimientos locales, trata de captar a su modo la emoción de los triunfos bélicos criollos. En su ansia de realismo lo intenta por medio del lenguaje que siente más diferenciado del español: el de la campaña.

Con este carácter cuenta entre los antecedentes del teatro gaucho primitivo *El detalle de la acción de Maipú*, clasificado como sainete provincial, cuyo tema concierne a la celebración del triunfo obtenido por San Martín en los llanos de Maipú y la exhibición de los agasajos tributados al chasque portador de la noticia en un rancho cerca de la ciudad.

El tono es el mismo de los cielitos patrióticos y los *Diálogos* de Hidalgo: el gaucho y el hombre de la ciudad se sienten unidos por el común odio al español y ambos ponen sus esperanzas en el Superior Gobierno, del cual esperan todo bien. Los nombres de San Martín y de Juan Martín de Pueyrredón corren unidos en las canciones de época y a ambos se alude en este sainete: al primero y a su valor, en la relación que de la batalla hace el soldado criollo; al segundo, en el relato de Pajarito, muchacho lechero, presente en Buenos Aires al llegar la noticia al Fuerte. Ambos nombres figuran en las décimas con que un gaucho cantor da la enhorabuena al soldado de Maipú; en la pintoresca relación del viejo Pancho:

LETRAS

“Pues a Osorio, amigo viejo,
en el llano de Maipú
sin sentir, los dos Martines
le han sacado el caracú”.

y en el coro final, a cargo de todos los participantes y, sin duda, con intervención del público: el nombre de Buenos Aires será por siempre eterno “Si nos manda Pueyrredón / y pelea San Martín”.

La quarteta que se glosa en un Cielito popular de 1818 ó 1819, reproducido por Bosch en su HISTORIA DEL TEATRO EN BUENOS AIRES dice también así:

“De San Martín valeroso
el coraje en la pendencia
y de nuestro Director
la conocida prudencia”.

Es el reconocimiento del valor de la milicia gaucha, no olvidada de que había sido Pueyrredón quien los había exaltado a la escena nacional, cuando con un grupo de paisanos salió en 1806 a interceptarle el paso a Beresford a la altura de Moreno. Milicias gauchas que gustarían más tarde la libertad sin límites de la montonera y que habrían de terminar en los contingentes de desheredados, desertores de la tiranía sin gloria del ejército de línea o de fronteras, y a cuya reivindicación se aplicará la musa de Hernández.

La acción del sainete se desarrolla en un rancho en las afueras de Buenos Aires. Sitúa en medio de una familia de tamberos proveedores de la ciudad de Buenos Aires, menester realizado por gauchos jóvenes a caballo, como lo recuerda Francisco Bond Head: “en seis o siete recipientes, colgando a ambos costados de la montura. Estos muchachos van en grupo de cuatro o cinco, y su modo de galopar, con su gorro colorado y su poncho morado tras ellos, ofrece un aspecto muy singular”.³ Pintoresca estampa que pocos años antes había recogido E. Vidal en forma gráfica para las PICTURESQUES ILLUSTRATIONS OF BUENOS AIRES AND MONTEVIDEO, publicada en Londres en 1820.

³ FRANCISCO BOND HEAD: *Rough notes taken during some rapid journeys across the Pampas and among the Andes*. London, 1828.

Bien sabido es que la ciudad no sólo de leche era provisionada por los gauchos, sino también de huevos, frutas, legumbres y carne. "Y como es natural en tales condiciones —se quejaba Bond Head— solamente se encuentran cuando a esos individuos (los gauchos) se les ocurre traerlos". Precisamente Pajarito, personaje del sainete, es uno de esos muchachos lecheros y ha dejado sin leche a sus clientes el día que la noticia del triunfo llegó a la ciudad, alborotado por los acontecimientos.

Ya no hay en esta obra insistencia sobre símiles y comparaciones gauchescas. Las alusiones a las tareas rurales son naturales y no forzadas, sin acumulación de términos pintorescos. El diálogo y las acotaciones dan el tono rural. De los sainetes gauchescos considerados, éste es el más sentido desde el lado gaucho, parejo en expresión a Hidalgo.

Los vocablos groseros que siguen apareciendo —atemperados en una revisión posterior del texto— no son ya los comunes en el sainete colonial. Están enderezados, más que a exagerar el carácter rústico de los personajes, a demostrar la valentía del criollo frente al godo, siendo casi todos juramentos y no insultos del marido a la mujer o viceversa, como en la pieza anterior.

Aunque rudimentaria, hay en la pieza una disposición escénica tendiente a producir determinados efectos; las acotaciones no indican sólo detalles de ambiente, sino actitudes de los personajes y juego escénico. Las *verseadas* en honor del soldado y de la patria están hábilmente escalonadas, desde las décimas serenas del cantor profesional, participantes del cielito y los triunfos ciudadanos, hasta las entusiastas zafaduras del viejo, que entonan el ambiente y llegan al desborde del cielo apericonado, donde la bulla y el entusiasmo se hace general.

Es interesante destacar en la simplicidad de este sainete dos modalidades bien diferenciadas de la poesía gauchesca de carácter patriótico, manifestadas en las décimas del cantor oficial, "mozo sabido" por un lado, y en la relación del soldado gaucho y la improvisación del viejo Pancho por el otro.

El saludo del gaucho cantor, aunque hecho en la lengua de la campaña, deja ver una influencia urbana —un esfuerzo de poeta urbano por remedar la poesía del campo— en ciertas expresiones y en la construcción de la frase:

LETRAS

“En Chacabuco, el tirano
pensó salir victorioso
y se rindió al valeroso
distinguido americano

“Aquella divina mano
que nos libró de reveses
quizo que después volviesses
Osorio, a tu sepultura

“En Maipú fue redotada
Lima, tu loca avaricia”.

La forma sentenciosa: “Tiemble Fernando al saber/ que el valiente San Martín...” contrasta con la popular que corría en los cielitos patrióticos: “Fernando Siete, acordate”, “Entre las bolas y el lazo/ amigo Fernando escoja”, “Cuando guste, don Fernando”.

Las relaciones del viejo Pancho y Juan José, el soldado, abundan, en cambio, en expresiones pintorescas, idénticas a las de los cielitos patrióticos, las canciones populares de la época. Refiriéndose a Osorio, por ejemplo, un cielito de 1819 y el sainete coinciden en la imagen: “Al godo Osorio en Maipú/ le arrancaron caracú”, dice el cielito; “le han sacado caracú”, el sainete. Los soldados españoles “han de comer caracú”, dice otro cielo, también de 1819.

Y lo que dice Rojas de los cielos patrióticos puede aplicarse a este sainete: la autenticidad de su lenguaje no reside tanto en sus vulgarismos de prosodia —que son escasos, por otra parte— sino en las comparaciones, metáforas, nexos, giros, es decir, en la esencia misma del pensamiento.

LAS BODAS DE CHIVICO Y PANCHÁ.

Las bodas de Chivico y Pancha constituye otra expresión de la incipiente dramaturgia vernácula. Con aspiraciones de “comedieta criolla” retoma, tras el paréntesis cívico, el tema de *El amor de la estanciera*, el cual no es otro que el acostumbrado en los sainetes ciudadanos, americanos o españoles, representados entonces en Buenos Aires. O bien trataban de maridos engañados, cortejos encubiertos, baile, peleas y la consiguiente presencia del juez que dicta sentencia rigurosa (*El soldado fan-*

farrón) o es engañado hábilmente; o bien presentaban los clásicos escarceos amorosos, los consabidos golpes, el casamiento con canto y cena, como en *El amor de la estanciera* que comentamos.

Las bodas de Chivico y Pancha, dentro de la línea gauchesca, participa de ambos tipos: describe la fiesta de un casamiento, terminada a golpes con la intervención de la justicia.

Los personajes son los mismos de *El amor de la estanciera*: el matrimonio viejo, peleador y ladino; la pareja de novios: el gauchito, hosco y trabajador (... "para tirar/ las bolas y comer carne/ tiene habilidad tan sólo", dice de él un personaje); la moza, buena ordeñadora. Hasta los nombres se repiten: los de los novios de la pieza anterior los llevan ahora los viejos, Juancho y Jusepa (Chepa), como si se insinuara una especie de continuidad espiritual entre ambas.

La ubicación: un tambo, quizás en la transitada ruta de carretas hacia los confines del sur que pasaba por Cañuelas; cerca, sin duda, de esta última (Uno de los personajes dice haber ido a las cuadreras de "las Cañuelas").

La unión de los esposos no la establece ya el padre, como en la obra anterior ("Pues dense los dos las manos/ Dios los haga bien casaos"), sino que se realiza en la iglesia.

Los personajes no son sólo gauchos; aparecen en el cortejo algunos puebleros, denunciados por su lenguaje y condición: el Sacristán, "hombre sabido", a quien llaman "dotor", verboso y cobarde —¿remedo del abate o el sacristán del sainete hispano?—. Su brindis a los novios —la primera "salú" está a su cargo, como hombre importante y letrado— se muestra lleno de gracia socarrona y disimulado desprecio, escondido tras una aparente campechanía. Muy distinto el modo del otro pueblero, don García Olivares, que se expresa torpemente, pero en un tono de "compadre", poniendo al servicio de los circunstantes su persona y sus "armas liberales".

Por primera vez en esta etapa primitiva del teatro gauchesco se adivina un choque entre la gente de la ciudad y el gaucho. Al llegar el Alcalde, atraído por la gresca iniciada por el guapo García Olivares, se hace la distinción: Y Ño García Olivares/ le dice al *paisano* Chano.

Además, no hay alusiones a tareas rurales, sino que sólo se habla de carreras cuadreras, taba, carlón, aguardiente, baile. El viejo es pendenciero y borrachín; su compadre Chano, amigo de las cuadreras y pronto para la daga. La pelea final parece rubricar, por lo que dicen algunos personajes, enconos viejos de grupos que se disputan la preponderancia

LETRAS

en el lugar y recuerda las contiendas de majos y pisaverdes de los sainetes madrileños. Lo gaucho parecería corresponder aquí al sentido dado al término en las MEMORIAS de Paz: "... las masas, la plebe, los gauchos en una palabra".

Para Raúl H. Castagnino, "por su lenguaje, por el ambiente en que transcurre, hace pensar más en una forma de literatura de arrabal que en literatura gauchesca propiamente dicha".⁴ Para Ricardo Rojas es un sainete "conventillero" precedentemente secular de *Tu cuna fue un conventillo*.⁵ Esta mezcla de lo gaucho y lo arrabalero debió hacerlo grato a las muchedumbres rosistas, época en que se representó muchas veces y en la cual se le agregó la escena inicial donde se hace el elogio de la causa federal.

Con estas obras puede considerarse cumplida una modalidad dentro de la primera etapa del desarrollo del teatro gauchesco: la que sobrevive como documento por sus rasgos pintorescos, descripciones y formas de expresión. Para ella —por no haber caído aún en el *clisé*— hasta podría ponerse en discusión la validez del adjetivo *gauchesco*, aplicado a dicha dramaturgia, frente a *campesino* o *paisano*. De allí que al emplearlo, lo hago con el significado que le da Mariano G. Bosch al llamar a ese teatro "criollo gauchesco"; es decir, producciones de hijos del país — y dentro de ellas las gauchescas— frente a las extranjeras; producciones criollas que llevan a la escena costumbres, habla y problemas de los hombres de campo, pero sin hacer distingo alguno entre *gaucho* y *paisano* con el matiz desdeñoso o de alabanza, respectivamente, que algunos juicios encierran y que dieron motivo a polémicas surgidas a raíz de la dificultad de connotación del término gaucho y de las distintas acepciones que en diferentes épocas ha tenido. También es de hacer notar que en la modalidad descrita en esta etapa no aparecen alegatos reivindicatorios del gaucho paria, pues en ella se lo exhibe como un ser sedentario, con vínculos legales de familia, ocupación acreditada y hogar establecido.

SOLANÉ.

En 1872 se publican dos obras de carácter campesino, una llamada a convertirse en la Biblia gaucha y a eclipsarse la otra, hasta su ulte-

⁴ *El teatro rioplatense premoreirista*, en revista "Ars", año XX, Nº 89, 1960.

⁵ *Historia de la literatura argentina* ("Los modernos", II, pág. 499), Buenos Aires, Losada, 1949.

rior incorporación por parte de Ricardo Rojas a la "Sección de Documentos del Teatro Nacional" del Instituto de Literatura Argentina. La primera de ellas, *Martín Fierro*, crece sobre el fértil terreno épico abonado por Hidalgo, Ascasubi y Del Campo; la segunda, *Solané*, de Francisco Fernández, sólo tiene en el teatro, como antecedentes, los ensayos rudimentarios antes mencionados.

Aunque con diversos medios y, por lo tanto, con éxito opuesto, ambas encararán la figura del gaucho con óptica completamente distinta de la de sus antecesores y, en cierta medida, coincidente entre sí. Las dos son alegato y crítica de gobiernos que se despreocupan de la condición del gaucho; protesta contra la ley de fronteras y contra la de vagancia que, en manos de los jueces de campaña, los erige en dueños de vidas y bienes.

Lo que era débil tanteo en el dramaturgo es síntesis genial en el poeta épico. Pero tanto uno como otro dan origen, en géneros diversos, al nuevo concepto social de lo gauchesco, ya esbozado en Hidalgo cuando habla de la diferente aplicación de la ley según se trate de poncho, o casaca y pantalón —gaucho o señorón— o en Ascasubi, al pintar la vida de los fortines.

Martín Fierro fue concebido, dice Jorge L. Borges, como personaje genérico, aunque priven en él rasgos individuales. Alzándose sobre la anécdota, el personaje se hace intérprete de toda una situación social; echado al campo por una desgracia colectiva, hace extensivas al gaucho paria y oprimido, sus largas y reiteradas quejas. El motivo de resentimiento en *Solané* es, por el contrario, una venganza personal; pero su protagonista intenta, como *Martín Fierro*, buscar los justificativos de esta venganza particular en la suerte del gaucho, con retóricas y antiteatrales arengas que no ayudan, por cierto, a elevar el ritmo desvaído y débil del drama.

Solané, como más tarde *Juan Moreira*, es la proyección de un delincuente al plano del heroísmo legendario, evidente tributo romántico. El teatro, en la segunda mitad del siglo XIX, había puesto de moda los bandoleros nobles de la Calabria y Sierra Morena, personajes de dramones informes, especies en que desembocó la postura de rebelión social de muchos entes escénicos del tipo de los acuñados en *Los bandidos*, *Hernani*, *Don Juan Tenorio*, que encarnan en la escena las fuerzas demoníacas liberadas por el romanticismo. "Otra de las ideas capitales de los románticos —dice Juan Valera— presentadas de mil maneras diferentes, consecuencia de la agitación y malestar de los espíritus y presentimiento del socialismo, era la idealización de los hombres patibularios y la creencia de

LETRAS

que sus crímenes se debían imputar a la sociedad mal organizada y a la grandeza de sentimientos de tales héroes a quienes esta mezquina sociedad venía estrecha".⁶

Solané tenía un antecedente inmediato, en la poesía gauchesca en lengua culta, con el *Lázaro* de Ricardo Gutiérrez. *Lázaro* es un trovador gaucho, si no medieval como los de García Gutiérrez o Larrea, perteneciente a una nebulosa e irreconocible época colonial con castillos, virreyes y señores. Se siente injustamente desposeído ("Los que se llaman reyes y señores/ mi raza condenaron al dolor"; "Como si un monstruo maldecido fuera/ me acosan y desprecian sin piedad"). Al serle negada la mujer que hubiera podido redimirlo hace este juramento:

"Si no hay más Dios que el hombre, sobre el suelo
mi Dios yo mismo y mi justicia soy".

Despreciado por los hombres y desoído por el cielo ("El hombre cortó mi vuelo/ y hasta el infierno caí"; "El cielo me ha maldecido/ el mundo me ha despreciado"), se hace bandolero, jefe de piratas y llega al crimen.

Como *Lázaro*, *Solané* se siente excluido de la sociedad, avasallado, sin que se sepa bien por qué. Y como aquél, piensa que sólo pudo salvarlo el amor de una mujer, hija de un rico hombre de la ciudad. Al no obtenerla y ser perseguido por jueces militares y de paz, "en nombre de la raza argentina" lanza su maldición al "hervidero de gusanos" que es la ciudad, y pone su mirada en el gaucho, "humillado, embrutecido por el fanatismo y la ignorancia: cobarde como clase contra los prepotentes de las altas esferas". Estudiando y aplicándose, decide profesar como reformador social; habla de sus planes a un político de ciudad que los aprovecha, se encumbra y lo olvida. Entonces se convierte en gaucho malo: decide transformarse en caudillo, imponerse por cualquier medio a esa sociedad que lo desprecia y lo persigue. "Valiéndose de las artes de la aristocracia", que quiere aplastar, y "de todos los errores del gaucho", que pretende regenerar, fanatiza a éstos para lanzarlos sobre la ciudad en guerra sin cuartel.

Esta es la trayectoria sinuosa que por boca de su héroe traza Fernández para explicar la degradación de *Solané*, hasta llegar a la noche en

⁶ Citado por FERNANDO DÍAZ PLAJA en *Antología del romanticismo español*, Madrid, Revista de Occidente, 1959.

que sus hordas invaden la ciudad de Tandil y se entregan a la depredación y al saqueo, mientras el Profeta, siniestro y sombrío, lanza su anatema: “Es la hora tremenda de mi destino. Ese rumor es de las turbas inconscientes que me siguen: la sociedad las ha dejado brutales torrentes a disposición de todas las aventuras, y yo me apodero de ellas y las derramo sobre la sociedad como una náusea”.

¿De quiénes se siente intérprete? No sólo del gaucho, sino de una gran porción del pueblo argentino: “¡Les llaman compadritos! ¡Les llaman gauchos! ¡Oh! ¡Les obligan a formar sus propias cadenas! Al compadrito le compran su derecho por un peso papel; a los gauchos los arrojan de la ciudad...”. Es decir, se siente paladín de la campaña y del suburbio, en loco sueño de regeneración social. “Tú conoces la historia de mis dolores —le dice a su compañera Mica—; es la historia del pueblo, la historia del gaucho, del *compadrito*”.

¿Contra qué y contra quiénes lucha? Contra los poderosos; contra los sables de la Policía; contra las bayonetas de los soldados de línea; contra la ciudad, “caburé funesto, que fascina con su mirada brillante, boa que envenena con su aliento”; contra el gobierno autocrático; contra el clero, pagado por el gobierno; contra los sicofantas del periodismo y de los clubs; contra los que gastan coche y tienen fastuosas quintas, al lado del rancho pajizo del gaucho; contra la juventud afeminada de las capitales, vestida por el patrón de la última moda, transmitida desde París por telégrafo; contra la civilización, en fin, “civilización liberticida y corruptora, amasada con injusticias impunes, encomiada por periódicos versátiles y cínicos”. Amplio programa, como se ve, de un socialismo anárquico y romántico, que mal podría amarrar en sus butacas al público de un teatro, allá por 1872.

Ahora bien. Toda esta sublimación la hizo Fernández sobre un hecho real bien distinto, creando un héroe melancólico, justiciero paladín de la clase menesterosa, con Gerónimo Solané, estudiante de medicina, curandero y adivino, apodado “el Profeta de Tandil”, acusado de haber atentado con un grupo de adictos contra esta población, y que fuera acribillado a balazos por mano anónima a través de la ventana de la prisión donde estaba recluso.

Además del tema, lo gauchesco está representado en *Solané* por los personajes que lo acompañan. Las voces deformadas o que se suponen del lenguaje gaucho aparecen subrayadas, técnica que censura sensatamente Ricardo Rojas, porque “le da carácter de cosa hechiza y remeda-

LETRAS

da o de pedante precaución cultista, contraria a las tendencias del criollismo en literatura".⁷

JUAN MOREIRA.

No sólo el poema épico y el teatro se propondrían, con estilo panfletario, acumular todos los reproches sobre la ciudad, para defender al habitante de la campaña, en réplica vibrante a la "civilización y barbarie" del *Facundo*.

También la novela, siguiendo la pauta de ciudad que le había impreso Mármol, hará, bajo la influencia de Zola, análisis descarnado de aquella, exhibiendo sólo lacras y úlceras. Argerich, Cambaceres, Podestá, Sicardi, Martel, descubrirán los males de la ciudad durante la década del ochenta al noventa. Los *Medallones y perfiles* de Ceferino de la Calle, o *La sociedad y sus víctimas*, de Matías Calandrelli (prologuista de Solané), rubricarán las declamaciones de Fernández sobre la ciudad, "caburé funesto, hervidero de gusanos".

Pero antes que ellos, con la técnica del folletín, la enjuiciaban indirectamente desde las páginas del periódico LA PATRIA ARGENTINA los novelones gauchesco-policiales de Eduardo Gutiérrez, defensor de aquellos compadritos y gauchos de Fernández, aptos como aporte electoral o para soldados de línea, cuyas hazañas y desgracias relatará.

Así la campaña, que sólo había aparecido marginalmente en alguna obra de Cambaceres, o con perfiles borrosos en las de Santiago Estrada o Enrique de Vedia —aparte el caso de Hudson—, se llenará ahora de "gauchos, malevos, milicos y montoneros".⁸

La misma pluma que estampa en LA PATRIA ARGENTINA las quejas de un ciudadano atropellado en una fonda por un provocador y un policía, o el atraco a un juzgado de Paz de San Justo por un ex oficial y varios ex milicos; o el ataque a una población por un contingente de indios y gauchos, noveliza sobre el pupitre de la redacción del periódico los sucesos que la realidad le ofrece.

⁷ RICARDO ROJAS: *Un dramaturgo olvidado: Don Francisco Fernández y sus "Obras dramáticas"*. Instituto de Literatura Argentina (Sección de Crítica, tomo I, N.º 1).

⁸ GERMÁN GARCÍA: *La novela argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 1952.

Y la noticia que los periódicos traían el 1º de mayo de 1874 —matizada de distintas formas según la imaginación de los cronistas⁹— sobre la muerte del guapo electoral Juan Moreira, no había de ser desaprovechada. La vida del “espíritu más virilmente templado que haya existido en América” pero que “deja atrás a los novelescos bandidos que han figurado en fábulas aterradoras”, según expresión del periódico de Gutiérrez, había de pasar al folletín, a pocos años de haberle sido arrebatada por la bayoneta de Chirino —desde el 28 de noviembre de 1879 al 8 de enero de 1880—, como ejemplo de “un alma fuerte y un corazón generoso, que al frente de un regimiento de caballería hubiera sido una gloria patria, y que empujado a la pendiente del crimen no reconoció límites a sus instintos salvajes, despertados por el odio y la saña con que se le persiguió”.

El mote de “vago y mal entretenido” que las autoridades de Navarro estamparon en el prontuario de Moreira era la mejor recomendación del personaje a la pluma de Gutiérrez, empeñado en demostrar, como Hernández, la arbitrariedad y la injusticia que había a veces detrás de esa caracterización policial, que dejaba indemne en sus manos a quien la ostentara.

Conocido es el éxito que logró la novela. Buenos Aires tenía su folletinista. Y así como Eugenio Sue prolongaba el éxito de sus folletines en los teatros populares parisinos, para los que escenificó los pasajes más patéticos de *Los misterios de París* o del mito de *El Judío errante*, Gutiérrez accedió a llevar al circo de los Podestá el mito de su *Juan Moreira* en 1884, pero bajo la forma teatral con que vivían otros personajes parecidos —*Los bandidos de Sierra Morena*, *Los brigantes de Calabria*—, es decir, la pantomima.

Cuando en 1886 a la pantomima inicial se le añade letra, *Juan Moreira* lo mismo atraerá al público de la campaña que al de la ciudad; y no solamente por las costumbres gauchas que en la obra se exhibían, sino por seguir las aventuras de quien sabían perseguido, más que por la muerte de Sardetti, como lo contara Gutiérrez, por sus desafueros de matón en pro de determinadas facciones políticas. Pero bien pronto desaparecen del libreto los dos cuadros en que Moreira pone sus armas a favor del político Marañón —aunque probatorios de su hidalguía—, para que

⁹ Véase: M. E. L.: *Juan Moreira. Realidad y mito*. Buenos Aires, s/e., 1959.

LETRAS

no quedase del gaucho sino la fama de su desdicha de perseguido porque el Alcaldé codiciaba su mujer.

Un espectador desinteresado de la época, Alfredo Ebelot ¹⁰, comentaba escuetamente que muchos de los perseguidos por vagos eran gauchos que habían tratado de llevar una vida organizada y regular, pero que “un día habían tenido que saltar precipitadamente en pelo sobre su mejor caballo, y disparar de la partida de la policía que venía a sorprenderlos a fin de mandarlos a un batallón atados codo con codo. ¿Por qué razón? Porque el juez de paz codiciaba su mujer, o un oficial su parejero, o porque no votaba con docilidad, u otros motivos análogos”. El último de los motivos había decidido la internación de Fierro en el fortín; Gutiérrez aduce el primero para la persecución de Moreira.

El activo reclutamiento de milicias que la decisiva expedición al desierto de Roca había impuesto desde hacía pocos años, reavivó el furor de la campaña contra este reclutamiento ilegal, abusivo y discriminatorio, y dejó un odio mortal hacia la partida policial. El mismo público que en el almacén de campaña compraba su *Martín Fierro* junto con la caña o la yerba, se iba a volcar, primero en el circo, más tarde en los teatros, para aplaudir las hazañas casi legendarias del gaucho Moreira, de quien se decía que “su lujo era peliar con las partidas” y que “no había justicia que le viniera bien”.

Y el mito hará de él oráculo gaucho. En 1891 dos semanarios políticos —en Uruguay y Argentina— llevan su nombre. El uruguayo dice que, como Juan Moreira “Tuito lo que siente el pecho/ escribiré en el papel/ pa ser a la fama fiel”; el argentino aclara: “Bueno es que se sepa que *Juan Moreira*, como su homónimo el personaje popular, no se ha de morder la lengua para llamar a las cosas por su nombre”. Es decir, se ha producido una hipóstasis Fierro-Moreira, en que se le atribuyen al gaucho pendenciero las cualidades del “cantar opinando” de Fierro.

Juan Moreira gana primero el favor del público gaucho a quien estaba destinado y más tarde el del público porteño, decisivo factor en el ulterior desenvolvimiento del género. Frente a los largos y panfletarios parlamentos de *Solané* —verdaderos programas políticos transformados en monólogos teatrales— que hacen desmayar algunas audaces situaciones escénicas, el diálogo de *Juan Moreira*, reducido al mínimo, es sólo pretexto para las convencionales pero efectistas fases de la acción.

¹⁰ Citado por CARLOS ALBERTO LEUMAN en *La literatura gauchesca y la poesía gaucha*. Buenos Aires, Raigal, 1953.

Su éxito llena la escena de nuevos dramones gauchescos semejantes, de los cuales merecen ser recordados, principalmente, *Juan Soldado*, de Orosmán Moratorio; *Julián Giménez*, de Abdón Arosteguy y *Cobarde*, de Vicente Pérez Petit. Junto con otros, muy malos, ayudaron a sostener la continuidad de un teatro que, por una feliz concurrencia de autores, actores, público y crítica, auguraba al espectáculo perduración.

Aquellos autores trataron de disciplinar la anárquica materia tratada en *Juan Moreira*, intentando introducir algo de verdad en la ola de ingenuos y bárbaros dramas gauchescos que el éxito de *Juan Moreira* había desatado, en un afán de infundirle el elevado acento de reivindicación social que el poema de Hernández ostentaba y que el fallido intento de *Solané* había pretendido. En *Juan Soldado*, de Orosmán Moratorio, está patente, desde su título, esa intencionada finalidad. El autor califica a su obra de drama gauchesco, satírico-político, y los dos actos de que consta están precedidos y epilogados por sendos diálogos en el despacho de un ministro. En la primera conversación el ministro lee un suelto de un diario opositor en que se habla del paisano, "ese pobre paria, que sufre toda clase de persecuciones y vejámenes", porque "cualquier caciquillo insolente se cree dueño y señor de vidas y haciendas"; porque "las garantías constitucionales han desaparecido". Se ofrece al director del periódico un "salvoconducto" para visitar como un gaucho cualquiera la campaña. En el epílogo, ante las noticias desconsoladoras del periodista: "La campaña aterrada, entristecida... La autoridad imponiéndose por el miedo y el azote... Los montes llenos de utilísimos ciudadanos que huyen —oh sarcasmo— de la justicia que debiera ampararlos... Grupos de infelices conducidos codo con codo a los cuarteles... Tierras sin cultivo... hogares sin calor... la burla más sangrienta del sufragio popular...", ministro y diputado sonríen con incredulidad:

Quién va a creer esa patraña:
"La campaña es habitable"

Periodista: Su entusiasmo no le engaña:
Habitable es la campaña...
¡Para la gente de sable!

Los dos actos de que consta la obra, tendientes a mostrar ordenadamente todas las calamidades que el periodista descubre, están divididos en seis cuadros. Los tres primeros: *Junto al fogón*, *En las carreras*, ¡Su-

LETRAS

fragio libre! muestran la vida privada del gaucho: en su hogar, ofreciendo los dones de la hospitalidad al forastero; en las carreras, salvando el honor de su flete frente al del comisario, y en los comicios, como veedor. Los tres últimos cuadros: *La comisaría*, *La muerte de un valiente*, *El hombre sin cabeza*, son los de su martirio: en la comisaría, en la huída y en la muerte.

Pero en su afán ejemplarizador, las tintas se cargan aún más, en las escenas de violencia, que en *Juan Moreira*.

La muerte violenta se hace en escena: no sólo la descarga que abate a Juan Soldado, sino que éste —como en la más típica escena de una película del oeste americano— alcanza a matar, antes de expirar, al comandante. Y luego es el comandante quien, moribundo, exclama: “Me ha muerto... Arrástrenlo como a un perro... así... quiero verlo... córtenle la cabeza... y... al arroyo con él”. “Dos soldados, indica la acotación escénica, hacen lo que indica el comandante; el sargento degüella a Juan y echa el cadáver al agua. Otros dos soldados reciben en brazos a su jefe, que expira”.

En el cuadro siguiente, y a la vista de su esposa, que está a punto de perder la razón, se saca del arroyo el cuerpo sin cabeza del infortunado Juan Soldado.

En 1896, *Calandria*, de Martiniano Leguizamón, inaugura una tercera etapa del teatro gauchesco, donde se encontrarán realizadas las mejores posibilidades que el género podía ofrecer. Con ella muere el gaucho rebelde y nace el paisano trabajador, iniciándose nueva perspectiva en el teatro gauchesco, que evolucionará hacia el drama rural. No atenderá ya sólo a lo pintoresco del gaucho ni lo abordará únicamente como problema social, con lucha de matones y partidas policiales, sino que enfrentará cuestiones sociales y económicas: el gaucho frente a la posesión de la tierra, frente al inmigrante, frente al progreso; y tratará de penetrar en tipos y caracteres, aunque en muchos casos no deje de aflorar también simple y jugoso costumbrismo o la reiteración de amaneradas fórmulas pretéritas.



Estudio de bailarinas, dibujo de DEGAS.

Arte

Itinerario artístico mexicano

ROMUALDO BRUGHETTI

EL PROF. BRUGHETTI —cuyos datos biográficos se dieron ya en el número cuatro de esta revista— es titular de historia del arte y del seminario de arte americano y argentino en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Presidente de la Asociación Argentina de Críticos de Arte (1961-62). En 1960 viajó a México invitado por la Universidad Autónoma de México, en cuya Facultad de Filosofía y Letras dictó un curso sobre arte argentino. Después visitó Estados Unidos y luego Brasil, donde dio conferencias en el Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro. A la nómina de sus publicaciones agréganse nuevos ensayos: La escuela pictórica argentina, El arte latino americano, La experiencia artística mexicana y el futuro del arte. Leonardo: pensamiento crítico y arte, La libertad y su expresión en el arte argentino. Asiduo colaborador del diario "La Nación", de Bs. As.

MÉXICO es, en mi conciencia, el país americano más rico en la totalidad de su arte propio, en la proyección esencial del ser del hombre en el artista que se concreta en obra. Y la obra de arte refleja la excelcitud de un país, conjuga un estado religioso, social y humano de un pueblo y le otorga su imperecedera dimensión estética. La Venta, Teotihuacán, Monte Albán, Mitla, Palenque, Tula, El Tajín, Chichén Itzá, Uxmal, Xochicalco, Tenayuca. . . Allí, en obras memorables, no pocas de ellas hoy en el Museo Nacional, vive un principio cosmogónico, una interpretación de la vida, una concepción del hombre y del mundo. Las grandes cabezas y altares de La Venta, las vastas construcciones arquitectónicas de Teotihuacán y de Monte Albán, la majestuosidad sensible de la línea de los mayas unida al refinamiento de sus formas, los rientes rostros totonacas, o la expresividad azteca de la "Coatlicue máxima", documentan ese itinerario único en la historia de la plástica americana: a la par de unidad y diversidad. Diversidad que

se expresa a través de la constante horizontal en la pirámide del Sol y en las esculturas y pinturas teotihuacanas, o en la verticalidad y la línea curva de los mayas; y unidad, en la integración plástica de elementos que se ordenan en la justa medida en que la realidad y la abstracción se definen en cada organismo cultural. El gran arte, en el antiguo México, se funda en una severa concepción del ser y estar en el mundo. Este mundo estaba edificado sobre deidades, y el hombre servía a esas potencias sobrenaturales y existía en función de ellas. De ahí que aún hoy la vida para muchos mexicanos no tiene excesiva importancia aquí, sobre la tierra. Está escrito: "Cuando morimos,/ no es verdad que morimos,/ porque vivimos, resucitamos,/ seguimos viviendo, despertamos./ Eso nos hace felices". Las pirámides, las estatuas, las pinturas, las cerámicas, los códices celebraban o descifraban la gloria intemporal de quienes, eternos, regían la existencia.

Evidentemente, existe un principio de fatalidad en el concebir el arte como una exaltación perenne de los dioses. En mi visión, estimo válido este dato para comprender a sectores del pueblo mexicano, aferrados a una fuerza telúrica y espiritual, de pronto irrumpiendo volcánicamente.

Con la llegada de las huestes de Cortés y sus seguidores, el arte de los viejos ídolos se convierte en ruinas vituperables, y surgen los símbolos teológicos del cristianismo. Prosperan entonces los estilos europeos: el románico, el gótico, el plateresco, el renacentista. Se levantan iglesias y fortalezas para combatir por la nueva fe. Por un momento el mexicano sufre el impacto, no puede erguir la cabeza, pero lo hará lenta y crecientemente. Encuentro, por ejemplo, que el viejo Paraíso de Tláloc, de Teotihuacán, reñace en las paredes, altares y techos desbordantes de plantas, flores, ángeles y santos de Santa María de Tonantzintla. A tal punto se enlazan y entrelazan las formas de la fantasía indígena, que el barroco, siempre tan equilibrado por haber salido del estilo clásico, se trueca en una desbordante selva de signos naturales y símbolos de una religión que permite evadirse de miserias y opresiones terrenas. Este período mexicano está vivo en Tepotzotlán y en Taxco, en la Capilla del Rosario de Puebla y en los retablos resplandecientes de Santa Rosa de Querétaro; de Oaxaca a San Luis Potosí y Zacatecas. El arte tiene esta noble virtud: la de suavizar heridas, dar gozo a las almas necesitadas de confortamiento. El mexicano del siglo XVIII, hombre de arraigo en la tierra de sus antepasados, asimiló el lenguaje del conquistador, pero, le otorgó su tono dominante a través de una inconfundible imaginaria ultrabarroca.

Triunfante la revolución de 1910, se adelanta un movimiento pictórico muralista que tiende a expresar todo el hombre de México e in-

ARTE

corporarlo a una sociedad que soñaron sus lúcidos patriotas. Rivera, Orozco, Siqueiros y otros pintores revivieron con sus pinceles esa gesta. A mi juicio, obras que decoran el Hospicio Cabañas, de Guadalajara, tienen una profunda raíz telúrica y respiran un sentimiento vital humanísimo moderno, y Orozco fue su realizador. Este impulso del arte mexicano ha trascendido las fronteras, cumpliendo un ciclo que cierra Siqueiros en 1960 al evocar plásticamente esta etapa histórica en el Palacio de Chapultepec. De las escuelas de vanguardia del siglo XX y hasta hace una década, sólo el cubismo, el expresionismo y el surrealismo tuvieron repercusión en México. El abstractismo y el informalismo han cautivado a las generaciones actuales. Existe un ahondamiento en el ser interior, en zonas inexploradas de la imaginación y de la materia, expresivas y poéticas, que exigen un más sutil afinamiento plásticopictórico. Inició el camino nuevo Rufino Tamayo; jóvenes intrépidos no se han detenido, en el proceso que va de la imagen a la forma y a la destrucción de ésta para retornar a aquélla, como en los lejanos tiempos de Tlatilco.

IMAGEN - FORMA - IDEA.

Pienso en una tesis de Herbert Read y le encuentro sus conexiones, para el arte prehispánico, con el mito, en su realidad sobrenatural y con el pensamiento religioso que le dio vida. Detengámonos en piezas escultóricas de Tlatilco, de los Olmecas y de las culturas clásicas.

La fineza del modelado de las pequeñas figuras desnudas de mujer reencontradas en Tlatilco, son una delicia de la sensibilidad táctil de un pueblo libre aún de dogmatismos religiosos. La vida —la existencia— fue la inspiradora de esos anónimos artistas tlatilqueños.

Con los Olmecas, se acentúa el rigor estructural y plástico; nace la forma, y ésta va de lo pequeño a lo grande, de una estatuilla de jade a una enorme cabeza o altar de piedra consagrado a las deidades. En el parque de La Venta, en Villahermosa, comprendo hasta qué punto el maíz es la base de las culturas mesoamericanas. El dios del maíz emerge del fondo de la tierra con un niño, y la criatura es el símbolo del maíz que nace. He ahí cómo la imagen se convierte en forma y la forma en idea.

La Serpiente Emplumada y la “Chalchiutlicue” teotihuacanas, las urnas y tumbas zapotecas, las palmas, yugos y hachas ceremoniales toto-

nacas, los templos mayas, son pruebas evidentes de pueblos que ordenan sus concepciones de la vida y de la muerte, y encarnan en el mito.

Forma y mito, viven en la raíz de todo arte en el antiguo México. Quetzalcóatl, Tláloc, Cocijo, Tajín, Chab, son denominaciones diversas de la misma deidad que trae la lluvia, la lluvia que necesita el maíz para crecer. Un hecho natural se ha convertido en un hecho o acto sobrenatural y asume la forma mítica de un dios. Esa forma —a un tiempo real y abstracta— asume la representación de la idea, viviente y trascendente.

JUEGO SAGRADO

Evidencia: los yugos de madera eran usados por los jugadores de pelota, para ceñírselos a la cintura; los de piedra, protegían la cabeza del muerto en su viaje de ultratumba. Ambos tenían una función sagrada; y sagrado era el juego de pelota. Observo en el Museo Nacional una pieza de barro, de la Colección Covarrubias. Tiene el yugo cabeza de serpiente, el personaje luce el sol en la pierna derecha, una cabeza trofeo ostenta en una mano, le pende un pectoral y tatuajes enmascaran la cara.

¿Hay que recordar que el jugador de pelota tenía por máximo honor el triunfo en el juego? Con su triunfo se disipaba el temor de que el sol pudiera no volver de su cotidiano ocaso; se cumplían, así, los destinos de la vida.

¿Hay que recordar que el jugador de pelota era un iniciado o sacerdote? Se dice que el vencedor es quien entregaba solemnemente su cabeza, y no el vencido. . . Sea como fuere, en uno de los tableros de la cancha de pelota de Chichén Itzá se ve a un jugador hincado en tierra, decapitado; de su cuello brotan siete chorros de sangre como ramas en forma de serpientes y, de la cabeza de una de ellas, flores y frutos.

TEOTIHUACÁN

Teotihuacán, “el lugar donde se enterraban los señores”, vio el esplendor de las pirámides del Sol y de la Luna, la Ciudadela con sus altares y el templo de Quetzalcóatl. Miro las imponentes formas piramidales, recorro la Ciudadela, me retienen los símbolos esculpidos de Tláloc y Quetzalcóatl; y visito los antiguos palacios, residencias de sacerdotes, cuyas ruinas han sido pacientemente desenterradas. Despiertan mi refle-

ARTE

xión formas ornamentales de esa cultura. Observo —pintadas— flores, hojas, frutos, plumas, manos, figuras cantando, y me digo: este pueblo amaba la vida, la vida más allá de la muerte. Quetzalcóatl —sacerdote, profeta, rey, figura comparable a Jesús, a Buda, mito—, por sobre la sólida organización militar y sacerdotal, buscó civilizar las viejas costumbres, reducir los sacrificios, ofrendar a los dioses animales, flores y frutos, no personas. Quetzalcóatl es el símbolo de “la estrella de la mañana”. Laurette Séjourné, en cuya compañía visito las ruinas de Zacuala, palacio descubierto por esta sensibilísima investigadora, me muestra restos de muros pintados de rojo y el Quetzalcóatl rojo. El rojo de la aurora o la eterna resurrección.

RITO Y ARTE

Aconsejo visitar Monte Albán, antigua ciudad ceremonial zapoteca, al atardecer. Veo la amplia plataforma, en la que están construidos los templos, ligeramente cubierta de una delicada niebla y una atmósfera rosada que sube de la tierra y envuelve masas y perfiles. Las luces de la tarde caen sobre los templos y la gran plaza, y se animan las sombras, adelantadas de la noche.

A esa hora el dios murciélago —deidad zapoteca— con sus alas nocturnas iniciaba su reinado. Y las lenguas de fuego sobre los altares, las músicas y las danzas, desplegarían su ritual en la noche mágica y sagrada. No en vano, aun antes de los zapotecas, los olmecas labraron en la piedra los “Danzantes” y aquéllos erigieron después en la piedra vastos templos, pirámides y altares. El rito, nacido de un sentimiento vital, arraiga en las formas del arte.

MONTE ALBÁN, MITLA, PALENQUE

En Monte Albán se admira el genio inventivo de los arquitectos zapotecas. El espacio vacío y las grandes masas se conjugan en una unidad admirable. Los edificios reposan en sus volúmenes, y las masas se oponen y complementan, atentas a las modulaciones de la luz y la sombra. La arquitectura se alía a la plástica, ordena ritmos y cadencias y concilia la simetría en la asimetría. Asimétrico es también el conjunto arquitectónico de Teotihuacán. La vida —el movimiento— impera por sobre el estatismo de lo inerte.

En cambio, los mixtecas —vencedores y sucesores de los zapotecas— en Mitla rinden tributo, en ese “lugar a donde iban los muertos ilustres”, a lo invariable. La arquitectura es rigurosamente simétrica, el espacio rehuye el impulso. Pero el artista mixteco acude, por oposición, a las grecas que animan las superficies en la calidad de los dibujos y las composiciones en relieve de los mosaicos de piedra engastada. Las grecas más hermosas cubrían el recinto de las tumbas de los reyes y grandes del reino. Vida y muerte se unifican. Y si no bastaran las grecas, las joyas mixtecas, encontradas en la tumba 107 de Monte Albán por Alfonso Caso, señalan la necesidad de que el personaje muerto continúe viviendo en el más allá con sus adornos más bellos.

Esta creencia domina en la tumba del Templo de las Inscripciones, de Palenque. Una lápida de piedra cubre la tumba descubierta por Alberto Ruz Lhuiller; dentro de ella el personaje yacente tenía la cara recubierta de una máscara de jade y en el cuello y manos collares, brazaletes y anillos; en lo exterior, la lápida inscribe el triunfo de la vida, la vida que se manifiesta en la gallarda planta de maíz sobre la cual canta el quetzal. El grano no muere: se transforma, revive.

CHICHÉN ITZÁ

Visto desde El Caracol, Chichén Itzá es un mar verde sobre el cual emergen islotes y navegan nubes blancas.

El Templo de los Guerreros es de un efecto arquitectónico que no conocieron ni Teotihuacán, ni Tula, ni Monte Albán. La simetría tolteca es realizada por las líneas ondulantes de los mayas de Yucatán.

A la distancia se destaca nítidamente la masa del edificio, las columnas truncadas, la empinada escalera y la figura del Chacmol, arriba, entre el arabesco suntuoso formado por dos grandes serpientes que elevan la cola de cascabel en un juego audaz del volumen que se curva hacia adelante, reverente y solemne.

El Castillo impresiona por sus enormes escaleras verticales, sus ángulos redondeados, sus tableros de líneas quebradas. A la vez, el Templo de los Tigres, detrás de la cual está el Juego de Pelota, emerge gigantesco y en bloque. Entre ambos templos está el Adoratorio de Venus, dedicado a este planeta, con el relieve de Quetzalcóatl y las serpientes, los signos de la astronomía y del calendario, y otro Adoratorio, el de las Águilas y los Tigres, y el friso de las Calaveras. (Las calaveras: símbolos de la vida y de la resurrección).

ARTE

Nada más clarificador de la teocracia maya tolteca que la composición esculpida en relieve al pie del Templo de los Tigres. En ella se ve el rostro del dios Chac, de cuyos ojos brotan lágrimas que forman el agua, agua que trae el movimiento y la vegetación (vida natural), y allí están el caracol (la fecundidad), los peces, el ave, la serpiente y, finalmente, el guerrero-personificación de la idea. El guerrero-sacerdote-monarca, suprema autoridad comparable al dios Ytzamná.

El tiempo clásico maya de Chichén Itzá está en la Iglesia y en las Monjas. Los frisos de piedra tallada recubren los edificios casi por entero, y las formas sutiles, sensibles a la luz, participan de la existencia misteriosa y fascinante del arte.

LAS MONJAS DE UXMAL

Hay, en el Cuadrángulo de las Monjas edificado hacia el siglo VIII ó IX, una medida constructiva hecha de equilibrio y armonía en el embalsamamiento de los relieves representativos que cubren las fachadas en los cuatro edificios, ubicados a distintos niveles y que encierran el espacioso patio. Estos edificios son de esquinas redondeadas, con un airoso gancho o nariz saliente, característica de Chab.

Cada cuerpo de edificio, en su parte superior, ha sido decorado con signos y símbolos de la mitología Maya. El concepto es religioso, pero el efecto es de calidad estética. La belleza importa en los mayas, no sólo la verdad de los símbolos hieráticos de Teotihuacán o de Tula. Existe gravedad en Teotihuacán, existe fineza en Mitla, existe orden y belleza en el ritmo curvo y sensual de la arquitecturaescultura de Uxmal.

El friso del poniente es el más suntuoso y rico. Sobresale la parte tallada en piedra, alzándose sobre una cornisa rematada en sus extremos con una cabeza de serpiente. El friso ofrece figuras verticales con grecas y estrellas, cabezas y cuerpos de serpientes, y la composición tiene unidad constructiva, variedad formal, hieratismo y movimiento elegantemente conjugados.

¿Barroquismo maya? Una riqueza de formas representativas se multiplican en los arabescos, los perfiles, las aristas, los objetos que dinamizan la superficie.

Los frisos muestran distintos dibujos y van éstos de lo simple y lineal a lo curvo y complicado, en la fastuosidad del decorado, como el que está al Este. Las puertas, en cada uno de los cuatro puntos cardinales,

han sido ubicadas con un criterio a un tiempo astronómico, funcional y artístico. Estos edificios estaban recubiertos de estuco, procedimiento que señala desde la pirámide de Uaxactún una imaginería maya ya madura en el siglo iv. No menos el color resaltaba en las bandas en relieve.

Entrando del lado Sur al patio, el espacio, el cielo y los edificios encienden su contrapunto. La escalera de enfrente, los templetes, los espacios de las puertas y el decorado resaltan el hechizo. La verticalidad opera en los repetidos mascarones de Chab y, entre ellos, las franjas horizontales alternan con grecas y estrellas. Siempre las constantes alucinantes: la síntesis lineal y formal y el desborde tropical conjugado; realidad y fantasía. La vida cotidiana y la magia de las deidades protectoras en el incesante movimiento de la vida que vuelve.

Al Palacio del Gobernador, se asciende desde las Monjas por una amplia y empinada escalinata. Edificio rectangular, ofrece dos arcos entranques que quiebran la superficie uniforme de su fachada y le otorgan esa riqueza del movimiento que se celebra en la arquitectura maya. Esta riqueza está presente estupendamente en los ornamentos, dispuestos con habilidad y fineza de modulaciones para producir una visión sin pesantez frente a la majestuosidad de las formas estéticas geométricas.

Desde el Palacio o desde el templo de las Tortugas, el ojo capta la unidad del conjunto arquitectónico de la antigua ciudad de Uxmal: el templo del Adivino en forma de pirámide y con una escalera vertical, el cuadrángulo de las Monjas, las cresterías del Palomar, etc. Uno de los espectáculos más hermosos que me ha sido dado en mi viaje mexicano.

Sólo las bullangueras golondrinas en el aire azul, las pacíficas iguanas y el chillido de algún pájaro errante quiebran el reposo de las ruinas uxmaleñas.

El arte no es la historia, evidentemente; pero la historia del hombre se enriquece con estos templos y edificios yucatecos.

ORIGEN POLINÉSICO

Observo en el museo de Villahermosa (Tabasco) una escultura muy antigua, casi abstracta en la simplicidad de sus líneas talladas en la piedra; procede de Mexcala, estado de Guerrero. Covarrubias señala este sitio como probable cuna de la cultura de La Venta. Esa escultura podría tener origen polinésico, pues se piensa que pertenecían a esa raza quienes

ARTE

desembarcaron en la costa este de Guerrero hacia el segundo o tercer milenio antes de Cristo.

Las obras del museo de Villahermosa y del parque de La Venta, en donde están instaladas cabezas, altares, estelas y estatuas olmecas, son obra de una cultura superior, enérgica, ceremonial, que sale del misterio para volver a él en la magia del mito.

La gran "Cabeza riente", del Museo, tiene la belleza taciturna y grave de un enigma quebrado por la sonrisa inscripta en la piedra. ¿Se remonta a la época en que florecieron las Nikés griegas? Es posible.

LA COATLICUE MÁXIMA

Los aztecas reivindicaban sus orígenes toltecas. La "Coatlicue máxima", escultura en andesita, es su expresión culminante. Bastaría esta estatua para mostrarnos la potencia de un pueblo crador. El artista tolteca acoge la mística azteca y la eleva a una realidad superreal lograda con justeza de observación, expresión y estilo. La Coatlicue, diosa de la tierra, de la vida y de la muerte, madre de los hombres y de los dioses, surge con su impresionante grandeza. El "David", de Miguel Angel, es la culminación de un proceso judeo-greco-renacentista; la Coatlicue, de los aztecas, responde al espíritu de una raza guerrera y sanguinaria. ¡Qué distancia de la Chalchiutlicue teotihuacana, ésta plasmada en el plano bidimensional, serena y noble en su imperturbabilidad de diosa, frente a la Coatlicue máxima, expresionista, superrealista, ultrabarroca, macabra!

ULTRABARROCO

Celebro el arte imaginativo de los retablos dorados, la concepción audaz, la artesanía impecable, la riqueza y variedad de los detalles, tan distintos y no obstante de una unidad religiosa y estética que da fe de los artistas y artesanos notables que en ellos trabajaron. Sirvan: Santa Rosa y Santa Clara en Querétaro, San Agustín en Salamanca, La Valenciana en Guanajuato, y las notables Capillas del Rosario en Puebla y el Camarín de la Virgen en Ocotlán, de linaje culto, y Santa María de Tonentzintla y San Francisco Acatepec, de íntimo sabor popular, o Santo Domingo de Guzmán en Oaxaca, iglesia que reúne ambas modalidades. En unos la robustez y la gracia; en otros, el primoroso tallado casi filigranado; en los más, la visión exaltada de una obra resuelta bellamente. El sentimiento religioso ha inspirado a sus creadores, pero, pensando en Gide, con bue-

nos sentimientos. . . se puede hacer un mal arte. Aquí el sentimiento se une al arte y edifica esos suntuosos y líricos cantos de madera sobre los cuales el oro bruñido alza su voz. Un alarde de buscar a Dios. Un partir de la tierra y sus elementos naturales y sensuales y tentar la vía del cielo.

EL SOL EN SANTA CLARA

El alma barroca conduce a la pomposa certidumbre de que la nada debe ser rodeada de fausto para tener existencia verdadera. ¿Necesitaba de esta pompa el Cristo sufriente y lacerado? (Entre los antiguos mexicas, nadie pensaba en el dolor del prisionero o del mancebo elegido entre sus iguales para ofrendar en la piedra de los sacrificios el corazón y la sangre a sus dioses voraces).

El sol entra por las ventanas de Santa Clara y cumple su ejercicio milagroso: los oros de los retablos y sus formas innumerables en la elegancia de los estípites (delgadas formas piramidales invertidas), los marcos suntuosos, las tallas perfectas, los espejos engañosos y las líneas de la fantasía, enemigas éstas de lo grave y lo inerte, adquieren el resplandor previsto en el flujo y reflujo de la luz, en su delicadísimo diálogo con la escurridiza sombra.

PINTURAS DE OROZCO

La pintura mural se vale de símbolos; sean mitológicos, cristianos o modernos. José Clemente Orozco ha sintetizado, en la ex Capilla del Hospicio Cabañas, de Guadalajara, la Conquista en su opuesta lucha: la sanguinaria de la espada del español contra el nativo, presentando un Cortés mecanizado, cuyo cuerpo está construido con chapas soldadas, que hiere y mata como una máquina; y la del franciscano que consuela, alivia, suaviza las heridas que abrió la guerra y el mal trato hispano, con los indígenas a los pies del fraile caritativo. Este "leit motiv" se repite en la obra del artista, el cual condena por igual los sacrificios tributados al voraz Huitzilopochli.

Orozco alienta una política más alta. Pinta el retrato del fundador del Hospicio —el piadoso obispo Cabañas (1732-1824)— y pinta a los franciscanos que humanizan la Conquista. La Conquista tiene la espada, y la cruz, a la que se abraza Felipe II, pero España tiene también a Cervantes y El Greco, los genios del arte y la literatura; y el Cristianismo a

ARTE

Jesús, cuyo amor abate a los tiempos antiguos; y la Vida tiene múltiples formas fecundadas, el fuego de la inteligencia o Prometeo, símbolo de una humanidad nueva.

En lo que atañe a sus valores, el vasto espacio pintado en múltiples paneles tiene tres momentos culminantes: un primer momento, en que aparece entre llamas destructoras el guerrero mecanizado que monta un caballo de dos cabezas y otro jinete que pisotea a sus víctimas. Es una composición dinámica, de líneas gruesas y de planos modulados: los colores no sólo recrean formas reales, son colores desunidos que se agolpan y agitan desde el fondo y fijan el clima trágico, en la oposición de las tintas rojas y celestes, en el contrapunto cromático y en la intensidad de las formas.

Un segundo momento: el de los guerreros con sus espadas desenvainadas, concebidos semiabstractamente como instrumentos desatados de la destrucción. Ha logrado el pintor densos tonos grises y pardos sobre fondo de verdes y azules, de una energía arrolladora.

Y un tercer momento: la pintura de la Cúpula, obra maestra de Orozco. La Cúpula ha sido pintada con grises, verdes y negros, sobresaliendo las dos figuras echadas y otra de bruces, reforzado el dibujo con el blanco de las líneas que definen las fisonomías humanas y las manos rectoras. La figura cumbre del fondo está representada por el Hombre de Fuego, una forma color estallante y simbólica en la concepción oroquiánica. Orozco pintó a Prometeo con tonos rojizos, negros y verdes, y el cielo brilla sobre el personaje mítico en el contraste de los rojos refulgentes que van del claro al oscuro, del naranja al violáceo. La composición respira una atmósfera expectante, de misterio, de iluminación; virtudes que Orozco logró en esa Cúpula memorable, como si se tratase de su *autorretrato* ideal.

Al vasto espacio de la ex Capilla, en el curso del día llegan voces de niños y niñas que salen de los patios y corredores que lo circundan; esas voces resonaron en los oídos del pintor solitario, rebelde y esperanzado.

RIVERA EN CHAPINGO

Diego Rivera pinta también una ex Capilla, en Chapingo, en una antigua hacienda ocupada hoy por la Escuela de Agricultura.

Rivera es múltiple y desigual. Hay unidad de estilo en Orozco, hecho de pasión por la masa y el color, y lo hay en Rivera, por conducto

de la línea y el volumen al modo de los italianos prerenacentistas. Pero, en Chapingo, el estilo definitivo no está formado; de ahí que estamos frente a la diversidad de técnicas del mejor Rivera, para alcanzar después la que lo define, o sea, cuando pinta a Zapata con su caballo blanco en Cuernavaca, o los dos campesinos cosechando, de la Escalera del Palacio Nacional. Aludo aquí a dos fragmentos que evocan a esa rara unidad de línea y volumen que hizo la grandeza de un Paolo Uccello y que Rivera emuló. Rivera, en la ex Capilla de la Escuela de Agricultura es, a la vez, trecentista, cuatrocentista, renacentista, cultor de formas del novecientos español y con atisbos de modernidad siglo xx. Trata, en Chapingo, de conciliar la realidad con la síntesis geométrica. Y no anduvo equivocado: una razón de diversidad enriquece la unidad. Pues en Chapingo cada técnica está cuidadosamente desempeñando su rol. Por ejemplo: las escenas de la lucha campesina están inscriptas en las formas que señalarán su nombre: la línea sintética que define volúmenes uniformes de color. Esas escenas reciben la luz de las ventanas, luz que realza su procedimiento y su expresión, en tanto las figuras del fuego, de la germinación, de la fecundación y de los frutos, tratados con pequeñas pinceladas, están como veladas y en sombra. En el cielo, con figuras y símbolos remarca Rivera su plasticidad, manifiesta por la estructura y sin descuidar la anatomía de los cuerpos. Esas figuras, así concebidas, glorifican el cielo, la tierra, el sol y la estrella simbólica. Son figuras de contextura miguelangelesca, semejantes en su estructura a las manos de las "lunetas".

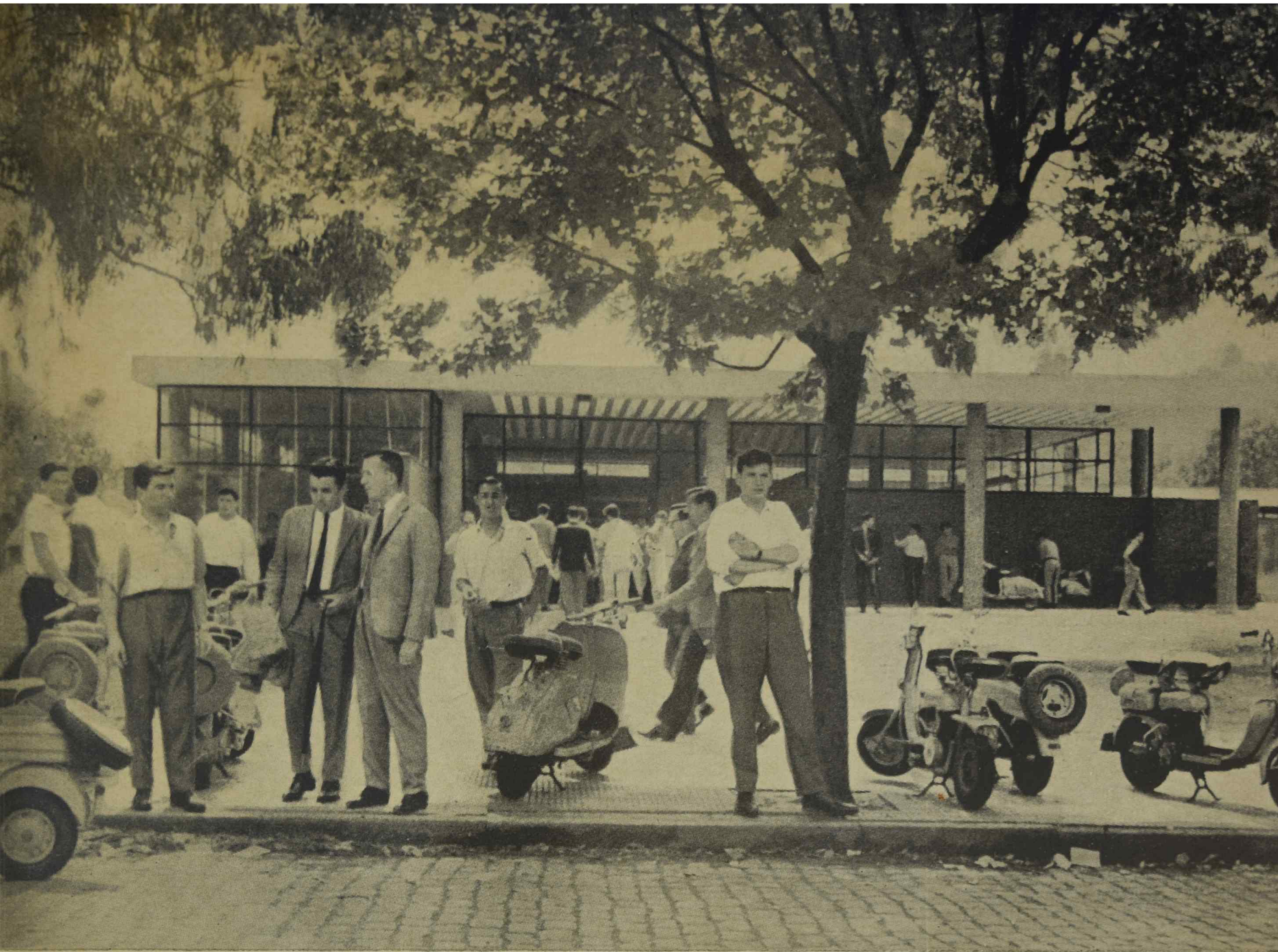
Se piensa en el Renacimiento; la Capilla de Chapingo es como el fin de esa linajuda Escuela, con sus virtudes y defectos en Rivera.

MÉXICO Y EL ARTE ACTUAL

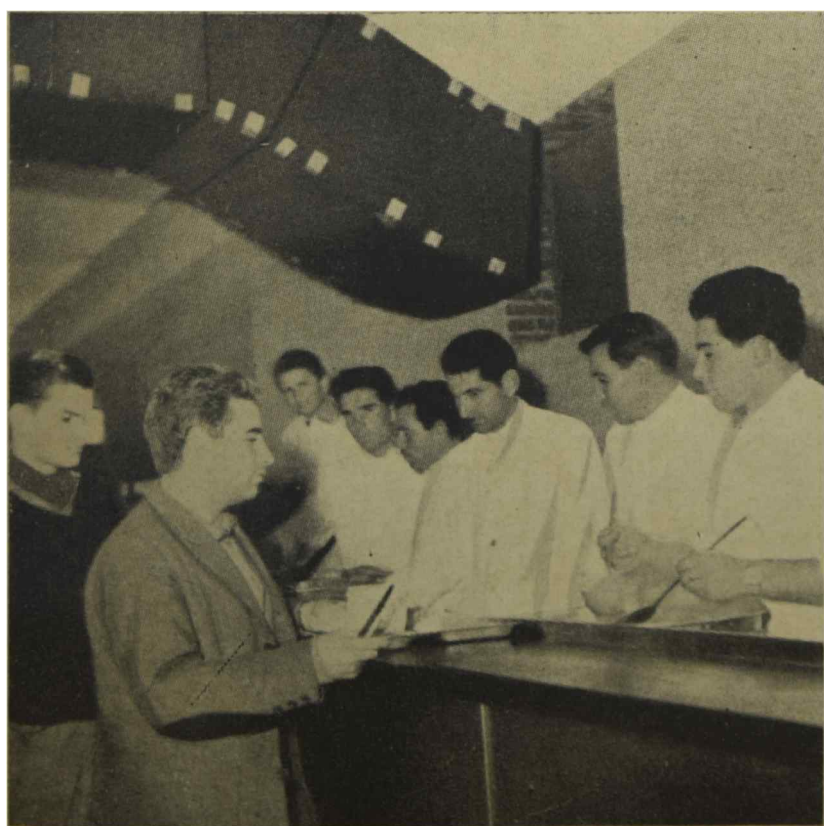
El arte mexicano se define por su trascendencia. En él alternan lo "clásico" o geométrico o simbólico u objetivo significativo y lo "barroco" o romántico o expresionista o subjetivo. Modernamente: "clásico" es Rivera; "barroco" es Orozco. Encuentro válidas para los artistas actuales de México, estas palabras de Paul Klee: "No hay que imitar a la naturaleza sino crear como ella".



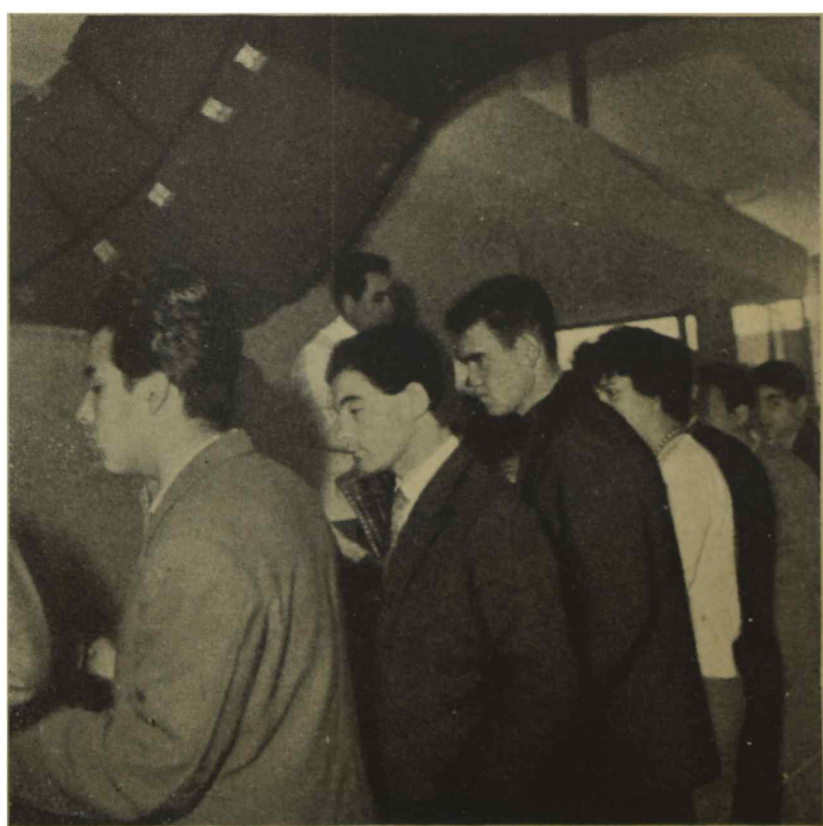
Maternidad (1954), escultura en hierro y bronce, de 0,40 x 0,40, por NOEMÍ GERSTEIN, argentina contemporánea.



Vista del nuevo edificio del comedor universitario de la Universidad Nacional de La Plata, inaugurado el 27 de febrero de 1961. Esta dependencia de la "Ayuda mutua de los estudiantes" fue instituida en 1936.



El comedor es de autoservicio: el estudiante recibe en bandeja especial un menú de dos platos y postre.

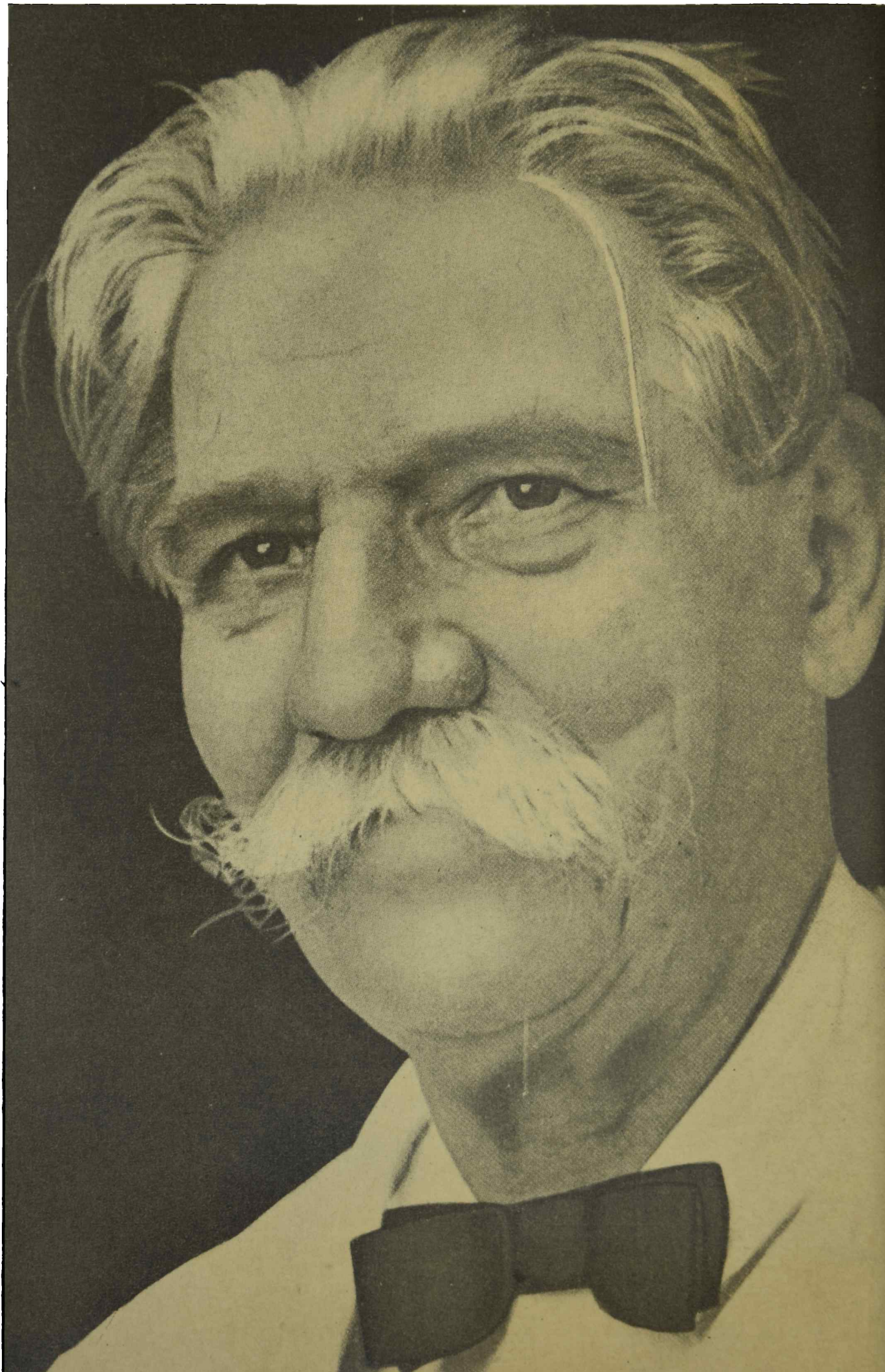


Para hacer uso del comedor el estudiante retira un "vale" que le cuesta cinco pesos por comida.



El comedor universitario sirve 7.000 comidas diarias, en horarios de tres horas: de 11 a 14 y de 19 a 22. Durante el año 1960 suministró 1.800.000 comidas.





DR. ALBERTO SCHWEITZER
Médico y Humanista
Premio Nobel de la Paz, 1953

(Véase en este número el artículo del Dr. Hans Zewellger, que trabajó con él en su hospital de Lambarené, Africa).

Enseñanza

Bases para un plan de estudios de ingeniería

JUAN SABATO

NACIDO EN 1904, EN el pueblo de Rojas (Prov. de Buenos Aires). Se graduó en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de La Plata, en la que es profesor titular desde 1930. Profesor en la Escuela Superior Técnica del Ejército y en la Universidad Tecnológica Nacional, de cuya Facultad Regional La Plata es decano. Ha sido miembro del Consejo Superior de la Universidad de La Plata y del Consejo Académico de su Facultad de Ingeniería, de cuyo departamento de Electrotécnica ha sido director. Representó a la misma Facultad en diversos congresos de ingeniería. Fue asesor técnico de la Comisión de Servicios Públicos del Concejo Deliberante de Buenos Aires. Miembro de las comisiones investigadoras de los grupos eléctricos CADE, CIA-DE y ANSEC. Autor de muchos trabajos sobre temas científicos, técnicos, económicos y educacionales.

LAS facultades de ingeniería tienen una doble misión: formar los profesionales que el país necesita y desarrollar la investigación técnica y científica, fundamento del progreso del mismo. Ambas misiones son interdependientes y se cumplen en niveles distintos: puede considerarse aceptable la primera, pero necesariamente debe mejorársela; con muy pocas excepciones, la segunda se cumple en forma extremadamente discreta. Desarrollaremos algunos puntos de vista que tienden a contribuir a la solución del problema. El título de ingeniero otorgado por una Universidad debe corresponder a una enseñanza de máxima jerarquía técnico-científica. Para alcanzar este nivel se necesita: 1. Un personal docente altamente capacitado; 2. Alumnos con vocación y aptitudes; 3. Laboratorios bien equipados; 4. Un plan de estudio adecuado. No obstante contar con un material humano que podemos calificar como muy bueno, las condiciones 1 y 2 no se cumplen satisfactoriamente en nuestras universidades.

EL PROBLEMA DEL PERSONAL DOCENTE

Podríamos disponer de un personal docente de primera categoría; analicemos cuáles son las razones que, a nuestro juicio, no han permitido que se haga efectiva una de las condiciones fundamentales para elevar el nivel de los estudios de ingeniería.

Debemos comenzar con el recuerdo de un antecedente que ya pertenece a la historia de nuestra Universidad: en el corriente año de 1961 se cumple medio siglo de la llegada al país del ing. Simons, contratado por indicación de otro maestro, el doctor Bose, para organizar los estudios de electrotecnia. Simons fue un auténtico maestro que inmediatamente comenzó a hacer escuela; si se revisan las publicaciones técnicas de la época, nos encontramos con trabajos de investigación realizados por Simons y sus colaboradores, los pocos estudiantes de la especialidad y jóvenes ingenieros electricistas que se formaron a su lado.

Hecho en la escuela alemana; incorporó a nuestro medio, en su especialidad, las características de trabajo de aquélla: dedicación a la enseñanza y a la investigación, sin descuidar una actividad profesional de alto nivel, especialmente en forma de asesoramiento a la industria, cuando se trata de profesores de asignaturas directamente vinculadas con el ejercicio de la profesión.

Lamentablemente Simons desaparece en forma prematura en 1918; nunca ha sido reemplazado hasta ahora. Y no obstante haber contado el Departamento de Electrotecnia de nuestra Facultad con algunos profesores de jerarquía, desapareció con Simons el ambiente que creara para los trabajos de investigación.

Estamos seguros que si Simons hubiese actuado en nuestro medio una década más, habría arraigado en forma definitiva la modalidad de estudio y de trabajo que creara, tal como pasó en el Instituto de Física, especialmente por la acción de Bose y Gans. A los cincuenta años no nos encontraríamos enfrentados con la triste realidad de tener que comenzar de nuevo. Este ejemplo nos indica claramente cuál es uno de los factores humanos decisivos para crear y desarrollar el hábito de la investigación, condición indispensable para impartir una enseñanza de alto nivel.

¿Por qué la investigación técnica y científica en nuestra Facultad de Ingeniería (excluido el Instituto de Física y el Departamento de Ma-

ENSEÑANZA

temáticas que merecen consideraciones aparte) no se ha desarrollado en general, con el consiguiente reflejo en la actividad docente?

En parte es cierto que una de las razones principales ha sido la escasa remuneración al personal docente, de tal manera que en la mayoría de los casos, esa remuneración no fue considerada sino como una ayuda de costa, como una entrada más. A medida que se fue ampliando el campo de actividad profesional del ingeniero y a medida que aumentaban sus obligaciones, bien por el aumento de la familia a su cargo o bien por el encarecimiento de la vida, fue diversificando sus tareas en detrimento de la atención de sus obligaciones docentes; se fue paulatinamente acentuando la dispersión de esfuerzos en los más variados sentidos y desarrollándose en forma insensible el deseo justificado de ganar más dinero, destinado a satisfacer necesidades y gustos que otras personas sin títulos, dedicadas a modestas actividades industriales y comerciales, podían conseguirlo sin mayor esfuerzo. Estas observaciones se hacen también extensivas a los profesores dedicados exclusivamente a la enseñanza, pero en diversos lugares y en distinto nivel.

En este proceso que se ha ido desarrollando en los últimos 30 años hemos visto a profesores de grandes condiciones, que hubiesen sido figuras de primera categoría en otros ambientes universitarios, dedicar a la cátedra el tiempo estrictamente reglamentario, verdaderas visitas en la cátedra, con el reloj en la mano.

Felizmente este estado de cosas ha comenzado a mejorar hace unos años, con motivo de la aplicación de disposiciones encaminadas a implantar el régimen de la dedicación exclusiva y de la semidedicación. Es claro que deberá transcurrir un período transitorio de algunos años de duración durante el cual deberán resolverse los siguientes problemas: conseguir los recursos económicos necesarios para poder pagar a un número discreto de miembros del personal docente las remuneraciones previstas; y crear el ambiente necesario para esta forma de actividad universitaria.

Esto último lo conseguiremos fundamentalmente con jóvenes egresados de condiciones sobresalientes y de acuerdo al siguiente plan:

a) Fijado el tema de estudio, otorgarles una beca de iniciación de seis meses de duración y con una remuneración mensual que sea aproximadamente igual a la que obtendría, como recién egresado, en la administración pública o en empresas privadas; en la actualidad dicha remuneración tendría que ser de \$ 15.000 por mes;

b) Durante este período la actividad fundamental del becario sería estudiar a fondo la bibliografía correspondiente al tema elegido y practicar en forma intensiva el idioma que necesitará posteriormente;

c) Cumplida satisfactoriamente esta etapa, se otorgará al candidato una beca de perfeccionamiento en el extranjero para completar el estudio teórico-experimental del tema a que se refiere el punto b);

d) Mientras se cumple la etapa b) deberá ya establecerse el contacto epistolar con la persona con la cual desarrollará la etapa c); ello permitirá obtener el máximo de rendimiento en el objetivo planteado;

e) Mientras se realiza la etapa d), el laboratorio de la cátedra local deberá equiparse en forma tal que el becario, a su regreso, podrá seguir trabajando en él en el mismo tema o temas análogos, con una remuneración adecuada.

En las diferentes cátedras se irán así formando centros de trabajo que contribuirán a elevar paulatinamente el nivel de las respectivas enseñanzas.

Debe recordarse que existe ya en la Universidad un régimen de becas, cuya aplicación ha fallado, por lo menos en la Facultad de Ingeniería, debido al monto reducido de las mismas; es por ello que aconsejamos al respecto el criterio establecido en el punto a); tal como lo he sostenido reiteradamente en el seno del Consejo Superior Universitario, es más conveniente reducir el número de becas aumentando la remuneración de las mismas.

Hay que tener en cuenta que el joven egresado o termina de cambiar de estado civil o está a punto de hacerlo; y por más entusiasmo que tenga en seguir estudiando, es muy difícil que se substraiga al deseo natural y justificado de alcanzar lo más pronto una adecuada posición económica; ésta debe lograrla dentro de la Universidad si se quiere que salgamos del estancamiento en que nos encontramos.

Repetimos que en estos tres últimos años ha existido en la Universidad una verdadera preocupación para llevar adelante un programa de esta naturaleza. Y a pesar de haberse invertido bastante dinero, los resultados están muy por debajo de lo deseable, debido a la gran dispersión. Si en lugar de invertir esos recursos en los centenares de contratos reali-

ENSEÑANZA

zados, se hubiesen seleccionado unos pocos egresados de las distintas facultades para realizar un plan de trabajo como el esbozado, los resultados habrían sido muy diferentes.

EL PROBLEMA DE LOS ALUMNOS

Las consideraciones que siguen se basan en la experiencia personal del autor durante 32 años en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de La Plata y, por lo tanto, se refieren específicamente a ella. Es muy probable que la situación en las otras facultades de ingeniería del país sea muy parecida.

Tomaremos como punto de partida los siguientes datos estadísticos: en el año 1953 se inscribieron en aquella facultad 680 alumnos en las distintas especialidades (excluida arquitectura), con planes de estudio de cinco años de duración. En el año 1958, es decir al término de las distintas carreras, se recibieron solamente 25 alumnos, o sea el 3,7 %; a los seis años de haber iniciado los estudios, es decir con uno de atraso, en 1959 se recibieron 28 alumnos, es decir el 4,1 %; en 1960 obtuvieron sus diplomas 45 alumnos, o sea el 6,6 %; y en 1961 *, con tres años de atraso respecto a la duración nominal de los estudios de cinco años, se recibieron otros 35 alumnos, es decir el 5,1 %. De acuerdo con estas cifras, resulta que a los ocho años de haber iniciado sus estudios 680 alumnos en distintas especialidades de ingeniería, la duración de cuyos estudios es de cinco años, solamente se han recibido 133, es decir el 19,5 %. Estas cifras son lo elocuentemente graves, como para que se reflexione desapasionadamente sobre el problema que estamos considerando.

Disponiendo de tiempo podría completarse este estudio estadístico de la siguiente manera: 1) determinar anualmente el número de alumnos que abandonaron temporaria o definitivamente los estudios; 2) realizar una encuesta entre los alumnos comprendidos en el punto anterior, para precisar los motivos del abandono; 3) hacer un estudio de las calificaciones obtenidas por los que han recibido sus diplomas y por los que aún no han terminado; 4) realizar una encuesta entre los alumnos que aún no han recibido sus diplomas, para determinar los motivos por los cuales se viene prolongando la terminación de sus estudios.

* Si bien este número de la revista corresponde cronológicamente a mayo-agosto 1961, los datos mencionados corresponden hasta el turno de exámenes de marzo 1962 (N. de la D.)

Las cifras mencionadas son lo suficientemente graves, como para que se reflexione desapasionadamente sobre el problema que estamos considerando. Ellas ratifican lo que tantas veces se ha enunciado en forma cualitativa: una cantidad muy considerable de alumnos de ingeniería, o abandonan sus estudios, o los prolongan en forma excesiva. En este aspecto de la actividad universitaria, todo ello se traduce en una verdadera "política de desperdicio" que nadie, ni la Universidad ni los alumnos, pueden permitirse el lujo de realizarla.

Si se hiciesen las encuestas que hemos propuesto, podríamos llegar a explicaciones ciertas sobre las causas que motivan el abandono de los estudios y determinan la existencia de los llamados "alumnos crónicos"; se ratificarían, entre otras, las siguientes consideraciones que son evidentemente ciertas:

1. Ingresan a la Facultad de Ingeniería de La Plata alumnos con un bajo nivel de conocimientos físico-matemáticos;

2. Independientemente de esta deficiencia de carácter general, encontramos en esa masa de alumnos que ingresan a la Facultad, diferencias relativas apreciables como consecuencia de una preparación aún más deficiente de los alumnos que proceden de establecimientos de enseñanza secundaria del interior, que no cuentan ni con un cuerpo de profesores eficiente, ni con medios adecuados de enseñanza;

3. El Curso Preparatorio que desde hace años se dicta con éxito relativo en nuestra Facultad, tiene como finalidad inmediata nivelar conocimientos de matemáticas en un plano de enseñanza secundaria; su duración habría que aumentarla por lo menos en un mes y debería comprender también física, tal como lo he propuesto reiteradamente;

4. No obstante el funcionamiento de este Curso Preparatorio, es fácil comprender que más del 70 % de los alumnos que cursan el primer año de estudios en la Facultad, encuentran serias dificultades por el salto brusco que significa pasar del nivel de esos conocimientos matemáticos elementales, al nivel en que se enseñan los cursos de álgebra y análisis matemático. Se constata que la gran mayoría de los alumnos no tienen la suficiente madurez mental como para comprender las demostraciones rigurosas que necesariamente deben hacerse en los únicos cursos de álgebra y de análisis matemático que se dictan en la Facultad;

ENSEÑANZA

5. Al promediar el año escolar, estas dificultades son salvadas por los alumnos que tienen condiciones naturales para los estudios físico-matemáticos. Otros pueden hacerlo recién al finalizar el año escolar, después de un gran esfuerzo intelectual. Para mucho de los alumnos que se inscriben en Ingeniería sin ninguna orientación o consejo previo como sucede ahora, el estudio de la física y de las matemáticas en el nivel que corresponde a una enseñanza de jerarquía universitaria, seguirá siendo siempre una tortura mental. En el mejor de los casos aprueban las asignaturas básicas en una primera tentativa; en general, la aprobación de las mismas se consigue después de uno o varios aplazos;

6. La lucha desesperada de estos alumnos contra la carrera universitaria en la que se han inscripto, continúa en las materias pre-profesionales: elasticidad y plasticidad, termodinámica, electricidad, mecánica racional, etc., las cuales exigen sólidos conocimientos físico-matemáticos, para ser cursadas y aprobadas con éxito. Los muchos alumnos que se encuentran en estas condiciones, cuando no abandonan, se van atrasando cada vez más; se presentan a exámenes a los tres, cuatro o cinco años de haberlas cursado, todo ello favorecido por un sistema deficiente de inscripción y promoción, que muchos consideran expresión auténtica de la "libertad de enseñanza" en una "democracia universitaria". Es claro que esto nada tiene que ver con la verdadera libertad de aprender, correlativa de la libertad de enseñar, ambos postulados fundamentales de la Reforma Universitaria. Cualquier persona con capacidad moral y científica, tiene el derecho de enseñar en una universidad reformista; y los alumnos tienen la libertad de concurrir a cualquier cátedra equivalente a la titular, con todos los derechos de ésta.

7. Tenemos esperanza que este estado de cosas mejore parcialmente, cuando comience a funcionar en la Universidad el Centro de Orientación Profesional, cuya creación ha sido dispuesta el año próximo pasado por el Consejo Superior Universitario. Los bachilleres comenzarán a ser orientados hacia estudios para los cuales muestren mayores aptitudes.

Es claro que no todos los estudiantes "crónicos" lo son por falta de aptitudes para los estudios superiores de ingeniería. Muchos estudiantes se encuentran en esas condiciones, porque trabajan al mismo tiempo que estudian.

Comprobamos frecuentemente, en las conversaciones con nuestros alumnos, que el deseo natural que los anima de cursar los estudios universitarios con la mayor contracción y eficacia, es en buena parte anulado por la imposibilidad de dedicar a los mismos el tiempo necesario para hacer efectivo ese propósito. Y nos encontramos así con la triste realidad de que esas buenas intenciones que animan a este grupo de estudiantes, son reemplazadas paulatinamente por el esfuerzo desesperado de obtener cuanto antes la certificación de haber cursado materias, para dejar de concurrir a las aulas y laboratorios lo antes posible; no importa después cuándo terminarán de rendirlas: a los tres, cuatro o cinco años.

Como el estudiante-empleado es todo un problema social, no puede dejárselo de tener en cuenta en la estructuración de un plan de estudios. Planteado así el problema y si el estudiante-empleado tiene las condiciones necesarias y suficientes para seguir con éxito los estudios superiores de ingeniería, no interesa tanto el tiempo que tarda en terminar los mismos; pero sí, lo que interesa, y mucho, es la regularidad de los estudios; deben rendirse los exámenes de las asignaturas a medida que se terminan de cursar; esta exigencia puede cumplirse de una manera muy sencilla: el alumno-empleado debe cursar las asignaturas que pueda de acuerdo al tiempo disponible, utilizando la parte necesaria de éste para llevar los estudios al día; además, no puede cursar una asignatura, si no tiene aprobada la correlativa correspondiente.

8. El actual sistema de inscripción y promoción permite, por ejemplo, cursar Análisis Matemático II, con la única condición de haber cursado Análisis Matemático I y obtenida la correspondiente boleta de trabajos prácticos; en la gran mayoría de los casos el alumno no se encuentra así en condiciones de seguir con éxito, con verdadero provecho, el segundo curso de análisis matemático; en efecto, la experiencia demuestra en forma incontrovertible que dicho alumno posee los conocimientos correspondientes al primer curso de análisis matemático tan sólo cuando ha aprobado esta asignatura.

Si se quiere estructurar un sistema de inscripción y promoción con seriedad y responsabilidad, no deberá permitirse la inscripción en una asignatura si el alumno no ha aprobado las correlativas correspondientes, es decir aquellas que se refieren a conocimientos que el alumno debe poseer, en el plano correspondiente, para poder cursar con eficacia la asignatura en la que se quiere inscribir.

ENSEÑANZA

El actual regimen de inscripción permite a un alumno que adeude tres materias, inscribirse en otras siete; de modo que entre materias que adeuda y que puede cursar, suman diez, es decir aproximadamente la tercera parte del total de asignaturas de una carrera; disposiciones como éstas determinan el verdadero caos en que una gran cantidad de alumnos desarrollan sus actividades; constituyen una verdadera incitación a la "política de desperdicio" en su actividad universitaria.

LO QUE PUEDE HACERSE

Proponemos una enseñanza de la ingeniería en dos etapas de tipo concéntrico: la primera comprende un estudio de las disciplinas fundamentales y de aplicación en todas las ramas de la ingeniería y en un nivel intermedio. La segunda etapa corresponde al estudio de las especializaciones que necesita el país, en un nivel de alta jerarquía técnica y científica.

La primera etapa puede comprender el siguiente grupo de materias, con un número de horas semanales expresado por la cifra que figura a la derecha; algunas de ellas deben dictarse durante un semestre escolar, representado por un período no menor de tres meses y medio:

I)	1) Física experimental	9 h.	
	2) Matemáticas I	8 "	
	3) Dibujo	6 "	(1er S)
	4) Mecánica técnica	6 "	(2do S)
	5) Geografía económica general y argentina	4 "	(1er S)
	6) Economía política	4 "	(2do S)
	7) Química tecnológica	4 "	
II)	1) Matemáticas II	6 h.	
	2) Electrotecnia I	6 "	
	3) Termodinámica técnica	6 "	
	4) Mecanismos y elementos de máquinas	4 "	(1er S)
	5) Tecnología mecánica	4 "	(2do S)
	6) Resistencia y ensayo de materiales ..	6 "	(1er S)
	7) Topografía y geodesia	6 "	(2do S)
	8) Política económica	4 "	(1er S)
	9) Sociología	4 "	(2do S)

III) 1) Electrotecnia II	6 h.	
2) Construcciones	8 "	
3) Hidráulica general y aplicada	4 "	
4) Siderurgia y metalurgia	4 "	
5) Economía y organización industrial ..	4 "	
6) Caminos	2 "	(1er S)
7) Ferrocarriles	2 "	(2do S)
8) Ingeniería legal	2 "	(1er S)
9) Economía y organización de obras ...	2 "	(2do S)

Respecto a esta primera etapa de estudios generales, valen las siguientes consideraciones:

1. Ninguna de las asignaturas que la integran tienen la categoría de cátedra universitaria, entendiéndose por tal una unidad de enseñanza impartida en un nivel superior. Dichas asignaturas estarán a cargo de profesores adjuntos de las cátedras respectivas, cuyos profesores darán las directivas para el dictado de aquellas. El profesor adjunto dispondrá del personal auxiliar docente necesario para que la enseñanza sea del tipo seminario; la clase magistral se reducirá a su mínima expresión.

Consideremos, por ejemplo, el caso de Física Experimental, a cargo de un profesor adjunto de la cátedra correspondiente del doctorado en física. Los alumnos inscriptos en aquella se dividirán en grupos de 30, cada uno de los cuales estará a cargo de un jefe de trabajos prácticos, el que realizará experiencias colectivas, precedidas del planteo teórico estrictamente necesario, pero altamente conceptual. Se completa esta parte del curso con la solución de problemas planteados de tal manera que obligue a los alumnos a pensar y a razonar.

Paralelamente, los alumnos realizarán trabajos prácticos de laboratorio, para lo cual el grupo de 30 alumnos se divide en 6 sub-grupos de 5 alumnos cada uno, todos con la dirección del mismo jefe de trabajos prácticos, secundado por un ayudante. El profesor adjunto a cargo de esta asignatura, dictará algunas clases magistrales sobre conceptos fundamentales de la misma, y de acuerdo a las directivas del titular, vigilará el desarrollo del curso.

2. Los dos cursos de Matemáticas comprenden las cuestiones fundamentales de: cálculo numérico y gráfico, álgebra, geometría, trigonome-

ENSEÑANZA

tría y cálculo diferencial e integral; se dará particular importancia a los ejercicios de aplicación.

3. No se considera necesario hacer un análisis de las otras asignaturas que integran esta primera etapa de los estudios de ingeniería; sólo se insiste de que se trata de conocimientos generales que deben impartirse en un nivel comprendido entre el secundario y el correspondiente a la segunda etapa de los estudios de ingeniería, a la que hace referencia más adelante.

4. Este plan de estudio está integrado por un grupo de asignaturas correspondientes a conocimientos que se consideran imprescindibles en un ingeniero: geografía económica, economía política, política económica y sociología. Sobre la necesidad de estos estudios, el autor viene insistiendo desde hace mucho tiempo, tal como puede verse en su publicación: "Algunos aspectos de la enseñanza de la ingeniería electromecánica", que contiene una conferencia pronunciada en el Centro Argentino de Ingenieros el 2 de julio de 1945.

Los grandes problemas vinculados con el desarrollo del país son esencialmente de ingeniería: siderurgia, comunicaciones, energía, riego, industrias, etc; pero constituyen cada vez más un complejo técnico-económico-social; y en el estudio y solución de esos problemas, prescindiendo del aspecto puramente técnico, los ingenieros tienen una intervención cada vez mayor, consecuencia de las aptitudes mentales desarrolladas por la disciplina de los estudios físico y matemáticos. Y si bien es cierto que por propia iniciativa y por gravitación natural de los hechos, el ingeniero que interviene en el estudio integral de estos problemas ya ha adquirido por su cuenta una preparación adecuada en las otras disciplinas, es conveniente y necesario que en un plan de estudios de ingeniería se haga obligatorio el estudio sistemático de las mismas.

5. Debe fijarse una correlatividad de las asignaturas que integran este plan, de manera que un alumno no podrá inscribirse en una de ellas si no ha aprobado las correlativas.

6. Desaparece el agrupamiento de las asignaturas en años de estudios; la duración de éstos dependerá del tiempo que el alumno dedique a los mismos; si es un estudiante de tiempo completo podrá realizarlos en

tres años; en el plan propuesto se da una sugerencia sobre la distribución de las asignaturas para una tal duración de los estudios.

Si se trata de un alumno-empleado, dicho período puede prolongarse a cuatro o cinco años. Tal como se lo ha remarcado anteriormente, lo importante no es la duración de los estudios, sino la situación del alumno que se dedica a acumular materias cursadas para rendirlas tres, cuatro o cinco años después. La exigencia, a los efectos de la inscripción, de la correlatividad por materias aprobadas, elimina automáticamente el mal; y como desaparecen las inscripciones condicionales, los turnos de exámenes quedan reducidos a los de diciembre y marzo. Con otras palabras, el alumno se inscribirá anualmente en un número tal de materias, que podrá cursarlas llevándolas al día, de manera que estará en condiciones de dar exámenes de las mismas, en los turnos mencionados. Podría sostenerse que a un alumno aplazado en marzo, debería permitírsele rendir en el clásico turno de exámenes de julio; no hay necesidad de ello, pues un aplazo en marzo significa que por el sistema de correlativas aprobadas, la inscripción queda automáticamente limitada; por lo tanto, el alumno queda con tiempo suficiente para estudiar a lo largo del año escolar, tanto las materias no aprobadas, como las nuevas en las que ha podido inscribirse. El turno de exámenes de julio queda exclusivamente reservado para los que deseen rendir asignaturas semestrales que han terminado de cursar.

7. Si el alumno resulta dos veces aplazado en una asignatura deberá cursarla de nuevo, siempre que así lo resuelva un Consejo Asesor integrado por profesores; en caso contrario, pierde su condición de alumno. Esta es una práctica ya definitivamente consagrada en todas las facultades de ingeniería de los EE. UU., Rusia, Francia, Suiza, Alemania, etc.

8. El alumno que apruebe todas las asignaturas de esta primera etapa recibe el título de licenciado en ingeniería, que no habilita para el ejercicio de la profesión. Si el promedio general es por lo menos igual a siete puntos, podrá continuar los estudios de ingeniería propiamente dicho, en la segunda etapa de un nivel técnico-científico superior.

Si el promedio no alcanza a dicho mínimo, no se encuentra en la desagradable situación de un estudiante fracasado, si no en la de un egresado con un conjunto básico y orgánico de conocimientos que le permitirán dedicarse con éxito a muchas actividades útiles en la administración pública y en empresas privadas y estatales.

ENSEÑANZA

¿Por qué mantener el sistema absurdo de “todo o nada”, representado por el plan de estudio de una sola etapa, obligando al alumno que lamentablemente no tiene las condiciones intelectuales necesarias, a que vegete en la Facultad, y termine por abandonar los estudios o recibirse “a los tirones” con notas mínimas?

EL CICLO SUPERIOR DE ESTUDIOS

Esta etapa de los estudios generales de la ingeniería, debe completarse con aquéllos correspondientes a las distintas especialidades que exige el país: electricidad, mecánica, construcciones, hidráulica, química, etc.; como repetidamente se ha dicho, las respectivas enseñanzas deben impartirse en un plano técnico-científico superior, a los alumnos que en la primera etapa han demostrado que realmente tienen condiciones para estos estudios.

A continuación se da como ejemplo lo que podría ser el correspondiente plan de estudios de ingeniería eléctrica, excluida la especialidad electrónica, que por su importancia y amplitud, exige una carrera independiente. Se incluyen las materias con el número de horas semanales:

I)	1) Matemáticas	10 h.
	2) Medidas eléctricas	6 ”
	3) Instalaciones eléctricas I	6 ”
	4) Electrónica General	6 ”
	5) Física atómica y nuclear	4 ” (2do S)
II)	1) Circuitos eléctricos	6 ”
	2) Instalaciones eléctricas II	6 ”
	3) Electrónica industrial	6 ”
	4) Alta tensión	4 ”
	5) Electromagnetismo	6 ” (1er S)
	6) Teoría de las estructuras electromagnéticas	6 ” (2do S)
III)	1) Producción de energía eléctrica	6 ”
	2) Transmisión y distribución de energía eléctrica	6 ”

3) Cálculo y proyecto de estructuras electromagnéticas	6 "	
4) Servomecanismos y control	4 "	
5) Teoría de la información	2 "	(1er S)
4) Calculadores analógico y digital	2 "	(2do S)
5) Trabajo personal	10 "	

Un alumno con dedicación completa a los estudios, puede terminar este plan en tres años; a los efectos de la inscripción se aplica también la exigencia de las correlativas aprobadas. El alumno aplazado en una materia sólo podrá rendirla de nuevo si así lo aprueba un Consejo Asesor presidido por el decano de la Facultad; para decidirlo se tendrá fundamentalmente en cuenta los antecedentes del alumno y las circunstancias del aplazo. Teniendo en cuenta que a esta etapa de los estudios superiores llega un grupo seleccionado de estudiantes, no se puede pensar en la posibilidad normal de un aplazo. El alumno perderá su condición de tal si no se le permite dar nuevamente examen o si es aplazado por segunda vez.

Si nuestra Facultad quiere salir de la discreta condición de fábrica de ingenieros, debe abocarse decidida y rápidamente a un cambio total de la estructura de los planes de estudio y paralelamente crear las condiciones óptimas para el desarrollo de la carrera docente y para la investigación tecnicocientífica. Pido que autoridades, profesores, egresados y estudiantes mediten serenamente sobre las cuestiones planteadas y se decidan a resolver el problema en la forma más conveniente a los intereses de la universidad y del país.

Filosofía de las ciencias

Metapsicología

ARMANDO ASTI VERA

EN EL NUMERO DIEZ de esta revista pueden verse datos biográficos del autor, actual profesor titular de gnoseología en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Se añaden, pues, otros más recientes. El Instituto de Filosofía de aquella Facultad ha editado su traducción anotada del Análisis matemático de la lógica, por G. Boole, y la editorial "Nova", de Buenos Aires, su versión, con un estudio preliminar, del libro de Whitehead El devenir de la religión. Miembro titular del jurado para discernir el Premio Provincial de Ciencias para 1961. Prepara tres libros: uno sobre las ciencias en la Argentina, otro sobre filosofía de las ciencias y un tercero acerca de filosofía de la religión. Se han ocupado de sus trabajos de investigación, filósofos argentinos y extranjeros (entre éstos, Juan David García Bocca, José Ferrater Mora y Williard O. Quine).

EN nuestro trabajo *Objeto y método de la filosofía de las ciencias*, publicado en el N^o 10 de esta Revista, distinguimos dos disciplinas metateóricas, la epistemología y la filosofía de las ciencias, que difieren entre sí por la *extensión* del objeto formal de cada una de ellas y por sus *métodos* respectivos. La epistemología restringe su investigación a las ciencias formales y a las ciencias fácticas y emplea como único método el análisis lógico (sintaxis y semántica). Sólo se ocupa de las ciencias del hombre en la medida en que son asimiladas a uno de los dos grupos mencionados, especialmente al de las ciencias de la naturaleza. Por ello, los estudios metateóricos de intención epistemológica se desentienden casi completamente de las ciencias humanas. Importantes problemas metacientíficos de la psicología, la sociología, la historia y la ciencia de las religiones, la antropología cultural, el derecho y la historia, deben ser estudiados por los especialistas de las ciencias respectivas. A nuestro juicio, el tratamiento objetivo y sistemático de dicha problemá-

tica es tarea de la filosofía de las ciencias, como intentaremos demostrarlo en lo que sigue, dentro de los límites que hemos impuesto al presente estudio.

LA METAPSIKOLOGÍA

El prefijo de origen griego *meta* significa tanto teoría como transcendencia. La historia del pensamiento nos ofrece ejemplos de ambos usos semánticos en las palabras “metamatemática” (Hilbert) y “metafísica” (Andrónico de Rodas), respectivamente.

La expresión “metapsicología” es susceptible de recibir cualquiera de los dos significados de su prefijo y es lícito usarla en ambos sentidos siempre que se establezca su alcance semántico en cada caso. La primera utilización del término se remonta a Freud, quien llamó *Apuntes para una metapsicología* a sus consideraciones teóricas acerca de la constitución de la psique (ello, ego y superyo). El creador del psicoanálisis usó el prefijo *meta* con el significado de “más allá” de la conciencia y no con un sentido transpsíquico. Es decir que entendía por metapsicología la teoría psicoanalítica de la psique.

En el nivel de la filosofía de las ciencias, metapsicología significa teoría de la psicología. En el caso particular de este trabajo, la expresión es usada con un sentido amplio que implica, además, el estudio de los procesos que los parapsicólogos llaman “percepción extra-sensorial” y ese conjunto de fenómenos transpsíquicos que se presentan en la *experiencia mística* y en la *realización metafísica*.

El plano de nuestro estudio es, pues, metateórico, pero posee una dimensión y una profundidad que exceden el mero análisis epistemológico, porque extiende la investigación a la parapsicología, la antropología, la filosofía de las religiones, la teología y la psicología y sociología de las religiones.

La investigación metapsicológica tropieza con algunos inconvenientes, entre los cuales no son desestimables los que se derivan de la falta de información, las posiciones filosóficas rígidas y los prejuicios. Situaciones análogas han entorpecido, y aún dificultan, los estudios de historia de las religiones, antropología e hierofilosofía. Más aún, las falacias y los lugares comunes acerca de la filosofía oriental obedecen a las mismas causas.

A pesar del auge y el prestigio de la epistemología, tampoco abundan las investigaciones metateóricas sobre la psicología actual. Constituyen

FILOSOFIA DE LAS CIENCIAS

excepciones algunos excelentes estudios de Eynseck y Piaget y el único simposio sobre *Psicoanálisis, método científico y filosofía* realizado en New York en 1958, con la participación de psicoanalistas y epistemólogos.

La indiferencia y el escepticismo que exhiben los estudiosos frente a los fenómenos para y transpsíquicos, contrasta con el interés apasionado y exento de crítica que precipita a nuestra generación hacia ese conjunto caótico de creencias y doctrinas —incluso, a veces, de prácticas— que Spencer llamaba la “segunda religiosidad”, como el espiritismo, la radio-estesia, el ocultismo, la astrología, la teosofía y el orientalismo. Otros autores, como Evola y Guénon, han llamado “neoespiritualismo” a esa extraña mezcla de fraude y superstición. En un estudio próximo, examinaremos detenidamente estas pseudorreligiones que son simples parodias de las antiguas iniciaciones y se apoyan en movimientos antitradicionales.

En esta oportunidad, nos limitaremos a plantar algunos problemas metapsicológicos fundamentales. A la vez, intentaremos una clasificación preliminar de los procesos psíquicos que, quizás, sirva a algún psicólogo para elaborar una topología de la psique.

ERRORES Y PREJUICIOS

Si las dificultades de la metapsicología se agotaran en el plano racional, la tarea más urgente sería la de poner de manifiesto los errores. Lamentablemente, el escollo más serio es de índole irracional.

Cualquiera puede entender que se pueda experimentar en parapsicología sin tener por eso que compartir el idealismo de Rhine; que la filosofía de las religiones no intenta destruir ni exaltar la fe; que no hay incompatibilidad entre el estudio de los fenómenos místicos y el ateísmo o la práctica de un culto; que el método fenomenológico usado en la antropología cultural no pretende enaltecer la concepción de la vida de las comunidades arcaicas; que la sociología de las religiones no es positivista aun cuando emplee métodos positivos; que la psicología de las religiones no tiene nada que ver con el psicologismo, etc., etc. Todo esto resulta evidente, sí, pero en el plano racional y siempre que la marea de las emociones no enturbie la inteligencia.

Pero los hombres no piensan sólo por esquemas dialécticos, siguiendo los pasos previstos de una demostración. La pasión, la posición filosófica y los prejuicios condicionan muchas veces sus juicios y determi-

nan la dirección de sus investigaciones. Así se explica cómo científicos y filósofos de nota han incurrido en errores y falacias que hoy nos causan asombro

Existe una fuerte resistencia a la metapsicología. Alain Assailly, refiriéndose específicamente a la manera de considerar los fenómenos paranormales, clasificaba a los sujetos en: *taumatómanos*, que son los coleccionistas de lo maravilloso, siempre dispuestos a aceptar sin crítica todo aquello en lo que ya creen; *taumatoclastas*, son los que destruyen de antemano toda prueba posible que contradiga su prejuicio; y *taumatófobos* a aquellos que por su conducta recelosa, vacilante y escrupulosa presentan componentes neuróticos. Todos ellos son personalidades psicopáticas, algunos con tendencias paranoides o histéricas.

Entre los investigadores que denominamos "normales", se comprueba la existencia de hondos prejuicios que obedecen casi siempre a algunas de estas causas:

- a) *Resistencia al cambio*, fenómeno bien estudiado por los psicólogos sociales que, en estos casos, se debe al temor de perder la seguridad (lo conocido).
- b) *Miedo a lo desconocido*.
- c) *Temor a perder el prestigio* intelectual o profesional.
- d) *Racionalismo* y cientificismo.
- e) *Egolatría*, que se traduce en el deseo de defender un conocimiento científico con cuya posesión el yo se ha identificado.

Por supuesto que estas causas nunca afloran a la conciencia, por que son cuidadosamente enmascaradas por un mecanismo psicológico que los psicoanalistas han descripto muy bien: la *racionalización*.

LA PSIQUE Y EL ESPÍRITU.

Es imposible alcanzar una comprensión correcta de la psique si no se la distingue del espíritu y de la mente. Lo mental, componente característico de la especie humana, es la actividad racional. El espíritu es supraindividual y superracional y, por eso, es independiente de las categorías de espacio y tiempo. Lo psíquico, en cambio, es temporal. La confusión, frecuente entre los psicoanalistas, de lo espiritual (mística, metafí-

FILOSOFIA DE LAS CIENCIAS

sica) con lo psíquico obedece a que ignoran lo supraconciente y, ante la presentación de manifestaciones suprarracionales, no les queda otro recurso teórico que reducirlas a lo infraconciente (inconciente).

La expresión "sustancia psíquica" es un contrasentido, porque las nociones de esencia y sustancia son antitéticas: lo psíquico es esencial no material. Esta oposición es análoga, aunque no idéntica, a la que establecían los griegos entre *hile* y *eidos* y los escolásticos entre *materia* y *forma*. Lo psíquico es inmaterial (incorpóreo) y, por ello, anespacial. Por ser temporal, es esencial (eidos, forma). La psicoterapia es el acceso a lo inmaterial, la psique, por medio de algo también inmaterial, los *sentidos* del lenguaje. (Recuérdese que a la psicoterapia aún se la sigue llamando *talking-cure*).

La cuestión, debatida desde antiguo, de la "localización del alma" no es sino un pseudo-problema. Los términos han variado, pero la esencia del problema es la misma: antes buscaban "el asiento del alma", hoy se persigue "el centro del yo". Atenuado el auge del localizacionismo cerebral, los neurofisiólogos buscaron en el hipotálamo esa "conciencia central".

Desde un punto de vista metateórico, se advierte la reiteración de un error trasladado a otro plano. Los psicoanalistas intentan explicar lo superior (el espíritu) por lo inferior (el inconciente) y los neurólogos incurren en el mismo paralogismo.

EL "NEUROLOGISMO".

Los fisiólogos positivistas, desde principios de siglo, han intentado establecer relaciones invariantes entre la psique y el cerebro. Esta tendencia, que en ciertos casos extremos podríamos llamar "neurologismo", llegó a sostener que la psique es un *producto* del cerebro, algo semejante a una hormona. Aún cuando no ha sido posible demostrar cuál es la naturaleza de esta relación, se sigue sosteniendo la subordinación de la psique al cerebro.

El auge de la psicofísica y la psicofisiología fue favorecido por las tendencias positivistas y materialistas que culminaron en los absurdos del grassetismo y la *teoría de los centros* de Charcot. De su no muy lejano antecedente, la frenología de Gall, apenas si queda alguna curiosa "cabeza frenológica" en las casas de óptica. Fueron neurólogos: P. Marie, H.

Jackson, Pick, Von Monakow y Head, quienes iniciaron la crítica de la psicofisiología. Goldstein y Bergson le dieron el golpe de gracia.

El fisicalismo resurge en la actualidad avalado por el prestigio de una nueva ciencia, la cibernética, algunos de cuyos cultores han extrapolado ciertas conclusiones válidas en la teoría de la información al campo de la neurología y la psicología. Incluso, se han establecido analogías estructurales y funcionales entre los computadores electrónicos y el sistema nervioso humano. La posibilidad de aplicar a la fisiología algunos conceptos fértiles, como el de *feed-back*, estimuló la imaginación de algunos cibernetas que confundieron analogía con identidad.

No es éste el lugar para examinar con el debido detalle otros aspectos de interés epistemológico del "neurologismo". Para terminar, formularemos algunas de las conclusiones de un reciente symposio realizado en Londres, con la participación de neurólogos, psicólogos y filósofos:

1) Hay pocas razones (o, tal vez, ninguna) para sostener una teoría localizacionista.

2) La cito y mieloarquitectura cerebral resulta insuficiente sin la consideración de las zonas subcorticales respectivas, lo que implica desalentar las esperanzas de una histopsicología.

3) Los estudios anatómicos de los cerebros de grandes hombres no han revelado ninguna particularidad anatómica excepcional.

4) El paralelismo entre la actividad bioeléctrica del cerebro y los procesos psíquicos sólo es válido dentro de límites muy estrictos.

Los hechos biológicos y médicos demuestran, cada vez más la falacia del simplista criterio que sostiene la preeminencia del sistema nervioso con respecto a la psique. No hay más que recordar algunos hechos bien conocidos en medicina psicosomática: a) la influencia del psiquismo en las endocrinopatías; b) los abortos ante el rechazo, conciente o inconciente, de la maternidad; c) el rol preponderante del psiquismo en dermatología; d) la cantidad creciente de las denominadas "enfermedades de la civilización"; e) la incidencia de los conflictos psíquicos en la génesis de las úlceras, la colitis, la hipertensión, el reumatismo, el asma, etc.

Los psicoterapeutas han comprobado las transformaciones somáticas que experimentan algunas mujeres virilizadas durante el tratamiento psicológico. El psicólogo K. Meninger relata varios casos en que las pa-

FILOSOFIA DE LAS CIENCIAS

cientes "se han embellecido" durante el tratamiento psicológico (recuérdese la experiencia notable del Dr. John Rickman).

Los extraños, poco conocidos y, en muchos casos, inexplicables fenómenos producidos durante la práctica del *hatha-yoga* han sido objeto de estudios especiales llevados a cabo con las técnicas médicas contemporáneas. Tales son las experiencias realizadas por los cardiólogos Th. Brosse y Ch. Laubry en la India, cuyos resultados fueron consignados en la *Presse Médicale* del 14 de octubre de 1936. Mediante el registro simultáneo del pulso, la respiración y el electrocardiograma, estos investigadores comprobaron que:

1) Los yogis pueden modificar a voluntad el ritmo cardíaco, alcanzando una taquicardia de 130 a 150 pulsaciones por minuto y una bradicardia de 35.

2) Logran períodos de apnea absoluta que se prolongan hasta 5 minutos.

3) Controlan a voluntad todos los músculos voluntarios, porque no sólo pueden contraer cualquier músculo sino *una parte* de cualquiera de ellos, y, además, también los músculos lisos (involuntarios). Están en condiciones de regular a voluntad los movimientos peristálticos y antiperistálticos, de modo que pueden practicarse, sin instrumento alguno, lavajes intestinales e introducir líquidos en el tubo digestivo por succión, a través de la uretra y del esfínter anal.

4) Concentran la energía vital, que denominan *prana*, en el órgano que desean y pueden reducirla a un mínimo, consiguiendo, de este modo, ser enterrados vivos. Los autores arriba mencionados comprobaron que un yogi estuvo enterrado 10 horas, bajo control médico, en Baroda.

Hasta qué punto la fisiología moderna, enriquecida con teorías como la del "stress" y la hibernación artificial, está en condiciones de proponer hipótesis explicativas, es cuestión que compete a los investigadores occidentales y que en nada cambia los hechos comprobados.

Para terminar, mencionaremos un trabajo publicado en el número del 23 de agosto de 1952 de la revista *British Medical Journal*, donde se relata un caso notable de curación de una enfermedad de la piel de etiología desconocida y prácticamente incurable (eritrodermia ictiosiforme congénita) mediante sesiones de hipnotismo. Los autores destacan que

el paciente había sido tratado anteriormente por conocidos dermatólogos que habían ensayado, sin éxito, incluso el injerto de piel.

EL ESTUDIO CIENTÍFICO DE LOS "PODERES PSÍQUICOS".

Siguiendo una antigua tradición metafísica y religiosa, denominamos "poderes psíquicos" (*siddhis*, según las escrituras hindúes) a ciertos fenómenos psíquicos infrecuentes, que el vulgo considera sobrenaturales y que los hombres de ciencia han estudiado en una disciplina que originariamente se llamó "metapsíquica" (Richet) y que hoy se prefiere denominar "parapsicología".

Se trata de fenómenos extraños por lo infrecuentes y porque no se pueden reducir a la psicopatología ni ser explicados por recursos específicamente psicológicos. Incluso, la aceptación de su existencia —que muchos todavía hoy niegan— no se logró sin vencer grandes resistencias, a las que no son ajenas las razones mencionadas en el párrafo que hemos titulado *Errores y prejuicios*. Lo cierto es que, como ha dicho Jung, estos fenómenos son "más fáciles de ignorar que de explicar".

La novedad que ha introducido la parapsicología con respecto a la vieja metapsíquica es el empleo del método estadístico y de medios de prueba mecánicos y menos expuestos al fraude y al error. No obstante, su creador Rhine no se ha librado de las consabidas acusaciones que suelen seguir a la primaria "conspiración del silencio".

Estos fenómenos han suscitado siempre la curiosidad de los psicólogos, filósofos y hombres de ciencia. Recordemos, entre otros nombres que se nos escapan, a Crookes, Lombroso, W. James, Bergson, Richet, Zölner, Jung, G. Marcel y Freud. En los tiempos que corren se han ocupado de ellos, Eliade, De Martino, y otros distinguidos historiadores de la religión y antropólogos como Trilles y Radin.

Freud no tuvo otro recurso que admitir la existencia de los hechos telepáticos, que explicaba como una transmisión inconciente durante la transferencia. Helen Deutsch y otros psicoanalistas contemporáneos también han comprobado la presentación de fenómenos parapsicológicos durante el análisis.

Las técnicas usadas por Rhine son harto conocidas y ya han pasado al conocimiento vulgar por obra de divulgaciones no siempre autoriza-

FILOSOFIA DE LAS CIENCIAS

das. La traducción al castellano de sus principales libros nos exime de ulteriores referencias.¹

Los teólogos de todas las religiones conocen estos fenómenos desde muy antiguo. La clarividencia, clariaudencia, premonición, bilocación, telekinesia, telepatía y levitación son *aptitudes* que, en el lenguaje teológico, se llaman *gracias* y, en mayor o menor grado, han poseído todos los místicos y los santos, en la India, en la China, en el Islam y en el cristianismo.

San Juan y Santa Teresa, que dijeron poseer estos dones, los subestimaron. Santa Teresa ha declarado que pedía a Dios que no se los acordara y San Juan decía que hay que rechazarlos. Ibn Arabí, un iluminado sufí, tuvo visiones y otros poderes paranormales, pero nos les asignó importancia alguna. Dentro del hinduismo, Ramana Maharshi, Ramakrishna, Sankaracharya, y, en general, las textos sacros, han destacado que los poderes psíquicos no son sino obstáculos para la verdadera realización espiritual.

En las calles de la India es frecuente encontrar faquires (no confundir con los yogis), que asombran a los espectadores con exhibiciones que son una mezcla de prestidigitación (la prueba del mango), autosugestión hipnótica (la cama de clavos) y sugestión colectiva (el niño que trepa por la cuerda). Sin embargo, hay que admitir que algunos de estos faquires han desarrollado, mediante técnicas especiales, ciertos poderes psíquicos.

La levitación ha sido profusamente descrita por los místicos y estudiada por los teólogos. San Francisco parece haber sido el primer santo católico que ha experimentado esta gracia. Santa Teresa la ha analizado minuciosamente refiriéndose a sus autoexperiencias. No hay que confundir lo que se ha descrito bajo el nombre de "levitación" con la pseudolevitación. Durante el delirio místico, la Madeleine estudiada por Janet (en su libro sobre la angustia y el éxtasis) pretendía que perdía peso. Janet comprobó, pesándola, que no había tal disminución de peso y que la sensación descrita por la enferma obedecía a un fenómeno de cenestesia muscular.

Hace algunos años, en la célebre revista inglesa *The Illustrated London News*, (ejemplar del 6 de junio de 1936) se relató un extraño

¹ Dada la índole no especializada de esta Revista, y también debido a su inevitable extensión, no incluimos la bibliografía general y especial de este trabajo, que proporcionaremos a quienes la soliciten al autor.

fenómeno de levitación, fotografiado en pleno día por un plantador inglés en una de las calles de la India. El destacado investigador de la Sorbona, Dr. Jean Filliozat ha examinado minuciosamente la curiosa experiencia en un interesante estudio titulado *Los poderes humanos en la India*.

Para terminar, agregaremos que los poderes psíquicos paranormales pueden presentarse espontáneamente o a consecuencia de ciertas disciplinas especiales, como la ascesis y el yoga. Parece que, en el mundo moderno, son cada vez menos frecuentes. En todos los casos, estos fenómenos son de naturaleza psíquica y nada tienen de espirituales. Más aún, como se ha visto, constituyen un escollo para la verdadera realización espiritual.

LOS ESTADOS SUPRARRACIONALES.

Clasificaremos los estados psíquicos en normales y anormales (V. el cuadro adjunto). Son estados psíquicos normales los correspondientes a: a) conciencia empírica; b) conciencia racional; c) autoconciencia y d) inconciencia.

Dentro de la anormalidad psíquica, distinguimos entre infranormal, paranormal y supranormal. Son estados infranormales o subnormales (patológicos) las neurosis y las psicosis. Los delirios místicos y el mesianismo patológico entran en este grupo. En el párrafo anterior, nos hemos ocupado de los fenómenos paranormales.

Los estados supranormales o suprarracionales pueden ser de naturaleza religiosa o metafísica. En el primer caso, tenemos el misticismo; en el segundo, la contemplación (*samhadi*). Cabe distinguir aún entre misticismo y mística. El primero sería una ampliación de la conciencia donde la individualidad y toda su secuela sentimental está aún demasiado presente. En la mística aún subsisten elementos afectivos pero el individuo, reducido a una pasividad total, ya no cuenta. Es el "estado teopático" de Delacroix, "el conocimiento experimental de Dios".

En la mística, como se ha dicho, subsisten el sentimiento y la afectividad y, precisamente, de la mezcla de estos elementos con la intuición trascendente se derivan las ilusiones que, a veces, han experimentado los místicos. Incluso, pueden presentarse alteraciones psicopatológicas, lo que explica los errores de algunos psiquiatras que, ante la presencia de algunos síntomas psicopáticos que no invalidan esencialmente la experiencia mística, han identificado mística y patología mental.

FILOSOFIA DE LAS CIENCIAS

La mística supone un método (la ascesis), cuyas etapas son: la oración de recogimiento, la oración de unión y, finalmente el éxtasis, caracterizado por la pérdida de la autoconciencia y, con ella, de la distinción entre el yo y el mundo sensible.

Diversos caminos han sido recomendados para alcanzar el éxtasis místico, entre ellos, la experiencia estética, sobre todo, la intuición de la belleza de la naturaleza exterior. Ramakrishna experimentó desde su infancia, éxtasis místicos a consecuencia de experiencias estéticas muy intensas. El poeta inglés W. Wordsworth, en una célebre balada, ha descrito magníficamente el éxtasis estético, al que también se ha referido R. Otto al describir la experiencia de "lo numinoso".

Otros medios de acceso son el amor fraternal, la devoción al maestro y la ternura amorosa. Este último camino no está exento de peligros —según los teóricos— y sólo puede ser recorrido con éxito por aquellos que han superado por completo los problemas sexuales, mediante la sublimación de la energía primaria o *kundalini* (según el tantrismo), que no debe ser confundida con la sublimación psicoanalítica.

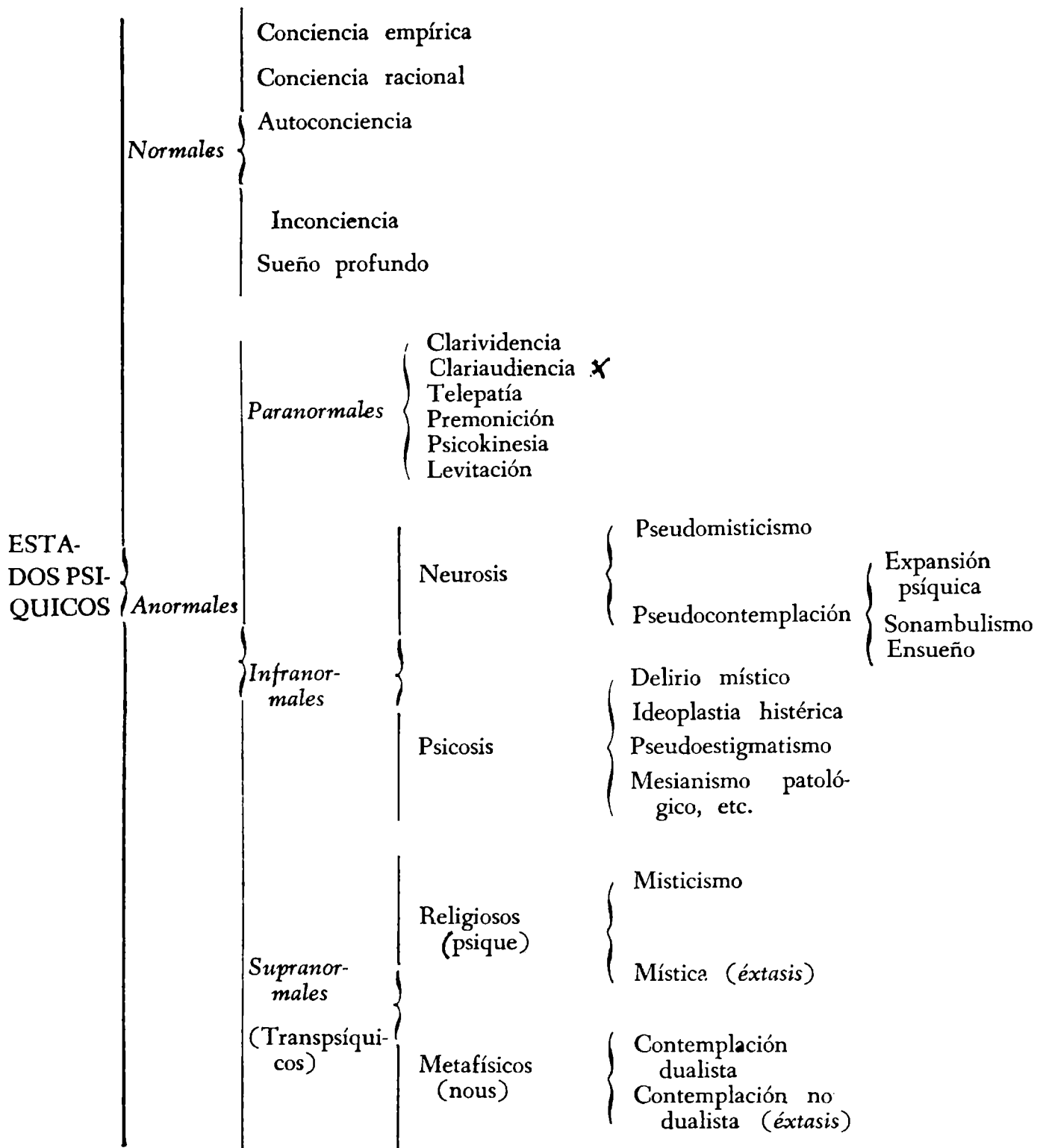
La mayoría de los místicos cristianos nos ofrecen ejemplos de "ternura amorosa". Esto explica muchas cosas: en primer lugar, las expresiones que los psicoanalistas reducen a fenomenología libidinosa y que tiene un significado simbólico. Ello no niega la corrección de la interpretación psicoanalítica en los casos de delirio místico, por ejemplo.

Para comprender adecuadamente la naturaleza de los estados superracionales metafísicos, hay que empezar por distinguirlos de la experiencia mística. Incluso, la conocida referencia al "misticismo oriental" es el fruto de un error porque, en realidad, la mística es algo específicamente occidental. Lo más parecido que se conoce en oriente —aunque nunca idéntico— es el *bakthi-yoga*, traducido como "yoga de la devoción" que, según Ananda Coomaraswamy, mejor habría que entender como el "yoga de la participación".

El estado superracional o contemplación pura (*samhadi* o, como traduce Mircea Eliade, énstasis) es una identificación por el conocimiento y su esencia es puramente intelectual (no racional). Junto a grandes místicos como Santa Teresa, el Occidente conoció a metafísicos como M. Eckhart, J. Boehme y Dionisio el Areopagita. En el Islam, el sufismo es una vía contemplativa y en el judaísmo, lo es la cábala.

Frente a la mística que es individual, la contemplación es supra individual porque es la identificación con el Principio, que es universal. En la contemplación, el ser y el conocer se identifican (*adwaita*, según el

vedantismo). La mística pertenece al dominio religioso, es individual, sentimental y pasiva; la contemplación se cumple en un nivel metafísico, es supraindividual, universal y activa.



NOTA: Se sobreentiende que esta clasificación no pretende ser exhaustiva en la enumeración de los estados psíquicos, sino ordenar los que se relacionan, directa o indirectamente, con los procesos metapsicológicos.

Ciencia

Problemas actuales de la arqueología del noroeste argentino

EDUARDO MARIO CIGLIANO

"Por lástima, la conquista española vino a interrumpir el desarrollo histórico de la cultura aborígen...". *Machu Picchu*, por JOSÉ URIEL GARCÍA.

NACIDO EN QUILMES (Prov. de Bs. As.) en 1926. Biólogo y doctor en ciencias naturales graduado en la Universidad Nacional de La Plata. Profesor titular de técnica de la investigación arqueológica y jefe de la división antropología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata. Desde 1952 a la fecha ha realizado 18 investigaciones de campo en las provincias de Catamarca, Córdoba, Bs. Aires, Jujuy, Tucumán y Neuquén. Ha publicado doce trabajos, entre ellos: Arqueología de la zona de Famabalasto, Tres nuevas placas grabadas de Patagonia, Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María, Problemas arqueológicos en la zona de "Ingenio del Arenal" (Catamarca), El Ampajanguense, Un nuevo "antigal" catamarqueño, Ensayo de clasificación tipológica-cronológica de la cerámica santamariana y Una nueva mutilación dentaria. Ha dado 15 conferencias.

SIN duda que si comparamos la prehistoria del Viejo Mundo con los conocimientos actuales de la arqueología del extremo sur de América meridional, podemos considerar que estamos en los primeros pasos del saber del desarrollo cultural de nuestros antepasados. Sin embargo debemos reconocer el esfuerzo realizado por los pioneros de la arqueología argentina que en una u otra forma forjaron las ideas generales de los distintos procesos culturales que tuvieron como escenario nuestras pampas desoladas, las bellas quebradas nortenas, los asoleados cerros con su rala vegetación y las inhóspitas planicies puneñas. Aquellos naturalistas e historiadores que indagaron dentro del campo de la arqueología y que actuaron a fines del siglo pasado y a comienzos del presente se dirigieron —evidentemente— hacia el N. O. argentino, porque en esa área arqueológica afloraban los restos de las culturas más desarrolladas de nuestro país y en donde todavía hoy se conservan grupos humanos con tradiciones indígenas. Esos pioneros que observaron y estudiaron los

vestigios culturales, con los métodos de investigación propios de la época, fueron Juan B. Ambrosetti, José Lafone Quevedo, Max Uhle, Eric Boman, Félix Outes, Salvador Debenedetti, entre otros. Al mismo tiempo otras áreas arqueológicas —Patagonia, Litoral—, eran estudiadas conscientemente, originando extensas monografías, con miras a desentrañar el pasado prehistórico de esas zonas mencionadas.

A pesar del empuje que recibieron los estudios arqueológicos del Noroeste argentino en sus primeros períodos, sufrieron poco después un proceso de estancamiento durante las últimas décadas, motivado especialmente porque los trabajos de investigación se limitaron a la mera descripción de materiales, basándose en las crónicas históricas.

En esta forma, se pretendió interpretar los oscuros procesos que encierran las culturas arqueológicas, sin tener en cuenta que el verdadero gabinete de investigación de un arqueólogo es la excavación de campo y que las verdaderas conclusiones las obtendremos entrando en contacto directo con los materiales. Por estos motivos, que son básicos en la técnica arqueológica, la de considerar equivocadamente como gabinete de trabajo al laboratorio, donde se van a ordenar los materiales extraídos, las libretas de campo con sus notas y la revisión de los elementos que integran las culturas sobre las cuales se ha trabajado, se consideró a todos los restos arqueológicos de una gran área del Noroeste argentino como sincrónicos y como integrantes de un grupo indígena históricamente considerados en la documentación de la época hispánica.

Además, en la actualidad podemos ver excavaciones en yacimientos de áreas arqueológicas típicas —quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy)— donde los métodos que se aplican son considerados, dentro de la técnica de excavación, como “métodos arcaicos” demostrándonos en esta forma el divorcio que existe entre el investigador y los métodos modernos de excavación, donde se demuestra un marcado interés por la limpieza de habitaciones, estratigrafías en basurales, viviendas, a los efectos de formar el contexto de la cultura que estamos investigando.

Hace relativamente poco tiempo comenzó en nuestro país un nuevo enfoque de las disciplinas arqueológicas, tendiente a establecer cronologías relativas y absolutas de las áreas más importantes. Necesidad esencial, porque sin ellas carecíamos del conocimiento completo de las distintas culturas que florecieron en nuestro país.

CIENCIA

Es así como hoy tenemos secuencias cronológicas para las Sierras Centrales (provincias de Córdoba y San Luis): Alberto Rex González¹ y Osvaldo F. A. Menghin²; para el valle del Hualfín (Catamarca), A. Rex González³; para Misiones y Patagonia: O. F. A. Menghin^{4, 5}; para el valle de Santa María (Catamarca, Tucumán, Salta): E. M. Cigliano⁶ y otros. Algunos de estos ensayos sirven para ampliar conocimientos de otras áreas arqueológicas y para relacionarlas con otros sectores del propio Noroeste argentino.

ARQUEOLOGÍA DEL NOROESTE ARGENTINO

Por ahora podemos decir que la cronología arqueológica tiene una importancia manifiesta. Como ha dicho M. Wheeler "Es un medio para alcanzar un fin, no un fin en sí misma".

El primero en realizar una cronología relativa de las distintas culturas del área que nos ocupa fue Max Uhle⁷, que fue criticado por Eric Boman⁸ que creía en la contemporaneidad de las culturas del área diaguita y por lo tanto incluía a todos los restos arqueológicos dentro de esa denominación común con que señalaron los españoles a los indígenas que poblaban los valles calchaquíes. Con posterioridad Salvador Debenedetti⁹ cree en el diacronismo de los materiales arqueológicos de la zona diaguita.

¹ GONZÁLEZ, A. R. (1953): *Antiguo horizonte precerámico en las Sierras Centrales de la Argentina*, Runa, Vol. V, págs. 110-133. Buenos Aires, 1952.

² MENGHIN, O. F. A. y GONZÁLEZ, A. R. (1954): *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira, Córdoba* (República Argentina). (Nota Preliminar), Notas del Museo de La Plata, T. XVII, Antropología, pág. 67.

³ GONZÁLEZ, A. R. (1950/1955): *Contextos culturales y cronología relativa en el área central del Noroeste argentino* (Nota preliminar). Anales de Arqueología y Etnología, T. XI, págs. 7-32. Mendoza.

⁴ MENGHIN, O. F. A. (1955/56): *El Altoaranaense, Ampurias*, T. XVII-XVIII, págs. 171-200. Barcelona.

⁵ MENGHIN, O. F. A. (1952): *Fundamentos cronológicos de la prehistoria de la Patagonia*, Runa, T. V, págs. 23-43, Buenos Aires.

⁶ CIGLIANO, E. M. y otros (1960): *Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María*; Publicación No 4 del Instituto de Antropología del Litoral, Rosario.

⁷ UHLE, MAX (1912): *Las relaciones prehispánicas entre el Perú y la Argentina*, Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas, págs. 521 y siguientes, Buenos Aires.

⁸ BOMAN, E. (1923): *Los ensayos para establecer una cronología prehispánica en la región diaguita*, Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Vol. VI, págs. 1-31, Quito.

⁹ DEBENEDETTI, S. (1931): *L'ancienne civilization des Barreales*, Ars Americana, Vol. II, París.

Después de esta primera época de intentos cronológicos, quien se interesa por estos problemas es Antonio Serrano^{10, 11}. En diversos trabajos este autor elabora cuadros cronológicos tendientes a demostrar, principalmente, el desarrollo evolutivo que sufrieron los distintos elementos decorativos de la cerámica de las culturas del área diaguita.

Enrique Palavecino¹², Dick E. Ibarra Grasso¹³ y Salvador Canals Frau¹⁴ creen en el diacronismo de los elementos arqueológicos del área diaguita, siendo el primero mencionado quien trata de ubicar los materiales característicos dentro de las diversas etapas culturales.

En su trabajo sobre los diaguitas Fernando Márquez Miranda¹⁵, incluye todos los materiales de las distintas culturas bajo la denominación de diaguitas. Pero el trabajo de jerarquía, elaborado con un método digno del mayor elogio y de tener en cuenta, a pesar de las fallas reconocidas por su autor, motivado por no poder consultar los materiales personalmente, es el de la cronología del Noroeste argentino de Wendell C. Bennett¹⁶. Este ensayo cronológico y ordenamiento de las distintas culturas del área arqueológica mencionada es elaborado exclusivamente consultando la bibliografía que se había publicado hasta esa fecha.

En su trabajo Bennett establece una división para el N. O. argentino, en cuatro áreas —Norte, Central, Este y Sur y dos complejos, Puma e Iruya— tratando de esta forma de relacionar los estilos de cerámica con las distintas culturas, a las que ubica cronológicamente.

En 1951, 1952 y 1954, A. Rex González¹⁷ realiza excavaciones en el valle del Hualfín (provincia de Catamarca) basándose en una serie de motivos que él considera fundamentales: "1º. Por tratarse de una unidad geográfica muy bien definida, ya que es un valle de unos 15 km. por 35 km. cerrado por cadenas de montañas en casi todo su perímetro.

¹⁰ SERRANO, A. (1936): *Cronología diaguita*, Revista Chilena de Historia Natural, año XL, págs. 86-91, Santiago de Chile.

¹¹ SERRANO, A. (1953): *Consideraciones sobre el arte y la cronología en la región diaguita*, Publicaciones del Instituto de Antropología del Litoral, N° I, Rosario.

¹² PALAVECINO, E. (1948): *Áreas y capas culturales en el territorio argentino*, Gaea, Anales de la Soc. Arg. de Estudios Geográficos, VIII, 2ª entrega, págs. 445-523, Buenos Aires.

¹³ IBARRA GRASSO, D. E. (1950): *Nueva interpretación sobre la arqueología del Noroeste argentino*, Ciencia Nueva, año I, N° 1, págs. 11-37, Tucumán.

¹⁴ CANALS FRAU, S. (1953): *Las poblaciones indígenas de la Argentina*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

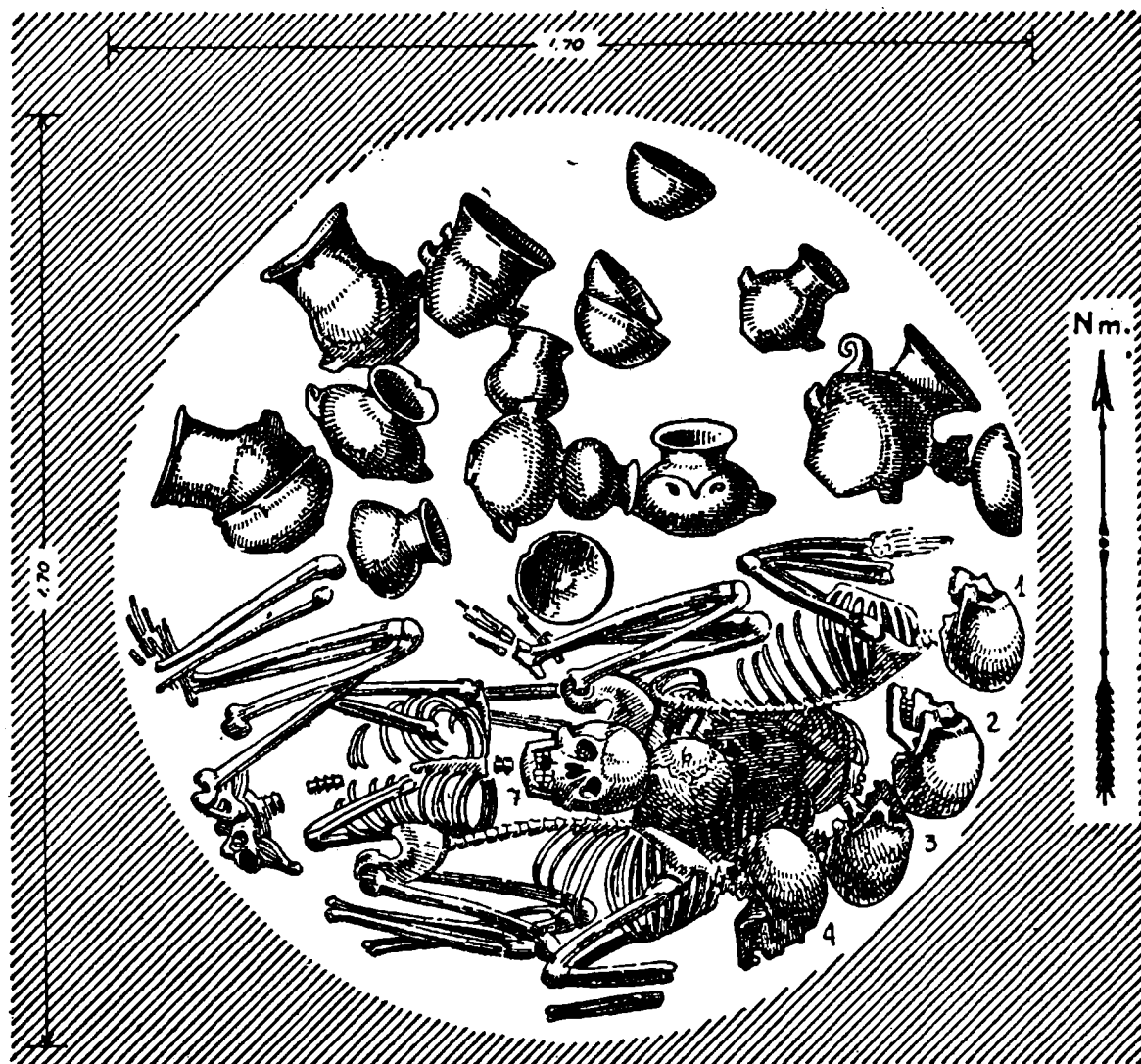
¹⁵ MÁRQUEZ MIRANDA, F. (1946): *Los diaguitas*, Revista del Museo de La Plata (Nueva serie), III, Sec. Antropología, págs. 5-300, La Plata.

¹⁶ BENNETT, W. C. y otros (1948): *Northwest Argentine Archaeology*, Yale University Publication in Anthropology, N° 38, New Haven.

¹⁷ GONZÁLEZ, A. R. (1955): *op. cit.*

CIENCIA

2º. Por ocupar el corazón de la llamada área diaguita o sea la región central del Noroeste según la división establecida por Bennett (1948, p. 16).
3º. Por poseer el Museo de Ciencias naturales de La Plata las anotaciones completas y el patrimonio funerario de 1.200 tumbas excavadas en el valle del Hualfín por las expediciones de B. Muniz Barreto”.



Planta de la cista N° 3 del cementerio VII de la zona de Famabalasto, provincia de Catamarca. Se hallaba a un metro de profundidad, su diámetro era de 1,70 m. y la altura de 0,70 m., tapada con lajas. En su interior fueron hallados siete esqueletos de adultos, 3 casi completos y los restantes colocados uno encima de otro. Juntamente con los restos óseos se hallaron 23 objetos de alfarería.

Con trabajos sistemáticos apoyándose en “a) investigaciones y reconocimiento de la mayor cantidad posible de sitios de superficie; b) excavaciones de viviendas o recintos aislados; c) excavaciones y relevamientos de pueblos fortificados; d) sondeos estratigráficos en basureros o viviendas; e) estudio de los materiales de 16 cementerios principales y de

un total de 1.200 tumbas. . .”, A. Rex González elabora un cuadro cronológico para el valle del Hualfín al que considera el centro del área central del Noroeste argentino. Con esta serie de investigaciones González no sólo da una base al nuevo enfoque de estas disciplinas sino que marca una etapa en la escuela arqueológica argentina.

HORIZONTES ACERÁMICOS

Las primeras oleadas pobladoras del Noroeste constituyeron grupos con una cultura de cazadores recolectores que se extendieron en gran parte de nuestro territorio y de los que encontramos restos similares en diversos países de Sudamérica (Chile, Bolivia, Perú, Venezuela).

El horizonte acerámico más primitivo en el Noroeste argentino se halla representado por una industria “bifacial” (hachas de mano, de tipo paleolítico inferior al del Viejo Mundo) que se la descubrió en el yacimiento Ampajango, valle de Santa María, provincia de Catamarca¹⁸, que condujo a la identificación de dos horizontes acerámicos antiguos del área central. Esta industria *Ampajanguense*, de talla bifacial sobre lascas espesas, está asociada a un serie de tipos de instrumentos, tales como grandes raspadores, raederas, buriles y artefactos monofaciales, que por su tamaño y tosquedad nos hablan de un complejo primitivo que se extendió a lo largo de América del Sur con anterioridad al complejo *Ayampitinese* de una estirpe de cazadores superiores primitivos.

Un complejo similar al *Ampajanguense*, de hachas bifaciales y monofaciales fue hallado en la zona de “El Jobo”, en Venezuela, por Cruxent¹⁹. Según datos radiocarbónicos, que nos fueron facilitados por Cruxent, ese complejo acerámico de “El Jobo” fue ubicado entre los 14.000 y 16.000 años de antigüedad. Por lo tanto el *Ampajanguense*, hallado en un inmenso “taller o paradero”, puede tener la misma antigüedad de años, que esa industria tosca encontrada en Venezuela.

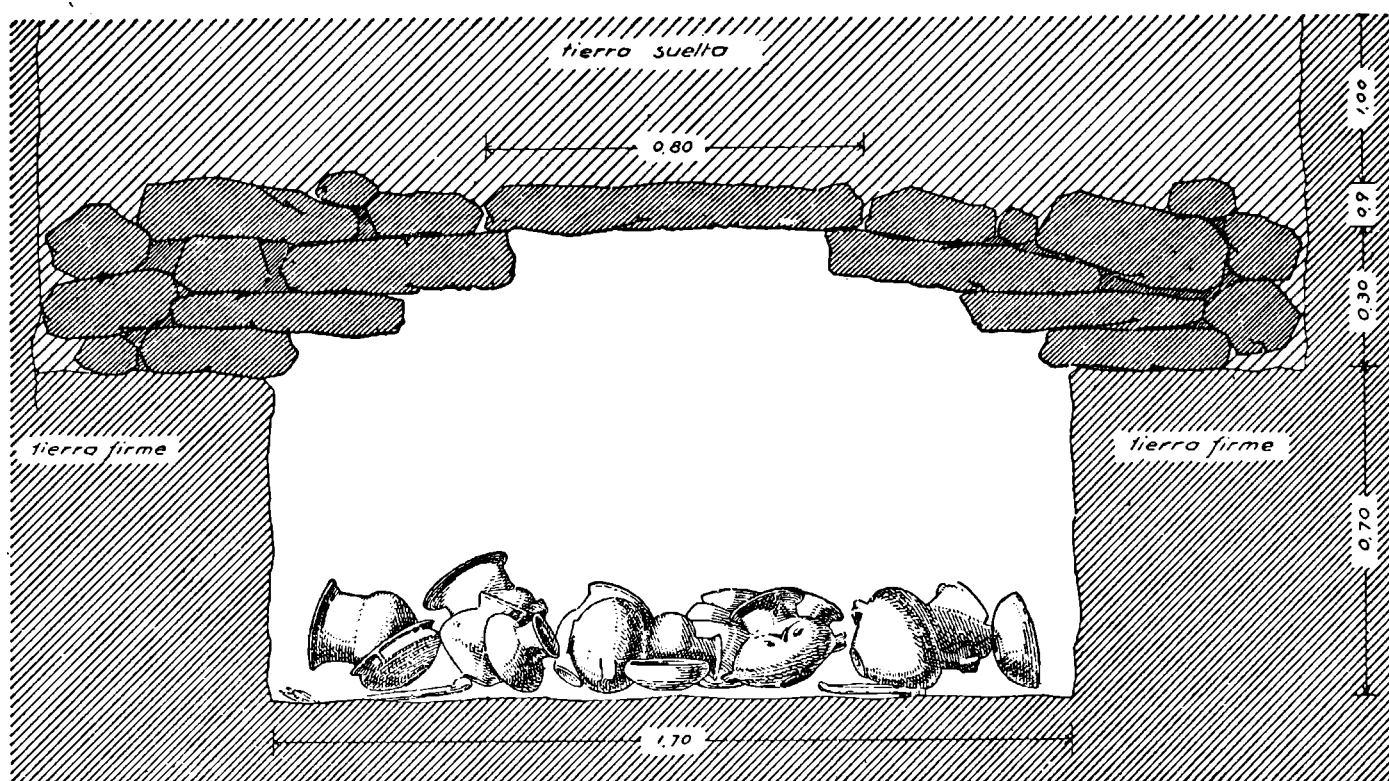
El otro horizonte acerámico lo forma el complejo *Ayampitinese*, que no constituye una uniformidad. Dentro de él puede separarse una serie de facies, que también se manifiestan fuera de nuestro país (Chile, Bolivia). Esta industria *Ayampitinese* de cazadores superiores

¹⁸ CIGLIANO, E. M. y otros (1962): *El Ampajanguense*, Publicación N° 5 del Instituto de Antropología del Litoral, Rosario.

¹⁹ CRUXENT, J. M. y ROUSE, I. (1961): *Arqueología Cronológica de Venezuela*, Estudios monográficos, VI, Unión Panamericana, Vol. 1 y 2, Washington, D. C.

CIENCIA

primitivos, fue descubierta en Ayampitín, Pampa de Olaen, provincia de Córdoba, por Montes y González²⁰ y reconocida por Menghin años más tarde. Se trata de una industria que está caracterizada por puntas de proyectil de retoques bifaciales: relacionándose cronológicamente a otras etapas con la industria Ongamirensis, que se pone “en evidencia en las excavaciones efectuadas en 1951 en la gruta de Intihuasi, en la provincia de San Luis”.²¹



Perfil de la cista N^o 3 del cementerio VII de la zona de Famabalasto, provincia de Catamarca. Este cementerio, de 40 metros de largo por la mitad de ancho, se componía de ocho cistas con esqueletos de adultos, halladas a profundidades variables de 0,70 a 1,50 m., rodeadas de otras tantas urnas del tipo Santa María bicolor conteniendo esqueletos de párvulos.

Los materiales típicos del *Ayampitinense* —la forma clásica con base redondeada que es clasificada como *Ayampitinense I*— se remonta al sexto milenio a J. C., sobre fechados radiocarbónicos.²² Yacimientos característicos de esta cultura de cazadores superiores primitivos fueron hallados en el valle de Santa María (Catamarca) en paraderos superficia-

²⁰ GONZÁLEZ, A. R. (1953): Op. cit.

²¹ GONZÁLEZ, A. R. (1950/1955): Op. cit., pág. 11.

²² GONZÁLEZ, A. R. (1957): *Dos fechas de la cronología argentina obtenidas por el método de radiocarbón*, Instituto de Antropología del Litoral. Publicación N^o 2, Rosario.

les, donde las clásicas puntas bifaciales se encontraban asociadas a una variedad de artefactos, tales como raspadores, raederas, lascas con y sin retoques.²³ En el curso de las investigaciones llevadas a cabo en el presente año por la División de Antropología del Museo de La Plata bajo el auspicio del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas en la puna salteña y jujeña, los hallazgos efectuados corroboraron los descubrimientos hechos por Eric Boman²⁴ en la zona de Saladillo (provincia de Jujuy), donde aparece una industria acerámica que tipológicamente podría identificarse como *Ayam-pitinense*, aunque presenta algunos tipos más primitivos, que nos hace pensar en una facie anterior. Además se halló en la zona de Tres Morros, sobre el borde S. E. de las Salinas Grandes de Jujuy, un gran "paradero o taller" que por las características tipológicas de los artefactos nos permitieron identificarla como industria de *Tres Morros*²⁵.

Se trata de un complejo lítico caracterizado por artefactos bifaciales y monofaciales (hachas de mano) de regular tamaño, asociadas a raspadoras nucleiformes, circulares, en hocico, etc.; raederas lascas y puntas bifaciales y monofaciales trabajados a percusión. La tipología de esta nueva industria de Tres Morros nos dice de una antigüedad mayor que *Ayam-pitín* y que el *Saladillense*.²⁶

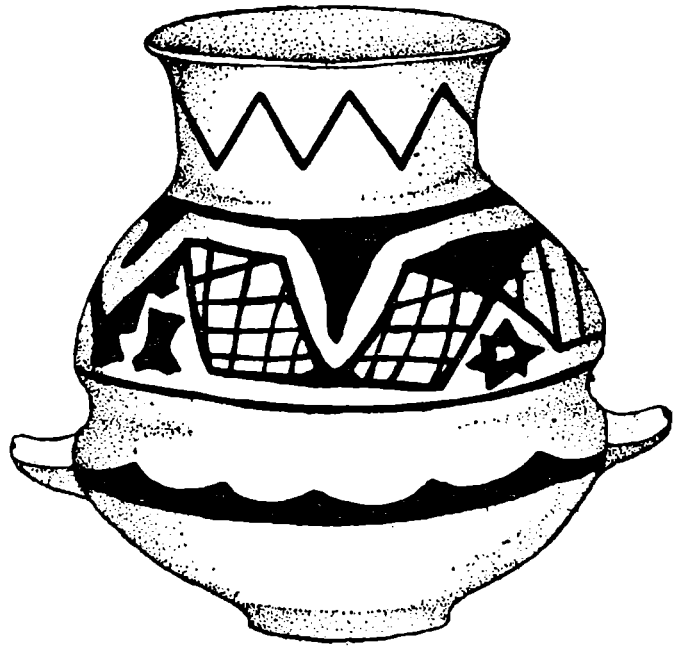
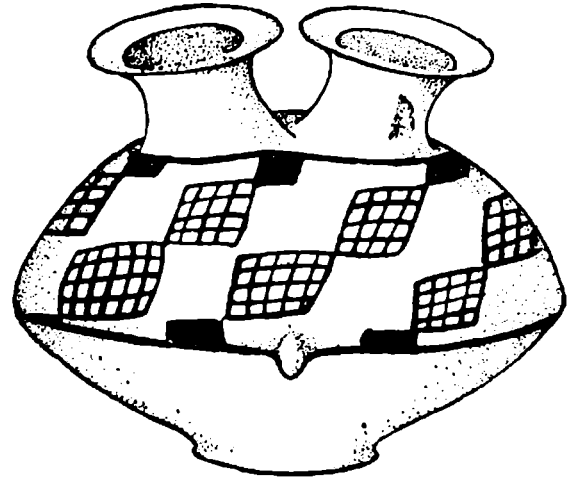
En conclusión podemos decir que en el horizonte acerámico del N. O. argentino distinguimos cuatro industrias perfectamente definidas, contando algunas de ellas con facies evolutivas, que nos demuestran el largo desarrollo temporal y espacial de las mismas. Por lo tanto tenemos una industria de bifaces (hachas de mano de estirpe "Protolítica", paleolítico inferior del Viejo Mundo) denominada *Ampajaguense*; una industria —*Tres Morros*— de tipo paleolítico superior; el *Saladillense*, caracterizado por puntas bifaciales de talla a percusión y presión y el *Ayam-pitinense* que corresponde a un pueblo de cazadores superiores primitivos, con puntas bifaciales de talla a presión, que se extendió hacia otras áreas, al sur de la que estamos tratando.

²³ CIGLIANO, E. M. y otros (1961): Op. cit.

²⁴ BOMAN, E. (1908): *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, 2 vols., París.

²⁵ CIGLIANO, E. M. (inédito): *Una nueva industria acerámica de las Salinas Grandes de Jujuy*, Tres Morros.

²⁶ MENGHIN, O. F. A. (1953/54): *Culturas precerámicas en Bolivia*, Runa, T. VI, págs. 125-132, Buenos Aires.



Alfarería hallada en la zona de Famabalasto, departamento de Santa María, provincia de Catamarca, en 1954, por el autor. Cerámica Famabalasto negro sobre rojo.

CULTURAS AGRÍCOLAS ALFARERAS

Hace pocos años el trabajo de A. Rex González²⁷ sobre el precerámico en las Sierras Centrales tuvo una marcada influencia en los estudios para resolver el problema de las primeras oleadas pobladoras del N. O. argentino. De esta forma nació la inquietud en diversos investigadores de analizar dicho problema. Pero hoy es necesario y fundamental hallar los restos de los pueblos portadores de las primeras culturas agrícolas alfareras que habitaron en esa área. No es imposible asimismo que algunas culturas acerámicas hayan continuado evolucionando hasta llegar a ser contemporáneas de los pueblos agricultores.

Relacionado con estas primeras culturas agrícolas alfareras existen por lo menos dos zonas de gran interés; una de ellas es Tafí del Valle (provincia de Tucumán) donde A. Rex González realizó una serie de excavaciones en distintos tipos de yacimientos, obteniendo como resultado principal la determinación de una cerámica con características primitivas que tiene una antigüedad, radiocarbónica, de 2.000 años.

Otra alfarería primitiva es la que aparece en los estratos más inferiores de los pozos estratigráficos realizados en el valle de Santa María (provincia de Catamarca)²⁸ y que probablemente fue contemporánea de los especímenes hallados en cementerios de Laguna Blanca (Catamarca) y en la ladera occidental del Aconquiya, al sur del valle de Santa María—Tesoro, Buey Muerto, Zarso— por la expedición Muniz Barreto y por Cigliano en las excavaciones de 1957 en la zona de Ingenio del Arenal.

Una de las principales contribuciones realizadas por los estudios efectuados por González en el Valle del Hualfín (Catamarca) y en la zona del Campo del Pucará (Catamarca)²⁹ es la determinación de la clara posición de las dos fases —Ciénaga y La Aguada— en que se divide la cultura de los *Barreales*, cada una de estas fases culturales está determinada por una serie de elementos que componen su contexto cultural; en *Ciénaga* figuran específicamente una variedad de tipos de cerámica tales como Ciénaga grabado simple, Ciénaga pintado, urnas Ciénaga grabada. El patrimonio de la fase La Aguada está caracterizado por la alfarería deno-

²⁷ GONZÁLEZ, A. R. (1953): Op. cit.

²⁸ CIGLIANO, E. M. y otros (1960): Op. cit.

²⁹ GONZÁLEZ, A. R. y NÚÑEZ REGUEIRO, V. (1958/59): *Apuntes Preliminares sobre la Arqueología del Campo del Pucará y alrededores* (Dto. Andalgalá, Prov. Catamarca), *Anales de Arqueología y Etnología*, T. XIV-XV, págs. 115-162, Mendoza.

CIENCIA

minada *policroma*, con una serie de variedades o subtipos y La Aguada grabada que predomina en relación con la cerámica pintada.

Los fechados radiocarbónicos³⁰ para estas fases permiten ubicar a *Ciénaga* en el 400 de nuestra era y en el 800 *La Aguada*.

La Aguada es una facie de la cultura de los *Barreales* que desde el punto de vista estilístico y técnico puede considerársela como la más alta expresión de cuanta cultura haya poblado el N. O. argentino. Estos pueblos de los *Barreales* se extendieron ampliamente en las áreas central y sur del Noroeste, aunque la fase *La Aguada* no tuvo el mismo desarrollo en las distintas zonas como en el valle del Hualfín.

Luego de esos períodos tempranos y medios de desarrollo de las culturas agrícolas alfareras se asientan las culturas tardías tales como la de Belén en el valle del Hualfín; donde González³¹ distingue tres fases (I-II-III) y la *Santamariana*, con sus clásicas urnas para entierro de párvulos, que comprenden dos fases (I-II), perfectamente definidas.³²

Estos períodos de culturas tardías comienzan alrededor del 1.100 (D. C.) y llegando a ser contemporáneos del impacto incaico (1480) notándose en la mayoría de los yacimientos, de las últimas fases, una clara asociación.

Dentro del área central existen una serie de culturas que en distintas oportunidades fueron incluidas también dentro de la denominación de "diaguitas" o que habían sido calificadas como estilos de cerámicas, como la cultura *Condorhuasi*. Pero durante las últimas investigaciones³³ se fueron aportando una serie de elementos que permitieron construir el contexto cultural, pudiéndose de esta forma calificar a *Condorhuasi*³⁴ como una cultura similar a la de los *Barreales*, *Santamariana*, *Belén*, etc.

Uno de los problemas de mayor complejidad de esta cultura *Condorhuasi* fue su ubicación cronológica. Los elementos aportados con ese fin son escasos; nuestras recientes investigaciones nos permitieron ubicar

³⁰ GONZÁLEZ, A. R. (1960): *Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón (III)*, Ciencia e Investigación, abril de 1960, T. 16, Nº 4, págs. 142-145, Buenos Aires.

³¹ GONZÁLEZ, A. R. (1960): Op. cit.

³² CIGLIANO, E. M. (1958): *Arqueología de la zona de Famabalasto* (Dto. Santa María, Prov. Catamarca), Revista del Museo de La Plata (Nueva serie), Sec. Antropología, T. V, págs. 29-122, La Plata.

³³ GONZÁLEZ, A. R. (1956): *La cultura Condorhuasi del N. O. argentino* (Apuntes preliminares para su estudio), Runa, VII, Parte Primera, págs. 37-85, Buenos Aires.

³⁴ CIGLIANO, E. M. (en prensa): *Nuevos aportes sobre la cultura Condorhuasi para el área central del N. O. argentino*.

a esta cultura agrícola alfarera después de la fase de Ciénaga, principalmente al Sur del valle de Santa María.³⁵

Una de las áreas que reviste un especial interés por su ubicación limítrofe con zonas arqueológicas tan importantes, como Sur del Perú, Norte de Chile y Sudoeste de Bolivia, es la Puna argentina. Los elementos arqueológicos de las culturas agrícolas alfareras que allí aparecen presentan, en general, un aspecto uniforme. Existe un interrogante relacionado a lo que W. C. Bennett³⁶ denominó *Puna Complex* y es "si pertenecen realmente a un único complejo cultural, como se ha mantenido hasta el presente o no, y si esa cultura o culturas fueron independientes de las que poseyeron los pueblos vecinos".³⁷

En general, excepto el trabajo de Krapovickas que reúne todos los materiales y cita los yacimientos excavados hasta la fecha, los que trabajaron en esa área tan importante se limitaron "a una enumeración y descripción de materiales pertenecientes a distintos yacimientos"³⁸. Debemos considerar, sin embargo, la magnífica y monumental obra de Eric Boman³⁹ editada a principios de siglo, que en estos momentos de la arqueología argentina es un tratado básico para los nuevos enfoques arqueológicos y etnográficos del área de la puna.

Los yacimientos conocidos de esta tan vasta zona arqueológica son escasos, de allí que éste sea un factor primordial para que a veces denominemos a esa área como "*Complejo de la Puna*". Los materiales que aparecen se presentan muy bien conservados, telas, madera, hueso, calabazas, cerámica y metalurgia. Prometiéndonos con buenas e intensivas excavaciones aclarar los procesos culturales que se han desarrollado en esa zona tan interesante como resulta la puna. Tal es así que del sector austral de la puna argentina solamente dos son los yacimientos excavados hasta el momento, el de Antofagasta de la Sierra y el Tebenquiche⁴⁰.

Además, lo intrincado del problema se complementa porque ha existido una continuidad arqueológica, no sólo en los grupos agrícolas alfareros, sino también en los grupos acerámicos. Es decir que en cierto momento es muy probable que los antiguos grupos de cazadores hayan estado

³⁵ CIGLIANO, E. M. (en prensa): *Nuevos aportes sobre la cultura Condorhuasi...*

³⁶ BENNETT, W. C. (1948): Op. cit.

³⁷ KRAPOVICKAS, P. (1958/59): *Arqueología de la Puna Argentina*, Anales de Arqueología y Etnología, T. XIV-XV, págs. 53-113, Mendoza.

³⁸ KRAPOVICKAS, P. (1958/59): Op. cit.

³⁹ BOMAN, ERIC (1908): Op. cit.

⁴⁰ KRAPOVICKAS, P. (1955): *El yacimiento de Tebenquiche*, Publicación del Instituto de Arqueología, III, Buenos Aires.

CIENCIA

en contacto con los grupos sedentarios productores de alfarería y poseedores de una economía agrícola.

Todo esto motivado por varios factores, uno de los más importantes el medio ambiente, hace que el arqueólogo se enfrente en la puna con rasgos que a veces le resultan extraños, si se lo compara con otras zonas del área central del Noroeste argentino.

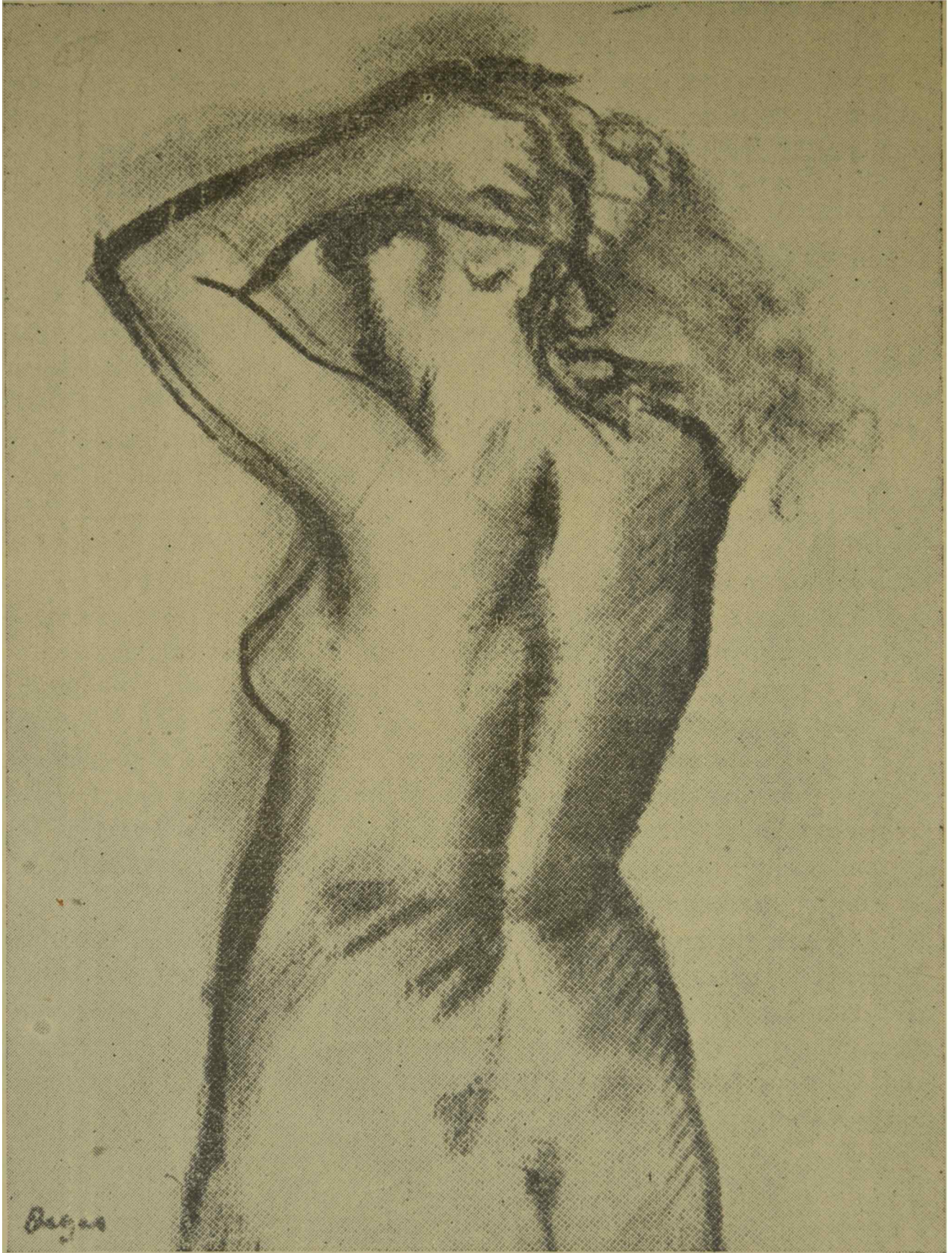
CONSIDERACIONES FINALES

La arqueología es una ciencia que tiene sus reglas y métodos propios, a las que deben ceñirse los investigadores. Estos principios científicos fundamentalmente aplicados darán como resultado una labor no sólo educativa sino también serán la fuente del conocimiento de nuestro pasado.

Debemos reconocer que la arqueología es una ciencia eminentemente práctica y que todo estudio en gabinete tiene un valor limitado. Por lo tanto, la labor realizada en el terreno, el contacto directo con los materiales que se van exhumando, el trabajo en las libretas de campo, sumado al estudio de los objetos en el laboratorio, nos dará como resultado una interpretación exacta de lo que hemos estado investigando.

Creemos que la arqueología argentina cumple en estos momentos un papel importante dentro de las Ciencias Antropológicas. Estamos en los comienzos de una nueva época dentro de la disciplina arqueológica, por lo tanto debemos rever todos aquellos yacimientos clásicos que en su tiempo fueron "bien excavados", si es que pretendemos completar el estudio de un área tan apasionante como es la del Noroeste argentino, y enfocar los nuevos yacimientos, desde un punto de vista integral .

La investigación arqueológica moderna requiere un buen equipo de campaña, incluyendo en él, topógrafos, ayudantes, preparadores, alumnos, complementándose todos para resolver los problemas que se van presentando en el terreno. En esta forma, creemos, algún día podremos tener completos los cuadros cronológicos y revelar exhaustivamente las incógnitas de nuestro pasado.



Mujer peinándose, dibujo de DEGAS.

Educación

Problemas pedagógicos en la enseñanza universitaria

NICOLÁS M. TAVELLA

NACIDO EN SANTA FE en 1918. Profesor de psicología educacional y de psicometría y estadística en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Director del Departamento de Orientación Vocacional de la Universidad de Buenos Aires. Profesor interino de la cátedra de teoría e interpretación de los tests mentales en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Psicólogo del "Centro de psicología y psiquiatría infantil" del Hospital de Clínicas (1943-45) y de la sección de niños espásticos del Hospital Rawson (1956), de Bs. Aires. TRABAJOS: Desde 1945 ha publicado 40 trabajos, entre ellos: Utilización del dibujo en la clínica psicológico-psiquiátrica infantil, El Kent - Emergency - Test, El método de Rorschach: aplicación e interpretación, La psicología clínica y Problemas de la escuela media.

LA universidad, en su carácter de institución social y educativa, contrae el compromiso de brindar las mejores condiciones a sus alumnos para que estos logren cursar normalmente sus estudios y graduarse. En otro artículo (Véase la revista UNIVERSIDAD N° 44, publicada por la Universidad del Litoral, año 1960) he señalado las serias deficiencias pedagógicas que afectan a nuestras facultades y la necesidad de encarar este problema para ir adoptando las medidas concernientes a su solución. La insistencia sobre la preocupación pedagógica se desprende de la naturaleza educadora de la universidad. La atención de los problemas de estudio y personales de los alumnos constituye una tarea ineludible y sólo puede llevarse a cabo cuando la organización y conducción de cada facultad contempla principios pedagógicos sólidamente establecidos por las ciencias de la educación. En nuestros medios universitarios la pedagogía no merece confianza. Conviene señalar que se confunde a la pedagogía con formulaciones pseudopedagógicas

y que, con respecto a las técnicas verdaderamente pedagógicas, nadie puede decir mucho en nuestras facultades porque nada se ha ensayado con rigor científico y durante un período razonable de tiempo. Se equivocan los que creen que se está contribuyendo a ordenar pedagógicamente una facultad confeccionando un reglamento para la carrera docente o los trabajos prácticos. Si bien ambas reglamentaciones son necesarias, este tipo de medidas no pueden agotar las indispensables para asegurar una atención adecuada de las condiciones pedagógicas que debe asegurar cualquier carrera universitaria. Algunas universidades argentinas sienten la necesidad de atender este aspecto importante de su actividad educadora.

La cuestión es compleja y nos encontramos en un atraso tal que la mejor política para iniciar una renovación consiste en promover medidas concretas. Para comenzar, la universidad debe conocerse a sí misma y todo lo que haga para conseguirlo es positivo. El auxilio de la estadística aplicada a los hechos de la universidad abre un camino de buenas perspectivas. Pero los planes de recolección y elaboración de datos deben ser preparados con criterio pedagógico, es decir, contemplar hechos de la enseñanza y el aprendizaje, además de los técnico-administrativos. La creación de los departamentos de pedagogía universitaria constituyen otra medida, pero no debe malograrse restándoles medios para su equipamiento y contratación de personal que se dedique al estudio de los problemas pedagógicos que afectan a toda casa de estudio. También responden a esa preocupación los organismos universitarios creados para atender los problemas de orientación vocacional de los estudiantes y los departamentos de becas.

Este panorama de perspectivas alentadoras no debe impedirnos señalar ciertas modalidades que caracterizan a nuestras universidades con respecto del aprovechamiento de los institutos y departamentos que cuentan en sus distintas facultades. La nota predominante en nuestros medios universitarios es el total desaprovechamiento de la contribución que esos organismos podrían brindar a requerimiento de las autoridades universitarias. Las raíces de esta modalidad penetran muy hondo en un terreno abonado por la falta de confianza en los recursos de la investigación en el campo de la pedagogía y de los problemas educacionales. Hasta que, acerca de cada uno de los problemas que afectan el desarrollo de nuestras casas de estudio superior, no se realice un esfuerzo para deslindar sus aspectos técnicos y comprender la conveniencia de encomendar su estudio a especialistas, poco tendrán que hacer para la propia universidad los ins-

EDUCACION

titutos de estadística, sociología, pedagogía, psicología, asistencia social etc., que ya existen en las facultades.

El argumento más utilizado para justificar la falta de participación de estos institutos es la socorrida afirmación de que tales institutos no hacen nada para ellos y, por lo tanto, qué van a hacer para los demás. En primer lugar esta afirmación no es correcta. Todos esos institutos hacen algo, pero están aislados y desprovistos de apoyo.

Nos referimos especialmente a los institutos de pedagogía y psicología. Basta comparar las partidas del presupuesto para observar la tremenda precariedad de los recursos de que disponen para desarrollar sus actividades, en comparación con los asignados a otros institutos. Los mismos funcionarios que siempre se oponen a otorgar recursos a estos organismos son los que luego les reprochan su inactividad. Si la universidad los consultara y les brindara los medios materiales para realizar los estudios que esas demandas significan las cosas cambiarían radicalmente. A veces —para decir las cosas como son— se los ha consultado. Pero de esta manera:

“El Consejo Superior de la Universidad “X” se dirige al instituto de pedagogía “Z” para solicitarle que se expida, en el término de quince días, sobre los cursos de ingreso”. Si el director de este instituto es una persona honesta contestará que no puede expedirse en quince ni en trescientos sesenta días. Si el Consejo Superior tiene auténtico interés en conocer la opinión del instituto —al cual tal vez ni se lo ha consultado sobre la organización de los cursos de ingreso— el procedimiento correcto es solicitar de ese instituto la preparación de un programa de investigación para evaluar los cursos de ingreso y un detalle de los medios materiales y humanos para llevarlo a cabo. Se entiende que sería más expeditivo que el director informara, pero tendría que hacerlo basándose en su punto de vista personal, procedimiento totalmente reñido con los métodos más elementales de un enfoque científico de los problemas educacionales y de cualquier tipo de cuestión de esta naturaleza.

Se han mencionado los cursos de ingreso. Parecería elemental que, previa a su instalación, se consultara con los organismos competentes, en este caso, al Departamento de Ciencias de la Educación de la facultad correspondiente. Aún en los casos que esos cursos de ingreso funcionen en una facultad que cuenta con un Departamento de Ciencias de la Educación, dicho organismo no tiene ninguna o escasa participación en los problemas que esos cursos determinan, tanto en el transcurso de su organización como en el desarrollo de los mismos.

De la misma manera podríamos mencionar decenas de situaciones para cuyo estudio o adopción de medidas destinadas a solucionarlas no se consultan a los institutos o departamentos pertenecientes a la universidad o a sus facultades.

Las universidades argentinas consultan acerca de éstas y un cúmulo de cuestiones de la misma naturaleza a sus comisiones de enseñanza. Se podría creer que estas comisiones de enseñanza la mayoría de sus miembros son especialistas en pedagogía. Quien desee averiguarlo comprobará que las cosas no son así y, en la casi totalidad de los casos, no cuentan con ningún especialista en pedagogía.

Una serie de asuntos eminentemente pedagógicos son resueltos con criterios administrativos y consultando reglamentos en los cuales se escarba para encontrar alguna disposición que, en función de alguna analogía remota con la cuestión, aunque sea en sus aspectos formales, admite una aplicación forzada al asunto.

La corrección de un estado de cosas, inadmisibles en la etapa presente del desarrollo de nuestra enseñanza superior, nos llevará al análisis de ciertas costumbres y, como siempre ocurre cuando se critican las costumbres, a provocar reacciones de protesta contra las afirmaciones que se formulan a continuación:

a) La tendencia a suponer que el dominio de ciertas disciplinas —totalmente ajenas a la cuestión pedagógica— habilita para sentirse con capacidad para afirmar o decidir sobre cuestiones de pedagogía o psicología que han alcanzado un desarrollo tal, que exigen conocimientos y la formación inherente a especialistas en tales materias. Así como en el dominio de la física o la medicina las buenas intenciones han dejado de ser un antecedente para dedicarse a su cultivo, exigiéndose conocimientos y preparación a la altura de su actual desarrollo, no vemos por qué en las disciplinas psicológicas y pedagógicas se puede aceptar el criterio opuesto.

b) La tendencia a confiar en las soluciones apriorísticas en el terreno de las cuestiones pedagógicas y psicológicas que genera toda institución de enseñanza, cuando esa clase de recursos mágicos han dejado de tener vigencia en cualquier sector del conocimiento al cual se aplican los adelantos de la ciencia y la investigación científica.

Nadie cree que la modificación del estado sanitario de una región puede encararse a ciegas, confiando la tarea a astrónomos o físicos o a improvisados que tengan la audacia de exponer algunas ideas "originales" sobre el asunto. Pero en nuestros medios universitarios, cuando se trata

EDUCACION

de encarar problemas de naturaleza educativa estas actitudes insólitas no provocan sorpresa o mayores dudas.

c) La tendencia a desconocer la importancia del desarrollo armónico del conjunto de las disciplinas para el progreso de una disciplina particular. En el ámbito universitario esta actitud generó una desigual atención a distintas carreras universitarias: geología, biología, matemáticas, física, meteorología, etc., etc.; las consecuencias de este enfoque unilateral para el desarrollo científico y técnico del país las estamos sufriendo en la actualidad de manera dramática. Restarle recursos económicos y apoyo al desarrollo de la pedagogía, por ejemplo, entraña la misma miopía para percibir el papel de cada uno de los sectores del conocimiento en relación al conjunto de los mismos.

Sería trágico para la universidad, si al fijar la lista de prioridades se olvidara siempre de ubicar, aunque sea en uno de los primeros diez términos, el correspondiente al desarrollo de la carrera de ciencias de la educación. Esta reflexión me la sugiere el libro de Roberto J. Noble "Argentina, potencia mundial" ¹ donde su autor hace una enumeración de los rubros del desarrollo nacional para convertir al país en una gran potencia estableciendo el siguiente régimen de prioridades: siderurgia, caminos, transportes, carbón, energía, petroquímica, olvidándose de un aspecto, sin cuyo desenvolvimiento paralelo a los restantes echará al traste su sueño de una gran potencia. Me refiero al de la educación. El nivel medio de instrucción de la población argentina no alcanza al cuarto grado de la escuela primaria y, en algunas regiones del país, al segundo grado. Ninguna nación puede convertirse en una potencia mundial si, un plan de educación —en los tres niveles de la enseñanza— no procura niveles mínimos de instrucción primaria y secundaria, por una parte y, por la otra, no se preocupa por la formación de técnicos universitarios. Esta es la condición básica para que tales planes económicos logren realización.

Frente a muchos problemas que plantean los cursos de ingreso con una enorme cantidad de alumnos por asignaturas se ensayan soluciones sin contemplar los métodos que para iguales situaciones han desarrollado las ciencias de la educación. Si se llama la atención sobre este hecho la respuesta es siempre la misma: en el país faltan pedagogos, especialistas en estos aspectos, que nos ayuden.

¹ Ediciones "Arayú", Buenos Aires, 1960.

Esta es una de las consecuencias que ahora sufrimos por una política equivocada —en el seno de la misma universidad— cuando no se prestó igual o proporcional atención a las ciencias pedagógicas.

Y las seguiremos sufriendo por la incomprensión de todos aquellos consejeros que siempre encuentran elementos de juicio convincentes para eliminar de cualquier lista de prioridades las carreras de pedagogía y psicología.

No se pretende —bajo ningún concepto— dar a entender que estas carreras deban merecer un trato privilegiado o atribuir una importancia exagerada al papel que, en el conjunto de las carreras universitarias, les está dado cumplir. Se trata de ubicar correctamente las contribuciones que ellas pueden ofrecer si se les otorga las oportunidades y los recursos necesarios.

d) La tendencia a suponer que una facultad declina de su autonomía o pierde prestigio frente a las demás, si acude al asesoramiento de organismos de otras facultades para problemas que escapan a su competencia. Las consecuencias de esta modalidad son varias y lamentables: problemas que no se estudian nunca porque no se disponen los medios o los técnicos, desconocimiento de las experiencias realizadas en otras facultades, etc.

e) La tendencia a confundir el plano político del gobierno de la educación —en este caso universitaria— con el técnico. Por haberme referido a este problema en otro artículo², no me ocuparé de esta cuestión, pero insistiré que esa tendencia a confundir ambos planos ha impedido, hasta el momento, el desarrollo de organismos técnicos asesores que contribuyan a establecer la enseñanza universitaria sobre las bases de una pedagogía científica.

II

Las costumbres y modalidades que han generado las tendencias apuntadas no podrán modificarse, sino a través de medidas concretas y específicas que, al atacar deficiencias parciales, determinen progresivamente nuevas formas de trabajo y promuevan una actitud favorable a la colaboración entre los organismos que ya existen en las facultades o que de-

² *La contribución pedagógica en el ámbito universitario*; en *UNIVERSIDAD*, N° 44, 1960. Ed. por la Universidad de Córdoba.

EDUCACION

penden directamente de los rectorados. Las que se enumeran a continuación no excluyen otras y tienen la modesta intención de promover un esfuerzo para corregir modalidades que no conciben con el elevado nivel científico, técnico y cultural que la Universidad argentina ha logrado en muchos aspectos de su labor constructiva:

a) Designación por parte del rector de la Universidad de una comisión destinada a informar al Consejo Superior y al Consejo Directivo de cada una de sus facultades sobre los tipos de problemas que los institutos de pedagogía, psicología y sociología puedan investigar o prestar asesoramiento. Esta comisión deberá estar integrada por un representante de cada uno de los institutos (dependientes de la Universidad o de sus facultades) de estas especialidades. Donde existan Departamentos de Pedagogía Universitaria la comisión contará con un representante del mismo.

b) Crear en cada Universidad un Departamento de Pedagogía Universitaria dotándole de recursos y personal técnico, fijándole un presupuesto de mantenimiento (sueldos, inversiones y gastos generales) no menor del 0,5 % del presupuesto anual, de cada Universidad.

Dictar una resolución donde se recomiende a las facultades la clase de problemas sobre los cuales convendría consultar al Departamento de Pedagogía Universitaria.

Se propone la siguiente organización básica para estos Departamentos:

1) Comisión Asesora compuesta por un delegado de cada facultad y con una Junta Ejecutiva presidida por el director del Departamento de Pedagogía Universitaria, éste último rentado y con dedicación exclusiva.

2) La Junta Ejecutiva debe estar integrada por los directores de los institutos de pedagogía, psicología, orientación vocacional, bienestar estudiantil, sociología, un representante de las carreras humanísticas y otro de las carreras científicas, elegidos por la comisión asesora.

3) Personal integrado por técnicos en pedagogía, psicología, sociología y estadística. El personal técnico estará dirigido por el director del Departamento de Pedagogía Universitaria.

En cuanto al funcionamiento del Departamento de Pedagogía Universitaria, puede adoptarse el siguiente criterio:

a) Los planes de investigaciones y actividades serán formulados por la Junta Ejecutiva de la Comisión Asesora, recogiendo las sugerencias de sus miembros o por iniciativa del mismo y sometidos a la aprobación de dicha Comisión Asesora.

b) Aprobados los planes la Junta Ejecutiva establecerá la participación que en el desarrollo de los mismos tendrá cada uno de los institutos representados en el mismo y, eventualmente, el de otras facultades, cuando la naturaleza de las investigaciones o actividades así lo determinen.

c) Fijada la participación de estos organismos, el personal técnico del Departamento de Pedagogía Universitaria proyectará los aspectos técnicos de la investigación y la pondrá en ejecución, con la colaboración, si así fue establecido, del personal de los institutos participantes.

Sin necesidad de aumentar el número de técnicos que componen el equipo estable del Departamento de Pedagogía Universitaria, la capacidad de trabajo del mismo podrá ser incrementada extraordinariamente mediante un recurso que ya emplea la universidad: el de becas y subsidios para egresados que desean dedicarse a la investigación. Para ello abrirá un concurso anual para cinco subsidios o becas dedicadas a la investigación pedagógica aplicada a problemas de la enseñanza universitaria.

4) Las facultades de las cuales dependen los institutos de pedagogía y psicología adoptarán un plan para el equipamiento y desarrollo de estos institutos cuyos lineamientos básicos se exponen a continuación:

a) Independientemente del presupuesto asignado a estos institutos, la facultad entregará a cada uno de ellos la suma de 1.500.000 pesos m/n. siempre y cuando estos fondos estén destinados a realizar tres investigaciones sobre cuestiones pedagógicas y tres investigaciones sobre cuestiones de psicología educacional aplicados a problemas de esta naturaleza y relativos a la enseñanza universitaria.

Esta asignación se repetirá anualmente, siempre que hayan cumplido los compromisos contraídos.

b) Cada instituto empleará de la siguiente manera los recursos recibidos (\$ 1.500.000):

1º) Becará a tres egresados con la suma de \$ 20.000 mensuales para que se dedique a la investigación de uno de los problemas ya mencionados (\$ 720.000).

EDUCACION

2º) Destinará la suma de \$ 480.000 para los gastos de impresión, gastos de encuestas cuando las hubiere, trabajos de computación mecánica, etc. publicación de los resultados de la investigación y actualización del material bibliográfico sobre el tema investigado (adquisición de libros y colección de revistas).

3º) Destinará la suma de \$ 300.000 a equipamiento progresivo (adquisición de máquinas de calcular, de escribir, equipo de microfilm, rotaprint, archivos metálicos, grabadores, proyector, etc.) de acuerdo a un programa que esa percepción regular y anual le permitiría formular.

Como puede apreciarse, este plan evitará el crecimiento artificial de personal escasamente rentado, permitirá realizar investigaciones sobre problemas que interesan a las facultades, creará un equipo de investigadores y permitirá el equipamiento de los institutos.

5) Cada una de las universidades del país creará 20 becas permanentes para estudiantes que aspiren a seguir la carrera de ciencias de la educación. Este plan de becas se mantendrá durante 10 años, de manera que cada año haya 20 becados en el primer año de dicha carrera y las correspondientes becas para los estudiantes que cursan la carrera en los restantes años.

6) Cada facultad designará un especialista en cuestiones pedagógicas para que asesore a los miembros de su Comisión de Enseñanza.

Por supuesto no será miembro de la misma ni tendrá voto en ella. Su misión será la de informar a sus miembros sobre los aspectos pedagógicos de las cuestiones que, habitualmente, se someten a la consideración de dicha comisión y aconsejar estudios sobre esas cuestiones cuando las circunstancias así lo aconsejen. El asesor pedagógico deberá solicitar la colaboración de los institutos de pedagogía, psicología, orientación vocacional, becas y del Departamento de Pedagogía Universitaria donde este último existiese.

7) El Consejo Superior de cada universidad argentina promoverá anualmente una jornada interna de estudios sobre problemas pedagógicos y psicológicos vinculados a la enseñanza, con un representante, por lo menos, por carrera universitaria, encomendando su realización a los organismos pedagógicos con que cuenta dicha universidad.

III

La adopción del conjunto de medidas que se han sugerido no constituye algo imposible o difícil de cumplir por una institución que posee los recursos económicos, técnicos y humanos con que cuenta la Universidad. Todo universitario desea contribuir de alguna manera al progreso y perfeccionamiento de la enseñanza superior. Si quienes tienen en sus manos la conducción de la universidad se decidieran a incluir en la lista de prioridades, digamos en el 5º término, las cuestiones vinculadas a la organización y conducción pedagógicas de las facultades, se habrían creado las condiciones para iniciar una nueva etapa en el desarrollo y progreso de la universidad argentina.

Problemas Argentinos

Defensa de nuestra riqueza forestal

ITALO N. COSTANTINO

NACIO EN NECOCHEA (Prov. de Bs. As.) en 1916. Se gradúa de ingeniero agrónomo en la Universidad de Buenos Aires en 1938. Al año siguiente es becado por la Dirección de Parques Nacionales para cursar estudios forestales en la Universidad de Michigan (EE. UU.). Profesor de silvicultura en la Facultad de Agronomía de la Universidad de La Plata desde 1948 y director de la Escuela Superior de Bosques de la misma Universidad desde 1960. Presidente de la Asociación Forestal Argentina (1960-62). Integró la comisión de técnicos argentinos que en 1958 analizó en Chile un convenio destinado a la protección de los bosques de ambos países contra incendios. Presidente del Grupo de Educación Forestal para América Latina organizado por la F. A. O. Ha publicado numerosos trabajos técnicos y dictado conferencias sobre conservación de bosques y política forestal.

EL elemento humano y los recursos naturales constituyen los pilares sobre los cuales descansa la prosperidad y el bienestar del mundo. Las naciones que posean mayor cantidad de habitantes, con un elevado porcentaje de individuos moral, intelectual y físicamente dotados, serán más adelantadas y progresistas, siempre, claro está, que cuenten, a su vez, con los suficientes medios que proveen los recursos naturales, especialmente los renovables. Los recursos naturales renovables están al servicio de la humanidad a perpetuidad, mientras se los aproveche racionalmente, lo que no sucede con los recursos naturales agotables que, una vez extinguidos, no pueden recuperarse. Dentro del concepto conservacionista, el elemento de mayor importancia en la protección de los recursos renovables es la vegetación, por lo que al proteger a ésta se defiende el clima, el suelo, las cuencas imbríferas, la fauna, los peces, etcétera. Esa vegetación se presenta en nuestro país, en diversas formas constitutivas. Así, vamos de regiones estépicas, caracterizadas por una cu-

bierta vegetal herbácea, a otras netamente arbustivas, sabanas, montes xerófilos, bosques y selvas. Por la significación e importancia económica de los bosques, nos limitaremos, en esta ocasión, a considerar aspectos relacionados con nuestra riqueza forestal, en lo que hace a su conservación, mejoramiento, ampliación y participación en el desarrollo económico y social del país.

RECURSOS FORESTALES

1. SUPERFICIE FORESTAL

La falta de un Mapa Forestal ¹, no permite dar una cifra real sobre la superficie boscosa de la República Argentina. Tal circunstancia justifica las apreciaciones de distintos autores que se han ocupado de la economía forestal del país y que asignan valores muy dispares a dicha superficie.

Con una extensión terrestre de alrededor de 4.052.590 kilómetros cuadrados ², los bosques ocupan aproximadamente 60 millones de hectáreas, encontrándose ubicadas dentro de los 2.795.695 kilómetros cuadrados que corresponden a la superficie terrestre comprendida entre el paralelo 21°46'55" (cerro Branqui en la Puna Jujeña) y el 55°3' en el extremo sur del continente (Cabo Fueguino San Pío) y los meridianos 73°29'30" en la Patagonia (Cerro Bertrand) y 53°38'52" en Misiones, por lo que tendríamos el 25 % del total de dicha superficie cubierta por una vegetación leñosa.

Se ha estimado que la superficie boscosa antes mencionada se distribuye en la siguiente forma ³:

¹ La Administración Nacional de Bosques inició la confección del Mapa Forestal prácticamente en 1949. Hasta la fecha solamente ha sido inventariada la superficie total de 3.397.654 has. con 1.946.395 has. de bosques, abarcando diferentes regiones del país (posiblemente estas cifras hayan sido superadas con los inventarios practicados durante los últimos años por las provincias). Se trata de una tarea que requiere mucho tiempo, mereciendo una especial atención presupuestaria, a fin de incrementar los trabajos de campaña y gabinete.

² Incluye Sector Antártico, Islas Malvinas, Georgia del Sur, Sandwich, Orcadas del Sur e Islas en litigio.

³ Informe Argentino Conferencia de Caracas - 1955.

PROBLEMAS ARGENTINOS

<i>Regiones Forestales</i>	<i>Sup. boscosa en hectáreas</i>
Selva Misionera	2.275.000
Selva Tucumano-Boliviana	3.470.000
Selva en galería	155.000
Bosques subantárticos	2.050.000
Parque Chaqueño	29.945.000
Parque Pampeano-Puntano	6.225.000
Parque Mesopotámico	2.950.000
Monte Occidental	11.670.000
Estepa Pampeana	---
Estepa Patagónica	---
Desierto Andino	---

Total	58.740.000

Distribución de la superficie boscosa en las provincias

Buenos Aires ..	100.000	Misiones	2.300.000
Catamarca	3.500.000	Neuquén	170.000
Córdoba	4.000.000	Patagonia	70.000
Corrientes	2.000.000	Río Negro	100.000
Chaco	6.500.000	Salta	5.000.000
Chubut	1.100.000	San Juan	1.500.000
Entre Ríos	1.000.000	San Luis	2.500.000
Formosa	4.000.000	Santa Fe	3.000.000
Jujuy	1.000.000	Sgo. del Estero .	6.000.000
La Pampa	8.500.000	Tierra del Fuego	700.000
La Rioja	4.000.000	Tucumán	1.200.000
Mendoza	500.000		-----
		Total hectáreas .	58.740.000

2. REGIONES FORESTALES. SUS CARACTERÍSTICAS

La distribución de la vegetación es dependiente de los factores del pasado y del presente. De tal forma que la distribución actual de las diferentes especies, tanto vegetales como animales, es el resultado de la

ubicación que a ellas correspondió en épocas geológicas anteriores y, por lo tanto, de la característica de los continentes, de los suelos, climas y seres vivientes.⁴

Dado los escasos antecedentes que se poseen de esas épocas pasadas, todos los estudios que se propongan hay que realizarlos sobre datos de factores actuales y obtenibles.

Si bien el estudio de los factores climáticos, edáficos, fisiográficos y bióticos o antropofitozoicos, permitirán llegar a una perfecta determinación de las características más sobresalientes de nuestras regiones forestales, una clasificación más sencilla se puede obtener con la sola consideración de las temperaturas y precipitaciones.

De esa forma se distinguen en el país tres categorías de clima térmico, a saber: subtropical, templado cálido y templado frío. Dentro de esta clasificación es posible comprender tipos intermedios, determinados principalmente por las precipitaciones.

Numerosos son los estudiosos que han producido trabajos sobre fitogeografía argentina. Por ajustarse más a las denominadas regiones económicas forestales, usaremos la clasificación del distinguido profesor Ing^o Agr^o Lorenzo Parodi, quien establece las siguientes formaciones: 1) La Selva Subtropical Misionera; 2) El Parque Chaqueño; 3) Selva Subtropical Tucumano-Boliviana; 4) Bosque Subantártico; 5) Parque Pampeano-Puntano; 6) Parque Mesopotámico; 7) Monte Occidental; 8) Estepa Pampeana; 9) Estepa Patagónica, y 10) Desierto Andino. A éstos podríamos agregar otra formación perfectamente definida, las Selvas en Galería (Véase el mapa de formaciones forestales.)

De todas ellas, las denominadas Desierto Andino, Estepa Patagónica y Estepa Pampeana carecen de formaciones arbóreas naturales y si bien en las dos primeras es, por sus condiciones ecológicas, difícil la forestación, en las restantes se desarrollan muy bien numerosas especies forestales.

Resumidamente, en la misma forma que se consideran los distintos puntos que comprende este trabajo, nos ocuparemos de las características más sobresalientes de esas formaciones vegetales, indicando las especies arbóreas de mayor importancia económica forestal.⁵

⁴ L. HAUMAN, A. BURKART, L. R. PARODI Y A. L. CABRERA: *La Vegetación de la Argentina* - Capítulo de *Geografía de la República Argentina*. Tomo VIII. Buenos Aires 1947.

⁵ TORTORELLI L. A.: *Maderas y Bosques Argentinos* - Acmé. Buenos Aires 1956.

PROBLEMAS ARGENTINOS

Selva Subtropical Misionera

Ubicada en el extremo noroeste del país, abarca aproximadamente el 72 % de la superficie de la provincia de Misiones. Prolongación de la selva austro-brasileña, constituye una unidad fisionómica bien definida. Es recorrida de norte a sur por serranías que dan lugar a cursos de agua, orientados hacia uno u otro de los ríos Paraná y Uruguay, provocando en determinados lugares verdaderas cascadas, recordando las ya famosas Cataratas del Iguazú.

La mayor altitud alcanza aproximadamente 800 mts. sobre el nivel del mar, observándose en sus condiciones topográficas, lomas, barrancas, rocas desnudas, llanuras no muy extensas, pantanos, etc.

Suelo no muy profundo, arcillo-arenoso, suelto y permeable, rico en hierro y aluminio, pobre en fósforo, cal y nitrógeno; tierras rojas, comúnmente denominadas tierras coloradas, fácilmente laterizadas cuando son descubiertas y expuestas al sol.

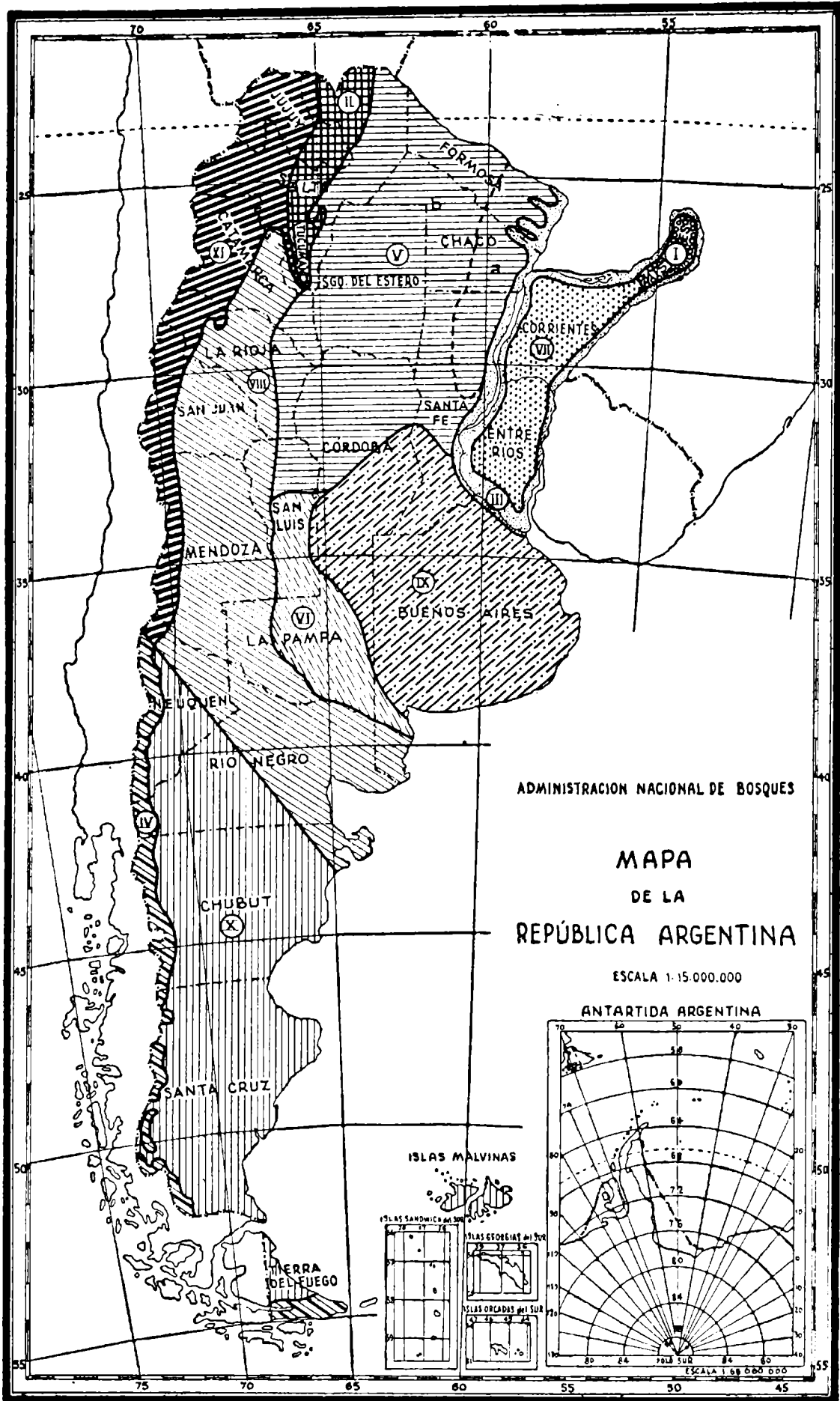
Clima cálido, lluvioso y húmedo. Las lluvias, distribuidas durante todo el año, oscilan entre 1.500 y 2.000 mm. La temperatura media anual superior a 20°C; la media de verano 26°C; de invierno 16°C y las extremas van desde -0°C a más de 40°C.

La Selva Misionera se determina, en cuanto a su existencia, por las lluvias y en lo que respecta a su composición por la temperatura. Como la mayoría de las selvas, se representa con una extraordinaria riqueza florística. Kühn manifiesta que en una sola hectárea se ha encontrado hasta 150 especies arbóreas distintas.

Las selvas de clima tropical y subtropical húmedo se manifiestan con características particulares y de gran magnificencia en el desarrollo vegetativo. El estrato superior de las masas boscosas está representado por árboles que a menudo alcanzan los 40 m. de altura. En los restantes estratos y pisos encontramos otros individuos cuyas alturas oscilan entre los 20-25 m., luego arbustos, subarbustos, hierbas, lianas, epífitas, observándose en determinados lugares palmeras, helechos arborescentes, bambúes, etc. Todo ello otorga una fisonomía especial y que lógicamente determina la definición de selva.

La Selva Subtropical Misionera responde a las condiciones arriba descriptas y los forestales saben de las dificultades que ofrece esa enmarañada vegetación selvática, cuando se proponen realizar estudios dasocráticos; sólo con el empleo constante del "machete" es posible abrirse camino y poder de esa forma penetrar, sin olvidar, si es que se propone

FORMACIONES FORESTALES ARGENTINAS



ADMINISTRACION NACIONAL DE BOSQUES

MAPA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

ESCALA 1:15.000.000

ANTARTIDA ARGENTINA

ESCALA 1:60.000.000

- | | | | | | |
|-----|--------------------------|-----|--|----|-------------------|
| I | Selva Misionera | V | Parque Chaqueño { a - húmeda
b - seca | IX | Estepa Pampeana |
| II | Selva Tucumano Boliviana | VI | Parque Pampeano Puntano | X | Estepa Patagónica |
| III | Selvas en Galería | VII | Parque Mesopotámico | XI | Estepa Punaña |
| IV | Bosques Subantárticos | XII | Monte Occidental | | |

PROBLEMAS ARGENTINOS

mantener esa picada abierta por algún tiempo, que ese "macheteo" debe realizarse periódicamente pues de lo contrario, debido al rápido crecimiento de las plantas, muy pronto estaría nuevamente cerrada.

De acuerdo a la profundidad del suelo y, por consecuencia, a las características de las especies arbóreas, podemos distinguir agrupaciones forestales que difieren especialmente en su composición y crecimiento. Así observamos masas que crecen en suelos profundos, de poca pendiente, en donde los árboles alcanzan alturas promedios de 25 a 30 m. con excelente porte y sanidad; el pino misionero llega a más de 40 m. de altura.

Entre las especies forestales más valiosas podemos citar⁶: "Lapacho negro" (*Tabebuia ipé*), "pino misionero" (*Araucaria angustifolia*), "cedro" (*Cedrela tubiflora*), "peteribí" (*Cordia trichotoma*), "inciense" (*Myrocarpus frondosus*), "timbó colorado" (*Enterolobium contortosiliquum*), "grapia" (*Apuleia leiocarpa*), "cancharana" (*Cabralea oblongifoliola*), "guatambú blanco" (*Balfourodendron riedelianum*) y numerosas otras que, pese a poseer excelentes características xilotecnológicas, se las conoce poco en el comercio maderero.

Parque Chaqueño

Ocupa casi todo el Chaco, Formosa y Santiago del Estero, norte de Santa Fe, noroeste de Córdoba, San Luis y La Rioja, este de Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy, hasta constituir una zona de transición con la Selva Tucumano-Boliviana. Algunos autores incluyen también el ángulo noroeste de la provincia de Corrientes.

Inmensa llanura arbolada resulta ser una prolongación del Chaco paraguayo-boliviano, constituida por terrenos profundos, homogéneos, de tipo aluvional, cuya altitud no sobrepasa los 200 metros; actúa sobre el mismo un clima térmico subtropical pero más continental que el de Misiones. Ofrece en ciertas zonas, en razón de su relieve, numerosos y extensos esteros, mientras que en otras la sequía determina suelos salados.

En esta región fitogeográfica, dada su extensión, los factores climáticos, especialmente la temperatura y las precipitaciones, son determinantes de masas boscosas que ofrecen condiciones diferentes de este a oeste, en cuanto se refiere a su composición y densidad.

⁶ En un próximo trabajo nos ocuparemos sobre las características y usos de las especies forestales que se enumeran.

Es así que, desde el punto de vista económico forestal, a la región considerada se la divide en dos zonas, la oriental húmeda y la occidental seca.

Extenso sería querer profundizar sobre las condiciones ecológicas de cada una de esas zonas. Sólo señalaremos que a la zona oriental húmeda corresponde un clima cálido y más húmedo con precipitaciones comprendidas entre los 800 y 1.200 mm. Temperatura media anual de 19° a 23°.

La zona occidental seca, más extensa que la anterior ofrece masas forestales diseminadas, con densidad y espesura defectiva, constituidas con especies heliófilas por excelencia.

Las lluvias oscilan entre los 400 y 700 mm., alcanzando temperaturas de 43° durante el verano.

El estudio de la vegetación de una y otra zona, evidencia que las masas boscosas del Este, en términos generales presentan árboles de mayor porte, con una densidad y espesura también mayor. De la misma forma, la cantidad de especies que integran esas masas forestales, es para la zona oriental húmeda más numerosa que la correspondiente a la zona occidental seca. Entre las especies forestales de la primera, y de mayor importancia, se pueden citar: “quebracho colorado chaqueño” (*Schinopsis balansae*), que es la dominante y más característica de esta zona húmeda. El “guayacán” (*Caesalpinia paraguariensis*); “urunday” (*Astronium balansae*); “lapacho negro”, “espina corona” (*Gleditschia amorphoides*); “guayaibí” (*Patagónula americana*); “tipa colorada” (*Pterogyne nitens*); etc. La zona occidental seca se representa por especies xerófilas entre las que se destaca el “quebracho colorado santiaguense” (*Schinopsis lorentzii*), encontrando asociadas el “quebracho blanco” (*Aspidosperma quebracho blanco*), “palo santo” (*Bulnesia sarmientoi*), “itin” (*Prosopis kuntzei*), “algarrobo negro” (*Prosopis nigra*), etc.

Selva Tucumano-Boliviana

Tiene su origen en razón de la influencia que determina el sistema montañoso del noroeste argentino. Las laderas, con exposición al Este, reciben los vientos húmedos, provenientes del Océano Atlántico, los que por la alta presión reinante a ciertas alturas de ese sistema montañoso condensan su humedad provocando lluvias sobre las laderas orien-

PROBLEMAS ARGENTINOS

tales, favoreciendo, en razón de la presencia de otros factores ecológicos, valiosas e interesantes masas boscosas.

Esta región se encuentra en el noroeste del país y se extiende en estrecha faja sinuosa por las faldas orientales de los contrafuertes andinos, entre 450 y 2.500 metros sobre el nivel del mar, llegando hasta el grado 28° de latitud Sur en la provincia de Catamarca. Se evidencia como una cuña que va desde el extremo de las sierras de Aconquija continuando en las montañas de Salta y Jujuy hasta entrar en la vecina República de Bolivia.

La característica montañosa de la región determina pisos de vegetación o zonas altitudinales, que difieren, a medida que asciende, no sólo en su composición sino también por las condiciones de crecimiento, sanidad de los árboles, etc.

La precipitación anual va de los 1.200 mm. en la parte baja de la montaña a más de 2.000 mm. en los pisos superiores, influenciada esa zona por la humedad del aire. Temperatura media anual entre 13 y 22°C. Las lluvias caen en la época estival, siendo los inviernos secos; si bien se producen algunas heladas invernales no son muy comunes ni muy intensas. Las condiciones orográficas —exposición, altitud y pendiente— crean verdaderos microclimas.

Los suelos, variables de un piso a otro, van desde los profundos en la parte baja hasta el substratum en los pisos superiores. Los diferentes climas locales dan lugar al desarrollo de distintas asociaciones vegetales. En la parte más baja (piso de baja montaña) tenemos la de los “cebiles”, en la parte media (piso de media montaña) la del “laurel” y la “tipa” y en la parte alta (piso de alta montaña) la del “aliso”.

Las especies forestales que por su importancia económica caracterizan esta región son: “cedro salteño” (*Cedrela balansae*), “cebil colorado” (*Piptadenia macrocarpa*), “nogal criollo” (*Juglans australis*), “lapacho rosado” (*Tabebuia avellanedae*), “tipa blanca” (*Tipuana tipu*), “roble del país” (*Amburana cearensis*), “tarco” (*Jacaranda mimosifolia*), “pino de cerro” (*Podocarpus parlatorei*), “peteribí” o “afata” como se le conoce en esta región, etc.

Bosques Subantárticos

Denominados también Andino-Patagónico, Antartándicos, etc., constituye una formación común a Chile y Argentina.

Abarca una angosta e irregular faja de la cordillera patagónica, que va desde el paralelo 36°50' de latitud Sur, al noroeste de la provincia de Neuquén, hasta los 55°3' de latitud Sur en Tierra del Fuego.

Las masas boscosas en esta región forestal se presentan variables en composición, densidad, espesura y estado sanitario, según altitud y latitud.

El clima es templado, frío y húmedo, con grandes nevazones. La temperatura media anual oscila entre 6° a 13° con mínimas de hasta más de 10° bajo cero, las lluvias oscilan de 500 a 1.800 mm.; en esta región se tienen microclimas en donde es posible registrar fundamentales diferencias de temperatura y lluvias superiores a las mencionadas; así en Laguna Frías (Río Negro) se han registrado precipitaciones superiores a los 4.000 mm. anuales.

El suelo se presenta en forma variada según latitud y altitud. En la parte norte de la región está constituido por restos volcánicos, piedra pómez; en cambio al sur (Tierra del Fuego) es marcadamente arcilloso y turboso.

Al solo efecto de su estudio económico forestal, ciertos autores dividen esta región en dos subregiones denominándolas septentrional y meridional, que corresponderían a lo que Hauman llama Bosque Valdiviano, que va desde el paralelo 36°50' hasta el paralelo 47° y Bosque Magallánico que desde el paralelo 47° llega hasta el Canal de Beagle en Tierra del Fuego.

En la zona septentrional o valdiviana, encontramos la representación florística más abundante y rica. Entre los *Nothofagus*, la "lenga" (*N.pumilio*), "rauli" (*N.nervosa*), "roble pellín" (*N.obliqua*), "coihue" (*N.dombeyi*) y el "ñire" (*N.antártica*); entre las coníferas: el "pehuen" (*Araucaria araucana*), "ciprés de la cordillera" (*Libocedrus chilensis*), "alerce" (*Fitzroya cupresoides*), "ciprés de las guaitecas" (*Pilgerodendron uviferum*), etc.

En la zona meridional o magallánica tenemos entre los *Nothofagus*, la "lenga", "guindo" (*N.betuloides*), y "ñire" como las de mayor importancia; el "canelo" (*Drimys winteri*), "lingüe" (*Persea lingüe*) y otras de menor importancia forman las masas boscosas de esta región.

Parque Pampeano-Puntano

Se representa por masas boscosas discontinuas, alternadas con claros de superficies y variables, unas veces cubiertas con arbustos o hier-

PROBLEMAS ARGENTINOS

bas y desnudas otras. Comprende una amplia región, extendida desde el centro norte de la provincia de San Luis por la zona oriental y central de la provincia de La Pampa, hasta su límite austral en el Río Colorado.

Las agrupaciones forestales están integradas por masas con espesura generalmente defectiva; sus especies son heliófilas. Por el porte que alcanzan se puede agrupar en la tercera y cuarta magnitud. Troncos tortuosos, bajos, copas amplias pequeñas, espinosos, características éstas de los árboles que crecen en zonas semiáridas y áridas.

Clima templado, media anual 15°; precipitaciones media anual 500 mm. Suelo arenoso-loessico o arenoso-humífero, en muchos lugares con concreciones calcáreas, constituyendo el substratum un manto discontinuo de tosca, la que en ciertos lugares aflora. Estos suelos son propensos a la erosión, especialmente eólica, en razón de los fuertes y secos vientos reinantes, siendo comunes en esta región los médanos.

Es pobre en especies arbóreas diferentes y en cuanto a las de mayor importancia corresponde el primer lugar al "calden" (*Prosopis caldenia*), siguiéndole el "algarrobo negro" (*Prosopis nigra*), "chañar" (*Geoffroa decorticans*), "molle" (*Schinus polygamus*), etc.

Parque Mesopotámico

Tiene como límites naturales los bosques en galerías que bordean los ríos Paraná y Uruguay y la Selva Subtropical Misionera en la parte norte, comprendiendo la mayor parte de las provincias de Corrientes y Entre Ríos y centro este de Santa Fe.

Ofrece un clima templado cálido y húmedo; temperatura media anual 19°; en invierno son frecuentes las heladas. Las precipitaciones oscilan, entre los 900 mm. en la ribera platense hasta 1.500 mm. en el límite con Misiones.

El profesor Ing. Burkart, al referirse a esta región fitogeográfica señala ocho tipos de formaciones denominándolas: Selva alta subtropical; Selva en galería; Bosques hidrófilos; Vegetación de los bañados y de las aguas; Bosques y matorrales semixerófilos; Palmeras, sabanas y praderas; Vegetación de las arenas y suelos salados y terrenos rocosos.

Sus bosques bajos y abiertos, alternan con praderas naturales y cultivos, ofreciendo como especies arbóreas de valor económico al "ñandubay" (*Prosopis algarrobilla*), asociado según ubicaciones, con el "alga-

rrobo negro" (*Prosopis nigra*), "algarrobo blanco" (*Prosopis alba*), "espinillo" (*Acacia cavenia*), etc.

Monte Occidental

Formación arbustiva xerófila, en donde suelen encontrarse algunos árboles de tercera y cuarta magnitud. Región seca que se extiende por las laderas montañosas desde el norte de Catamarca hasta una línea oblicua que va desde el norte del Neuquén hasta la desembocadura del Río Chubut y desde la precordillera andina hasta los bosques de transición en Catamarca y Córdoba, los bosques de caldenes en la provincia de La Pampa y el litoral atlántico en el sur del Río Colorado. Temperatura templada-cálida, media anual de 20° en la parte norte y 13° en la parte sur. Precipitaciones muy escasas de 200 a 400 mm. anuales que se originan durante la primavera y otoño.

Los suelos son de textura gruesa, profunda y muy permeables. Con estas condiciones estacionales, fácil es suponer, que la vegetación se presenta con caracteres xerófilos, árboles y arbustos espinosos, de hojas pequeñas, que desarrollan aisladamente.

Entre los arbustos y árboles (éstos muy escasos) podemos señalar las "jarillas" (*Larrea divaricata*, *Larrea cuneifolia*, *Larrea nítida*), "brea" (*Cercidium australe*), varios *Prosopis* (*P. Striata*, *P. argentina*, *P. alpataco*, *P. chilensis*, etc.), "retamo" (*Bulnesia retamo*), etc.

Selvas en galería

Como puede verse en el mapa adjunto, se trata de una continuación, florísticamente disminuida de las selvas subtropicales, que crecen y se desarrollan a lo largo de las orillas de los ríos.

La profundidad de estas selvas en galerías es variable, dependiendo de las características del terreno, pero generalmente sólo se extienden a pocas centurias de metros. Sus árboles no alcanzan alturas de gran magnitud, llegando en el mejor de los casos a 15 metros.

Las especies que integran las selvas en galerías, en su mayoría, son de hojas persistentes. Suelo con abundantes restos orgánicos; musgos, helechos, enredaderas y epífitas integran dichas comunidades, pudiéndose mencionar las siguientes especies, según región y topografía: "sauce

PROBLEMAS ARGENTINOS

criollo" (*Salix humboldtiana*), "seibo" (*Erythrina crista-galli*), "sota caballo" (*Luehea divaricata*), "ingá" (*Ingá urugüensis*), "laureles" (*Ocotea acutifolia*), "falsa caoba" (*Bauhinia candicans*), "timbo colorado" (*Enterolobium contortosiliquum*), "timbo blanco" (*Pithecellobium multiflorum*), "lecherón" (*Sapium haemospermum*), "molle" (*Schinus polygamus*), "arrayanes" (*Eugenia glaucescens*), etc.

3. BOSQUES NATURALES

En el referido mapa se representan las diversas regiones fitogeográficas del país, y que hemos aceptado como regiones económicas forestales. De su análisis se constata que las zonas boscosas de mayor valor e importancia, en cuanto se refiere a la obtención de productos, subproductos y derivados del bosque, corresponde a la Selva Subtropical Misionera, Parque Chaqueño, Selva Subtropical Tucumano-Boliviana y Bosques Subantárticos.

De las restantes, el Parque Pampeano-Puntano, Parque Mesopotámico y Monte Occidental, en ese orden, se constituyen como regiones con cubierta vegetal leñosa de cierta importancia forestal en cuanto a sus productos, pero valiosa en razón de su influencia en la conservación del suelo y acción sobre ciertos factores climáticos.

Es decir, que la importancia de los bosques debe valorarse no sólo por los beneficios directos que nos otorgan, sino también por sus beneficios indirectos, ocurriendo muchas veces que estos últimos interesan más que los primeros. Por ello se insiste que toda política forestal sea expuesta siempre en relación al concepto del "uso múltiple del bosque".

El mismo grabado nos permite observar que esas regiones boscosas de mayor representación cuantitativa, resultan ser prolongaciones de formaciones que tienen origen en países limítrofes. Así la Selva Subtropical Misionera es la continuación de la Selva Austro-Brasileña; la Selva Subtropical Tucumano-Boliviana, de la Selva Boliviana; el Bosque Subantártico, de la misma región Chilena; el Parque Chaqueño, del Bosque Boliviano-Paraguayo. Comparando las características intrínsecas de esas áreas boscosas con las pertenecientes a los países vecinos, comprobamos que son más pobres en calidad y cantidad (volumen).

Cuando se discute si somos o no un país rico forestalmente, las opiniones difieren, en razón del distinto enfoque que dan unos y otros

al concepto económico forestal. Ciertos autores niegan a nuestras existencias boscosas naturales valor económico, argumentando que las mismas, por su ubicación, distantes a muchos kilómetros de los centros de consumo, por la heterogeneidad de las masas que las constituyen, por la calidad de los productos obtenibles, etc., no pueden ni deben ser consideradas como riquezas de producción.

Al respecto es dable observar, en primer lugar, que si bien es verdad que tales áreas boscosas se encuentran en regiones alejadas de la mayor concentración demográfica, ello ha sido una verdadera suerte puesto que de lo contrario hoy deberíamos lamentarnos por la destrucción de tales existencias forestales.

La distancia puede ser actualmente uno de los factores limitantes para el aprovechamiento racional de tales superficies boscosas, pero no lo será cuando las dificultades del transporte sean solucionadas. Por otra parte la dasonomía nos enseña la forma de tratar los bosques heterogéneos para normalizar su producción; entonces esos bosques constituidos por numerosas especies, podrán ser llevados a masas más homogéneas, con mayores rendimientos y uniformidad en la producción.

Asimismo será posible, en base a la experimentación, llevar a cabo la conversión de ciertos bosques, tratando de implantar especies forestales de mayor interés (coníferas) y más rápido crecimiento.

Otro aspecto que indispensablemente debe tenerse presente es el referente a la acción protectora que tienen esos bosques limítrofes. La mayoría de ellos ejercen funciones de protección sobre el suelo (regiones montañosas), reguladoras de las cuencas imbríferas; defensa contra los fuertes vientos, etc. La destrucción, por medio del hacha, del fuego, del pastoreo, etc. significa la pérdida de esa acción positiva, para dar lugar a la presencia de grandes y graves daños para las poblaciones, sus cultivos, en una palabra, para la economía y bienestar del pueblo.

*Aprovechamiento de los bosques naturales.*⁷

Este punto, referente al tratamiento de los bosques naturales llevaría, sin dudas, a una larga exposición, si tuviéramos que historiar el proceso relacionado con la administración y política forestal seguida en el

⁷ Empleamos el término "Aprovechamiento" para los recursos naturales renovables, dejando el de "explotación" para los no renovables.

PROBLEMAS ARGENTINOS

país hasta el presente. En otro trabajo ⁸ nos hemos ocupado sobre este tema con cierta amplitud. En esta ocasión sólo se señalará que los bosques naturales fueron explotados (aquí cabe el término) durante muchos años, hasta que fue posible concretar un servicio forestal nacional y un instrumento legal (Ley 13.273 para la Defensa de la Riqueza Forestal), con las que se comenzó a orientar el uso de tales riquezas, con la aplicación de normas racionales, dirigidas no sólo al mantenimiento de tales áreas, sino también a su mejoramiento y ampliación.

Mucho es lo que en tal sentido se ha conseguido, pero no en suficiente grado. Aún hoy, con mayor educación y conciencia forestal, los bosques naturales siguen siendo afectados por usos irracionales, por la acción regresiva del pastoreo, por incendios, etc. Las provincias, a quienes pertenecen la mayoría de las superficies boscosas naturales, deben adoptar medidas urgentes de defensa forestal, organizando servicios específicos con suficiente personal técnico y de contralor. Como medida fundamental deberían determinarse las zonas, que por sus condiciones y por sus necesidades, deben ser declaradas reservas forestales, de manera que las mismas sean mantenidas con objetivos determinados a perpetuidad.

4. BOSQUES ARTIFICIALES

Teniendo en cuenta las características de nuestros bosques naturales, heterogéneos, de crecimiento lento (2,9 m³ por hectárea y año en los bosques subantárticos, 2,5 m³/ha/año en las Selvas Misionera y Tucumano-Boliviana y 0,3 m³/ha/año en los montes xerófilos) y que prácticamente se carece de bosques de coníferas (salvo unas 50 mil hectáreas de "araucarias"; una apreciable superficie de "ciprés de la cordillera" y una zona poco explorada de "pino del cerro"), es indudable que al mismo tiempo que un racional aprovechamiento de esas áreas, se hace indispensable implantar bosques cultivados tratando de emplear las especies más indicadas para las distintas condiciones ecológicas que ofrece el país.

La superficie de bosques artificiales supera las 200.000 hectáreas ⁹, de las cuales 150.000 corresponden a bosques de producción

⁸ COSTANTINO, I. N.: *Pasado, presente y futuro forestal argentino*. Administración Nacional de Bosques. Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Nación. 1957.

⁹ De acuerdo a las solicitudes de créditos para la forestación presentados en la Administración Nacional de Bosques, esta cifra llegaría a sobrepasar las 250.000 hectáreas.

y los restantes a bosques protectores. Esas plantaciones, de acuerdo a estudios llevados a cabo en parcelas experimentales, podrían otorgar, según especies y sitios, de 12 a 30 m³/ha/año, lo cual, comparado con los crecimientos de los bosques naturales, resalta la importancia que poseen los bosques cultivados para una mayor y más rápida producción de productos forestales.

Las especies más plantadas hasta la fecha, han sido, en orden de magnitud, "salicáceas", "eucaliptos", "coníferas" y otras. De las regiones donde se han plantado mayores superficies, corresponde el primer lugar al Delta del Paraná, con más de 100.000 hectáreas. Misiones se destaca principalmente por sus plantaciones de "coníferas" (10.000 hectáreas) y Entre Ríos (Concordia) por sus plantaciones de "eucaliptos", (13.000 hectáreas). Ese interés por la forestación se hace extensivo a otras provincias, como Córdoba, Mendoza, Santa Fe, Buenos Aires, Río Negro, etc.

El desarrollo y progresivo entusiasmo por parte de la actividad privada para la forestación y reforestación, ha sido estimulada por el servicio forestal nacional, al otorgar créditos sumamente liberales para tales fines y al interesarse por la aplicación de las normas de la ley número 13.273 en todo cuanto se relaciona con la acción de fomento, que alientan tanto lo que se refiere a plantaciones como a industrialización de los productos y subproductos del bosque.

5. PRODUCCIÓN, IMPORTACIÓN Y EXPORTACIÓN DE PRODUCTOS Y SUBPRODUCTOS FORESTALES

El censo de 1914 establecía una superficie boscosa de 106 millones 700.000 hectáreas, estimadas actualmente en 60.000.000 de hectáreas, significando con ello que en 48 años el país ha sufrido la pérdida de casi 47 millones de hectáreas de bosques.

A pesar de esa superficie forestal, de las plantaciones artificiales llevadas a cabo, de las inmejorables condiciones ecológicas para la forestación y reforestación, el país no cubre sus necesidades de madera y subproductos, viéndose obligado a importar por valores anuales de 150 millones de dólares (término medio de los años 1955-60) en los siguientes rubros:

PROBLEMAS ARGENTINOS

maderas y artefactos	78.013.000 dólares
pasta de madera	22.823.500 "
papel y cartón	34.000.000 "
carbón mineral ¹⁰	30.000.000 "

Es por ello que la política forestal debe orientarse a limitar paulatinamente tales importaciones, mediante el reemplazo de los productos que se adquieren del exterior, utilizando mejor y más racionalmente los bosques naturales y fomentando la forestación y reforestación, en especial con especies de coníferas, que es precisamente la materia prima de la que el país resulta deficitario.

La producción forestal nacional se hace presente en la demanda local con estos valores: ¹¹

maderas aserradas	11.608.896 m ²
" terciadas	39.386 m ³
" para envases	7.170.624 m ²
" para durmientes	178.776 ton.
" para extracto tánico	445.818 "
combustible (leña y carbón)	6.077.000 "

Industria del Tanino Argentino

Desde hace muchos años la Argentina viene exportando extracto tánico con destino a numerosos países del mundo. Si se analizan las estadísticas respectivas se constatará que la producción del extracto tánico ha sufrido una sensible declinación, por una menor exportación del producto.

Existen en el país 15 fábricas ubicadas todas ellas en el Parque Chaqueño y su capacidad de producción puede sobrepasar las 300.000 toneladas de extracto de quebracho.

¹⁰ Este rubro se incluye en razón de que podría ser reemplazado por combustibles vegetales.

¹¹ *Estadística Forestal Argentina* - Administración Nacional de Bosques - Secretaría de Agricultura y Ganadería. 1960.

<i>Producción</i>	<i>Madera utilizada Toneladas</i>	<i>Total - Toneladas (soluble e insoluble)</i>
1956	488.662	139.376
1957	504.310	142.858
1958	495.639	138.136
1959	341.747	98.132
1960	445.818	127.404

<i>Consumo interno</i> ¹²	<i>Total - Toneladas (soluble e insoluble)</i>
1956	27.115
1957	24.791
1958	29.153
1959	25.281
1960	19.773

<i>Exportación</i>	<i>Total - Toneladas (soluble e insoluble)</i>
1956	118.878
1957	124.546
1958	106.336
1959	98.387
1960	119.124

<i>Maderas Compensadas</i>	<i>Producción 1960 m³</i>	<i>Total m³</i>
Maderas compensadas	36.974	
Placas	2.412	39.386

Las especies forestales que se emplean para la producción de maderas compensadas, en orden de importancia son: "pino misionero", "cedro", "guatambú", "guaica", "pehuén", "lenga" y otras varias en menor escala.

¹² El consumo mundial de extractos curtientes es estimado en 700.000 toneladas, abastecidos por extracto de mimosa, castaño y quebracho colorado.

PROBLEMAS ARGENTINOS

Las principales plantas industriales destinadas a la producción de maderas compensadas y placas las encontramos ubicadas en las provincias de Misiones, Corrientes, Neuquén, Salta y Tierra del Fuego.

Celulosa — Papel y Cartón

Producción 1960

Pasta para papel:	<u>Toneladas</u>
Pasta química:	
de origen forestal	32.952
de otro origen	22.211
Pasta mecánica	17.492
Pasta semiquímica	6.230
 Papeles:	
Para diario	7.095
Obra	39.085
Escribir	6.755
Kraft	31.093
Embalar y envolver	15.985
Otros varios	53.690
Cartón	67
Cartulina	25

La materia prima empleada para esa producción de pasta, papel y cartón, corresponde a:

Materias primas importadas:

	<u>Toneladas</u>
Pasta química	62.804
" mecánica	5.408
Estopas de cáñamos	121

Materias primas nacionales:

	<u>Toneladas</u>
Madera:	
Salicáceas	53.156
Coníferas	60.848
Eucalipto	40.729
Bagazo:	
Papeles viejos:	
Recortes	108.670
Rezago	12.679
Paja de gramíneas	57.042
Linter de algodón	4.977
Trapos	252
Hilachas de lino	53
Estopas de lino	877

6. LOS TÉCNICOS FORESTALES. — SU PARTICIPACIÓN EN LA POLÍTICA Y EXPANSIÓN ECONÓMICA DE LA RIQUEZA FORESTAL ARGENTINA

Es indudable, pese a lo escueto de los datos y observaciones que se han expuesto en los distintos puntos de este trabajo, que los bosques, tanto en lo que hace a producción de maderas y sus derivados, como por su acción sobre el suelo, clima, cuencas imbríferas, recreación, etc., es decir su uso múltiple, constituyen, para nuestra economía, un rubro de fundamental significación, si tenemos en cuenta que en la balanza de pagos, la importación de maderas, pastas, celulosa y papel ocupa el tercer lugar con la suma ya citada de 150 millones de dólares, y que sólo el 2,4% del total de exportación corresponde a productos forestales, del cual el 2,3% se representa por el extracto tánico.

Durante estos últimos años se ha venido desarrollando una mayor conciencia y educación en materia forestal por parte de los hombres de gobierno, como también por los propietarios de bosques e industriales de la madera. Es así que, paulatinamente, se ha visto la necesidad de recurrir a la colaboración de técnicos para resolver o encarar planes de aprovechamiento forestal, plantaciones, instalaciones de hornos de secado, plantas de impregnación, aserradero, etc.

PROBLEMAS ARGENTINOS

El país ha carecido, hasta hace pocos años, de una enseñanza especializada en la materia ¹³ y si bien los ingenieros agrónomos orientados en esa disciplina han podido realizar una acción preponderante en el desarrollo de la política forestal argentina, el número dedicado a la especialidad, como el tiempo que les ha demandado para su auto-preparación, ha determinado la urgencia de poner en marcha instituciones de enseñanza específicamente forestales.

El desarrollo histórico de la educación forestal universitaria se relaciona precisamente con la evolución económico-social y cultural del país. No es difícil entonces comprender las razones por las cuales ha resultado lento el proceso progresivo de la enseñanza forestal. Las condiciones del medio, la mentalidad de los habitantes y el nivel de vida, han resultado factores limitantes en el progreso de la dasonomía y, en consecuencia, de la concreción de la educación forestal.

Ciertos autores estiman que un ingeniero forestal puede atender, con la colaboración de 3 ó 4 peritos forestales y un número variable de ayudantes (20 ó 25 guardabosques, viveristas, plantadores, etc.) una superficie de alrededor de las 50.000 hectáreas. Si aceptamos esos valores tendríamos que nuestro país, para la administración solamente de sus 60 millones de hectáreas, necesitaría 1.200 ingenieros forestales; 3.600 peritos, considerando 3 por cada ingeniero forestal y 24.000 ayudantes (guardabosques, viveristas, plantadores, etc.) si consideramos 20 de ellos por cada técnico.

Lejos están, por cierto, los actuales centros de enseñanza forestal, de acuerdo con el número de alumnos que cursan estudios, la dotación de profesores, laboratorios, campos de experimentación, equipos, etc. de llegar a satisfacer, no ya esas cifras, sino las mínimas necesidades.

Los recursos forestales del país exigen su protección y mejoramiento; sólo los técnicos forestales podrán contribuir a tales fines; para ello es necesario interesar a los jóvenes en esta disciplina haciéndoles conocer la importancia de la profesión y las posibilidades que encuentran para su desenvolvimiento. El campo de acción para quienes así se lo propongan es amplísimo; cada día más y más serán necesarios los técnicos para las tareas de defensa, mejoramiento y ampliación de los bosques fiscales y privados, en la docencia, en la investigación, así como en la industria.

¹³ Tan sólo en 1958 fue creada la Facultad de Ingeniería Forestal, dependiente de la Universidad Nacional de Córdoba y en 1960 la Escuela Superior de Bosques dependiente de la Universidad Nacional de La Plata.



Bailarina en la barra, dibujo de DEGAS.

Aportación Extranjera

Recordando a Albert Schweitzer

HANS ZELLWEGER

NACIO EN SUIZA EN 1910. Después de graduarse de médico en su país permaneció dos años en Africa, en el hospital que el Dr. Albert Schweitzer dirige en Lambarené. Al finalizar dicho período se trasladó a Zurich, donde ingresó en la clínica de niños del profesor Guido Fanconi, alcanzando la jerarquía de jefe. Durante los años de la segunda guerra mundial trabajó en organizaciones internacionales encargadas de evacuar niños de Europa, conociendo Australia y diversas regiones de Asia. En 1946 ocupó el cargo de profesor y jefe del departamento de pediatría de la Universidad Americana de Beirut, Líbano, permaneciendo en él siete años. Desde 1958 se encuentra radicado en los Estados Unidos como profesor de pediatría en la Universidad de Iowa. Sus trabajos principales versan sobre trastornos neurológicos y musculares de la infancia.

POCO antes de cumplirse el 85 aniversario de Albert Schweitzer, el 14 de enero de 1960, me pidieron una contribución para un libro de ensayos y notas diarias acerca de su personalidad. Mientras pensaba en lo que iba a decir en ese trabajo, recordé incidentalmente que Schweitzer había visto llegar y marcharse a una buena cantidad de colaboradores como yo, en su hospital de Lambarené. Desde mi permanencia en ese lugar han pasado más de veinte años. Cuanto más tiempo transcurre desde la época de mi permanencia en Lambarené y mi vida actual, mayor será la posibilidad de que los hechos que ocurrieron entonces se desdibujen en la sombra y aún se pierdan en el olvido. Es por ello que me sentí complacido al poder acudir a mis breves anotaciones de aquellos días, como necesaria ayuda de mi evanescente memoria. Luego que el libro vio la luz, me sentí obligado a reflexionar más a fondo acerca de las cosas de Lambarené y acerca del propio Schweitzer. De los artículos aparecidos en ese libro, tanto de los que llegaron antes

a Lambarené como de los que llegaron después de mi colaboración, pude juzgar —con agrado— que tanto el carácter del hombre como la índole del lugar no han cambiado en forma apreciable a través de los años. Realmente no esperaba que fuera así, pero no obstante había algo que me perturbaba. Pareciera que el tiempo y la distancia habían actuado en la imagen pública de Schweitzer en forma muy semejante a la que operaron sobre mi propia memoria.

Mucha gente critica actualmente a Schweitzer afirmando que éste es objeto de un “culto”. Y no es Schweitzer el centro de tal adoración sino el símbolo de Schweitzer. La idea de Schweitzer como símbolo no es intrínsecamente mala; por mi parte la apoyo en tanto el símbolo sea verdadero. Lo malo es que el símbolo ha llegado a ser en gran parte incorrecto.

No sé exactamente lo que determinó que el símbolo llegara a ser indefinido y superficial. Posiblemente las ideas y los actos del hombre hayan sido excesivamente simplificados hasta el punto de carecer de sentido. Cuando en 1937 decidí ir al Africa y trabajar con Albert Schweitzer él era bien conocido para ciertos grupos de personas de Alemania, Inglaterra, Holanda, Suiza y los países escandinavos. Pero no lo era universalmente como ocurre hoy, cuando aun los escolares pueden decirnos algo acerca de su persona. Llegar a ser conocido por un público tan amplio significa, axiomáticamente, que la imagen del hombre se convierte en algo vago y difuso. Ello ocurrió posiblemente debido a que, si bien deformó la personalidad de Schweitzer, la hizo más asequible.

En el empleo de cualquier símbolo hay implícito un grado de misticismo. En el desarrollo de Schweitzer como símbolo (o si se quiere como imagen pública) pareciera que el verdadero símbolo-mística haya sido confundido con la convicción religiosa del propio Schweitzer. La creencia religiosa no es necesariamente misticismo. Aun cuando tenga condiciones para serlo, Schweitzer no es un místico.

A los ochenta y seis años, Schweitzer trabaja aun “full-time” en el hospital de Lambarené. Esto a una edad en que la mayoría de las personas disfrutan del retiro. Y en un clima donde generalmente los hombres blancos necesitan una o dos horas más de sueño de lo corriente. (Lambarené tiene un clima debilitante para extranjeros y es necesario trasladarse a un clima más benigno cada dos años para recuperarse).

Trabajar “full-time” significa para Schweitzer trabajar casi todo el día y casi toda la noche. Yo vi su ventana iluminada muchas veces a altas horas de la noche, cuando requerían mis servicios en el hospital. Solía permanecer sentado ante su escritorio pensando y escribiendo hasta

APORTACION EXTRANJERA

cerca del amanecer. En las primeras horas de la mañana Schweitzer cambiaba de tareas para retomar su labor habitual vigilando y distribuyendo órdenes.

Esta clase de energía es muy poco común y me atrevo a afirmar que es una de las razones que permitieron a Schweitzer realizar tanto. Desde los 30 a los 36 años Schweitzer fue un miembro activo del cuerpo de profesores de la Escuela de la Divinidad de Estrasburgo; fue estudiante de medicina en el mismo colegio. Los días domingo oficiaba de ministro en una iglesia. Realizó varias giras por Europa dando conciertos de órgano. Fue autor de una profunda investigación sobre el pensamiento de San Pablo. Revisó su ya famoso libro sobre la historicidad de Jesús y escribió su tesis médica sobre aspectos psiquiátricos de la mentalidad de Cristo.

Si ésta ha sido la obra de un místico, se trata de un místico particularmente recio. En realidad, gran parte de la vida de Schweitzer ha sido empleada en hacer cosas antitéticas a la calidad inefable del misticismo. Él es un racionalista de la vieja Escuela y explícito, por lo tanto, sobre sus medios y sus fines.

En cuanto a la religión, dice: "Estoy convencido que los principios fundamentales del Cristianismo deben ser probados por razonamiento y no por método. El pensamiento desarrollado hasta su conclusión lógica conduce a la religión".

Por ser un firme racionalista, Schweitzer no es un ecléctico moderno ni un fatalista. Por eso creo que él no está generalmente en buenos terminos con la filosofía moderna. Mucho antes de haberlo expresado formalmente, Schweitzer pensaba que la fusión del racionalismo ideal y la realidad práctica ofrecían a los hombres un medio para actuar éticamente.

En 1913, la miseria y el silencio de la jungla ofrecían una solución realista a una ética que hasta ese momento había sido meramente intelectual. Lo que hizo entonces puede expresarse en términos muy simples. Para alcanzar sus fines necesitaba un medio ambiente pacífico. Tal ambiente sólo puede lograrse cuando los hombres se respetan mutuamente, con amor y sin violencia. Por trivial que este esquema parezca, Schweitzer demostró que era eficaz. Para hacerlo factible se convirtió en médico. Intelectualmente, él buscaba una existencia racional y pacífica; lo logró prácticamente ejerciendo la medicina en la selva africana.

La esencia de esta síntesis ha sido expresada por Schweitzer en su famosa frase *veneración de la vida*. Él escribe: "La idea central de mi teo-

ría del universo es que la relación con mi propio ser y con el mundo objetivo están determinados por la veneración de la vida. Es bueno amar y mantener la vida; es malo reprimirla y destruirla”.

Dicha frase tipifica en cierto modo su pensamiento y, en consecuencia, deviene parte del símbolo al que me he referido. Pero también esa idea ha sido deformada. Se la confunde a menudo con una especie de beneficencia agresiva. La frase original alemana *Ehrfurcht vor den Leben*, tiene un sentido sutil de respeto y temor reverente que es más conciso que su aproximación en nuestra lengua. Esa expresión alemana tiene un matiz imperativo difícilmente traducible. Quizás el concepto que más se acerca a ella sería de “temor reverente ante la vida”.

Para Schweitzer la vida es sacrosanta. Son muchas y bien conocidas las anécdotas que ilustran ese sentimiento. La más famosa de ellas es probablemente la que se refiere a la expulsión de los mosquitos portadores de malaria sin causarles mal, del comedor del hospital. Tales anécdotas se prestan al equívoco. Ellas presentan al lector una personalidad que sólo en parte concuerda con la del verdadero Schweitzer. Él es esencialmente práctico en todos los problemas. Si los mosquitos hubieran podido perjudicar seriamente a una persona, habría adoptado las medidas indispensables para evitarlo.

Su aparente distanciamiento de las cosas ha sido frecuentemente mal interpretado y ha contribuido, creo, a la vaguedad del símbolo. Es desconcertante para los visitantes, generalmente de la más variada procedencia, el comprobar que aun cuando se los recibe con una cortesía normal, Schweitzer no se prodiga excesivamente. Se les permite observarlo todo, inspeccionar, hurgar en los detalles si lo desean, pero no interferir en la labor. Todo tipo de formalidad que tienda a ser artificial no es permitido en ese hospital. Y aunque la cortesía humana se brinda siempre, no es de ese género exuberante que tan a menudo encontramos en América.

Me temo que los americanos en sus comentarios de sobremesa acerca de Schweitzer conviertan a su grande y bondadosa personalidad simplemente en un buen viejo amable. Schweitzer no se permitió —no podía permitírsele— ser absorbido por las pequeñas trivialidades de la vida diaria. Su reputación de benevolencia proviene de su encantadora precisión. En el hospital era difícilmente asequible a un vano parloteo, pero siempre estaba dispuesto con su comprensión y su palabra alentadora cuando era necesaria. Muchos de nosotros solíamos padecer en Lambarené una penosa sensación de encierro y aburrimiento. Schweitzer siem-

APORTACION EXTRANJERA

pre encontraba el modo de aliviarnos de ella empleando la frase justa en el tono adecuado.

“El hombre verdaderamente fuerte es bueno”, escribió una vez. La bondad de Schweitzer corresponde a ese género de fortaleza. Emanan su fuerza, así como se refleja en la severidad de su filosofía racionalista. No hay al respecto relatividad ni complacencia alguna. Es probable que considere a ciertas manifestaciones de la filosofía moderna, tales como el existencialismo, como fruto de la debilidad. Consecuente con su pensar, cuando marchó a la selva, no lo hizo para adaptarse a la condición de los nativos. Al mismo tiempo que dirigía el hospital, continuaba con su música, sus escritos, sus investigaciones.

Gran parte de su personalidad surge de su condición de viejo europeo, hecho que suele ser ignorado en la imagen pública de Schweitzer. Fue educado en las tradiciones alemanas (de la época anterior a la primera guerra mundial), tradiciones íntimamente ligadas a una sociedad patriarcal. Era algo semejante pero más rígido aún, al puritanismo de la primitiva sociedad americana. Por otra parte, en su calidad de profesor universitario, era miembro de esa sociedad en el más alto nivel. Se trataba de una definida categoría de clase intelectual. Para la tradición democrática americana resulta difícil imaginar el rigor con que era observada esa diferencia.

En este país, la jerarquía intelectual y académica nunca ha sido bien definida y sus límites pueden cruzarse fácilmente. Entre nosotros un profesor puede abandonar la enseñanza para ocuparse de otras tareas sin que nadie se alarme. En Europa hay una neta separación entre la universidad y el mundo corriente. La decisión que adoptó Schweitzer en 1913 de dejar el profesorado fue para sus contemporáneos algo chocante. Al proceder así eligió una especie de ostracismo. Era al mismo tiempo sacrilegio y sacrificio.

Yo nací en Suiza, en una generación posterior a Schweitzer y fui estudiante secundario y universitario durante los difíciles años en que el hambre y la desmedida inflación se extendían por Europa. Durante ese lapso, algunos aspectos del sistema de clases fueron suavizados. Por consiguiente mi formación fue determinada por conceptos más democráticos y hoy me adapté a las demarcaciones profesionales todavía menos rígidas existentes en América. Sin embargo, era para mí psicológicamente difícil imaginarme al famoso Schweitzer en la selva realizando labores domésticas. Y lo vi cavando zanjas para desagüe y llevando piedras para cons-

truir muros de contención y evitar que el desborde del río Ogowe inundara el jardín del hospital.

Sólo más tarde pensé que podía comprender por qué él realizaba esas, para mí subalternas tareas. Lo relacionaba con su profunda convicción de la vida. Quizás la Biblia nos ofrezca una clave: "Y quien pierda su vida, la hallará". Nunca le pregunté por qué realizaba ese género de trabajo, pues estaba completamente seguro de su respuesta: "Hago lo que es bueno para el hospital", me hubiera contestado. Y probablemente me hubiera sugerido que esperaba que todos los demás hiciéramos igualmente lo que nos pareciera bueno para la institución. Exigía de sí mismo y a sus colaboradores una total identificación con la tarea a realizar. Era extraordinariamente sagaz en la selección de sus colaboradores. A través de los años logró formar un grupo realmente consagrado a la misma. Aun hoy sigo admirando especialmente a las enfermeras que a menudo trabajan hasta el agotamiento atendiendo a una multitud de enfermos nativos.

Pero también estaba dotado de autoridad personal. Es posible que ello proviniera de su pasado patriarcal, pero también pienso que se trataba de la autoridad natural de un hombre que sabe lo que quiere y que observa que ello se va realizando.

En el caso del hospital, él conocía lo que era necesario hacer, cuáles suministros debían ser requeridos, qué tareas debían ser supervisadas, qué era lo que había que construir o reparar de inmediato. Había que hacerlo a su modo, pues no tenía objeto discutir con Albert Schweitzer. Él mismo lo ha dicho.

Sus críticos confunden a menudo esa actitud con una excesiva confianza en sí mismo. No se trataba de eso. Toda organización necesita dirección y decisiones firmes. Tal era particularmente el caso del hospital de Lambarené. Allí, donde dos o tres médicos y un puñado de enfermeras manejaban un hospital con más de trescientos pacientes, no era ciertamente el lugar adecuado para someter las decisiones a tediosas reuniones de comité.

El concepto patriarcal también implica en cierto sentido la noción de cariño paternal. Y si a menudo se dirigía a quienes le rodeaban llamándoles *mes enfants*, era sin duda para expresar así su cariño.

Nosotros, por ejemplo, no recibíamos paga. (En realidad, no había mucho que comprar salvo algunos objetos de arte nativo). Sin embargo, si alguna vez necesitábamos dinero, no teníamos más que pedirlo.

APORTACION EXTRANJERA

Si queríamos salir alguna noche (aunque no había mucho que hacer afuera), él procuraba que tuviésemos una canoa y la consiguiente tripulación para llevarnos a la otra orilla del río, donde se hallaba la aldea de Lambarené.

He hablado ya de la imagen perfecta o imperfecta que de Schweitzer tiene la gente a distancia. Una imagen distinta y que en ciertos casos puede ser más ajustada a la realidad, es la que se han formado los nativos.

Esta gente de Lambarené lo ignora todo en cuanto a ciencia moderna. Para ellos, cualquier objeto común puede convertirse en símbolo de algún género de magia. A juicio de ellos Schweitzer es un hombre que puede matar a uno y volverlo a la vida, quitándole, entre tanto, el mal que sufría (Concepción de la anestesia). No lo comprenden, pero sienten su fuerza y le llaman *El gran doctor*.

A causa de su ignorancia, los nativos tienen muchas creencias curiosas sobre la causa de la enfermedad. Es la actitud semejante a la del niño que se enoja con la piedra con la que tropezó su pie. Suponen que la enfermedad es causada por el mal de ojo o por un vecino vengativo. Una rama de un árbol que se desploma sobre una persona, corresponde a un propósito, pues según creen, ella ha sido hechizada por la magia. Un dolor en el pecho es causado por un gusano que, realmente, es un brujo que ha tomado forma de gusano. Su creencia en la brujería es absolutamente firme. He visto morir a individuos sanos porque creían que estaban hechizados.

Teniendo en cuenta todo esto, no era fácil obtener una descripción objetiva de la enfermedad por parte de un paciente nativo. La descripción de los síntomas de la enfermedad estaba tan a menudo mezclada y distorsionada con supersticiones que la historia clínica era frecuentemente de escaso valor para el diagnóstico. Y lo que era peor, su recuerdo de la iniciación de los síntomas no iba más allá de los últimos dos o tres días.

Como médicos, nos sentíamos a menudo igualados con los curanderos nativos. Puesto que el curandero es, en sus rituales, un creador de supersticiones y fetiches, los nativos que venían a vernos creían que también nosotros teníamos fetiches y que en cierto modo éramos omniscientes. Por consiguiente, nada nos referían, tratando de descubrir taimadamente hasta dónde llegaban nuestros poderes mágicos. En muchos casos, como respuesta a mis preguntas decían: "Usted es el doctor, usted sabe".

A mi juicio el hecho de que Schweitzer haya logrado el éxito que obtuvo en el tratamiento de los nativos proviene de su aceptación práctica de la realidad, que constituye uno de los rasgos de su modo de ser. No vaciló en hacer concesiones a las costumbres nativas. Practicaba sus curaciones de modo que fueran comprensibles para los nativos; llegó en ese sentido hasta los extremos a que podía llegar sin apartarse de los principios de la medicina moderna. Esto era apreciable incluso en la organización material del hospital.

Algunas de las veinte tribus de la zona de Gaboon a las que servía el hospital estaban en guerra abierta unas con otras y casi todas se desconfiaban mutuamente. Incluso eran mirados con suspicacia los individuos no pertenecientes a determinado grupo familiar. Schweitzer lo tenía en cuenta e instaló barracas separadas para las diversas tribus.

En el interior de cada grupo familiar los lazos son en cambio más estrechos y ello crea otro problema. Separar a un paciente de su familia era cosa difícil. Un enfermo solía llegar al hospital junto con toda su familia, a veces con varias esposas y un verdadero enjambre de niños. Todos debían ser alojados en la misma barraca que el paciente. No era raro encontrar a uno o dos chiquillos de corta edad durmiendo en torno de un aparato extensor de una pierna fracturada.

Sin embargo, en el caso de las enfermedades contagiosas, Schweitzer había establecido reglas inflexibles. Medidas estrictas obligaban a los nativos a conformarse con ellas. Así, por ejemplo, para los enfermos de disentería amebiana, Schweitzer construyó un recinto conteniendo varias chozas y un jardín, donde los enfermos eran encerrados hasta que cumplieran la cuarentena. De igual modo los pacientes a quienes se administraba un vermífugo (tratamiento para expeler gusanos y parásitos intestinales) eran encerrados en tal recinto mientras duraba el tratamiento.

Los alimentos que entregábamos a los pacientes debían ser crudos y no condimentados y consistían en banáneas, casabe, mandioca, pescado seco y sal (la sal era un gran lujo). Los nativos no habrían aceptado alimentos preparados. Creían supersticiosamente que era posible introducir en los alimentos toda clase de brujerías. Por consiguiente, cada familia tenía frente a su barraca un pequeño fuego donde cocinaban su comida.

Todo eso daba naturalmente al hospital un aspecto primitivo que muchas veces provocaba críticas. Las condiciones de vida, las formas de alojamiento y de preparación de alimentos eran intencionalmente adapta-

APORTACION EXTRANJERA

das al estilo de vida de los nativos. No tenía sentido proveerlos de almohadas cuando siempre estuvieron habituados a apoyar la cabeza sobre una piedra. Se encontraban mucho más cómodos al encontrar condiciones de vida similares a las de sus casas. Sin embargo, las normas higiénicas eran observadas. Eran, naturalmente, normas simples y esa circunstancia las hacía eficientes. Posteriormente he trabajado en otros hospitales de diversos países donde reinaban condiciones similares y donde gente primitiva se ponía en contacto con un complicado sistema hospitalario moderno. El impacto daba lugar a extremos ridículos y algunas veces desastrosos. La confusión resultante de tal situación puede verse superada mediante una organización compleja y la disposición de un numeroso personal, cosa que no existía en Lambarené.

Estuve presente en la primera operación cesárea realizada en el hospital. Más de cien personas esperaban el resultado frente a la sala de operaciones. Cuando la enfermera salió con el niño, todos cayeron de rodillas y besaron su blanco delantal. Las emociones fuertes, intensas, suelen manifestarse en los nativos en forma de danza; así, cuando la madre salió del quirófano el público inició un prolongado "tam-tam".

Schweitzer permitía todo esto pues sabía muy bien que esa gente no podía actuar de otra manera. Esta comprensión contribuyó en gran parte a consolidar su reputación como amigo de los nativos.

El hecho que quizás mejor ilustre su actitud hacia ellos es la forma en que los preparaba para el retorno a sus aldeas. A los que residían en lugares lejanos (algunos debían caminar durante varias semanas a través de la selva) no les permitía marchar sino en grupos. El viaje de regreso era cuidadosamente planeado. Cada miembro del grupo recibía del hospital alimento suficiente para varios días, algunas monedas y una pequeña bolsita de sal (que en el interior vale más que el dinero). Presencé muchas de esas partidas y siempre me sentí impresionado con los cuidados que Schweitzer adoptaba en esas circunstancias.

Ello no debía en realidad sorprenderme, porque Schweitzer ponía el más extremo cuidado en todos sus actos. Solía decir, intelectuando su actitud, que el racionalismo debía conformarse, en cierto modo, a la realidad. Y el acto de despedir a sus pacientes era, probablemente, una expresión patética del grado de su éxito.

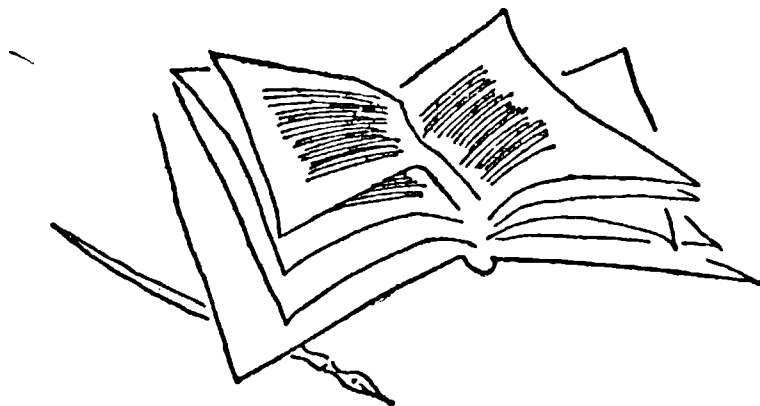
Comencé este artículo con una referencia a la imagen que el público tiene de Schweitzer, imagen que yo considero distorsionada. Hay otra razón para hablar de él como símbolo. El símbolo es bueno en tanto

Hans Zellweger

permita a la gente aproximarse a él de un modo realista. Cuando el símbolo llega a ser remoto, se convierte en algo estático y sin sentido: es la imagen corriente de Albert Schweitzer.

Por mi parte quiero ver en Albert Schweitzer un símbolo del bien en esta tierra; pero si no se logra destacar tal símbolo con la necesaria claridad, prefiero que se lo considere simplemente tal como aparece en el momento de agitar su mano en señal de adiós ante un grupo de nativos que parten hacia la selva: un anciano magnífico, que con el encanto de un alsaciano, el talento de un genio y la fuerza de un titán, convierte sus creencias en realidad. Un hombre dotado de una visión compasiva de la vida que dirige un hospital en la jungla.

(TRADUCCIÓN: *Dr. Marcos Cusminsky*)



TESTIMONIOS

Δ NINA SAGER: Profesora en Letras. Profesora en la Escuela Superior de Bellas Artes y en el Colegio Nacional de La Plata. Investigadora del Instituto de Filología de la Facultad de Humanidades.

Δ HUMBERTO B. VERA: Profesor en Letras. Vice-rector del Colegio Nacional de La Plata. Escritor y publicista, ha dado a la estampa una novela y muchos ensayos y artículos.

Δ RICARDO RODRÍGUEZ MOLAS: Historiador. En números anteriores de esta revista se dan datos acerca de su producción. Tiene en prensa —editado por EUDEBA— un libro sobre “La Pulpería”.

Δ JOSEFINA PASSADORI: Profesora Normal en Letras. Ejerció la docencia en la Escuela Normal Nacional N^o 1 “Mary O. Gra-

ham”, de La Plata. Fue profesora de geografía humana en la Escuela de Periodismo de la Universidad. Es autora de diez libros sobre geografía argentina, americana y universal. Ha hecho varios viajes por países de América y Europa.

Δ TORIBIO MEJÍA XESSPE: Arqueólogo y antropólogo. Cursó estudios en dichas especialidades en la Universidad Mayor de San Marcos, en Lima (Perú), con el Dr. Julio C. Tello. En la actualidad es subdirector del Museo de Antropología y Arqueología del Perú.

Δ HERNÁN SAN MARTÍN F.: Médico. Profesor titular de Medicina Preventiva y Social en la Universidad de Concepción (Chile). Ha viajado por los cinco continentes y escrito muchos artículos de arte con impresiones recogidas en sus andanzas. Este año visitó Africa.

VIAJES—CRONICAS

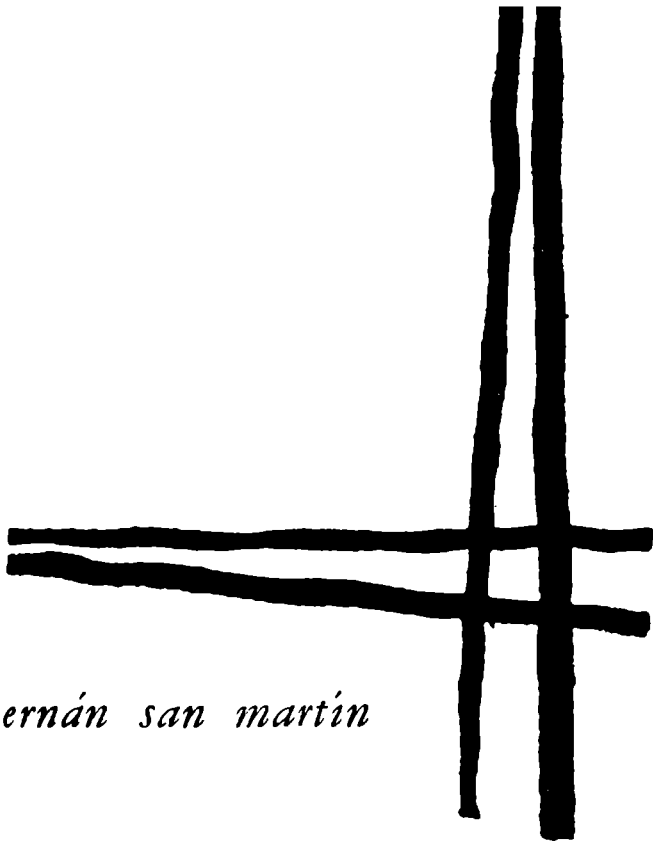
SEMBLANZAS

CARTAS DE BECARIOS

LOS PADRES VISTOS POR LOS HIJOS

PAPELES DE ARCHIVO

viaje a través de las culturas africanas



bernán san martin

DESDE el punto de vista etnográfico y cultural, Africa no es uniforme. Desde el sur y desde el norte, Africa se va ennegreciendo con razas semi-oscurecidas hasta llegar al centro de ébano. En el norte, la gente es de tez cobriza, nariz aguileña y labios finos. En el sur, los bosquimanos eran de color pardo-amarillento. Los negros propiamente tales ocupan un tercio del continente, la región central.

Estas diferencias se deben a que el mapa étnico es variado en Africa. En el norte viven pueblos de raza semítica (árabes e himiaritas o abisinios) y hamítica (bereberes). Estos últimos bastante mezclados con negros, tanto que se les considera un grupo de africanos. El otro, el más importante, es el grupo bantú que tiene de común el idioma. Pero se subdivide en multitud de tribus, familias y clanes (bosquimanos), batwas, obongos, pigmeos, hotentotes, basutos, matabeles, manganjos, ashantia, yoruba, bambanas, kanuris, dinkas, etc.) que hablan cientos de dialectos. En total, no menos de 700 lenguas diferentes se hablan en Africa.

¿Carecen las razas negras de historia, de cultura y de arte? La pregunta parece absurda. Sin embargo, hasta hace muy poco tiempo atrás los cultos europeos no conocían las culturas africanas ni menos el arte negro. Pensaban que nunca se había producido nada artístico entre negros. Lo mismo pensaron antes de Asia, América y Oceanía. Se explica por prejuicio racial, por la posición de colonialistas y porque cuando descubrieron el arte negro no lo apreciaron porque lo midieron según los ideales de belleza griegos.

La estética del arte negro es distinta a la del europeo: pretende impresionar por su fantasía, por su libertad de expresión. Es diferente, pero no inferior.

A partir de la primera guerra mundial el arte negro comenzó a salir de Africa influyendo en el desarrollo del arte moderno occidental. No se crea, por esto, que el aporte cultural de los pueblos africanos al progreso de la humanidad se limita al trabajo en madera, marfil, bronce u oro sino que, como lo han demostrado antropólogos como Hers-

ITINERARIO AFRICANO

covita, abarca realizaciones políticas y sociales importantes.

Es decir, el Africa negra tiene historia, y muy nutrida, como todo grupo humano. Lo que pasó con las culturas africanas tribales en evolución fue que sufrieron una grave mutilación, y su detención, como resultado de cuatro siglos de esclavitud y uno de administración imperialista y colonial. Ni más ni menos que lo que les sucedió a los nativos americanos.

Buscando el origen de las culturas africanas hay que subir hacia el norte del continente y remontarse varios siglos antes de nuestra Era. Remontando el Nilo, en viaje hacia Khartoum (Sudán) visitamos una región arqueológica donde antes estuvo el reino de Kush (tal vez la más africana de todas las civilizaciones de la antigüedad). Allí se alzan, perdidos en el desierto, los templos y monumentos de Meroé, Naga, Musawarat ex Safra, Nuri y Napata. Naga, en un tiempo, fue el centro mayor de la industria del hierro al sur del Sahara. Los reyes de Kush gobernaron por 100 años, a partir del 800 A.C. Por el lado mediterráneo, Cartago (fundada por los fenicios 900 años A.C.) contribuyó a crear las civilizaciones líbico-bereberes del Africa septentrional. En tercer lugar, Mesopotamia y Egipto, y en parte India, influyeron en Arabia y en lo que hoy es Etiopía formándose otra zona altamente civilizada varios siglos antes de Cristo.

Colonos y mercaderes de estos tres centros atravesaron el Sahara, bajaron por el Nilo o navegaron por la costa oriental de Africa y se establecieron en territorios del centro y del sur donde había escasa población negra: bosquimanos, negritos, hotentotes, negros, camitos. Esta gente era muy antigua en Africa puesto que ellos fueron los autores de la abundante pintura rupestre y relieves en

piedra que existen en cavernas paleolíticas desde el Sahara hasta el Sur. De todos estos grupos los negros y camitas fueron los que se multiplicaron más. Hacia el 5000 A.C. se dispersaron por lo que hoy comprende el Africa negra. Hace unos 2000 años se estaban diferenciando los principales grupos negros actuales. En esa época ya trabajaban el hierro, oro, cobre, estaño, latón, bronce. Por ese entonces fue cuando el grupo bantú, grupo más lingüístico que racial, empezó a extenderse y a adquirir la preponderancia que hoy tiene.

Otras influencias culturales deben haber llegado a Africa por vías diferentes a juzgar por lo que se encuentra en Madagascar. Allí hay claras huellas de pueblos oceánicos, malayos y polinésicos, indonesios y melanesios. En la producción artística de la isla hay una mezcla de naturalismo y estilización que no es africana sino característica del arte del Pacífico. Lo mismo sucede con el culto del fuego tribal que no era propio de los negros y que parece haber venido de India o Indonesia.

En la costa oriental de Africa, hacia el centro y sur se encuentran restos de ciudades en ruinas. Se sabe que muchas de ellas datan de los siglos XVII y XVIII. Representan la cultura swahili de la costa que floreció en base al comercio de marfil y de esclavos (comerciaban hasta con China). Cultura aristocrática y refinada, dio sus expresiones más propias en la madera tallada, los tejidos multicolores y la poesía.

Hacia 1870 circuló por el mundo el fantástico relato de un cazador que aseguraba haber encontrado, en la zona del río Zambeze, en lo que hoy es Rodesia del Sur, al sur de Salisbury, una ciudad de piedra perdida en la selva. Pasaron veinte años hasta que este relato se verificó. Entonces se descubrió Zimbabwe la

Grande, con su Acrópolis, el Edificio Ovalado, la Torre Cónica y las murallas de la ciudad. Se pensó que era la fabulosa "tierra de Ofir" porque allí había marfil, y cientos y cientos de minas abandonadas de oro, cobre, hierro y estaño. Además estaban los edificios de piedra, con altas torres circulares de arquitectura salomónica. Así surgió la leyenda y el libro de Haggard "Las minas del rey Salomón".

Las investigaciones han demostrado algo muy distinto. Zimbabwe estaba ya destruido y abandonado al llegar al África los portugueses; las investigaciones con carbono 14 demuestran que las actuales construcciones datan de un período largo comprendido entre el año 500 y el 1700 de esta era. Se piensa que fue un establecimiento minero de los primeros colonos bantúes que bajaron al sur con la metalurgia, la cerámica y la agricultura. Todas esas ruinas de Rodesia indican el desarrollo y florecimiento de una edad de los metales que duró siglos, hasta la llegada de los europeos. Esas minas son los vestigios de una civilización africana que, si bien no conoció la escritura y fue técnicamente muy limitada, ofrece una prueba más de lo que puede hacer la raza humana aunque viva aislada culturalmente.

Hoy sabemos que fue en la zona del Golfo de Guinea donde florecieron los reinos negros mejor organizados y de más alta cultura. En lo que es actualmente Nigeria, Ghana, Dahomey, Senegal, Congo, etc., hay vestigios arqueológicos y producción artística que marcan cúspides del arte negro. Hay sitios que son los nombres más importantes en el desarrollo del arte negro: Benin, Ife, Ibo, Dahomey.

En términos antropológicos la zona del Golfo de Guinea incluye tres áreas culturales importantes: Congo, Costa de

Guinea y el ex-Sudán Occidental (Mali). En los grupos de la costa sobresalen los Ashanti (Ghana), los Yoruba (Nigeria), Benin e Ife (Nigeria), Mendi (Sierra Leona). Todos ellos son actualmente pueblos agricultores, productores de cocoa y aceite de palma.

A partir del siglo XVI, y con intensidad creciente, la piratería de los cultos europeos detuvo la natural evolución de las culturas tribales africanas. La esclavitud y el colonialismo paralizaron el progreso negro. Se calcula que en 300 años de comercio de esclavos los europeos se robaron 100 millones de negros.

Hoy día el África es un continente en plena evolución libertaria. Lo hemos constatado recientemente (1961) al visitar varios pueblos africanos. En todas partes el negro aspira con vehemencia a ser libre y a recuperar el tiempo de desarrollo perdido por causa de los europeos. Por esto es que las potencias occidentales, al igual que en Asia, no tienen cabida nuevamente. Es una revolución amplia: política, económica y social. África está terminando también con sus viejas pautas sociales: los africanos se están emancipando de los vínculos que los unían a sus respectivas tribus. El poderío secular de caciques y pequeños monarcas se desvanece frente a la desintegración tribal y a la aparición de jóvenes dirigentes nacionalistas llenos de fervor.

Vi el proceso de liberación de África como un torrente incontenible, como el torrente del Nilo cuando todo lo anega con su crecida anual. En estos momentos (agosto de 1961) existen ya veintinueve estados libres, y soberanos (26 repúblicas y 3 reinos: Libia, Marruecos y Etiopía) con un total de 183.945.000 habitantes (de los que 1.352.600 son no africanos); esperan liberarse pronto 21

ITINERARIO AFRICANO

estados más, con 76.035.000 habitantes, incluyendo 7.381.700 no africanos.

ELOGIO DE LO NEGRO

Desde el Cairo a Khartoum, la capital de Sudán, volamos sobre el Nilo. A lo lejos, hacia la izquierda, se divisa el azul del Mar Rojo. Abajo, entre arena y arena, el valle inundado por la crecida anual del río.

Sudán aparece primero como una planicie arenosa y seca, verdeante más abajo. Khartoum está allí, donde se junta el Nilo Azul, que viene arrastrando légamo fecundo desde las montañas de Etiopía, con el Nilo Blanco, que sube desde el lago Victoria. Ciudad edificada al estilo de todas las capitales coloniales, Khartoum es la puerta de entrada al África negra. La población de Sudán es mitad árabe, mitad negra y ello se deja ver en las costumbres del país.

El Museo Arqueológico es pequeño pero bueno. Muestra cómo la civilización faraónica se extendió por el Nilo sudanés llegando hasta más abajo de Khartoum.

De Sudán a Nigeria, vuelo transversal por el centro negro de África, hay ocho horas de vuelo. Ahora la arena y la sequedad se convierten en tierra verde y húmeda. Aparecen las sabanas donde viven los animales salvajes. Suaves colinas con foresta baja y ríos enormes, sin nombre para nosotros, se suceden continuamente. En el corazón de África, allí donde termina el desierto y aparece la vegetación, surge Fort Lamy, ciudad circular, junto al lago Chad. Lago, o enorme pantano, en su ribera viven grupos negros primitivos en pueblos que parecen colmenas. Casas cilíndricas o cónicas, construidas con arcilla amasada sin ninguna liga. Después de cada lluvia torrencial hay que rehacerlas. Exteriormente las

decoran con estrías de barro. En el interior, ahumado y oscuro, se amontonan en promiscuidad los chiquillos negros con cerdos, gallinas, perros y cabras.

En esta zona, y en todo el borde sur del desierto, viven pueblos tejedores de fibras de palma, pueblos cesteros.

Con excepción de la zona de escultores del Golfo de Guinea, el gran arte de los negros es la música, el canto y la danza. A pesar de que parece monótona, la música negra es muy rica. Las orquestas usan pocos instrumentos: el tambor o tam-tam, algunos instrumentos de viento, unos rudimentarios violines y laúdes de tres cuerdas. Es en las sociedades secretas donde mejor se manifiesta el arte musical y el carácter peculiar de la raza negra. Las "cofradías" se reúnen, tal como en Cuba las "comparsas de santeros", para practicar el culto a los antepasados y a los "genios" de la naturaleza. Allí se produce lo más auténtico del arte musical negro.

La pintura, en cambio, es un arte poco cultivado por los negros. El decorado con cuentas de vidrios de colores, es una de las pocas manifestaciones de la fantasía negra para el color. En la zona del Golfo de Guinea se decoran con colores algunas máscaras. En las casas de los jefes de tribus y de reyezuelos del sur del Sahara había frescos. En las aldeas del sur las murallas que circundan las chozas, o a veces a un grupo de ellas, se decoran con figuras geométricas. Pero, en general, el negro no tiene la afición a pintar del nativo americano. Puede decirse que casi no hay pintura negra.

De noche llegamos a Lagos, la capital acuática de Nigeria. Este es el país más populoso de África (40 millones de habitantes) y tal vez el más importante en la historia de la cultura negra. Dos cimas del arte negro se produjeron aquí: Ife y Benin.

El arte tribal floreció en Nigeria por muchos siglos y tal vez algunos milenios. El primer arte del que se haya encontrado vestigio en toda Africa es de Nigeria y data del primer milenio A.C. Se trata de la extraordinaria escultura en barro cocido de la civilización "nok", descubierta cerca de Jos, en 1943, con analogía a la estatuaria etrusca y sin ninguna con el arte del antiguo Egipto.

Las tribus Yoruba, que hicieron de Ife su ciudad santa, aparecen más tarde en el territorio nigeriano. Parece que llegaron durante el primer milenio D.C. procedentes de las regiones situadas al este. El apogeo de Ife se sitúa entre los siglos XII y XIV. Las cabezas humanas esculpidas en bronce, destinadas a adornar los altares de los sacrificios, ilustran la tendencia del arte de Ife a la representación naturalista en la que se respetan fielmente las proporciones anatómicas.

Tal como se le conoce actualmente, el arte de Benin no es un arte tribal sino cortesano. Se trata de un arte transplantado a la corte real y proveniente de la cultura urbana más refinada de Ife.

El reino de Benin fue de los más antiguos de Nigeria y de los más poderosos antes de la llegada de los europeos. Es el ejemplo más claro de un reino negro, de la selva, originado y desarrollado lejos de la influencia árabe o europea.

En Benin se produjeron y se producen obras de arte en bronce, marfil, madera, hierro, cerámica y otros materiales. Esas obras eran ejecutadas por encargo de los Obas (reyes de Benin) para conmemorar hechos y personajes históricos. Parece que la dinastía Benin se inició, a expensas de Ife, hacia el siglo XII y alcanzó su esplendor máximo hacia el XV. A partir del siglo XVI, junto al declinamiento material del reino, se observaba el decaimiento del arte, especialmente

marcado en los trabajos en bronce. Las obras de los siglos XVIII y XIX son ya torpes y no se reconoce en ellas las manos maestras de las primeras.

Junto al arte localizado de Ife y Benin, se produjo en Nigeria el arte mucho más prolífico de los Yoruba (hierro, bronce, marfil, y sobre todo, madera tallada). Es un arte conservado más tribal que los anteriores y el más naturalista del continente. La riqueza del arte yoruba se relaciona con la religión que es de las más complejas de Africa, parecida al hinduismo en la humanización de las deidades.

El imperio de Ghana ejerció gran influencia en esta región de Africa entre los siglos VII al XIII D. C. Era mucho más extenso que el actual país llamado Ghana donde ahora nos encontramos. Aquí se desarrolló la cultura de los ashanti que produjo también cosas notables en arte negro. Como siempre, del arte tribal se pasó al artesano a medida que el reino aumentaba su poder. En la aldea de la selva o de la sabana, las esculturas en madera, estilizadas o realistas, estaban destinadas a la veneración de los antepasados y a las divinidades.

Entre la infinita variedad de máscaras-dijes, broches, anillos, brazaletes, ornamentos, armas ceremoniales, jarras, vasos rituales, cestería en colores, tejidos ashanti, etc., todo de gran riqueza decorativa, sobresalen las muñecas llamadas "akua ba", finas esculturas de madera patinada rojiza o negra que representan la imagen estilizada de la belleza según la concepción negra. Las mujeres encintas que las paseen pueden estar seguras de que tendrán un hijo tan bello como esas armoniosas figuras de madera...

Nuestro viaje africano terminó en Liberia. La más antigua de las repúblicas de Africa. Fundada en 1847 por unos millares de esclavos norteamericanos libertos, depende económicamente y cul-

ITINERARIO AFRICANO

turalmente de la Cía. Cauchera Firestone. Por esto, no hay absolutamente nada en materia de arte negro en el país. Es como una isla blanca en el mapa negro de Africa.

El arte negro atrajo las miradas de los artistas europeos por su originalidad, fun-

damentada en el naturalismo, en el realismo y en la extrema libertad. Una libertad relativa, sólo para los ojos europeos, puesto que los artistas africanos tienen sus propias tradiciones y convencionalismos.

Lima, 20 de agosto de 1961.

Amigos:

Estoy sentada ante el escritorio que se les brinda a las "visitas" en el Instituto de Estudios Etnológicos del Museo de Historia que dirige el Dr. Luis E. Valcárcel. Desde la mesa, la imagen triplicada del "Incap quipocnin capac, secretario del Ynga y su consejo", me mira simultáneamente desde las ediciones de París, de Posnanski y de Bustios Gálvez, de la *Nueva crónica y buen gobierno* por don Felipe Guaman Poma de Ayala.

Este es mi tercer viaje a Lima. Seguramente esta mesa que comenzó por recibirme como a visita, me ha aceptado ya con cierto carácter de permanencia. Para mí, es tan natural ya el tomar todas las mañanas el ómnibus que va a Plaza Dos de Mayo, llegar al Museo de Historia en Alfonso Ugarte, detenerme ante su fachada de piedra gris pensando en el no descifrado simbolismo de sus figuras, subir al sesgo los anchos escalones de entrada, cambiar saludos con la señorita encargada de la venta de publicaciones, con los ordenanzas, y, antes de tomar hacia la izquierda en la escalera que va al primer piso, detenerme otra vez para admirar las espléndidas figuras precolombinas pintadas en tela, ornadas de serpientes bicéfalas, que se muestran en la pared del descansillo. Una vez en el Instituto, encontrar siempre abierta la

puerta al despacho y a los conocimientos del Dr. Valcárcel. Entrar, para sólo un momento, por temor a molestarlo, a interrumpir sus tareas y... quedarnos horas charlando. ¡Cuántas veces habré lamentado, luego, no haber tomado nota de todo, todo, lo que dijo, porque cada una de esas pequeñas cosas que acota, como al pasar, son síntesis de años de trabajo, de profundo interés por la tierra y el hombre de los Andes, de honda substanciación! Tomar, después, los libros o revistas de un estante de la magnífica biblioteca del Museo, con la única condición expresa por el señor Francisco S. Hurtado, su celoso secretario-bibliotecario, de devolverlos al mismo sitio. Ubicarme en "mi" mesa y una vez allí, contar con la comprensión y valiosa colaboración del Dr. José María Arguedas, etnólogo y folklorólogo de nota, profesor —aquí dicen catedrático— de Etnología en San Marcos y los no menos valiosos informes bibliográficos del buen amigo Mendizábal Losack, brindados con generosa bonhomía.

Y tan natural también, por la tarde, dividir mis tareas entre el Museo Arqueológico de la Magdalena que dirige el Dr. Jorge A. Muelle, contando allí con la cordial acogida y asesoramiento del Dr. Toribio Mejía Xesspe, subdirector del Museo y cercano discípulo del Dr. Tello, fundador de la Arqueología peruana, y la eficaz ayuda del arqueólogo Julio Espejo Núñez, jefe de exposi-

CARTAS DE BECARIOS

ciones e investigación del Museo, —cuya cordial buena disposición agradezco de veras—, y la Sala de Investigadores de la Biblioteca Nacional de Lima, donde me espera “mi” máquina de escribir, el proyector, las diapositivas y empleados atentos a proporcionar cualquier informe bibliográfico, cualquier libro o manuscrito ubicado en alguna de las varias salas de la Biblioteca, sin moverme de mi asiento. Para la Biblioteca Nacional, el tiempo del investigador es precioso.

Tan natural es todo ello y tan cálido, que muchas veces pierdo la noción de la distancia Lima-La Plata —bien medible, lamentablemente, en dólares y kilómetros—, de igual modo como me apropio espiritualmente de esta mesa en el Instituto de Estudios Etnológicos, de la máquina de escribir que me brindan, mientras trabajo, en la Biblioteca.

Claro está que éste es ya mi tercer viaje al Perú. Sin embargo, guardo el mismo recuerdo de cálida cordialidad en el acogimiento de seres y cosas, de mi primera visita, durante enero y febrero de 1959.

Estaba trabajando en cultura andina y el conocimiento directo del terreno y ámbito de vida de aquellos hombres en cuyo pasado trataba de penetrar, se me hacía indispensable. Una beca que seguía un trámite excesivamente lento para mi impaciencia me hizo emprender un viaje lento y económico de prospección, en tren, ómnibus, barco, por el N.O. argentino hacia La Paz, y entrando por el Títicaca, hacia el Perú.

Así es como conocí aquel país que el Dr. Valcárcel ha denominado el “paraíso del antropólogo”. Mis ojos hechos a la ancha extensión de las pampas, se fueron acostumbrando de a poco a la vista de las duras cordilleras nevadas, cuyos picos como el sagrado Misti, se tienden, sin base, sobre los crepúsculos rosas de

Arequipa, o permanecen vigilantes guardando el misterio de las piedras de Machu-Pichu o la corriente sacra del Wilcanota o Wilcamayu —río sagrado—, a la puna inhóspita, donde las “imillas”, pastoras de llamas y alpacas parecen, vistas de lejos, estáticas imágenes de un retablo medieval, detenidas allí a través de los siglos, por algún milagro imposible; a los pálidos desiertos costeros cruzados por ríos paralelos con valles de ensueño. A ese mundo humano, tan distinto del nuestro, que recorre, sobreviviendo simultáneamente, etapas bien alejadas de evolución histórica y ese otro mundo dormido de las “huacas”, cuyo estudio sistemático de conjunto ha emprendido ahora el Patronato de Arqueología, con la entusiasta conducción del Dr. Hans Horkheimer.

A aquel viaje debo también mi primera imagen de Lima, imagen que, pasado el asombro que sigue siempre al primer conocimiento, no ha cambiado demasiado en la actualidad. Antes de llegar, sabía yo que Lima era una gran ciudad, una ciudad moderna; sin embargo, por allí dentro, me negaba a aceptar otra Lima que la ciudad de los virreyes, la ciudad de las *Tradiciones* de Ricardo Palma o, en última instancia, la calma ciudad finisecular donde el tranvía eléctrico irrumpe para quebrar el encanto tranquilo de la “ciudad de las amables viejecitas que se deslizaban, . . . con su paso tácito de ratones, al ras de las paredes”, de aquella ciudad de “aire señorial y caduco, con su sonoro vocerío de campanas”.

Recuerdo la gracia que me hizo el comparar con esta nostálgica evocación de la vieja Lima que escribió Enrique Gómez Carrillo hacia el año 1915, la marea de automóviles que es la Avenida Wilson a medio día, mientras trataba de cruzarla sin excesivos riesgos, en mis primeros días limeños y oía los golpes que

dan los chóferes sobre la carrocería de esos impresionantes Impala que hacen de colectivos, para apurar la impaciencia. Comprendí entonces que también para Lima, habían corrido muy rápidos los últimos cincuenta años.

Sin embargo, buceando, por entre los ritmos de la ciudad moderna, apurada por llegar —¿adonde?—, los muchos contradictorios rostros de la ciudad, sorprendo platerescas volutas en ascenso en frentes, altares y púlpitos de las iglesias; un cambio de guardia frente a la Plaza de Armas con su quedado ceremonial antiguo; la llegada de algún embajador en vieja carroza virreinal; o las antiguas casonas tradicionales donde oigo a las señoras combinar recetas de postres o alabar alguna especialidad regional, los dulces que hacen las monjitas de tal o cual convento, ante muebles incrustados en nácar y ancha mesa ceremoniosa; o, el boato de la colección de tesoros artísticos coloniales en casa de don Pedro de Osma o la de “oro del Perú” de Mujica Gallo, en su residencia de la calle Mendiburu, y no puedo menos que pensar que Lima no ha cambiado tanto. Así, a pesar de que la *señal* ciudad colonial de las estampas de Pancho Fierro con su milagrera sucesión de marineras y tapadas, revive sólo en las paredes del Museo de Bellas Artes de Lima o replica su gracia en los azulejos del salón Pancho Fierro de la casa de don César Revoredo; a pesar de que la Alameda es tan sólo uno de los paseos en la Ciudad Vieja, con columnas y glorietas minúsculas donde quizá aún en alguna noche de luna pálida se paseen abrazadas —gastadas de tanto andar por consejas y decires— las sombras del virrey Amat y la Perricholi; a pesar de que —lo sé— la casa de la Perricholi, donde ella reposara la intimidad de sus enjoyados abanicos, es hoy un cuartel, nada me hubiera sorprendido,

seguramente, en aquellos primeros días, ni me sorprendería ahora, toparme al “voltear” cualquier esquina, con don Dimas de la Tijereta, el escribano aquel que le ganara un pleito al diablo, o, al salir de la Merced, con doña Catalina de Chaves y doña Francisca de Melgarejo, las inolvidables “palomitas sin hiel”. Es que Lima tiene aún, subyaciendo, el mismo aire afiligranado que transita por entre las rejas de los calados balcones salientes de madera de los que aún quedan muchos por las calles limeñas; el mismo aire, entre recatado y pícaro, de chupa, peluca, chapín de seda y mirilla, que inmortalizaran las *Tradicionales* de Palma.

Mi segundo viaje a Perú, esta vez a la costa norte, durante mayo-junio de 1960, fue formando parte de la comisión del Instituto de Filología que, bajo la dirección del profesor Clemente Hernando Balmori, fue hacia los antiguos dominios “yungas” para recoger muestras, especialmente fonéticas, de aquella antigua lengua que tantos términos y topónimos había dejado en el N. O. argentino.

En ese viaje conocimos, no sólo los bellísimos restos materiales de las altas culturas del norte durante nuestras visitas a los Museos de la Universidad de Trujillo, Brüning de Lambayeque y colecciones particulares, sino tocamos, de cerca, la pervivencia y actualidad del alma antigua, en la palabra, modos de ser y de vivir de los hablantes de Eten, de los pobladores de Virú, de la hacienda Bodegones, de la aldea de los Cañares, a quienes, tras cinco horas de viaje por caminos de cornisa tropical, alcanzamos, para un domingo de feria, en Pucará.

También se nos develó el mundo de las “huacas” norteñas, los innúmeros lugares sagrados que en forma de montículos piramidales de adobe, con basa-

CARTAS DE BECARIOS

mento de piedra muchos, son cubiertos religiosamente de tierra, sobre todo en sus partes más vulnerables, por las Universidades que, a falta de otros medios, las preservan así del vandalismo de los coleccionistas de recuerdos o de los huaqueros de viernes santo, ya que no es posible hacerlo de los buscadores de tesoros —“tapados”—, ni de los huaqueros profesionales. Pachacamac, Chan-Chan, con los templos del Sol y de la Luna, recostados sobre la montaña, como cobijados por la piedra y la arena que se desprende en ríos suaves y amarillos, la impresionante mole de la Huaca Colorada, Chiquitoy Viejo, el Complejo Túcume, el Castillo de Facalá, el Castillo de Tomabal en Virú, la Huaca Chotuna, templo según las viejas leyendas de Nainlap, el héroe que llegara desde el norte para poblar la costa mochica, Batán Grande con sus extrañas pictografías propiciatorias, fueron otros tantos misterios abiertos a nuestro interés.

Mientras tanto mi trabajo sobre el problema de la escritura andina se iba organizando. El buceo bibliográfico iba señalando caminos que necesitaban consultas, confrontaciones o comprobaciones en los museos, principalmente de Lima, de Cuzco, de Arequipa, de Puno. Un contrato de investigación que debo a la generosa comprensión del Dr. Danilo C. Vucetich, presidente de la Universidad de La Plata, y a la intervención del profesor Clemente Hernando Balmori, mi director de tareas, me ha permitido este nuevo viaje, con una estada de tres meses —mayo-agosto—, comprendido un paréntesis de casi un mes, durante el cual trabajé en los museos de Cuzco, Arequipa, Puno e Ica. Completará mis actuales estudios, que termino en pocos días más, un cuarto viaje, a principios del año próximo, que he de integrar con una investigación de campo entre poblacio-

nes de culturas conservadoras en la zona norte del departamento de La Paz, en Bolivia, y la visita a los museos del N. O. argentino.

En verdad, pocas veces América hispánica constituye un punto de mira para becarios o investigadores. Tal vez porque creemos, desde Argentina, que sus Universidades son aún demasiado jóvenes en enfoques modernos; en realidad, porque estamos, a pesar de la distancia no excesiva, demasiado aislados y no nos conocemos bastante. Ahora que estoy aquí y he podido conocer y tratar a muchos de los hombres que enseñan en las Universidades peruanas, especialmente en San Marcos, la Universidad Católica de Lima, en la Universidad de Trujillo, en la de Cuzco, la de Arequipa, puedo decir que me merecen un profundo respeto por la amplitud de sus conocimientos, como por su calidad humana. La mayoría de ellos tiene formación europea o la mejor escuela norteamericana y están al día en los avances de la ciencia.

No digo con ello que todos los profesores de las Universidades limeñas —que son las que conozco más— son como ellos, como Luis E. Valcárcel, como Jorge A. Muelle, como Fernando Tola, como Jehan Vellard, José María Arguedas, Alberto Escobar, Luis Jaime Cisneros, José Miguel Oviedo. Tampoco quiero decir que no haya entre el cuerpo docente de las Universidades limeñas quienes se aferren a viejos métodos, a antiguas teorías, en gran parte superadas hoy, no pocas veces por guardar culto a algún investigador desaparecido, cuyos discípulos fueran. . . Pero, ¿no ocurre lo mismo aquí entre nosotros o en la sabia y admirada Europa, y quizá no siempre con igual autenticidad humana?

Sé, amigos, que se preguntarán ustedes, como me he preguntado muchas veces estando en La Plata, ¿por qué, en-

CARTAS DE BECARIOS

tonces, vienen tantos muchachos peruanos a estudiar a Argentina, a otros países de Sudamérica y en última instancia a naciones de habla no hispánica como Brasil, Estados Unidos o el Continente europeo? Hay una respuesta muy simple: Perú está creciendo como nación moderna mucho más rápidamente de lo que podían esperar sus instituciones de enseñanza. En todo el país hay muchos más colegios secundarios —la gran mayoría particulares— de lo que pueden absorber las universidades, a pesar de que en una forzosa necesidad de adecuación, se están abriendo nuevas universidades regionales, tales como la Universidad de Huamanga, la Universidad Comunal de Huancayo o la Universidad de Ica. Si pensamos que suelen presentarse a exámenes de ingreso a San Marcos, hasta siete mil estudiantes y que cantidades similares se presentan a la Universidad de Ingeniería, a la de Medicina, a Agronomía, a Ciencias, y que existe en Lima también la Universidad Católica con numerosos estudiantes y fuera de Lima, las viejas universidades de Trujillo, de Cuzco, de Arequipa, a más de las recientemente formadas y a formarse, nos daremos cuenta, aún sin analizar el problema en su hondo significado de movimiento económico-social, del cambio de estructuras que tal ansia de saber conlleva.

Algo que resulta interesante anotar es la sana competencia que se ha establecido entre las dos Universidades limeñas: la Católica y San Marcos. Los alumnos van a una u otra Universidad —siempre que no se trate de niñas cuyas mamás opinan que queda mejor ir a la Universidad Católica— porque les interesa cursar con tal o cual profesor. Así, por ejemplo, en Estilística, la Católica se enorgullece de Luis Jaime Cisneros y San Marcos, de Alberto Escobar. Se trata, entonces, de elegir y, luego, de ser fiel. He

visto cosas que realmente emocionan, en materia de fidelidad a las enseñanzas de un profesor, de un maestro: alumnos que a punto de recibirse, se quedan sin rendir una materia para no cursarle a otro profesor, a la espera de que el maestro que ellos eligieron y cuyo especial enfoque ha hecho prácticamente que eligieran la carrera, vuelva del extranjero a donde ha ido con una beca o un contrato. Tal es el caso, por ejemplo, de alumnos de Alberto Escobar, quien está en estos momentos en la Universidad de Ithaca.

Alguna vez, al cruzar el Parque Universitario en dirección a San Marcos, sorteando la más abigarrada floración de vendedores de las mil cosas que ha elaborado el ingenio regional para complicar el estómago o la diaria y civilizada costumbre de asearse, al ver al frente, el bajo y tendido edificio colonial pintado de rosa, sus anchos portones que abren a viejos patios conventuales con su fuente en medio —para bañar allí, dicen, a los malos profesores— o, al subir, una vez dentro, los peldaños de madera que desde el 12 de diciembre de 1576, en que el virrey Toledo fundara la Universidad secular con el nombre de San Marcos, ascendieron cuatro siglos de estudiantes y profesores, encuentro clases y más clases que se dictan ante aulas llenas de alumnos, pienso en las dos cátedras de gramática más una de quechua, tres de filosofía, tres de teología, tres de leyes, dos de cánones y dos de medicina —de las cuales funcionó, al principio sólo una—, instituidas, a semejanza de la Universidad de Salamanca, en esta primera Universidad secular de Sudamérica. Pienso en todo ello y la misma desazón me nace como cuando comparaba, en mis primeros días de Lima, el ancho río de automóviles de un mediodía en la Avenida Wilson, con la instalación amenaza-

CARTAS DE BECARIOS

dora del Progreso —con mayúscula— en figura del primer tranvía eléctrico añorada por “Cabotín”, al mismo tiempo que siento que los cuatro siglos no han co-

rrido en vano para nuestra América.

Cordialmente

Nina Sager

Ricardo Rodríguez Molas

Variaciones sobre la pulpería rioplatense

Las escasas fortunas de Buenos Aires en el siglo XVIII estaban en manos de varios estancieros y de unos pocos exportadores e importadores, que eran los únicos que podían disponer de sumas de dinero de cierta importancia. Ser pulpero era una de las pocas actividades comerciales de la colonia para aquellos que no tenían grandes capitales. Importantes familias de la sociedad colonial y otras posteriores a la revolución de 1810 compraron pulperías invirtiendo en ellas sus ahorros. En el INDEPENDIENTE, periódico publicado en Buenos Aires, en su número correspondiente al 24 de enero de 1815, en un artículo titulado *Aristócratas en camisa*, se alude a la falta de fortunas en la ciudad. Afirma el anónimo redactor que Buenos Aires "por su localidad es enteramente comerciante" y que debido a lo corto de su existencia comparada con otras ciudades europeas habíase impedido que se formaran grandes fortunas. Este hecho determinó a todos sus habitantes "a observar una frugalidad honesta" añadiéndose luego que no conocían los excesos del lujo ni experimentaban el poder de los grandes y refinados

placeres. Este era el estado de la sociedad rioplatense en 1810, aunque "desde entonces —agrega— no han podido formarse caudales gigantes que introduzcan desigualdad notable en la condición de los ciudadanos". Y más adelante se expresa: "Verificada la Revolución, el curso mismo de los negocios nos ha llevado a respetar la igualdad que antes subsistía, con la notable diferencia que si hasta allí había sido ésta un efecto de las circunstancias del pueblo, desde entonces fue una consecuencia precisa de la forma de gobierno adoptada; y esto se demuestra por la constante práctica seguida en la elevación de las personas que han gobernado en la Revolución, las cuales han sido elegidas sin consideración del rango que ocupaban en la sociedad"...

El pulpero rioplatense era por lo general un individuo de pocas luces. Aventurero, sin mayores preocupaciones, se instalaba en una esquina después de colocar el mostrador y una rudimentaria estantería con dos o tres frascos y algunos efectos para la venta. El único interés que lo guiaba —en la mayor parte de los casos— era el simple lucro con los

PAPELES DE ARCHIVO

desprevenidos parroquianos que concurrían a comprar los escasos productos que vendía en el casi siempre reducible espacio de su local. Los habitantes de la llanura disponían de muy pocos pesos —a pesar de la riqueza natural de la tierra— para invertirlos en aguardiente, vino o alguna prenda que les llamara la atención.

En el transcurso de los siglos XVII y XVIII muchos pulperos llegan a ocupar puestos importantes en los cabildos, tanto de Buenos Aires como en los de los pueblos del interior a pesar de los inconvenientes que se esgrimían por considerarse, en algunos casos, tal ocupación denigrante.

En 1775, por ejemplo, dos regidores del Cabildo de la Villa de Luján sostenían que el español Juan de la Fuente —vecino del pueblo— no podía ser alcalde “por ser pulpero y ejercer personalmente su oficio”¹. A pesar de la oposición de los señores regidores, que no deseaban sentarse junto a quien despachaba personalmente vino carlón, es nombrado para ejercer esa función después de largas y penosas discusiones.

Las leyes coloniales españolas no consideraban denigrante ni prohibían este tipo de trabajo, exclusión hecha, según consta en la *Recopilación de leyes de los reinos de Indias*, de tenerlas los sacerdotes, hecho, al parecer, derivado de los excesos del clero en ciertas regiones del continente.

El trato y las costumbres de los pulperos no varían con el correr de los años. El contacto permanente con un público heterogéneo, especialmente en los subur-

bios de la ciudad aún más que en la campaña, —formado por esclavos analfabetos y sirvientes incultos, jugadores, compadritos, gauchos y soldados— transformaba al comerciante en un individuo de una rusticidad semejante o aún peor a la de aquellos que concurrían a las puertas y mostradores de las pulperías.

José Antonio Wilde en su relato sobre la gran aldea nos refiere algunos detalles sobre la ropa y el trato de los pulperos al promediar el siglo XIX. Escribe el autor de *BUENOS AIRES DESDE SETENTA AÑOS ATRÁS*: “La mayor parte de los pulperos, eran hombres no diremos precisamente que de baja esfera; pero sin duda tenían en general, muy poca instrucción, más allá de lo que se relacionaba con su negocio. Su traje durante el verano era comunmente el siguiente: se ponían trás del mostrador en los primeros tiempos en mangas de camisa, sin chaleco, con calzoncillos anchos y con fleco; sin pantalón, con chiripá de sábana o de algún género delgado, o bien un pañuelo grande de algodón o de seda, que entonces se usaban más que hoy, a guisa de delantal, medias (algunas veces) y chancletas”.²

Con aquella indumentaria solían salir a la vereda, especialmente en las horas de menor trabajo. Los parroquianos se reunían en el interior al retirarse los mostradores de las puertas. Bebían allí hasta quedar dormidos y “algunos vociferaban, pronunciaban palabras obscenas, insultaban o se mofaban de los que pasaban y mortificaban a las familias inmediatas a la pulpería”.³

¹ *Acuerdos del extinguido Cabildo de la Villa de Luján*, años de 1771 a 1790, La Plata, 1930. Cabildo del 1º de enero de 1775.

² JOSÉ ANTONIO WILDE, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Buenos Aires, 1881, pág. 300.

³ *Opus cit.*, pág. 299.

En 1812 prohibió terminantemente el gobierno tener pulperías instaladas a los españoles nativos, tanto en Buenos Aires como en su jurisdicción, ordenándose que en el término de tres días debían ponerlas "a cargo de individuos americanos".

Un año más tarde, en previsión de posibles hechos políticos y económicos, prohíben las pulperías en manos de extranjeros. La ley se refería especialmente a los peninsulares españoles, motivo de seria preocupación, frente a esas posibles invasiones y disturbios internos. Por esa razón se aclaraba que todos los pulperos deberían ser naturales del país. Los españoles fueron lentamente desplazados en la atención de las pulperías. Los criollos —que siempre habían ejercido el oficio, pero en menor escala— ocuparon los puestos que se dejaban vacantes a raíz de la reglamentación comentada.

El 14 de marzo de 1832 el gobierno del tirano Rosas, con motivo de persecución política, da un decreto donde se establece que sólo podían tener pulpería aquellos que fueran federales, prohibiéndose que las administraran o sirvieran "personas unitarias o sospechosas de tales".⁴ Juan Manuel de Rosas penaba a los infractores con quinientos pesos de multa y el cierre de sus negocios, sin tener en cuenta, desde luego, los posibles castigos por el "extraño" hecho de pensar en forma opuesta a las ideas oficiales.

Después de 1852 hace su aparición el gringo en la atención de las pulperías, negocios que cedían lugar a los almacenes de ramos generales y a las bien surtidas tiendas de la campaña. Wilde refiere ese cambio y anota: "Así como hemos dicho que los pulperos españoles

iban gradualmente cediendo su puesto a los argentinos y estos a los italianos, así también las pulperías mismas, fueron poco a poco cediendo el suyo a los cómodos, bien surtidos y lujosos almacenes que hoy vemos esparcidos por la ciudad en todas direcciones, y aún en la campaña".

Esta transformación fue paralela a la aparición de la pampa gringa en la segunda mitad del siglo pasado. En aquellos años se transforma la pulpería a raíz de la rápida evolución de la sociedad rioplatense quien se encamina hacia otras formas e ideales de vida.

Los modestos locales de las pulperías del siglo XVIII no se pueden comparar con los actuales almacenes bonaerenses instalados en el cruce de dos importantes caminos o frente a una estación de ferrocarril desde donde se cargan los granos de trigo y el ganado para ser enviado a los frigoríficos de Buenos Aires.

La inmigración y el rápido crecimiento demográfico desarrollado en los últimos años del siglo pasado y en los primeros del presente, trajo aparejado un cambio fundamental en la estructura social y económica del país y como es de suponer también en sus costumbres. Estos hechos determinaron entonces una rápida modificación en el comercio minorista que, gracias a la mayor circulación de dinero y al número cada vez más creciente de peones utilizados para las labores agrícolas y ganaderas, pudo mejorar en poco tiempo el aspecto general del edificio e ir aumentando paulatinamente las ventas.



El pulpero rioplatense desde los primeros años del siglo XVII ejerció el ofi-

⁴ Decreto en *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1832, pág. 31.

PAPELES DE ARCHIVO

cio de banquero y de prestamista en regiones donde predominaba una economía cerrada con escasos medios de comunicación. Las operaciones financieras se realizaban en casi todas las oportunidades por cantidades muy pequeñas. Eran por lo general préstamos a ganaderos necesitados y adelantos que se daban a los agricultores por las futuras ventas de sus cosechas. Los pulperos especulaban con los intereses, esquilmando en casi todos los casos el bolsillo de aquellos que concurrían a él. Por otro lado los peones y gauchos inducidos por los comerciantes robaban con frecuencia para venderle luego el producto de sus hurtos por cantidades ínfimas o cambiárselo por bebidas alcohólicas. De esta manera podían los pulperos en corto plazo aumentar considerablemente su giro e invertir los réditos en estancias y ganado, actividad que los alejaba de su oficio.

El producto más común de los robos —codiciado por los pulperos— eran los cueros, mercadería fácil de vender y abundante gracias a los numerosos rodeos bonaerenses y orientales. Fueron estos hurtos una de las más importantes causas del estricto control realizado en las pulperías por las autoridades durante más de trescientos años.

La pulpería era también como la “casa de empeño” o montepío en una época en que la moneda escaseaba en el bolsillo de los gauchos. Los documentos coloniales registran hasta el infinito esta operación; en uno de 1781 —por

ejemplo—, fechado en Santa Fe, se anota que una noche “como antes de las ánimas llegaron a una pulpería Benito Samaniego y Manuel Escalada, alias Gallito, y por empeño de unas espuelas de Benito llevaron medio frasco de aguardiente”.

En los inventarios de las pulperías es común hallar numerosos objetos empeñados o vendidos a cambio de otras cosas. En una pulpería —propiedad de Juan de Dios Negro— encontramos registrados numerosos objetos de uso muy común por los habitantes de la campaña, especialmente platería y ponchos. Anotamos algunos para ilustrar mejor al lector sobre las costumbres de aquella época; se empeñan en la oportunidad mencionada: “un par de espuelas de plata en tres pesos”, “una copa para freno, de plata”, ponchos de todo tipo y precio, recados, chapeados e infinidad de elementos de uso común y escaso valor. El interés por tomar una copa de aguardiente, como sucede en el ejemplo mencionado obligaba al parroquiano sin dinero a dejar sus espuelas de plata, la ropa o el preciado poncho pampa, usado indistintamente por ricos y pobres, blancos y negros.⁵

Gracias al hecho que protagonizó en 1782 en la ciudad de Buenos Aires un moreno amigo del aguardiente, podemos recordar un suceso bastante frecuente en aquellos años. El pulpero, dueño del comercio donde ocurrió el caso que hemos de relatar empleando sus palabras, afirma en la declaración que cierto día por

⁵ A. G. N., División Colonia, Sección Gobierno, *Criminales*, Legajo número 8, Expediente 2. Expediente caratulado: Año de 1774. *Autos criminales que sigue don Eugenio Lergo de Texada contra Cayetano José de la Mota y otros*. En este expediente se hace mención del inventario de la pulpería que administraba Juan de Dios Negro, perteneciente a Eugenio Lergo de Texada. Entre otros objetos, además de los mencionados, se encuentran: una escopeta, guitarras, mazos de naipes, mazos de naipes sin teñir, flecos para ponchos, “un poncho ordinario con un sombrero que se dijo estar empeñado”, “un cuchillo mangorrero”, “ocho bolas de palo con un bochín”, “dos picanillas”, “un mate con su pie de estaño”, vinos, aguardiente, telas diversas, velas, etc. etc.

la tarde había abandonado su negocio con el objeto de realizar algunas diligencias, dejándolo a cargo de un empleado y que al regresar halló “dos negros, que el uno es según ha oído decir de don Manuel Basavilbaso, cuyo nombre ignora y al otro no lo conoce, a cuyo tiempo le refirió un muchacho que tiene despachando en la pulpería que aquellos negros, habían pedido un cuartillo de aguardiente y otro de pescado. Que lo habían tomado y decían que no tenían el medio real para pagar y el de Basavilbaso se sacó el poncho y dijo que lo dejaba en prenda hasta traer el medio”.⁶

El pescado y el aguardiente podían más que el poncho criollo a pesar de ser éste propiedad del esclavo. Los pulperos permitían, como vemos, dejar en empeño a morenos libres y esclavos mercaderías y ropas a pesar de las reglamentaciones que le prohibían terminantemente.

En los primeros años del siglo XVIII y por medio de un decreto del gobernador del Río de la Plata, don José Bermúdez de Castro, se prohíbe a los pulperos comprar o recibir en empeño de esclavos, indios o mulatos —es decir de las castas consideradas inferiores— alhajas, ropa de vestir y toda otra clase de mercaderías repitiéndose algunas normas que durante el siglo XVII habían regido en la ciudad de Buenos Aires debido a las mismas circunstancias.⁷



En el bando mencionado anteriormente se toman varias medidas de carácter social que son el comienzo de toda la legislación represiva posterior. Ha-

mos referencia especial a las leyes contra los *vagos*, leyes que preocuparon fundamentalmente a las autoridades españolas y a las nacionales hasta no hace aún muchos años. En aquella oportunidad se prohibía salir sin permiso de la jurisdicción de Buenos Aires —desde luego que solamente a los asalariados— y se condenaba con la cárcel a todo peón que estuviera sin trabajo, asignándose un mes de prisión y veinte pesos de multa al encubridor.

Las leyes y bandos que no permitían que los esclavos y los indios empeñaran en las pulperías se renuevan con cierta frecuencia. Una reglamentación del virrey Arredondo fechada en el año 1790 obliga entre otras cosas que debía solicitarse la correspondiente licencia para abrir pulperías, especificándose que no podían permitirse empeños de alhajas y vestidos a los hombres de color sin que estuviesen autorizados previamente por sus amos y por escrito. La misma orden se establece para los “hijos de familia” y para los criados de cualquier índole.

Era muy conocido por los parroquianos el “libro de fiados”, así se llamaba la libreta o cuaderno donde se anotaban escrupulosamente las deudas del cliente con simples rayas —como podemos ver en viejos documentos—, una por cada real, uniéndoselas por grupos de a ocho, cantidad que de acuerdo al sistema monetario vigente formaba un peso. Recuerda José A. Wilde que este sistema de llevar cuentas era tan conocido por todos “que cuando alguien —según afirma— creía que el pulpero no la recaudaría, le decía: ráyela en la tina de agua”⁸.

⁶ Documento existente en el Archivo General de la Nación.

⁷ Documento existente en el Archivo General de la Nación.

⁸ *Opus cit.*

PAPELES DE ARCHIVO

Hilario Ascasubi —el popular Aniceto el Gallo— relata en uno de sus poemas la situación del pobre gaucho frente al pulpero cuando no pudo pagar su consumición. Cuenta que cierto día entrando Jacinto Amores —personaje de sus cantos— en una pulpería de la Banda Oriental —coloca el relato en boca del mismo gaucho— comenzó a tomar real tras real, varias copas de vino carlón y como es lógico, afirmóse enseguida a la guitarra de tal manera

*que ni el mesmo Santos Vega,
que esté gozando de Dios,
se hubiera tirao conmigo;
porque estaba de cantor
con la mamada, paisano,
lo mesmo que un rruiseñor.*⁹

Al querer pagar más tarde otra vuelta se encuentra con que la plata había huido de su bolsillo y desea darle al pulpero una satisfacción:

*dejándole el poncho en prenda;
pero el hombre no entendió
de disculpas, al contrario,
como un tigre se enojó.*

Los pulperos, comerciantes inescrupulosos en la mayor parte de los casos, obtenían enormes ganancias con el acopio de cueros y pieles y con la venta de diversos productos a los ingenuos gauchos rioplatenses. Fue la pulpería el origen de enormes fortunas en Buenos Aires. Son muchos los estancieros de la centuria pasada que comenzaron sus actividades frente al mostrador de una pulpería de campaña, vendiendo por tres lo que habían comprado por uno. El transcurso de los años y posteriormente la paulatina conquista del desierto valo-

rizó sus campos transformándolos en prósperas estancias con abundante ganadería. Godofredo Daireaux se refiere en uno de sus cuentos a la rápida evolución económica de ciertos individuos gracias a sus actividades ganaderas y escribe sobre uno de ellos: "León Bares había venido a la República Argentina en 1872 y había establecido una pulpería en el campo. La competencia entonces era poca; vendía todo a los precios que quería, y en 1877, cuando el gobierno nacional vendió, a pesos 400 la legua, la inmensa extensión de la Pampa que iba a tratar de conquistar sobre los indios, pudo comprar cuatro leguas, un lote, de diez mil hectáreas, sin perjudicar sus negocios".¹⁰

La evolución económica del país y el ferrocarril valorizaron aquellas tierras que había obtenido por escasos pesos. Éste fue el camino de muchos pulperos cuyos apellidos en la actualidad figuran en las guías sociales de Buenos Aires y en las tertulias políticas.



Los indios vendían los cueros robados en los frecuentes malones que azotaban las estancias de la frontera a los pulperos establecidos en las poblaciones del sur de la provincia. Los comerciantes lucraban así con aquellos robos que su codicia incitaba con frecuencia. Alvaro Barros al estudiar el desastroso estado en que se hallaba la frontera en la segunda mitad del siglo pasado, recuerda una reunión realizada en Azul por el doctor Adolfo Alsina cuando ejercía la gobernación de la provincia, con el objeto de tomar opiniones para solucionar la situación de la frontera. En aquella

⁹ HILARIO ASCASUBI, Paulino Lucero, Buenos Aires, 1945.

¹⁰ GODOFREDO DAIREAUX, *Los milagros de la Argentina*, Biblioteca de "La Nación", Buenos Aires, 1910, pág. 65.

reunión, a la que habían concurrido estancieros, comerciantes y políticos, al hacerse referencia a los robos de los indígenas, uno de los asistentes recordó que éstos afirmaban al ser acusados de los robos: *Si los pulperos no nos comprarán los cueros, nosotros no robaríamos*¹¹. Agrega luego el autor de FRONTERAS Y TERRITORIOS FEDERALES: "En honor de aquel pueblo diré que algunos apoyaron esta idea —de impedir la compra de los cueros—, que fue combatida por otros, y en el curso de la discusión un comerciante dijo al Gobernador: *Señor, si se prohíbe totalmente la compra de cueros a los indios, el comercio del Azul se arruina*".

Las palabras anteriores resumen la triste verdad sobre las inescrupulosas actividades de la mayoría de los pulperos en aquellos difíciles años de la llanura bonaerense. Mucho habría aún que decir e investigar sobre este tipo de comercio en el transcurso del ochocientos, especialmente con posterioridad a Caseros.

Sería de vital importancia para el conocimiento de la historia social y económica del país el estudio de los orígenes de muchas de las grandes fortunas del siglo pasado en Buenos Aires y en otras provincias. Las escrituras y protocolos

de las escribanías de la época nos presentan un material insustituible para el estudio de aquellos aspectos del pasado que la mayor parte de los historiadores parecen ignorar.

Jules Huret, viajero francés que llega a la Argentina en los primeros años de este siglo, se asombra de la rápida evolución de las fortunas del país, afirmando que con posterioridad a la caída de Juan Manuel de Rosas y a medida que la línea de frontera se iba extendiendo hacia el sur, los campos aumentaban de valor considerablemente.

A esto se sumaban también otros factores tan importantes como los anteriores. El autor mencionado nos refiere interesantes ejemplos del rápido enriquecimiento debido a estas causas, enriquecimiento que llega en algunas ocasiones a cifras fantásticas. "Uno de mis parientes —escribe— me contaba el secretario de don Manuel Cabo, compró 67.500 hectáreas a 14 centimos y medio o sea en 10.000 francos. La hectárea vale hoy 275 francos, lo cual da para propiedad 18 millones y medio".

Este caso y otros más que podríamos mencionar, nos retratan fielmente la realidad económica de aquellos años y la evolución del país.

¹¹ ALVARO BARROS, *Fronteras y territorios federales de las pampas del Sur*, colección "El Pasado Argentino", Hachette, Buenos Aires, 1957, pág. 138.

COMO un ave viajera y errante peregriné hacia el Viejo Mundo en busca de los cambiantes panoramas de sus paisajes y de las fuentes profundas de la cultura. Como siempre, lo hice con la sensibilidad alerta para tratar de captar las más recónditas manifestaciones del arte, de las costumbres de sus pueblos, de sus tradiciones celosamente conservadas, de sus modos de vida, deseando comprender, apreciar, admirar, amar.

En las numerosas charlas que he pronunciado a mi regreso a La Plata he intentado transmitir con mi pobre palabra las impresiones recibidas. Ahora, en estas carillas, trataré de proporcionar algunas referencias sobre un país en el que más oportunidad tuve de conocer, alternar, convivir y observar: Holanda.

Comencemos por aclarar un error geográfico muy corriente aun entre las personas cultas: Holanda es el nombre de dos provincias y no de la nación, que se denomina Países Bajos (Nederlands). Existen varias Holandas: la de nuestra infancia que nos hablaba de la limpieza de sus establos, donde las vacas se cuidaban tanto que hasta se les trenzaban las colas; la Holanda de los quesos de bola y de la manteca, de las paisanas con cofias de encajes que dejaban sus zuecos en la puerta para penetrar en sus casas y la de los pescadores con sus gorros y sus invariables pipas en la boca. Está la Holanda de los turistas apresurados que en un día recorren en viaje relámpago sus campos de tulipanes, las pintorescas aldeas de Volendam y Marken y dan un vistazo de pasada a la ciudad de Amsterdam. Pero hay otra Holanda más pro-

Josefina Passadori

IMPRESIONES HOLANDEAS

funda e íntima a la vez que conocen los viajeros que han tratado de auscultar el ritmo de su vida recorriendo ciudades, aldeas, museos, puertos, fábricas, granjas.

Holanda es una maravillosa lección de geografía humana; aquí el paisaje y el mismo suelo que pisamos ha sido creado por el hombre que con tenacidad y paciencia ha logrado, en titánica lucha de siglos, arrancar palmo a palmo sus tierras al mar, desecarlas y convertirlas en fértiles tierras de labor. Magnífico ejemplo de heroísmo civil, silencioso y constantemente renovado, porque presupone una permanente vigilia a fin de que el tradicional enemigo —el mar—, siempre en acecho, no recupere su patrimonio al menor descuido.

Es Holanda la tierra de los "polders", de los diques, de las esclusas, de los puentes, pero también es la tierra de las granjas, y la patria de Erasmo, de Leewenhoek, de Rembrandt, de Hals, de Ruysdaels y de tantos otros geniales creadores en las ciencias, en las artes y en la técnica. Referirse al aspecto físico, económico y cultural de este país llevaría muchas páginas. Por ello me limitaré a suministrar a mis lectores algunas infor-

maciones de carácter más íntimo, diría casi familiar.

El primer contacto con un país lo establecemos casi inevitablemente por sus ciudades. He conocido muchas ciudades holandesas: tienen todas un aire de familia y un matiz particular que les transfiere el tiempo, pues casi todas ellas tienen varios siglos de existencia, pero también tienen algo que las distingue entre sí. Por otra parte es fácil trasladarse de un lugar a otro en este pequeño país cuya superficie sobrepasa muy poco la de nuestra provincia de Misiones y cuya mayor distancia es de 300 km. de norte a sur y de 200 de este a oeste.

Tres ciudades formarán pronto un verdadero conglomerado urbano único, lo que los franceses denominan "villeauceinture" y que concentra en poco espacio el 40 % de la población total de Holanda. Estos tres centros son: Amsterdam, La Haya y Rotterdam. La primera es la capital legal del país, la segunda la capital de hecho y la tercera uno de los puertos más importantes del mundo. En menos de hora y media podemos trasladarnos de la primera a la última. Las comunicaciones son magníficas, rápidas, eficientes y continuas tanto por ómnibus como por tren.

Rotterdam es el primer puerto del país y una ciudad industrial que fue totalmente destruida por la última guerra y ya reconstruida. Magníficos edificios de arquitectura moderna la embellecen hoy.

La Haya es una ciudad tranquila, asiento de la actividad administrativa y de congresos internacionales. Posee lujosas mansiones en barrios jardines, donde sólo viven funcionarios, diplomáticos y ricos burgueses. En pocas horas podemos tener una idea aproximada de estas dos ciudades, pero para conocer a Amsterdam es menester andar sus calles y canales,

visitar sus museos y sus plazas, recorrer sus arterias comerciales y ello nos demanda varios días.

El progreso material y la prosperidad comercial del siglo XVII tuvo a su frente a la ciudad de Amsterdam. Sobre este primitivo puerto asentado sobre pilotes de madera, los ricos burgueses comerciantes comenzaron a levantar sus mansiones de fachadas multicolores a lo largo de los canales. Los tres que rodean el centro de Amsterdam embellecen el barrio de las casas patricias. Los más hermosos son el Heerengracht, el Kersersgracht y el Prensensgracht. El signo característico del exterior de estas casas es la sobriedad, pero en su interior el lujo y el esplendor de las decoraciones se despliega. La mayor parte de ellas han sido transformadas hoy en oficinas comerciales, en bancos, en museos, pero se conservan tal cual en su exterior. Aquí se nos revela el carácter tradicionalista del holandés: es poco afecto a destruir lo viejo para reemplazarlo por construcciones nuevas.

No creo, con todo, que pueda interesar demasiado la descripción de la ciudad; por eso prefiero contar algo sobre la vida cotidiana de un habitante de la misma que es lo mismo que decir de cualquier holandés. He vivido en dos de esos hogares holandeses; el primero era un departamento en uno de los barrios modernos levantado en un "polder" recientemente desecado; el otro en un barrio viejo y en una vieja casa del siglo pasado.

Diré en primer término, que la vida familiar constituye una de las características más salientes de este país; el holandés es hogareño, en ninguna parte se encuentra mejor que en su casa y la familia es el verdadero núcleo espiritual de la nación. La mayoría de las familias está constituida por dos o más niños y lo

CARNET DE VIAJE

corriente es el hogar de cuatro o cinco. Son numerosas las familias con diez o más hijos.

Habitaba en un tercer piso. Para llegar a él debía subir una estrecha y empinada escalera, común a todas las casas holandesas. Me explicaba una amiga que las construyeron así para que los viejos marinos no añoraran las de sus barcos cuando regresaban. Lo cierto es que son bastante fatigantes. No hay problemas respecto a los proveedores. Un pequeño montacargas sube y baja las botellas de leche y toda otra mercadería de consumo diario, hasta el piso correspondiente.

Los departamentos constan por lo general de un gran living comedor, uno o dos dormitorios, cocina y baño. Estos dan al patio o jardín interior común a todos los departamentos. La habitación más importante de la casa es la sala de estar. Lleva muy bien su nombre. Es curioso: los holandeses, tan poco afectos a abrir sus puertas a los extraños, viven prácticamente en la calle, porque desde afuera puede seguirse toda la actividad que desarrolla la familia en estas salas de estar. Por cierto que la curiosidad de ver qué sucede en ellas sólo nos acucia a nosotros... Ellos no se preocupan de lo que hace el vecino o el transeúnte que pasa. Me encantaba recorrer el barrio al anochecer, pues estos "living" están profusamente iluminados. Producen una sensación de confort, de afectividad diaria. Todo está dispuesto para la comodidad de la familia; amplios y mullidos sillones, cortinados, alfombras, mesitas bien distribuidas (aparte de la que sirve para comer, generalmente redonda y cubierta por un tapiz); veladores, chimenea. Profusión de cuadros, platos, cerámicas, cobres; un juego de té sobre una mesita; multitud de pequeños objetos, algunos inútiles, otros artísticos; cajas, muchas cajas que se fabrican en serie destinadas a guardar el pan, los bizco-

chos, el té; profusión de almohadones de todos tamaños; estantes con libros; revistas nacionales y extranjeras; radio, discoteca y televisor. En fin, ¿cómo recordar todas las "cosas" que había en esas salas? El holandés gusta rodearse de confort y de todas esas pequeñas cosas que adornan con profusión su hogar; le place tocarlas, admirarlas o simplemente verlas para saber que están allí. En el "living" transcurre la mayor parte del tiempo libre de los miembros de una familia holandesa. Por eso son tan confortables, tan acogedores, con las plantas que se distribuyen en todas partes y las flores de estación que indefectiblemente ocuparán un lugar predilecto. Los dormitorios en cambio, son de una sencillez franciscana, apenas si hay en ellos lo indispensable y son absolutamente impersonales porque no se vive en ellos. La mayoría poseen lavabos.

Aunque las actividades en la ciudad comienzan a las nueve, en las casas se desayuna de siete y media a ocho. Aunque el holandés es bastante sobrio, diría casi frugal para comer, su desayuno, como el de todos los pueblos nórdicos, es francamente copioso: leche (es gran bebedor de leche y se calcula que término medio cada habitante consume un litro por día), té o café en abundancia; bizcochos, tostadas, panecillos, fiambres, quesos, mermeladas, huevos, panceta y margarina. La manteca es exquisita, pero se consume poco porque se exporta. A los niños se les da leche especial, de acuerdo con la edad con aditamento de vitaminas.

Así pertrechados con las calorías necesarias, los hombres se dirigen a realizar sus tareas, los niños a las escuelas y las amas de casa se dedican a sus quehaceres o salen de compras. Al llegar las once, todo el ritmo de la nación se detiene para hacer una pausa: es la hora exacta en que los holandeses en sus ca-

CARNET DE VIAJE

sas, en las oficinas, en los escritorios, etc. ingieren una taza de café puro o cortado con leche, solo o acompañado por una galletita. Esto parece ser un verdadero rito y si llega una visita a la casa o el médico, sería muy descortés no ofrecerle una taza de café.

A la una de la tarde se toma un ligero refrigerio, pues no puede llamarse almuerzo; como el trabajo en fábricas, oficinas, comercios, etc., es continuado, durante algunos minutos se suspenden las tareas para comer unos sandwiches que se han llevado ya preparados de la casa y tomar leche o café. En las casas sucede lo mismo.

A las 18 horas se realiza la comida que reúne a toda la familia, pero lo único que la diferencia de las otras comidas es que se agrega un plato caliente, fruta y ensaladas.

Podemos afirmar, sin temor de cometer un error, que en todos los hogares holandeses no varía fundamentalmente ni el tipo de alimentación, ni los horarios. Muchas veces recorriendo las calles de diferentes ciudades, me fue dado contemplar el mismo espectáculo al dirigir la mirada curiosa al interior de los hogares cuando pasaba después de las seis de la tarde. Esto tan simple, nos revela una de las características más salientes y notorias tanto en la vida privada como en la administrativa o económica: la organización. Resultado de ello es el orden y la disciplina que reinan en todas partes. El tiempo es sagrado y no se pierde ni nadie lo hace perder a los otros. Es de muy mal gusto llegar tarde a una cita o cuando nos han invitado a una casa. La tolerancia máxima permitida es quince minutos después de la hora indicada. No se vaya a creer que viven esclavos del tiempo y apurados como nosotros. Nada de eso; su tiempo está bien regulado y todo lo

realiza con calma, lentamente. Son de temperamento flemático y ciertamente choca a nuestra impetuosidad latina la lentitud de las respuestas o de las determinaciones.

Me ha parecido que son también poco sentimentales y sí prácticos y realistas pues aman el orden, la eficacia y el trabajo. Quizás sean poco imaginativos y su sentido práctico, consecuencia del apego al orden y la organización, se aplica indistintamente tanto a los aspectos de la vida cotidiana como a la realización de grandes empresas comerciales o industriales. Es indudable que una ama de casa latina puede realizar tareas en pocas horas pero la dueña de casa holandesa, si bien no tiene apremio, cumple sus tareas regidas por un calendario muy riguroso, que de ningún modo se altera. Hay un día de la semana, ya no recuerdo cuál, dedicado al lavado de ropa; pues bien si recorriamos las calles, los canales, podíamos estar seguros de ver en todas partes ropa tendida a secar; otro día de la semana está dedicado a la limpieza de vidrios y todas las amas de casa realizan esta tarea al mismo tiempo, a la misma hora, en todo el país... Salvo que se trate de zonas departamentales nuevas donde obreros especializados en estas tareas, con escaleras que llegan hasta un cuarto piso dejan en pocas horas, limpios y transparentes todos los cristales.

¿Y esa suerte de manía por la limpieza? Realmente daba gusto circular por calles de las ciudades holandesas, tan limpias. A propósito de limpieza, el servicio de recolección de los residuos domiciliarios se efectúa con carros automáticos y todas las casas o departamentos tienen un recipiente de hierro galvanizado con tapa, provisto por la Municipalidad. El recolector lo vacía y en se-

CARNET DE VIAJE

guida otro empleado pasa y lo limpia con un desinfectante.

A esta religión de la limpieza, del orden y a la costumbre de beber gran cantidad de leche y ser sobrios en el comer se debe sin duda la salud de este pueblo. Fue en Holanda donde mayor cantidad de personas ancianas he visto (es el país que tiene en las estadísticas el mayor promedio de vida). Cuando tomaba un tranvía me asombraba no ver casi nunca gente joven; todas personas mayores de ambos sexos y algunas francamente ancianas. La ancianidad no es un estado deprimente; se ve a los ancianos circular por todas partes y he visto a una señora de ochenta años hacer todos los días diez kilómetros en bicicleta para llegar a su casa. A propósito de bicicletas, éste es un medio de transporte universal en Holanda; se calcula que en Amsterdam solamente hay más de medio millón de ellas.

Para terminar estas breves impresiones holandesas, quiero referirme a una costumbre muy arraigada y es la conme-

moración de los aniversarios (nacimientos, casamientos, etc.) no sólo de sus familiares próximos, sino también de los más lejanos, de los amigos y de las nuevas relaciones que puedan contraerse. Para no olvidar las fechas recurre el holandés a un arbitrio muy curioso: en la parte interior de la puerta del baño coloca un "memorandum" con letras bien visibles donde se registran los aniversarios del mes, para no olvidarlos. Es tan arraigada esta costumbre que en las oficinas, en los laboratorios también se festejan los aniversarios. Aparte de los familiares están los aniversarios más importantes de carácter nacional: tales el de la Reina, el de San Nicolás.

Holanda presenta el aspecto de una inmensa familia, de allí su aire un tanto burgués y marcadamente provinciano que hace detestar toda innovación en las costumbres. Pero es un burgués trabajador, feliz, que se siente orgulloso de la pequeña patria que él contribuyó a formar.

La personalidad del sabio Julio C. Tello

UN niño de tez bronceada y cuerpo enjuto, de cabeza grande, tipo mesocefálico andino con frente despejada y abundante pelo hirsuto, de ojos pequeños pero vivaces, nariz aguileña, labios delgados y mentón pronunciado y altivo —rasgos que delatan su origen de auténtico peruano o indio—, fue escogido por su padre, en 1893, para ser enviado a Lima, con el fin de nutrirse con los conocimientos de la civilización moderna. Ese niño, oriundo de Huarochirí, que a la sazón contaba trece años de edad, se llamaba Julio César Tello Rojas.

Este niño indígena, descendiente de los bravos huarochiranos, que en 1536 sitiaron la naciente Ciudad de los Reyes para secundar la acción libertadora de Manco II en el Cuzco, bajó de los Andes hacia las playas del mar Pacífico, a través de la misma ruta por la que transitaban sus antepasados.

Venía el oscuro viajero en pos de una nueva meta que seguir, de un ideal que conquistar y de una lucha que vencer. Presentía en su alma infantil una lucha intensa y titánica por encontrarse en un ambiente hostil y diferente al suyo; pero resolvió enfrentarse con la bravura de su estirpe y con el arma de su inteligencia.

Desde entonces cogió entre sus temblorosas manos el libro hecho con letras de molde para servirse como arma de combate y como escudo de defensa

contra los prejuicios étnicos que reinaban en plazas, calles y escuelas de la capital.

Se matriculó primero, en el Colegio Lima, regentado por el recordado maestro don Pedro A. Labarthe; después, ingresó al Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe, donde terminó su instrucción secundaria; y, por último, fue aspirante a la Universidad Mayor de San Marcos para matricularse en la Facultad de Medicina, finalizando allí sus estudios superiores con gran brillo y éxito.

Es en las aulas de San Fernando que aprendió los métodos de observación clínica y de investigación científica, bajo la dirección y enseñanza de los eminentes profesores Leónidas Avendaño, Daniel Laverería, Guillermo Gastañeta, Sebastián Barranca y otros, cuyos resultados no tardaron en manifestarse mediante las pruebas anuales y la tesis de Bachiller sobre “La antigüedad de la Sífilis en el Perú”. Este admirable trabajo, relacionado con la medicina y la antropología, le abrió las puertas de la ciencia y le condujo a nuevos horizontes de su carrera intelectual.

Es así como llegó, en 1909, a la famosa universidad norteamericana de Harvard, bajo los auspicios del gobierno peruano, después de optar al título de médico y cirujano, por aclamación. Allí, en vez de perfeccionar su carrera de medicina, decidió seguir su vocación antropo-

SEMBLANZA

lógica, como si obedeciera al mandato imperativo de su destino. Parece que el hada de la Fortuna guiaba sus pasos, porque, desdenando las ventajas de una profesión lucrativa, abrazó la de un misionero de la ciencia y de la historia, que sólo depara felicidad espiritual, tras de sinsabores y sacrificios sin cuento.

De nada le sirvió el pasaje dramático de su niñez, cuando cierto día, por falta de dinero para pagar su mísera pensión hubo de ser arrojado a la calle, cuyo detalle lo cuenta así: "Salí en busca de nuevo alojamiento cargando auestas el atado que constituía mi equipaje; vagué por unas calles de Lima, en aquellos días en que para los indios no había compasión, hasta que tuve un encuentro casual, diría providencial, con mi condiscípulo Vital Palma, quien conocedor de mis aprietos resolvió salvarme generosamente conduciéndome a la portería de la Biblioteca Nacional, donde, previa consulta con su padre, el tradicionalista don Ricardo, me hizo pasar a la oficina. Aquí, don Ricardo con bondadosa sonrisa me concedió hospitalidad; allí viví largo tiempo hasta hacerme amigo de él y de sus hijos, principalmente de Ricardo, con quien estudié medicina."

¿Por qué causa desvió el camino de su vocación médica hacia el de la antropología? El mismo nos cuenta con aire de orgullo y satisfacción lo siguiente: "La primera vez que tuve entre mis manos el cráneo de una momia incaica para estudiarlo, sentí una profunda emoción. Ese cráneo, que los siglos habían respetado, al ponerse en contacto con mi corazón, me hizo sentir el mensaje de la raza, cuya sangre corría por mis venas. Desde entonces me hice antropólogo". Sin embargo, la medicina le sirvió de base para su formación antropológica; fue un medio para penetrar en el misterio de las generaciones desaparecidas, una brújula

para orientarse en el campo de la antropología física y biológica y una luz para descubrir, en la oscuridad de las tumbas, los reyes, príncipes, sacerdotes, guerreros y otras gentes de la antigüedad peruana.

Poco a poco fue convirtiéndose en un obcecado virtuoso de su profesión. Con paso firme y seguro fue penetrando en el laberinto de las ruinas de templos, ciudades y necrópolis, para descubrir las huellas de los seres que otrora sintieron la emoción de una vida feliz o trágica; para descubrir el mensaje impreso que dejaron en las piedras, metales, tejidos y huacos. Fue un viajero obstinado e incansable, que recorrió las más apartadas regiones del país en la búsqueda de los vestigios respetados por los siglos. Su afán de investigador científico le llevó hasta otros países de América y Europa, para obtener nuevos elementos de estudio que pudieran ilustrar la prehistoria del Perú y del continente americano.

Para alcanzar el objetivo de sus preocupaciones favorecieron no sólo su fortaleza física y la reciedumbre de su intelecto, su destreza de gran cateador de tumbas, su fantasía de poeta, su vasta cultura nutrida en libros y revistas, su capacidad dialéctica, sino su fe inquebrantable en descubrir el libro de oro del pasado patrio, alentado por el espíritu de misionero evangélico y el calor de la sangre india que bullía en sus venas.

A medida que surgían dificultades y sufrimientos por la incomprensión del medio hostil en que actuaba, su voluntad de vencer se templaba como el acero y su alma se agigantaba con el escudo de su sabiduría. Así, la vida de Julio C. Tello, fue una constante lucha, pero de una lucha triunfal que, de combate en combate, llegó hasta el sitial más alto de la ciencia y de la historia del Perú.

¿En qué consiste la labor peruanista de Tello? El balance de sus actividades físicas e intelectuales, durante medio siglo, desde 1893 hasta 1947, gira alrededor de tres campos bien definidos: social, universitario y arqueológico.

En el campo social, enarbola el estandarte de superioridad de la raza peruana exclamando con orgullo su origen indio, desde el banco humilde y rústico de la escuela, hasta la tribuna de la universidad o el banco del Parlamento nacional. De esta manera rompe el prejuicio de inferioridad que pesaba sobre el indígena desde los primeros días de la conquista española. Con la frente levantada y voz enérgica discute los problemas sociales de su pueblo con los más encumbrados valores de la iglesia, del foro y de la historia.

A la luz de las enseñanzas derivadas del conocimiento de la raza peruana y de su civilización, sintetiza los fenómenos sociales e históricos con tres vocablos simbólicos: *Ayllu*, *Tierra* y *Oro*. “El *Ayllu*, dice, significa unión de los hombres, razas y clases, por vínculo de simpatía, de amor, de conocimiento mutuo, de intereses y aspiraciones comunes, así de individuos de una misma parcialidad, como los de una provincia o nación. El *Ayllu* significa cooperación, especialización y coordinación de energías de la nación, para realizar las grandes obras que la raza está llamada a ejecutar en el porvenir. La *Tierra* significa la fuente inagotable de bienestar y prosperidad, el campo donde cada hombre puede desplegar su energía, capacidad e inteligencia, sin más restricciones que las impuestas por sus propias aptitudes. El *Oro* significa la belleza de la creación, la obra de Dios admirada por el ingenio humano. Ayer materia preciosa que dio brillo y suntuosidad a la civilización aborígen y, desde la conquista, motivo de ambiciones

materiales y causa de divisiones sociales y origen de la disgregación de la nacionalidad.” Reclama que estas fuentes de riqueza espiritual y material, menospreciadas en la actualidad, deben ser encauzadas y aprovechadas en bien común de la Patria, a fin de mantener el prestigio y prosperidad que exige el país.

En el campo universitario, enarbola, igualmente, el estandarte de la reforma, exigiendo una organización científica, basada en los adelantos obtenidos en las universidades modernas de Norteamérica, Alemania, Francia, Inglaterra, etc. Como miembro de la Comisión del proyecto de reforma de la Universidad Mayor de San Marcos, defiende con argumentos convincentes los principios básicos de dicho proyecto.

Desde el banco parlamentario que ocupa en la Cámara de Diputados expone, el 6 de diciembre de 1921, lo siguiente: “Este proyecto refleja algunas de las ideas democráticas del presente siglo; abre las puertas de la enseñanza de par en par; rompe ligaduras; destruye obstáculos; se empeña en amalgamar los diferentes elementos étnicos de la nacionalidad; y derrumba esas capas artificiales que sobreviven aún desde los tiempos de la dominación española. No es este proyecto para que rija en Inglaterra o en los Estados Unidos, es sólo para el Perú y para que el indígena —ese infeliz que baja a Lima sólo a darse cuenta de su incapacidad y vuelve a su tierra a ser un alcohólico o un tinterillo—, adquiera un ideal que perseguir, que le haga enérgico, firme y resuelto para lograr sus propósitos. Ha llegado la oportunidad para que este Parlamento compuesto por demócratas sancione la presente ley; ha llegado el momento para que los hombres que tienen abundante sangre indígena en sus venas apoyen esta ley, porque ella está destinada para libertar a nuestros herma-

SEMBLANZA

nos, para esos cuatro millones de indígenas que llevan una vida casi miserable; para ellos y para todos, es decir, para los que tienen sangre india, española, inglesa o china, unidos bajo un mismo propósito y un mismo ideal, el de la Patria.”

Por otro lado, la cátedra universitaria fue para Tello el medio más adecuado para exponer libremente sus ideas y teorías, sobre el origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas del país. Con la vasta cultura que poseía, acerca de los problemas antropológicos del mundo, supo interesar a sus alumnos de Arqueología Peruana y Americana hacia una vocación científica, muchas veces sin conseguir la respuesta favorable. Ante la indiferencia de la mayoría de los universitarios manifestó alguna vez, lo siguiente: “Yo había observado durante mi vida de estudiante en Lima la doble actitud que adoptaba un joven para asegurar su porvenir: la del provinciano, que trabajaba rudamente para vencer su incultura heredada y alcanzar un título que le permitiera satisfacer sus limitadas ambiciones; y la del criollo, que aspiraba a superar gracias a las ventajas que le aportaba su cultura literaria heredada. El primero adoptaba una actitud práctica o utilitaria de provecho inmediato; el segundo, por lo general, se excedía en sus ambiciones, a veces irrealizables. Obtener un título profesional para vivir y alcanzar un relativo bienestar, sin nada más allá que alimente la ambición, era algo así como la única aspiración de la juventud.” Tello —como dice Luis E. Valcárcel—, “era un *scholar*, un universitario por excelencia; amó a la Universidad; estuvo siempre a su servicio con su magnífico espíritu batallador, con su tensa actitud polémica, con aquel humorismo que descargaba en risa las nubes de la ira”.

En cuanto a sus actividades en el

campo arqueológico no es necesario enumerar los sitios donde exploró y excavó, ni tampoco vale la pena citar las fechas en que se realizaron sus descubrimientos o las publicaciones de sus trabajos. Basta mencionar el monumento que erigió a través de largos años de lucha y esfuerzo constantes: el Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Aquí se hallan conservados religiosamente los tesoros arqueológicos que rescató de la voracidad de los huaqueros, de la ambición comercial de los traficantes de antigüedades, de la propiedad particular de algunos coleccionistas y de todo vestigio o reliquia que pudo conseguir mediante sus exploraciones y descubrimientos. Allí están para la admiración y contemplación de los amantes de la cultura, para la inspiración de los artistas, para la intuición de los investigadores científicos o elucubración de los historiadores y filósofos. Allí está el gran árbol de nuestra civilización milenaria, cuya raíz se profundiza más allá de la historia escrita del viejo mundo, a medida que avanzan las indagaciones en el territorio andino. Es la respuesta del hombre aborigen al llamado de la historia, para desmentir categóricamente la falaz argumentación de los juristas del siglo XVI, que equivocada o maliciosamente propalaron la idea de que los Inkas fueron unos tiranos de pueblos bárbaros o semicivilizados y que los conquistadores españoles llegaron oportunamente para librarlos de esa tiranía. La realidad es distinta frente a las evidencias que ofrece la arqueología. No pueden considerarse como bárbaros los pueblos que forjaron las civilizaciones de Chavin o Tiahuanaco, ni como culturas primitivas las que florecieron en Lambayeque o Chimú, en Moche o Chicama, en Paracas o Nasca. Por consiguiente, los Inkas fueron los portaestandartes de aquellas viejas civilizaciones, que con

sentido humanístico mantuvieron y perfeccionaron la herencia de sus antepasados, con el único propósito de crear una sola Patria, grande y próspera, bajo el amparo de una sola divinidad, representada por la figura de un niño, símbolo del Sol.

En resumen, la obra peruanista de Tello es grandiosa, porque, con indomable energía que asombra hasta hacerse llamar por un sabio norteamericano "dínamo humano", ha reivindicado el derecho de los peruanos a escribir su propia historia con símbolos o ideogramas que contienen las estelas de Chavín, los bordados de los tapices de Paracas, las pictografías de los huacos Muchik y Nasca y las escenas realistas de taracea que exornan los keros inkaicos. Por esta razón, el país entero se inclina reverente ante la figura titánica del Maestro; las generaciones reclaman con insistencia la continuación de su obra; los niños repiten su nombre en las escuelas y colegios;

y sus alumnos universitarios recuerdan con cariño las clases matinales de arqueología, y algunos de ellos, que tuvieron la suerte de compartir las fatigas de las exploraciones y exhumaciones de momias, como Javier Pulgar Vidal, exclaman ante su tumba: "Has devuelto a la vida al hombre de Paracas. Por eso la genial obra póstuma será verdadera corona en tus sienes y gran manto maravilloso, el mejor bordado de todos, el más simbólico, el que no destruirán los milenios y el que habrá de ser tu regia gala cuando vayas a alinearte en el coro arrogante de los hombres del Perú inmortal. Allí estarás entre los primeros y en tu homenaje, otra vez, las danzas de la aurora y de la tarde harán su aparición en el altar de Punkurí y, mientras que con el brazo en alto te salude indesmayable el monolito de Sechin, rodará por el Ande y por la Selva la profunda voz del Strombus, que cual rumor de la tierra, anunciará tu ingreso a la Gloria."

¡Todos los caudillos llevan mi marca! *

El sentimiento de la tradición, el culto del pasado, es una fuerza insustituible en el espíritu de los pueblos; y la veneración de las grandes personalidades en que se encarnan sus porfías, sus anhelos, sus glorias, es la forma suprema de ese culto. — JOSÉ ENRIQUE ROBÓ.

AHORA estaba descendiendo la otra falda de la montaña. Si subir fue difícil, si hubo que vencer muchos obstáculos, llegar hasta el pie, sin tropiezos serios que destruyan todo el esfuerzo realizado, no era nada fácil, por cierto. Comenzaba a bajar la otra falda. Placiale tornar la cabeza para mirar lo andado. Es saludable y aleccionador. Un corazón equilibrado debe, de vez en cuando, detenerse a realizar este examen fríamente, con serenidad.

El estaba satisfecho de su propia vida. La gente llamaba a eso vanidad. Vanidad sería, si por artes engañosas, hubiera llegado a ser algo que no merecía. Pero él estaba ahí donde estaba, firme, bien plantado. Porque lo que era lo había conquistado en buena ley, luchando a brazo partido, como pocos, con la vida. Sí, conquistado. El vocablo no era de su agrado por lo que tenía de guerrero; pero era exacto. La única guerra que la gente conoce y estima es la de los campos de batalla, de los caballos encabritados, de los sables y las armas de fuego. La otra, la silenciosa que se libra día a día, y que deja, también, su tendal de cadáveres —hombres fracasados, espíritus sin fe—, ésa que requiere tanta valentía y ente-

reza como aquélla, es ignorada por la masa informe de los que vegetan con su conformismo a cuestas.

No todos saben lo que es esto. El sí, y que vengan a negárselo; que vengan a disputarle lo que le es propio. Nunca entregó nada sin lucha recia. No en vano, ahora mismo, al recordar, frunce iracundo el entrecejo, aprieta las mandíbulas y quiebra la pluma entre los dedos.

“Yo podría decirle a algunos de estos jóvenes: Venga, hijito, a mi lado; hablaré con usted. ¿Qué edad tiene? Vea la mía...”

Habían transcurrido cincuenta años; quizá un poco menos. Era un mozalbete altanero y engreído. Apenas le apuntaba el bozo y ya tenía ideas propias. Hay quienes se hacen hombres antes de serlo. Andaba al lado de su padre, por los campos de Mendoza, enfrentando a la soldadesca federal que acaudillaban los Aldao. Esas eran guerrillas de verdad, no como aquellas de muchacho pandillero que tan sólo dejaban rasguños y cardenales. Aquí la muerte llegaba sin com-

* Trabajo premiado en el certamen que, sobre el tema *Todos los caudillos llevan mi marca*, organizara, este año de 1961, la Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento, presidida por el profesor Dr. Alberto Palcos, conmemorando el sesquicentenario del nacimiento del prócer.

pasión en la punta de una lanza o en el disparo certero de una tercerola. Y rechazó, el último, la cordillera, después del terrible desastre del Pilar. Iba en la retaguardia, para cubrir las espaldas de sus compañeros, a buscar en tierras extrañas la tranquilidad que su patria ya no podría ofrecerle.

San Francisco del Monte había sido su ensayo general, bajo la dirección de su tío, un "digno sacerdote" que lucía inteligencia vivaz, voluntad de acero, corazón en llamas. Su iniciación, mucho tiempo atrás, al lado de ese espíritu luminoso, todo bondad, perseverancia y fe que fue su madre, doña Paula, la bien nombrada. Y el impulso definitivo lo recibió una noche de luna, en el ámbito rumoroso de la plaza de su ciudad nativa, mientras caía sobre la muchedumbre fanatizada la prédica incendiaria del fraile riojano, que tenía, ¡oh paradoja!, la dulce misión de apaciguar las almas.

Desfilaban vívidos los hechos ya lejanos. Desde la puerta del tenducho que atendía —comerciante en agraz—, vio pasar a las montoneras, rotas y sumisas, borrachas de alcohol y de odio, arrasando lo que a su paso se encontraba, vociferando insultos, lanzando amenazas, atemorizando a niños y mujeres. ¡No! él no podía formar en las filas ni de ese fanatismo religioso que marchaba bajo las negras banderas de "Religión o Muerte", ni en las del fanatismo político que se cobijaba en las rojas de una pseudo federación, instintiva, primaria, sangrienta. El era, no por fuerzas de las circunstancias, sino por meditación y razonamiento, unitario y liberal.

El único capital que llevaba al otro lado de los Andes, era su mucha fe en el porvenir de la patria, y un poco también en las propias fuerzas, para salir con bien de su aventura. Como en San Francisco del Monte tuvo alumnas y alumnos: se-

guía su ya iniciado camino de maestro. Esa fue su senda, su verdadera y única senda que recorrería siempre con orgullo. Quizá, como augurio, a los primeros pasos en tierra extraña, deshojó entre sus manos una rosa que le dejó su perfume para toda la vida...

Buscó quehacer en el comercio, sin resultado favorable; bajó a las profundidades de la tierra, para vigilar la extracción del mineral que le permitiera, no sólo su propio sustento, sino el poder ayudar a su familia que mucho lo necesitaba. Mientras tanto, con esfuerzo, con sacrificios, casi sin proponérselo, iba tallando su propia personalidad, su mundo interior, el tesoro espiritual que había de ser, en definitiva, la riqueza única que hasta sus últimos años lo mantendría enhiesto, siempre de pie, sin claudicaciones ni renunciaciones.

Después de un lustro de permanencia retornó a su provincia. Volvía en busca del cuidado y la atención de la madre y de las hermanas, para que el mal que comenzaba a invadir su cerebro, no lo arrojara para siempre, al abismo de las sombras densas de donde rara vez se retorna con lucidez. Se diría que, como en el mito de Anteo, necesitaba hacer pie en la tierra que le vio nacer; respirar el aire mañanero fragante a pastos lugareños y llenarse las pupilas con, la visión de los cielos nocturnos, iluminados de estrellas que él conocía muy bien.

Recobró su salud física, que la espiritual no había sufrido desmedro; pero comprendió que no podría vivir en el ambiente colonial de su provincia, donde un gobernante arbitrario, ignorante y arbitrario, como el de tantas otras provincias argentinas, imponía su voluntad sin control, y cegaba porque sí, por misoneísmo, las más nobles iniciativas.

Como al hidalgo manchego, le había llegado la hora de su segunda salida, don-

MIRADOR

de iba a tener cabal cumplimiento su tan memorable aventura. La primera, después de una derrota frente a la montonera, huyendo, a la búsqueda de un resguardo para conservación de la propia vida; ésta, movido por una consciente intención más alta, más noble y más vasta; luchar por la libertad de su patria, sin olvidar el bienestar, el progreso y la amistad de los pueblos de América. Ese era el esquioc de su programa de acción que oscuramente iba adquiriendo contornos en la intimidad de su ser. La patria como punto de mira: lo real y lo concreto; más arriba, en la región de los sueños realizables, América.

Era forzoso abandonar la ciudad de su nacimiento si quería llevar a cabo la misión que a sí mismo se había impuesto. ¿De qué manera? ¡Ah, como fuera! Con las armas, si las circunstancias así lo requerían; pero combatiendo siempre la ignorancia y el vicio; allegando materiales para la prosperidad de los pueblos; alfabetizando a las muchedumbres; trayendo brazos para el laboreo de los campos; facilitando que arriben a nuestros puertos y surquen nuestros ríos, los buques de todas las banderas; conmoviendo cielo y tierra hasta lograr la tranquilidad, la unión y la paz en la tierra argentina para el trabajo fecundo. De mil maneras puede lucharse por la libertad de un pueblo. Y tramontó de nuevo los picachos andinos como quien va predestinado a cumplir una misión sagrada, alumbrado su mundo espiritual por una llamarada interior que era antorcha y quemazón al mismo tiempo.

Andaba en los treinta años. La edad de las realizaciones fecundas. El hito que marca el comienzo de la madurez. Todo lo que venga ahora llevará el sello del autor, la marca propia. Lo anterior, tanteos indecisos, pasos inseguros; mezcla de lo propio con lo ajeno. Después de los

treinta, lo auténtico. Lo afirmativo, ser; o la hibridez, lo huero, no ser.

La desorientación muerde tenazmente su espíritu. La duda se agiganta como la sombra al atardecer. Se busca, con avidez, el rumbo cierto. Y lanzó su primer artículo ocultando su nombre. Esperó trémulo "de pavor, de esperanza y de miedo". El no había cursado aulas universitarias, no había recibido una educación ordenada, no podía presentar ningún título superior; y desde la oscuridad de su escondite, veía los rostros burlones de los que, con justicia, llevaban la nombradía de sabios y maestros. Esta vez no había seguido el camino de su inicial vocación, sino un senderuelo lateral como quien busca el norte propicio. Lo recuerda muy bien. Era un 11 de febrero del año en que cumplía los treinta. Al anochecer, ya tenía cumplidas noticias del éxito de su osadía. Se ampliaba su horizonte. Ahora comprendió que el caminito se abría en ancha carretera, y que allá adelante fulguraba la luz de un sol que comenzaba a levantarse: Publicista. Un idéntico afán. Maestro y publicista, por caminos diferentes, van en pos del mismo ideal.

Avanzó con paso firme, decidido, casi arrogante. A su lado —ingratitude sería no recordarlo— encontró algún brazo amigo, amparador y cordial, que le hizo más llevadera la marcha en el exilio. Encontró obstáculos, que le sirvieron para probar las propias fuerzas. Nunca renegó de ellos; por el contrario, los esperaba, los buscaba, y sentía el placer, al derrumbarlos, del que vence a un contrincante noble. Pero se encontró, también, en las charcas de aguas dormidas, con renacuajos inofensivos y con alimañas no exentas de aguijones y venenos. Bastaba, a veces, su simple presencia para acallar el coro; otras, necesitaba arrojar unos cuantos pedruscos que rompían

la quietud de las aguas, tal como hacía cuando muchacho en el Carrascal, de noche, con los inolvidables compañeros de colegio.

¡Oh, si su madre lo viera ahora! Siempre que alguna grande alegría o algún profundo dolor se presentaba en su vida, buscaba, con el pensamiento, reposo y ternura en la tibieza del seno materno, sin sentirse jamás defraudado. Todavía no era, como en la escuela primaria, el primer ciudadano de su patria; pero iba caminando, sin duda, para serlo. La huella de su paso quedaba en el camino. Ya se sabía, en ambas laderas de las montañas limítrofes, quién era él.

Fiscal severo y tremendo, lanzaba su acusación terrible contra la infamia que gobernaba su patria. Descargaba sus golpes sin misericordia, porque no podía despertarla quien imponía su voluntad de gaucho taimado y su sinrazón de déspota ensoberbecido, a un pueblo que había dado muestras de amar la libertad y de coadyuvar para que sus beneficios pudieran ser disfrutados en todo el territorio americano.

Disponía de una pluma que, a veces, era un escalpelo o un ariete, o una tea incendiaria, cuando no un pincel humedecido en la suavidad de múltiples colores, que mostraba la belleza de un porvenir soñado con patriótico anhelo. Siempre, con cualquier motivo, estaba presente en sus artículos, el recuerdo palpitante y vivo de su patria que gemía bajo el dominio de un bárbaro.

Alguna vez, comentando las andanzas de extranjeros desterrados, escribe estas palabras en cuyo comienzo aletea la mariposa de la melancolía, para terminar con la flecha de una promesa que nunca dejó de cumplir: "...yo te saludo desde el hogar extraño que me presta asilo. Nosotros, sí, solamente nosotros sabemos sentir tus angustias, porque la

desgracia aguza la facultad de sentir las desgracias ajenas... como tus hijos que mendigan hospitalidad en las puertas de las naciones europeas, así vagamos nosotros, sin patria, sin asilo, sin posar tranquilos nuestra vagabunda planta, por la vasta extensión de América que circunda nuestra patria desdichada; los ojos fijos en ella, por sorprenderla un momento de vida, para ayudarla a levantarse, si un momento logra desasir uno solo de sus debilitados brazos de las garras ensangrentadas del monstruo que la ahoga y la despedaza".

El tirano de ojos claros y de intención oscura comprendió que el sanjuanino estaba derruyendo, poco a poco, los sillares en que se asentaba su poder y mandó emisarios para contrarrestar la acción demoledora. En otras oportunidades, en polémicas famosas, relampagueaban sus frases frente al literato erudito o contra sus discípulos, y a manotazos desbarataba la sutil arquitectura que edificaba la dialéctica prolija de sus contrincantes. Y era de ver cómo, el maestro y el periodista, se alternaban en la cátedra para decir a los jóvenes esta lección de todos los tiempos: "No es eso, es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los admirables modelos, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos". Y agregaba, entre muchas otras cosas dignas de ser meditadas: "Pero... en lugar de ocuparnos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases... echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, costumbres, las instituciones... y enseguida escribid con amor, con corazón, que eso será bueno en el fondo aunque la forma sea incorrecta; será apasionado aunque

MIRADOR

a veces sea inexacto; agrada al lector, aunque rabie Garcilaso; . . . pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá belleza”.

En medio de la lucha sin descanso, el provinciano idealista y altivo, entregó diariamente al folletín su teoría sobre la campaña y la ciudad, su obra maestra. Las generaciones venideras repetirán por muchos años todavía: “Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte. . .” Digan los estudiosos su complicada hermenéutica; nosotros nos atenemos y conformamos con lo susurrado por “el sesudo pero artístico italiano”, el periodista venal de la dictadura: “Esto se mueve, es la pampa; el pasto hace ondas agitado por el airc, se siente el olor de las yerbas amargas”.

Al volver de su viaje a Europa dio a la estampa el itinerario, pleno de sugerencias, de su espíritu por las viejas ciudades, y entregó al gobernante amigo, las observaciones recogidas sobre educación popular, el gran problema de América. Pero por sobre todo eso, defendiéndose de ataques malevolentes, dio a luz ese hermoso poema recordatorio de su terruño, embellecido por la neblina azul del tiempo y del espacio, donde desfilan madre, hermanas, amigos. . . que aprendimos a querer en los días lejanos de la infancia.

La lucha no había terminado. El eterno expatriado, el director de la primera escuela normal de Sud América, el periodista, el maestro, seguía mostrando al mundo la incapacidad del gobernante argentino, sus métodos sangrientos y la sumisión de un pueblo atemorizado por sus bandas armadas. A pesar de todos los fracasos, su fe, su enorme incontestable fe, no decayó nunca, y como un profeta o como un vidente, clamaba: La

hora se aproxima; me lo anuncia el corazón: la liberación está cercana!

Allá por el oriente, lo que en su inicio era sólo murmullo, tal vez recóndito deseo, temeroso de expresarse, fue voz mesurada pero firme y enérgica. Había que descolgar de la panoplia el arma que empezaba a enmohecer. Todo el país, de punta a punta, es una sola esperanza hecha ansiedad y silencio. Algunos, por temor, por blandura de corazón, no más, esperan impasibles que el tiempo dicte su veredicto. Por fin el triunfo corona el largo y doloroso esfuerzo: se derrumba estrepitosamente todo el armazón de la sangrienta dictadura y el tirano va a mendigar amparo a la sombra de una bandera extraña.

Hay que reconstruir la patria desde los cimientos. Antes de comenzar, antes de entregarse a la tarea para la cual se había preparado, hora tras hora, en su largo peregrinar sobre la tierra, hay un compás de espera, de asombro y vacilación, en que los actores se miran a la cara los unos a los otros, como reconociéndose, como interrogándose y como queriendo ponerse de acuerdo sobre el hacer inminente.

Pasó el lapso de incompreensión y comenzó la tarea sin titubeos ni pausas. Sin descanso. La espalda encorvada sobre el libro o las cuartillas; la mirada zahorí; el razonamiento lógico; la palabra precisa; las órdenes breves. Y el afán de trabajo siempre renovado.

Ya estamos llegando a la meta soñada en el ostracismo. Los nudos van siendo desatados uno a uno; los problemas resueltos. Los hombres preclaros señalan la ruta y el pueblo avanza. Entre los primeros, Sarmiento, aquel mozuelo exilado cuando se insinuaba el bozo sobre su rostro moreno. Sus libros, ensayos y artículos periodísticos, muestran la solidez de su pensamiento y llevan su nom-

bre por los pueblos de habla hispana. Su voz se oyó en asambleas populares y parlamentarias. La Dirección de Escuelas, el Consejo Deliberante, los ministerios, y hasta el más alto sitio de la República supieron de su acción recia y tenaz.

Luchó contra los aristócratas del pensamiento y los venció con gallardía; contra los caudillejos y caudillos de montoneras que no lo superaron ni en valentía, ni en el arte de urdir estratagemas; contra la ignorancia, el atraso y el estancamiento a quienes derrotó en su propia guarida; contra los que envenenaban la mente y el corazón del pueblo; contra los simuladores y fraudulentos; contra los pusilánimes... que eso era luchar por el progreso y libertad de su pueblo.

Ahora sexagenario, cuando iba des-

cendiendo la otra cuesta de la montaña, no era vanidad poder decir al pueblo de la República y en especial a los jóvenes —que no sabían mucho de sus desvelos— desde el augusto recinto del Senado, que él era sencillamente DON YO, así, con mayúscula; que había vencido a caudillos de carne, sangre y hueso, y otros, incorpóreos e intangibles, pero tan caudillos como aquéllos, contra quienes había que emplear todas las armas, y domeñarlos y vencerlos.

Ahí estaba toda su vida, como cartas de barajas tendidas sobre la mesa, para que las examinaran una a una, cuidadosamente, a ver si había conquistado o no el derecho de proclamar bien alto, de pie sobre un basamento de mármol o de bronce, para que toda América pudiera oírlo: *¡Todos los caudillos llevan mi marca!*

Revista de libros

OSVALDO LOUDET: *Humanistas y médicos en el Renacimiento*. Ed. Nova, Buenos Aires, 1961. Vol. rústica, 130 págs.

He aquí que el doctor Osvaldo Loudet, médico y humanista, fino escritor asimismo, se da a la "tarea deliciosa" —según propia confesión— de rastrear las opiniones de algunos ingenios del siglo XVI sobre eminentes galenos de su época. Ronsard, Montaigne, Erasmo y Rabelais forman el tribunal juzgador de la medicina renacentista. Y en la urdimbre de este juego ora sonriente ora doloroso, donde el acibar se mezcla con lo dulce y la queja con la alabanza, va el autor dibujando sutiles imágenes de aquellos cuatro grandes espíritus. El deleite con que el Dr. Loudet bucea, como en aguas clarísimas, en el pensamiento de los magníficos escritores se transmite íntegro al lector. Es que sus eruditas reflexiones acerca de los conceptos que aquellos emitieran sobre la salud y la enfermedad, los médicos y los remedios, los sufrimientos y los dolores, le llegan a éste en cuatro burilados medallones en donde adquieren relieve, a lo vivo, la condición humana de los personajes y los azares que gravitaron en sus respectivas existencias.

Pierre Ronsard y Ambrosio Paré. Uno, "príncipe de los poetas" curaba heridas del espíritu; el otro, "príncipe de los cirujanos", heridas del cuerpo. Como en los cuentos, ambos gozaron de la protección generosa de un joven rey, Carlos IX, hijo de Catalina de Médicis. El poeta escribe para él los "Consejos para bien reinar" y el noble le responde en verso, para hablarle en el mismo romance; y cuando Carlos IX muere, antes de cumplir los veinticinco años, Ronsard le dedica una de sus más hermosas elegías. El médico sufrió por las enfermedades y por la intrepidez del príncipe; y cuando sospechado de hugonote pudo Paré morir en la noche roja de San Bartolomé, su egregio amigo lo oculta en sus habitaciones y le facilita la huida.

Ambrosio Paré hizo diversas contribuciones a la cirugía, pero la más sensacional de todas fue la ligadura de los vasos para cohibir las hemorragias, substituyendo por el hilo de seda la despiadada aplicación de hierros candentes. Esta terapéutica conmovió profundamen-

te el corazón del poeta, quien escribe en su honor un soneto que el célebre cirujano coloca, como portada y adorno, al frente de sus obras impresas en 1575 y uno de cuyos raros ejemplares se halla en la biblioteca de la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Y los dos versos finales del segundo cuarteto se convierten en altísimo elogio de la profesión toda: "Es imitar a Dios el curar y el poder/ aliviar las desgracias de nuestra humana raza."

Montaigne, la medicina y los médicos. Miguel de Montaigne, al igual que Ronsard, que Erasmo, que Vives, que Rabelais, que Julio II —el Papa—, que Carlos V —el Emperador—, padeció de gota, dolorosísima enfermedad del metabolismo vinculada a cierto arrazgo de epicúreos: el placer de la mesa. Y el filósofo lo explica... filosóficamente: "Ser prisionero del dolor y privarse del gusto de comer algunas ostras, son dos males en lugar de uno... El mal aprieta por un lado, el tratamiento por el otro... Ya que lo mismo corremos el azar de sufrir, suframos pero después de habernos dado un placer."

Las opiniones que sobre la medicina y los médicos expresa Montaigne están ligadas, pues, a su humor de gotoso. Y así son de adversas, maliciosas o escépticas cuando las punzadas mortificantes de los delicados cristalitos de ácido úrico le traspasan como agujas las pequeñas articulaciones. Observador atento y agudo de la medicina de su época —empírica y pedante—, pone en solfa a muchos galenos —a despecho de cumbres como Paracelso y Ambrosio Paré— y ridiculiza la teatralería de sus recetas. Pero siguiendo la idea paracelsiana de que la gota, los cálculos, el reumatismo, el viejo artitrisismo son "enfermedades tartáricas" (como se forma, por precipitación, el tártaro en el fondo de los

toneles) y de que para eliminar ese "herrumbre de la vida" nada mejor que las aguas minerales, Montaigne resuelve salir en procura de ellas para aliviarse de sus dolencias. De ahí su peregrinar por Francia, Italia y Suiza, y su estada en termas y balnearios los más diversos, cuyos beneficios ha consignado prolijamente en su *Diario* de viaje, que "aparte de este aspecto médico de sus anotaciones —dice el Dr. Loudet— es un documento psicológico que contribuye al conocimiento de su poliédrica personalidad".

Mas es cierto que los enfermos se adaptan paulatinamente a sus dolencias. Se aprende a sufrir y olvidar. Esto es lo que le ocurre al autor famoso de los *Ensayos*, quien tolera, a fuer de estoico, resignadamente y sin impaciencia, las torturas a que la naturaleza lo somete. Y sus meditaciones sobre el dolor y la muerte en lugar de sumergirlo en la desesperación, lo consuelan y le ayudan a morir.

Rabelais y la terapéutica de la risa. Este diabólico Francisco de Rabelais es médico y es gotoso; es, pues, actor y espectador a un tiempo. Primero fraile, aunque inconstante, la terapéutica de la penitencia le parecería excesiva y absurda; después botánico, se aproxima a las ciencias naturales, y, lector de Hipócrates y Galeno, de Celso y Plinio, a los 36 años se decide finalmente por la medicina. Amigo de la risa y del buen vivir, en Montpellier, donde estudia, participa en alegres estudiantinas y representa con algunos de sus cofrades una farsa por él compuesta: "La comedia moral del que se había casado con mujer sorda". La obra fue ejecutada ante numerosos enfermos que rieron a más y mejor. Allí tuvo la idea de que el buen humor, bien administrado, podía ser un

REVISTA DE LIBROS

excelente remedio; y nació la terapéutica de la risa.

En 1532 —año en que aparece *Pantagruel*—, a pesar de su condición de aprendiz es nombrado médico del Hotel-Dieu, de Lyon. Deja este hospital en 1534, cuando publica *Gargantúa*, que el poeta Clemente Marot se apresura a poner en manos de Francisco I, el rey protector de los escritores y los artistas, quien mucho se regocijó con el libro, en el que tal vez se viera reflejado. Robusto, barbado, jocundo, ricamente ataviado, como lo muestra un cuadro pintado por el Ticiano, Francisco I parece un personaje de Rabelais.

También en el hospital de San Nicolás, en Metz, donde sentó plaza de médico en 1547, aplicó Rabelais su inteligente terapéutica: “Hay que distraer a los enfermos —decía— y sacar de sus espíritus el cuadro de sus males.” Así como inventó palabras que habrían de enriquecer la lengua francesa, usó de su ingenio para crear dos aparatos de cirugía de extraños nombres: el glosocomio y el siringotomo. Fue mesurado en la aplicación de los medicamentos pero, al fin glotón, se mostró reacio a las prescripciones dietéticas. “La verdadera dieta que prescribe la sana medicina —escribe— es todo lo contrario a la abstinencia que predicán los médicos papanatas”. Sincera expresión de la regalada vida renacentista. Por eso mismo es autor de una receta culinaria —pródiga en hierbas aromáticas— para despertar el apetito. Pero por sobre todo fue un verdadero humanista, de vastísima erudición, y el médico más universal de su época, primer psicoterapeuta que alivió los dolores físicos y los sufrimientos morales de las gentes mediante la terapéutica de la risa.

Erasmus y el “Elogio de la locura”.

A punto de hablar —alzando los ojos hasta nosotros, desde el pergamino en que escribe, y acentuando la casi imperceptible sonrisa irónica que ya se diluye en su rostro grave— nos parece el “doctor universalis”, como le llamaban sus contemporáneos, en el admirable retrato pintado por Holbein, el Joven, el mismo que hiciera el de Tomás Moro, autor de la popular *Utopía*, a quien Erasmo de Rotterdam —que de él se trata— le dedicara, en el idus de junio de 1508, su no menos difundido *Elogio de la locura*, libro impar en el que corren parejos el sarcasmo y la burla, lo drolático y lo satírico.

En el *Elogio de la locura* (o de la estulticia o de la sandez, como también se ha traducido el “Encomium Moriae”) describe Desiderio Erasmo nada menos que el cuadro social y moral de la sociedad europea a principios del siglo XVI. Bajo la máscara de la locura —representada por una mujer— Erasmo habla y ríe y dice sus verdades en una especie de catarsis reveladora de su verdadero ser. Pone al desnudo las debilidades y las pasiones de reyes, obispos, cardenales, ministros y doctores de la Sorbona; y censura las mentiras, las simulaciones y las vanidades de los gramáticos, los pedagogos, los oradores, los magistrados, los abogados, los arquitectos, los médicos, los músicos, los poetas, los negociantes; todos, todos desfilan azuzados por el látigo con cascabeles de este holandés irreverente.

Queda dicho que en sus páginas se desahoga también contra los médicos. Erasmo era un hipocondríaco y vivía obsesionado por la enfermedad y la muerte. Los cálculos y la gota —dos primos hermanos— lo predispusieron acremente contra los médicos de sus años, que no lograban curarlo: “Yo me

he abandonado —decía— a los médicos y a los boticarios, es decir a los verdugos y a los buitres”. Hasta que un día llegó a Basilea y conociendo a Theophrastus von Hohenheim, más conocido por el nombre de Paracelso, que lo curó de sus males, se desdijo de aquella demoleadora opinión. Escribe entonces el *Elogio de la medicina*, que reviste la forma de un discurso a los estudiantes, exaltado panegírico de la ciencia hipocrática. Exageraciones aparte, el doctor de Rotterdam se había reconciliado con los médicos y con la medicina.

El doctor Osvaldo Loudet, ex profesor titular de psiquiatría de la Facultad de Medicina de La Plata, sigue y culmina, podríamos decir, con este curioso y bello libro, la línea de *Más allá de la clínica y Vida y espíritu del médico*. Por sus armoniosas páginas, cargadas de sabiduría y escritas en transparente y flúido estilo, pasa como un soplo renacentista que le infunde el espíritu artístico del autor. Que es un modo de recrear la historia.

Noel H. Sbarra

MAX SCHELER: *Metafísica de la libertad*. Traducción de Walter Liebling y otros. Buenos Aires, Nova, 1960. Vol. rústica de 277 págs.

Varios ensayos recoge esta publicación; ellos se ordenan según un punto de vista unificador: el tema del hombre y sus relaciones con lo ético y lo social. “Sólo en medio de nuestra vida volitiva misma comprendemos qué es la libertad —nunca mediante análisis teórico”, se lee en el primer trabajo *Fenomenología y metafísica de la libertad*; esto significa que únicamente podemos comprender qué es “libre” cuando revivimos el actuar de la conciencia del poder de la voluntad, conciencia del poder en la que radica la espontaneidad originaria del sujeto. Este poder de la voluntad o *poder-querer* es objeto de minucioso estudio. Sucesivamente Scheler lo separa de otros aspectos con los que muchas veces se confunde; en primer lugar señala las diferencias entre este poder de volición y el poder de elección; el primero no crece con la elección sino la elección con el poder, es decir cuanto mayor es el poder volitivo dado, tanto mayor es el número de posibilidades —diferenciadas axiológica-

mente— a las que se puede tender. Además de esta diferencia del *poder-querer* con el *poder-elegir* separa al primero de otros aspectos con los que tantas veces la libertad estuvo ya enfrentada, ya en extraña comunidad; ellos son: a) determinismo, b) indeterminismo, c) “sensación” de estar libre o *ilusión* de la libertad, d) arbitrariedad, e) fatalismo, f) libre arbitrio indiferenciado.

Establece, además, grados de libertad en el universo, y señala que el *comienzo* de la libertad está dado por la sensación. Disquisiciones sutiles, plenas de significación, se efectúan al tratarse los diversos sentidos de libertad. Entiende por “libertad en la conexión de sentido” en el sujeto personal, la *relación* de lo que es “libre” con algo (“del” cual es libre, “para” lo cual es libre). Por otra parte, el poder de la volición se orienta de acuerdo con valores “a realizar” (“proyectos”); los proyectos difieren de “fines” a perseguir y de “motivos” por los que *presentimos* el valor. Del anterior planteamiento y de su re-

lación con lo que denomina "causación" volitiva se obtiene un primer sentido de la libertad. "Ser libre es actuar sólo debido a una volición motivada". ¿Cómo se fundamenta una volición? Este punto se vincula directamente con su doctrina axiológica: los valores, su escala jerárquica, los actos de preferencia que guían al sujeto hacia la realización de esos valores, la intuición emocional, los engaños en el conocimiento axiológico, etc.

Por otra parte la libertad de la volición, o sea del poder-querer, descarta otros conceptos de la libertad que se refieren al *poder-hacer* y al *hacer mismo* que, en mayor grado, responden a enfoques de orden jurídico, político, social o eclesiástico y no al problema de la libertad como instancia que compete al hombre personal. "Las acciones de un hombre no pueden jamás ser más libres que él mismo" porque "...libre es originariamente un atributo de la persona". Así, mediante rigurosa descripción fenomenológica el autor alcanza a determinar la esencia de la libertad y a fundamentar metafísicamente el poder de la volición, en páginas que por momentos expresan verdaderos filigranas de pensamiento.

En los ensayos *Acerca de la idea del hombre*, *La idea del hombre y la historia*, *El porvenir del hombre*, esboza, con caracteres bastante definidos, una concepción antropofilosófica; lo hace de un modo indirecto, es decir, estableciendo cuáles son las distintas teorías filosóficas al respecto y qué papel desempeñaron en el proceso histórico¹. Las teorías estudiadas son: judeo-cristiana (hombre religioso), griega (homo sapiens), científica y pragmatista (homo faber),

irracionalista (hombre "dionisiaco"), señalándose algunas conexiones entre ellas, especialmente entre las dos últimas.

El problema antropológico es también orientado al plano metafísico. El hombre —biológicamente "acabado"— alcanza por su instancia espiritual la condición de persona; ubicado en el contexto social corre el riesgo de una masificación —a partir de la época moderna y sobre todo en el angustioso mundo contemporáneo—, es decir, de un extravío de sus caracteres personales frente a sociedades en las que lo económico (Rusia) y lo utilitario (Norteamérica), reflejan su poder sobre toda Europa occidental en la que, por lo demás, también se registran regresiones hacia lo instintivo. A una élite coresponderá encauzar este poder desorbitado de las masas, dice el autor en *El hombre en la etapa de la nivelación*.

El saber y la cultura es una obra de importante gravitación en la temática filosófico cultural. En algunos conceptos, que se transcriben, se condensan aspectos de significación: "cultura es humanización", es "un saber convertido en segunda naturaleza" del hombre. Además del "saber culto" señala en un grado inferior el "saber de rendimiento" (utilitario) y, en una etapa superior, el "saber de salvación" (religioso). En otro de los trabajos aquí publicados —*Cosmovisión filosófica*— vuelven a tratarse estos "tipos de saber". Cierra el libro *Ensayos sobre una filosofía de la vida* en donde, con su conocida agudeza y acostumbrado rigor de pensamiento, analiza las concepciones de Nietzsche, Bergson y Dilthey.

Sara Ali Jafella

¹ En *El puesto del hombre en el cosmos*, la doctrina antropológica de Scheler alcanza mayor madurez y envergadura. Su proyectada *Antropología filosófica* no pudo aparecer a raíz de su muerte repentina en 1929.

ALFRED NORTH WHITEHEAD: *El Devenir de la Religión*. Traducción directa y estudio preliminar "La Filosofía de la Religión de W.", de Armando Asti Vera. Editorial Nova. Buenos Aires, 1961. Vol. rústica, 112 págs.

Es conocida la importancia que el pensamiento de Whitehead tiene en el conjunto total de la filosofía contemporánea. Bochenski lo considera como uno de los pensadores más originales y "de una fuerza espiritual asombrosa". Si interesa en todo estudio sobre un filósofo, conocer los pormenores que han determinado su quehacer intelectual, en el caso de Whitehead sorprende seguir el curso que siguió su especulación. Durante treinta años se consagró a la enseñanza de la geometría y la mecánica y más tarde, ya a la edad de cincuenta años, se lo designó lector de dichas asignaturas en el University College de Londres. Recién en 1924, a la edad de sesenta y tres años, es recibido en la Universidad de Harvard como profesor en Filosofía. Enseña allí hasta el año 1937. Su carrera espiritual está marcada de acuerdo con la índole de sus publicaciones. Así podemos determinar un primer período en el cual su interés se centra sobre las investigaciones lógicas-matemáticas. En efecto, su tarea de esta época está monumentalmente documentada con la famosa obra que ofrece en colaboración con Bertrand Russell: *Principia mathematica* (1911/1913). Más adelante, Whitehead nos brinda su penetración de metafísico —luego de un período intermedio dedicado a investigaciones físicas y de filosofía de la física—, en su importante obra: *Science and the modern World* (1926) y *Process and Reality* (1929), en la que ya sistematiza su pensamiento.

Sin embargo, en todas estas direcciones que siguió su inquieto espíritu,

Whitehead no fue abandonado jamás por la preocupación referente a la religión, y sobre todo al significado de la experiencia religiosa. En esta obra que hoy *Nova* ofrece al lector de habla castellana, Whitehead estudia de una manera metódica la problemática del fenómeno religioso. "No podría afirmarse sin embargo —nos aclara Asti Vera en su brillante estudio preliminar— que haya agotado el tratamiento de las cuestiones capitales que plantea al filósofo la experiencia religiosa; ni siquiera que llegara a considerar exhaustivamente sus fundamentos. El mayor mérito de este libro es la sinceridad y la valentía de su autor que supo mantenerse siempre en un plano estrictamente crítico" (página 8).

Integran *El devenir de la religión* cuatro conferencias pronunciadas por el autor en la *King's Chapel de Boston* (febrero de 1926). El mismo Whitehead se encarga de advertirnos en el Prefacio, que su obra debe siempre estudiarse en conexión continuada a través de todos sus libros. Así, "aunque ambos libros (se refiere a *La ciencia y el mundo moderno*) son independientes, es inevitable que, en alguna medida, se diluciden recíprocamente, desde que proceden de una misma forma de pensar aplicada a objetos distintos".

Una de las categorías fundamentales que debe profundizar quien desee penetrar en el estudio del fenómeno religioso es la soledad del hombre. Tanto es así, que Whitehead declara en feliz fórmula en el primer capítulo de la obra que nos ocupa: "La religión es lo que

REVISTA DE LIBROS

el individuo hace de su soledad. Si se desarrolla hasta cumplirse íntegramente, pasa por tres etapas: del Dios neutro al Dios hostil y de éste al Dios compañero.

La religión es, pues, soledad y quien no ha sido un solitario nunca fue religioso" (pág. 27).

La religión se exterioriza en la historia de la humanidad bajo cuatro aspectos: el ritual, la emoción, la creencia y la racionalización. Cuando llegamos a las dos últimas etapas, podemos vislumbrar con toda certidumbre la afirmación inicial: la religión es primordialmente soledad. Las grandes figuras religiosas que pueblan la imaginación de la humanidad, en efecto, son escenas de soledad. "Prometo encadenado a su roca, Mahoma en el desierto, las meditaciones de Buda, la soledad del Hombre en la Cruz. Hay que haber alcanzado la profundidad del espíritu religioso para sentirse abandonado incluso por el mismo Dios" (pág. 29). El primer capítulo de *Devenir de la religión* analiza luego, punto por punto, los caracteres enunciados del hecho religioso: el ritual y la emoción, la creencia y el racionalismo.

Más adelante, Whitehead enfrenta al budismo y al cristianismo en el proceso de racionalización de sus creencias. El primero se apoya en una metafísica, y por ello se distingue del cristianismo debido a su elevada intelectualidad. Este, por su parte, arraiga en un hecho histórico, parte de un hecho. Así entonces, puede decirse que el budismo es "una metafísica que da origen a una religión", mientras que el cristianismo es "una religión en busca de una metafísica" (47).

El segundo capítulo emprende el estudio de *La Religión y el Dogma*. La brevedad de una reseña nos impide

adentrarnos en la profundidad de los análisis que el pensador inglés nos brinda en unas pocas páginas. Nos interesa, sin embargo, citar algunas líneas referentes a la *Descripción de la experiencia religiosa*. Dice allí: "La religión se basa en la concurrencia de tres conceptos relacionados en un momento de autoconciencia, cuyas relaciones independientes con los hechos y entre sí, sólo pueden ser unificados por cierta intuición directa del carácter último del universo.

Dicho conceptos son:

1) El del valor del individuo en sí mismo.

2) El del valor recíproco de los distintos individuos del mundo.

3) El del valor del mundo objetivo, que es una comunidad derivada de las interrelaciones de sus componentes individuales, y necesaria, además, para la existencia de cada uno de ellos" (página 52).

El problema: "¿Qué significa Dios?" ha recibido tres interpretaciones fundamentales. En Extremo Oriente, concepción de una inmanencia radical; un orden impersonal al cual se conforma el Universo. El concepto semítico nos ofrece la doctrina de la trascendencia radical: una entidad personal, individual y definida. La doctrina del monismo radical, por el contrario, nos habla de la realidad del mundo concebido como Dios: el panteísmo. Whitehead analiza seguidamente cómo se han integrado o separado del cristianismo estas acepciones, para continuar luego con *La búsqueda de Dios*, problema en el que se debate el mundo moderno des-divinizado.

La tercera conferencia que integra la obra que nos ocupa, trata acerca de

El cuerpo y el espíritu. Parte allí el autor de un severo análisis de las necesarias relaciones que deben existir entre religión y metafísica: "La religión —nos dice— necesita un fundamento metafísico porque su autoridad peligra debido a la intensidad de las emociones que produce" (67). Para no extendernos, señalamos simplemente los sugestivos parágrafos que comprende esta tercera parte: Religión y Metafísica; La contribución de la religión a la metafísica; Descripción metafísica; Dios y el orden moral; Valor y finalidad de Dios; El cuerpo y el espíritu; el proceso Creador.

Cierra la obra un capítulo dedicado a *La verdad y la Crítica*. Aquí Whitehead expresa claramente su concepción de Dios, que lleva consigo cierta reminiscencia del pensamiento platónico. "Dios es en el mundo —dice el autor— la visión perpetua del camino que conduce a las realidades más profundas"... "Es ese factor —expresa más adelante— que nos hace trascender los valores referidos a nosotros para llegar a los valores que conciernen a los de-

más. El es también el transformador de los valores altruistas en valores personales"... "El es elemento de unión en el mundo. La conciencia, individual en nosotros es universal en Él: el amor, parcial en nosotros es en Él total" (páginas 110 ss.).

Whitehead postula un reencuentro de la humanidad con Dios, pero realizado en el seno del amor; no por un camino de odio y de miedo; siguiendo a Juan y no a Pablo. Porque Dios es amor. (Cf. Estudio Preliminar, pág. 22).

Aún cuando desconocemos la obra en su idioma original, no se nos escapan las dificultades que presenta la traducción de este autor. Por ello consideramos que la versión lograda por Asti Vera es correcta y claramente expresada en nuestra lengua, sin torturados neologismos ni caprichosos giros. El estudio preliminar del mismo traductor, como hemos dicho, es breve y conciso, y orienta perfectamente al lector hacia la más cabal comprensión de esta densa obra de Whitehead.

Mario A. Presas

HENRI GOUHIER: *La obra teatral*. Traducción de María Martínez Sierra. Control técnico por el Dr. Raúl H. Castagnino. Eudeba, Buenos Aires, 1961, 223 págs.

LA OBRA TEATRAL de Henri Gouhier aparecida en París en 1958, es la última de la trilogía que Gouhier, profesor de filosofía en la Sorbona, integró con LA ESENCIA DEL TEATRO (1943) y EL TEATRO Y LA EXISTENCIA (1952).

Muchos son los testimonios publicados por dramaturgos, actores y aún espectadores, que aportan distintas experiencias, partiendo del fenómeno teatral. Pero como se trata justamente de testi-

monios, en ellos convergen visiones particulares, circunscriptas a una época, un ambiente, una tendencia, una escuela literaria. Esta amplia bibliografía no emprende, sin embargo, un análisis sistemático dentro de lo que en la actualidad quiere ser la filosofía del arte. Henri Gouhier realiza esta tarea, en una exposición intensa y equilibrada en sus partes, que trata el fenómeno teatral en las cua-

REVISTA DE LIBROS

tro dimensiones que lo posibilitan: autor, obra, actor, espectador.

Si bien se ocupa de la POÉTICA de Aristóteles, texto que hasta ahora se ha considerado fundamental para el esclarecimiento de la creación teatral, y del cual han partido todas las teorías posteriores, adherentes o detractoras, positivas o erróneas, Gouhier dice que la POÉTICA no lo dijo todo.

Por otra parte sigue paso a paso al pensamiento de Bergson para la elaboración de su teoría. Coincidente con él, Gouhier dice que la reflexión sobre el teatro "es una consecuencia natural de la reflexión sobre la existencia y su historicidad, sobre la persona y su poder creador".

Lo que fundamentalmente nos diferencia de los griegos, quienes vieron nacer el teatro "para gloria de los dioses y regocijo de los hombres", es, además del sentido histórico, el sentimiento cristiano, seamos o no creyentes. Perdida su finalidad religiosa, "el teatro encuentra su perfección en una finalidad propiamente dramática. El poeta, se hace imagen del Dios que crea los mundos; da vida a personajes de una existencia histórica y misteriosa como la de las personas".

La obra teatral se crea para la representación, tiene en cuenta al espectador, y ésta es la finalidad que la caracteriza y diferencia de los otros productos literarios. El espectador asiste a un espectáculo teatral para divertirse, es decir, según indica la etimología de divertirse, para desviarse de... por lo tanto, para evadirse de la vida cotidiana, y para experimentar el goce ligado a esa desviación, a ese desplazamiento.

Se está, entonces, ante una realidad distinta, y válida en sí misma, que el espectador se aviene a conocer.

La relación entre la obra y el espectador se analiza en el primer capítulo titulado *La doble finalidad esencial de la obra teatral*. Es decir: la diversión y la creación de personajes, que existan no sólo para el autor, sino que lo hagan por sí mismos y por lo tanto, para el espectador.

Al respecto, dice Gouhier: "Hay que lograr, pues, en el teatro un efecto fundamental que condiciona a todos los otros: imponer ese sentimiento de presencia del personaje representado; haya nacido de la fantasía o de la fotografía, sea hada o banquero, *allí está*. Hay muchos medios, sin duda, de obtener tal efecto; es a menudo difícil, sobre todo discernir el mérito del autor, el de los intérpretes, director de escena y comediantes, de lo que se llama "un buen público". De todos modos, la obra teatral perfecta sería, según parece, aquella de la que se pudiera decir: "el personaje está presente sencillamente porque existe: está ahí porque es".

En el segundo capítulo: *Aristóteles superado*, aclara los conceptos, muchas veces erróneamente interpretados de: imitación, verosimilitud y carácter, enfrentándolos con la creación, la realidad y la personalidad.

A partir del tercer capítulo analiza directamente la obra teatral, acudiendo a ejemplos del teatro clásico, sin ir más allá de Paul Claudel, lo que no implica una limitación, puesto que se trata sólo de la aprehensión del fenómeno dramático.

Sobre la distinción de acción e intriga, Gouhier establece las diferencias entre el acto creador que produce el esquema dinámico de la acción y la función fabuladora de intriga.

La acción es, en cierto modo, como la savia generadora de vida, el aliento en el cual se manifiesta el creador, y que

hará posible la existencia de una realidad nueva. Las circunstancias que rodea esa realidad, las peripecias, los acontecimientos que irradian del esquema dinámico central de la acción, constituyen la intriga.

La intriga es un producto de la fabulación, la acción lo es de la emoción creadora. "En la obra teatral —dice Gouhier— urdir una trama es una cosa, dar el ser es otra. Ahora bien, si la intriga basta para divertir y realizar la primera finalidad esencial del teatro, la acción es la que apunta a la segunda y la que lleva al escenario personajes que existen como personas".

Los testimonios de Racine, François de Curel y Sardou, ilustran lo expuesto en este capítulo que finaliza con el análisis de la participación activa del espectador en la obra teatral.

Más adelante, Gouhier observa agudamente que no es nuestra experiencia personal la que nos ayuda a comprender a los personajes que se nos imponen como existencias reales, sino su presencia la que enriquece nuestra experiencia.

En los capítulos V: *Unidad de la obra teatral*; VI: *Diversidad de las obras*

teatrales, y VII: *Jerarquía de las obras teatrales*, Gouhier analiza con ejemplos el tiempo de la acción y el tiempo de la intriga, las piezas de acción, las piezas de intriga, la creación de peripecias con sorpresa que concierne a la esencia misma de la intriga, y por otra parte, la revelación, el conocimiento que descubre el sentido profundo de la acción.

En cuanto a la jerarquía de las obras teatrales, Gouhier considera como valor fundamental su existencia como realidad artística, que se impone por la fuerza de su presencia a la credulidad del espectador, se trate de una tragedia como de un vaudeville.

Por último, en la conclusión que sirve de epílogo a *La obra teatral*, Gouhier sintetiza las tres ideas que fundamentalmente se ha propuesto exponer: La primera, una visión del pensamiento contemporáneo, el que comienza con Bergson; la segunda es la que se refiere a la finalidad de la obra teatral, y la tercera, la que define la estructura de la obra teatral por medio de la distinción entre la acción y la intriga.

Elba Ethel Alcaraz

ALBERTO PALCOS: *Historia de Echeverría*. Editorial Emecé, Buenos Aires, 1960, 259 págs.

La faena de historiador del profesor Palcos adquiere relevancia, y así se muestra a la consideración pública, en el estudio ahondado de Sarmiento, Rivadavia y Echeverría. Precisamente, el mismo año en que ve la luz esta *Historia de Echeverría* aparece, editado por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata en homenaje al 150º aniversario de la Revolución de Mayo, el primero de los dos volúmenes que integran su nuevo *Riva-*

davia, en el que abarca la totalidad de la existencia del prócer hasta la hora de la muerte, acaecida en Cádiz en 1845, extendiendo así *La visión de Rivadavia* (1936), en que estudiaba la vida y actuación del "más grande hombre civil de la tierra de los argentinos" —según frase de Mitre— hasta la caída del Triunvirato.

En *Echeverría y la democracia argentina*, publicado hace veinte años, el prof. Palcos abordó el examen del ideario

REVISTA DE LIBROS

social y político del autor de *El Matadero* y el *Dogma Socialista*. Ahora, en el libro aquí reseñado, completa el análisis abarcando en él la obra del poeta y su estética, "a objeto de ver mejor el nexo entre el romanticismo social y el literario en el iniciador de ambos en los países de lengua española". Y es que en Echeverría las dos corrientes se unimisman impregnando su vida toda.

Nadie niega a Echeverría su condición de promotor de la genuina literatura argentina, pero, en cambio, no aparecía el mismo consenso en asignarle el alto lugar que le corresponde en la historia político-social del país. No manejó la espada sino la pluma, pero ésta, vehículo de ideas-fuerza, adquiere en él una potencia, una vibración capaz no solamente de nuclear a la generación que derriba a la tiranía rosista sino de aunar las tendencias beligerantes —unitarios y federales— en el régimen que regirá los destinos de la patria a partir de 1853. Y sí: su obra de pensador político, con definidos perfiles de sociólogo y de economista, lo colocan intelectualmente al mismo nivel en que se hallan otros prohombres de la nacionalidad.

Queda dicho cual es el propósito y el meollo de la obra. Ambos aspectos —el literario y el político-filosófico— han sido penetrados por don Alberto Palcos con ojo agudo y mechados, como es habitual en él, con datos biográficos —algunos inéditos— y finos rasgos psicológicos de su héroe que imprimen especial calidez al libro. Relata el viaje de Esteban a París, a los 20 años, los estudios que allí realiza —inclusive los de dibujo, que perfecciona—, sus lecturas: Goethe, Schiller, Byron, deslumbrado por la eclosión romántica; su frecuentación a las cátedras de economía política y legislación en la Universidad, y las personalidades que conoce: Benjamín Constant,

Destutt de Tracy e inclusive Sor, que es, nada menos, su maestro de guitarra. Todo esto para mostrar a lo vivo el clima en el que durante un lustro el joven criollo madura su formación intelectual y artística; y de paso para subrayar, estableciendo oportunos paralelos entre sus protagonistas, la grande importancia que para el curso de nuestra historia tuvieron estos tres viajes: el de Rivadavia entre 1814 y 1821, el de Echeverría desde 1825 a 1830 y el de Sarmiento en el lapso 1845-48.

Capítulos adelante el autor dirige sus indagaciones a la labor literaria de su personaje, a partir del poema "Elvira", editado en folleto anónimo, que por encima de los valores estéticos —nada destacables por cierto— tiene el mérito de marcar la iniciación del romanticismo en lengua española; y luego, con mucha mayor jerarquía literaria, *Los Consuelos* (1834), primer libro de versos publicado por un poeta argentino en Buenos Aires, que alcanza merecida resonancia, y *Rimas* (1837), volumen que se abre con "La Cautiva", poema que, como es sabido, incorpora el paisaje argentino a nuestra literatura. Señala los valores de ambos libros y al evaluar la obra poética de Echeverría, a quien llama "padre del romanticismo hispanoamericano", se detiene en la que produce en Montevideo —adonde había emigrado en 1840 y donde muere, consumido por la tuberculosis, el 19 de enero de 1851, perdiéndose sus restos para siempre—, con especial consideración de tres largos poemas: "La guitarra" (1842), "El angel caído" (1846) y "Avellaneda" (1849), éste dedicado a Alberdi y en el que exalta al mártir de Metán. Para mientes en el segundo de ellos, "El angel caído", destacando sagazmente un hecho que le imprime singularidad y que hasta ahora no había sido anotado: la inesperada amalgama de

Fausto y Don Juan unidos en el suelo americano; y a despecho de las preferencias del vate por este trabajo, al que consideraba el mejor de entre los suyos, el prof. Palcos puntualiza los pocos hallazgos y las muchas flojedades de la extensa composición.

En seguida retoma el historiador, con escrupulosa minucia, temas por él ya tratados en otras ocasiones anteriores, como son los relacionados con la fundación de la JOVEN ARGENTINA —cuyo inicio el propio Echeverría contribuye a equivocarse, trastocando fechas—, la elaboración y trascendencia del *Código o declaración de principios que constituye la creencia social de la República Argentina*, acerca de cuya originalidad hace atinadísimas reflexiones, rectificando apresurados y adversos juicios de Paul Groussac, compartidos por otros dada la suerte de magisterio que durante largo tiempo ejerciera el destacado polígrafo. Y al respecto dilucida lo relativo a las influencias de Lammenais, Mazzini y Saint-Simon, estableciendo analogías y diferencias y haciendo resaltar los aciertos del *Código* (*Credo* o *Creencia* como también se lo nombra), que concreta, a su vez, en siete puntos fundamentales. Destaca, asimismo, de qué modo aparecen en el *Manifiesto* de Víctor de Considerant, publicado en 1843, ciertas ideas semejantes a las del *Credo*, expresando “la certidumbre de que el escritor francés co-

noció el *Código* argentino y, sin copiarlo, recibió de él sugerencias provechosas, afirmadas en sentimientos e ideas comunes. Echeverría se le adelanta en cuatro años en la exposición de conceptos troncales”. Y como que algunos autores han sostenido que el famoso *Manifiesto* de Marx y Engels, punto de partida del socialismo científico, es copia del de Considerant, usando de un argumento antes aparente que real —verdadero sofisma—, vendría a concluirse que la *Creencia* habría sido, indirectamente, la fuente del *Manifiesto* de Marx y Engels. “Esta deducción, irreprochable de serlo sus premisas —dice el autor—, resulta, no obstante, perfectamente absurda, pues el *Código* no preconiza la lucha de clases, la organización revolucionaria de los trabajadores y la abolición del capitalismo. Fuera arbitrario, en consecuencia, pretender que Marx y Engels deriven de Echeverría a través de Considerant, o directamente del sociólogo francés”.

En la parte final del libro —al que se añade un interesante apéndice documental—, el profesor Palcos discurre sobre los propósitos del *Dogma Socialista*, la existencia de la “Asociación de Mayo” y el socialismo de Esteban Echeverría, cuya figura humana, varonil y estoica, surge nítida de las densas páginas, escritas en la prosa clara, exacta y limpia que es gala del autor.

Noel H. Sbarra

CIENT AÑOS DE LA NOVELA CHILENA (*Homenaje de la Universidad de Concepción al Sesquicentenario de la Independencia de Chile*). Ediciones Revista Atenas, Universidad de Concepción, Chile, 1961, 259 págs.

En 1960 cumpliéndose para Chile un doble aniversario: los primeros cincuenta años de vida independiente y

el centenario del certamen donde resultara premiada *La Aritmética en el amor*, obra con que Alberto Blest Gana surge

REVISTA DE LIBROS

como novelista de la realidad nacional. Este histórico concurso literario había sido organizado por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, durante el rectorado de don Andrés Bello, y cúpole tarea de jurado a José Victorino Lastarria, iniciador de la narrativa chilena. Tres hombres notables congregados por un mismo acontecimiento dicen de su significado y del mérito de recordarlo mediante el volumen que comentamos. Se trata de un número especial de la Revista Atenea, publicado luego como libro. Su organizador, Raúl Silva Castro, convocó al efecto a un cuerpo de colaboradores nutrido y dispar, para que se ocuparan, con entera libertad de enfoque, de alguna parcela de tan vasto tema. Los trabajos se agrupan por orden alfabético, y el total trata de abarcar un panorama completo que el lector debe recomponer ubicando a los autores estudiados en su debida sucesión cronológica.

Esta publicación nos resulta doblemente ilustrativa: permite adquirir conocimientos no sólo sobre la novela sino también sobre el estado o nivel de la crítica literaria chilena. Los narradores más importantes son analizados por los críticos de mayor renombre, cuyos aportes pertenecen a tendencias muy diversas. Estudios meramente históricos (Raúl Silva Castro, *Blest Gana y su novela LA ARITMÉTICA EN EL AMOR*) alternan con otros bibliográficos (Homero Castillo, *Proyecciones de la crítica y la obra de Mariano Latorre*), biográficos (Eliodoro Astorquiza, *Don Alberto Blest Gana*; Alone, *Augusto D'Halmar*; Héctor Fuenzalida, *Luis Durand y sus novenas*; etc.), analíticos (Fernando Alegría, *Lastarria: el precursor*; Eleazar Huerta, *El novelista Alberto Romero*; Domingo Melfi, *Luis Orrego Luco, novelista*; Julio Orlandi, *Trayectoria de Joaquín Edwards Bello,*

etc.), estructuralistas (Cedomil Goic, *Hijo de ladrón. Libertad y lágrimas*), psicológicos (Milton Rossel, *El hombre y su psique en las novelas de Eduardo Barríos*), panorámicos (Luis Merino Reyes, *Tres novelistas actuales*; Hernán Poblete Varas, *Novelistas de hoy*; Francisco Santana, *Bosquejo de las novelistas chilenas*; Lautaro Yankas, *Cuentistas y novelistas del mar chileno*), evocativos e impresionistas (Luis Merino Reyes, *Tres novelistas actuales*), polémicos o de tesis (Fernando Uriarte, *La novela chilena y la vida intrahistórica*; José Zamundio, *Novela histórica y Romanticismo en Chile*), etc.

En cuanto a la faz crítica, esta pluralidad de tendencias nos mueve a extraer algunas conclusiones. Primeramente, la mayor parte de los estudios se atienen a enfoques tradicionales de corte biográfico, histórico-cultural e impresionista en cuanto al análisis de las novelas. La única excepción la constituye Cedomil Goic, que aborda su examen con una técnica científicamente de avanzada. Segundo, el resultado no depende tanto del instrumental técnico (historia, psicología, estilística, etc.) como del talento y la riqueza de quien lo emplea. Por ejemplo, el trabajo de Eliodora Astorquiza es anterior a 1920 y está escrito con la mayor sencillez; engloba en una comprensión valorativa la vida y la obra de Blest Gana, y sobrepasa en calidad al muy moderno pero retórico de Goic. También, Fernando Alegría y Alone, con métodos tradicionales, logran estudios de mayor trascendencia que el de Milton Rossel, aun cuando éste pretenda concertar la indagación crítico-biográfica con la psicológica y la estilística. Además, no son los tratadistas de mayor renombre los que siempre brindan aportes más serios; Raúl Silva Castro y Arturo Torres Rioseco incluyen contribuciones que nos decepcionan.

Ahora, algunas observaciones sobre la novela chilena. Nacida junto con la polémica del romanticismo, la inaugura Lastarria (1817-1888) con una producción de corte clásico. Pero el verdadero inicio lo da Alberto Blest Gana, cultor de un realismo a lo Balzac; con su narrativa, comienza a representar la vida nacional, que será la casi exclusiva fuente temática de todos los novelistas posteriores. Como en otras literaturas de Latinoamérica, los narradores se afilian a un realismo localista y van descubriendo los distintos aspectos humanos, históricos, sociales y geográficos de su patria. Así, la novela chilena constituye la crónica íntima, el documento vivencial del país durante sus últimos cien años de existencia. También la dinámica generacional se acompasa a la del resto de América hispánica. Al costumbrismo romántico de Blest Gana sigue una promoción de autores naturalistas, cuya figura más importante es Luis Orrego Luco. Se inscriben en esta tendencia Mariano Latorre, Joaquín Edwards Bello, Luis Durand, Alberto Romero y muchos otros novelistas que ponen el acento en los valores vernáculos. La novela no se ciñe ya a personajes patricios o de clase media, incorpora a todos los grupos de la sociedad chilena hasta abarcarla por completo. El roto, el huaso, el provinciano trasplantado, los personajes del hampa santiaguena entran con categoría protagónica. El espacio escénico se desplaza de la ciudad

a los medios rurales, de la cordillera al mar, de los desiertos del norte a las islas del sur. Es un naturalismo criollo y combativo que denuncia la desigualdad social, las condiciones infrahumanas en que viven los campesinos y los trabajadores mineros. La novela es también sensible a los sacudones políticos y se siente influida por los movimientos estéticos en boga. El modernismo estimula a algunos narradores en el cultivo del estilo, de una prosa musical y de un paisaje pictórico; con D'Halmar y Pedro Prado la novela se aproxima al poema. Eduardo Barrio intenta la introspección psicológica y tantea entre los recovecos del sexo. Estamos próximos al auge del surrealismo, que aparecerá en Chile con la generación de 1920. Manuel Rojas rompe con la ordenación cronológica, con el esquema tradicional de la novela; bajo la advocación de Proust, Joyce y Faulkner, ensaya el monólogo interior y la pluralidad de técnicas. Aparece también la novela urbana, la del habitante común de la gran ciudad moderna.

Como vemos, la narrativa chilena sigue un desarrollo paralelo al de la nuestra, ambas han padecido altibajos semejantes; no puede negarse su parentesco literario. Sólo nos resta formular una pregunta: ¿será el aporte de los novelistas chilenos tan trascendente como el de sus poetas?

Saúl Yurkievich

MAURICE DEBESSE: *Cómo estudiar a los adolescentes. Examen crítico de confidencias juveniles*. Traducción de María Elena Vela. Biblioteca "Nova" de Educación. Buenos Aires, Editorial Nova, 1961. 1 Vol. rústica de 154 págs.

En este libro, Maurice Debesse desarrolla un tema que le es caro. Sus otras obras (*La crisis de originalidad juvenil*;

La adolescencia; Las etapas de la educación; Psicología del niño desde el nacimiento hasta la adolescencia, etc.) ha-

blan efectivamente de su interés por estudiar y difundir la problemática de la adolescencia, poniendo especial acento en la tarea de superar esa instancia de hondo desequilibrio de fuerzas y riquezas de matices.

La crisis de originalidad juvenil expresa con amplitud las características del proceso, desde las bases hasta su culminación y desenlace. *Cómo estudiar a los adolescentes*, en cambio, expone los resultados de sus investigaciones acerca de los métodos que pueden auxiliar al psicólogo y al pedagogo en su labor de esclarecimiento y de apoyo.

François Mauriac dijo que la adolescencia es "un dios de mil caras". Aludía así a esa multiplicidad de reacciones, sentimientos e ideas que son tan difíciles de comprender para el adulto desprevenido. Familiares, sin embargo para quienes, en continuo contacto con adolescentes, saben de lo inesperado de su conducta y de la gracia de su intimidad. La palabra más insignificante, el gesto más indiferente, pueden provocar el éxtasis o la catástrofe, la entrega espiritual o el rechazo; ambos con idéntica pasión. Su natural desconfianza es una defensa y un modo de acción. Todo ello hace que estemos frente a una caja de sorpresas que parece poner a prueba la agilidad sensitiva y mental del educador y del psicólogo.

Ante aquel hecho y frente a tantos obstáculos, la respuesta de Debesse aparece clara: la multiplicidad de perspectivas requiere diversidad de técnicas de estudio lo cual permite ajustar la investigación. Sobre esa base el autor se aplica al análisis de distintas posiciones de psicólogos de la adolescencia y de los métodos por ellos empleados. En primer lugar, y en tren de opción, Debesse se inclina por los procedimientos de la psicología comprensiva con preferencia de los

de la psicología objetiva y de la psicotecnia por crear los más adecuados a las características del objeto a considerar. Por idéntico motivo, la cualidad es preferida a la cantidad y la introspección gana terreno a la experimentación.

Tal actitud debía justificarse —y así lo hace el autor— en momentos en que la psicología objetiva cobraba auge y los tests, considerados como panacea universal, se multiplicaban al infinito. En este caso, como en todos, el objeto condiciona el método: "Como la crisis de originalidad está en estrecha relación con el nacimiento del yo reflexivo, he dado gran importancia a la introspección juvenil. Esta crisis permite analizar el carácter y la personalidad de los adolescentes que la sufren; de ahí el lugar reservado a las confidencias espontáneas que dan la imagen global del individuo..."

Debesse parte en principio del examen de las grandes corrientes de la hebelogía. Planteo histórico que le facilita el estudio de los procedimientos empleados por algunos investigadores y escuelas psicológicos: el mayor o menor éxito de los mismos es indicio de las posibilidades que cada uno ofrece. Luego la introspección juvenil, espontánea y provocada (en su doble forma oral y escrita) le da oportunidad para estudiar el valor de confesiones, correspondencias, diarios íntimos y encuestas. Cuestionarios y encuestas que pierden jerarquía a los ojos de Debesse por ser testimonio de segundo orden. "Si hubiera que valorar en una frase el valor psicológico de la encuesta entre adolescentes, se diría que es imposible imaginar una psicología juvenil sumaria constituida con ayuda de algunos cuestionarios bien elegidos, planteados con habilidad, interpretados con sagacidad, pero que no se puede esperar nada delicado y totalmente sincero, del mero juego de la pregunta y la respuesta" (p. 121).

En suma: un esfuerzo de crítica metódica; intento de proyecciones fecundas para una disciplina en pleno desarrollo. En circunstancias en que "el exceso de comprensión" coloca a los padres y educadores en un verdadero aprieto y "el

culto al adolescente" cobra visos de deporte, sin duda la seriedad y mesura de esta obra le aseguran la preferencia de aquellos que se interesan por el tema.

Beatriz Noemí Padula de Nassif

RAÚL H. CASTAGNINO: *El análisis literario. Introducción metodológica a la estilística integral*. Tercera edición aumentada. Editorial Nova, Buenos Aires, 1961.

Con claridad poco común en estudios de esta índole, el profesor Castagnino ha demostrado la necesidad y la importancia de transitar por los caminos de la estilística para abordar el análisis literario de un texto, dejando claramente sentada, por otro lado, la imposibilidad de concebir la estilística como una disciplina rigurosamente científica, prescindente de la individualidad del "analista". Dos textos, *El escritor*, de Azorín, y *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, sirven muy bien al autor para probar su tesis basada, como él mismo lo afirma, en las "opiniones y teorías más responsables", para poder brindar un arma de trabajo para el conocimiento de los contenidos y las formas de la creación literaria. Este conocimiento interno y externo de la obra que lleva a la valoración de su tema, de los contenidos estéticos, sociológicos, de la naturaleza y función de los personajes y de la acción, como también del vocabulario, el estilo y la expresión, ha sido la guía y el sostén del análisis literario expuesto no con criterio exhaustivo, sino esquemático y básico para iniciar al estudiante en el conocimiento de una estética integral, "en la cual, necesaria, aunque colateralmente, van a confluír los datos de la historia, las apreciaciones de la crítica, las fórmulas de la preceptiva, los aportes de múltiples disciplinas aparentemente ajenas a lo literario; donde cabe el

estilo entendido, según Buffón, como algo naturalmente inherente al individuo; o el estilo como técnica adquirida".

La obra consta de tres partes; en la primera se enuncia con precisión el alcance y las posibilidades de la estilística deslindando terrenos a menudos equívocos en esta clase de tareas; en la segunda, se analizan los contenidos de la obra literaria, y en la tercera, las formas literarias. El autor ofrece al aprendiz, en despliegue didáctico, los diferentes momentos del proceso de gestación de una obra para guiarlo en la tarea de reconstrucción y comprensión final a que debe llegar en su calidad de re-creador del texto analizado. Se lo conduce con inteligencia no exenta de sensibilidad, por que, juntamente con las herramientas necesarias para lograr la rigurosa interpretación del texto, se le develan también los secretos que le permitirán el gozo de los valores poéticos y la participación de lo que de inefable tiene la obra de arte.

El estudio de Castagnino cumple así uno de los fines más importantes de la crítica contemporánea al dar al lector el conocimiento de la realización artística de lo poético. Esta tercera edición ha sido enriquecida con informaciones nuevas y una bibliografía muy actualizada.

Nelva Zingoni

REVISTA DE LIBROS

REVISTA DE FILOSOFÍA. (Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata). N° 10. La Plata, 1961. Vol. de 158 págs.

Después de un lapso de silencio, el Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de nuestra Universidad nos habla con acentos nuevos a través de su REVISTA DE FILOSOFÍA, que se presenta completamente renovada. Ha sido publicado un ejemplar como N° 9 —continuando la serie interrumpida en 1954— y al tiempo el N° 10, cuyo contenido aquí reseñamos. Confiamos ahora en una aparición ininterrumpida y frecuente de la revista, y hacemos votos para ello.

La dirige el profesor Emilio Estiú, jefe del departamento de filosofía, a la vez que director del instituto y profesor de estética y de filosofía contemporánea. Cuenta el N° 10 con la colaboración de profesores de la Universidad de La Plata, como así de otras universidades del país.

En un primer artículo: *Filosofía y danza*, Hernán Zucchi, tras considerar a la filosofía y a la danza como las acciones del hombre más contrapuestas, y expuesta su tesis de que el filósofo no ha podido hacer filosofía de la danza por cuanto su instrumento es el cuerpo, repudiado por la filosofía por ser testimonio de la culpabilidad del alma, a continuación afirma que es Valery el que ha revelado a la filosofía el hecho de la danza. Proporciona al lector un pasaje medular de "El alma y la danza" que, a su criterio, debiera ser el punto de partida de una nueva filosofía, por cuanto interpreta que en el verdadero artista se realiza la auténtica encarnación, identificándose cuerpo y alma para formar un nuevo ser: el hombre que danza.

Sigue a este trabajo el del profesor Estiú: *Proyecciones metafísicas de la vida estética*. Planteada la necesidad de un enfoque filosófico, que nos hace reflexionar sobre la significación de la vida —humana— en general, sobre el sentido de la conducta estética y sobre la conciliación de ambos, se nos conduce a la misma respuesta a que llegaron Platón, Kant y Bergson, de que el artista, por su condición de genio, hace posible pasar del estado activo al contemplativo, "nos ayuda a salir de la cotidianidad de nuestra vida y a romper, momentáneamente, con el finalismo que la determina".

En el artículo siguiente: *Una introducción a Leonardo da Vinci*, Angel Vassallo nos presenta un ensayo sobre el llamado "uomo universale". Previene que no se propone historiar ni participar en la discusión siempre actual de si Leonardo es o no filósofo, sino que sólo hará referencia a ello, al tiempo que ensayará "algunas indicaciones sobre el mundo del pensamiento de Leonardo da Vinci". De ese modo contamos con un artículo que incluye numerosas citas de notas de Leonardo y que, además de orientarnos sobre la posición del autor, transcribe pasajes de textos de algunos de los historiadores del arte, las ciencias y la filosofía que, en todos los tiempos, como dijera Jaspers: "se interesaron por explicar en qué consistía lo esencial de Leonardo".

En la sección *Documentos de la filosofía contemporánea* se ha publicado la segunda y última parte —la primera en el N° 9— de *Mi filosofía*, de Meinong, en una traducción de Emilio Estiú. Es-

REVISTA DE LIBROS

ta segunda parte trata los puntos: C. Sobre la teoría de la aprehensión y, en particular, sobre la teoría del conocimiento; D. Acerca de la Psicología; E. Sobre la teoría del valor y la ética; F. Sobre las cuestiones filosóficas fundamentales.

La sección *Notas y comentarios* nos presenta *El destino del hombre y la técnica*, por Mario Presas, acompañado de citas bibliográficas que nos llevan a Heidegger y Marcel.

Completan el volumen: una amplia bibliografía, entre cuyos colaboradores reconocemos jóvenes profesores estrechamente vinculados al instituto; una lista

sistemática de las obras adquiridas y publicadas recientemente por el departamento mismo y, como último trabajo, un índice, también sistemático, de los artículos de algunas de las revistas existentes en el departamento, que han sido fichadas: *Revista de filosofía*, *Mind*, *Philosophy*, *Philosophy and Phenomenological Research*, *The philosophical Quarterly* y *The Personalist*. Este catálogo es obra del alumno José Sazbón. Se nos promete la continuación de este utilísimo trabajo, para los números subsiguientes.

Carla Baradello de Marchionni

Se terminó de imprimir, bajo los cuidados del director de la publicación, en los Talleres Gráficos Dante Oliva, 13 N° 780, La Plata, en la segunda quincena del mes de junio de 1962.

ILUSTRACIONES

DIBUJOS DE DEGAS

¶ Edgardo Degas (1834-1917) fue un sedentario y vivió en soledad: sin mujer, sin amigos, sin goces mundanos. Y sin embargo, y tal vez por eso, fue uno de los artistas que, sin ser pintor del "aire libre", mejor han expresado el movimiento. En una de sus cartas, dice: "El movimiento de las personas y de las cosas es lo que consuela. Si las hojas de los árboles no se movieran, ¡qué triste estarían los árboles y nosotros con ellos!". Admirable pastelista —aunque también usó el óleo— pintó cuadros de brillante colorido, pero fue, antes que nada, un estupendo dibujante. Admirador de Jean Dominique Ingres atendió el consejo que este le diera: "Ejecutad trazos, muchos trazos, ya sea del recuerdo, ya sea tomados de la naturaleza, sólo así os convertiréis en un noble y gran pintor". Y Degas cumplió esa disciplina como un mandato. Dibujó obras de Botticelli, Uccello, Leonardo, Miguel Angel y Rafael —entre otros muchos— con voluntad inflexible. Sus dibujos poseen intensa vida, como que siguió fielmente el precepto de Ingres: "El dibujo no está fuera del trazo sino en el interior mismo de éste". Los dibujos de Degas son, en su inmensa mayoría, de bailarinas o de figuras desnudas, a las que capta casi siempre accionando. La línea, sometida a un proceso de rigurosa depuración, en donde queda suprimido cuanto hay de accesorio, ciñe dinámica, veloz, un momento fugitivo —una mano en el aire, un pie en puntillas, el escorzo de un busto, y otros mil— eternizando una increíble variedad de poses. Degas se entregó apasionadamente al dibujo; y en esta pasión reside su mayor gloria.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

PUBLICACION CUATRIMESTRAL

LA PLATA (REP. ARGENTINA)

MAYO - AGOSTO 1961

COLABORAN EN ESTE NUMERO:

ARTICULOS: AMELIA SANCHEZ GARRIDO
ROMUALDO BRUGHETTI <> ARMANDO ASTI
VERA <> JUAN SABATO <> EDUARDO M.
CIGLIANO <> NICOLAS M. TAVELLA <> ITALO
N. COSTANTINO <> HANS ZELLWEGER.

TESTIMONIOS: NINA SAGER <> HERNAN
SAN MARTIN <> RICARDO RODRIGUEZ MO-
LAS <> JOSEFINA PASSADORI <> TORIBIO
MEJIA XESSPE <> HUMBERTO B. VERA

REVISTA DE LIBROS: ELBA ETHEL ALCARAZ
MARIO A. PRESAS <> BEATRIZ NOEMI PADULA
DE NASSIF <> SAUL YURKIEVICH <> NELVA
ZINGONI <> NOEL H. SBARRA <> SARA ALI
JAFELIA <> CARLA BARADELLO DE
MARCHIONNI.